WILLIAM

BARCLAY

Volumen 2

MATEO

II

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

–Tomo 2–

Evangelio según san Mateo (II)



Editorial CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
Volumen 02 - Mateo II

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo

Depósito Legal:
ISBN 978-84-7645-749-8 Obra completa
ISBN 978-84-8267-608-1 Volumen 02

Clasifíquese: 0266 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Mateo
C.T.C. 01-02-0215-09
Referencia: 22.38.48

Índice

LOS SEIS ACENTOS EN LA VOZ DE JESÚS

Mateo 11 es un capítulo en el que Jesús está hablando todo el tiempo; y, como habla con diferentes personas y de cosas diferentes, oímos cómo cambia el acento de Su voz. Será de sumo interés percibir uno a uno los seis acentos en la voz de Jesús.

EL ACENTO DE LA CONFIANZA

Mateo 11:1-6

> *Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a Sus doce discípulos, Se marchó de allí para seguir enseñando y predicando en las ciudades de ellos.*
>
> *Cuando Juan se enteró en la prisión de las cosas que estaba haciendo el Ungido de Dios, Le envió a sus discípulos a preguntarle:*
>
> *—¿Eres Tú el Que ha de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?*
>
> *—Volved a Juan —les dijo Jesús— y contadle lo que estáis oyendo y viendo: los ciegos recuperan la vista, y los cojos vuelven a andar; los leprosos se encuentran limpios, y los sordos pueden oír; los muertos resucitan, y los pobres reciben la Buena Noticia. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de Mí!*

La carrera de Juan el Bautista había acabado en tragedia. Juan no tenía por costumbre dorarle la píldora a nadie; y no podía ver el mal sin denunciarlo. En muchas ocasiones, y en una especialmente, había hablado demasiado atrevidamente *y demasiado claro para su propia seguridad.*

Herodes Antipas de Galilea le había hecho una visita a su hermano en Roma. Durante esa visita había seducido a la mujer de su hermano. Cuando volvió a su casa, despidió a su mujer y se casó con su cuñada, a la que había apartado de su marido. Juan reprendió a Herodes pública e inflexiblemente. Nunca fue sin riesgo el reprender a un déspota oriental, y Herodes se vengó; metió a Juan en la mazmorra del castillo de Maqueronte, en las montañas cerca del Mar Muerto.

Para cualquier hombre aquello habría sido una suerte terrible; pero era incalculablemente peor para Juan el Bautista. Él era un hijo del desierto; había vivido siempre en los amplios espacios abiertos, con el viento limpio en el rostro y la espaciosa bóveda del cielo por techo. Y ahora estaba confinado en una mazmorra pequeña y subterránea entre recios muros. Para un hombre como Juan, que tal vez no había vivido nunca en una casa, esto debe de haber sido agonía.

En el castillo escocés de Carlisle hay una pequeña celda. Una vez hace mucho tuvieron allí encerrado durante años a un jefe de las tribus fronterizas. En esa celda no hay más que una ventana pequeña, situada demasiado arriba para que una persona pudiera mirar por ella poniéndose en pie. En el alféizar de la ventana hay dos depresiones desgastadas en la piedra. Son las huellas de las manos del jefe prisionero, los lugares donde, día tras día, se encaramaba para mirar con ansia los verdes valles que no volvería a cabalgar ya nunca.

Juan debe de haber sufrido una experiencia semejante; y no debe sorprendernos, y menos debemos criticarlo, el que surgieran en su mente ciertos interrogantes. Había estado seguro de que Jesús era el Que había de venir. Ese era uno de los nombres más corrientes del Mesías que los judíos esperaban con tan ansiosa expectación *(Marcos 11:9; Lucas 13:35; 19:38; Hebreos 10:37; Salmo 118:26).* Un condenado a muerte no puede permitirse tener dudas; tiene que estar seguro; así que Juan Le envió sus discípulos a Jesús con la pregunta: «¿Eres Tú el Que ha de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?» Esa pregunta podía encerrar muchas cosas.

(i) Algunos piensan que aquella pregunta se hizo, no por causa de Juan, sino *por causa de sus discípulos.* Puede ser que cuando Juan y sus discípulos hablaran en la prisión, los discípulos le preguntaran si Jesús era de veras el Que había de venir, y que la respuesta de Juan fuera: «Si tenéis alguna duda, id a ver lo que está haciendo Jesús.» En ese caso, fue una buena respuesta. Si alguien se pone a discutir con nosotros sobre Jesús, y a poner en duda Su supremacía, la mejor de todas las respuestas no sería contestar a unos argumentos con otros, sino decir: «Dale tu vida, y verás lo que Él puede hacer con ella.» La suprema demostración de Quién es

Cristo no se alcanza en el debate intelectual, sino se experimenta en Su poder transformador.

(ii) Puede que la pregunta de Juan surgiera de su *impaciencia.* Su mensaje había sido un mensaje de juicio *(Mateo 3:7-12).* El hacha estaba a la raíz del árbol; el proceso de aventar había comenzado; el fuego divino del juicio purificador había empezado a arder. Puede que Juan estuviera preguntándose: «¿Cuándo va a empezar Jesús Su obra? ¿Cuándo va a barrer a Sus enemigos? ¿Cuándo va a empezar el día de la santa destrucción?» Bien puede ser que Juan estuviera impaciente con Jesús porque no actuaba de la manera que él esperaba. Los que esperen una ira salvaje siempre se llevarán el chasco con Jesús; pero los que esperen el amor nunca serán defraudados.

(iii) Unos pocos han pensado que esta pregunta era nada menos que la del amanecer de *una fe y esperanza.* Juan había visto a Jesús en Su bautismo; en la prisión había pensado más y más en Él; y cuanto más pensaba, tanto más seguro estaba de que Jesús era el Que había de venir; y ahora ponía a prueba todas sus esperanzas en esta única pregunta. Puede que ésta no sea la pregunta de un hombre impaciente y desesperanzado, sino la de uno que empieza a vislumbrar la luz de la esperanza, y que pregunta exclusivamente para confirmarla.

Y entonces vino la respuesta de Jesús; y en ella oímos *el acento de la confianza.* La respuesta de Jesús a los discípulos de Juan fue: «Volved, y no le digáis a Juan lo que Yo digo; *decidle lo que está sucediendo.*» Jesús demandaba que se Le sometiera a la más dura de las pruebas: la de las obras. Jesús es la única Persona que ha demandado nunca el ser juzgado sin paliativos, no por lo que decía, sino por lo que hacía. El desafío de Jesús sigue en pie. Él no dice tanto: «Escucha lo que tengo que decirte,» como: «Mira lo que puedo hacer por ti; mira lo que he hecho por otros.»

Las cosas que Jesús hizo en Galilea las sigue haciendo. En Él se les abren los ojos a los que están ciegos a la verdad acerca de sí mismos, acerca de sus semejantes y acerca de Dios; en Él se les afirman los pies a los que nunca fueron suficientemente fuertes para mantenerse en el buen camino; en Él quedan limpios los contaminados con la enfermedad del pecado; en Él empiezan a oír

los que eran sordos a la voz de la conciencia y de Dios; en Él resucitan a una vida nueva y hermosa los que estaban muertos e impotentes en las garras del pecado; en Él los más pobres heredan las riquezas del amor de Dios.

Por último, aparece la advertencia: «Bienaventurado el que no se escandaliza de Mí.» Esto se refería a Juan, porque había captado sólo media verdad. Juan predicó el evangelio de la santidad divina con la destrucción divina. Jesús predicó el Evangelio de la santidad divina con el amor divino. Así que Jesús le dice: «Puede que no esté haciendo las cosas que tú esperabas; pero los poderes del mal están siendo derrotados, no por un poder irresistible, sino por un amor inalterable.» Algunos pueden escandalizarse de Jesús porque Jesús parece violar las ideas que ellos tienen de lo que debe ser la religión.

EL ACENTO DE LA ADMIRACIÓN

Mateo 11:7-11

> *Cuando iban de camino, Jesús empezó a hablarle de Juan a la gente:*
>
> *—¿Qué fue lo que salisteis a ver al desierto? ¿Era una caña que sacudía el viento? Si no era eso, ¿qué fue lo que salisteis a ver? ¿Fuisteis a ver a uno que iba vestido con ropas de lujo? Fijaos: los que se visten lujosamente se encuentran en los palacios de los reyes. Entonces, si no fue eso, ¿qué fue lo que salisteis a ver? ¿Era un profeta? Claro que sí, os lo aseguro; y más que un profeta. De él fue de quien se escribió: «Fíjate, Yo envío por delante de Ti a Mi mensajero para que Te vaya preparando el camino.» Esto que os digo es la pura verdad: entre todos los nacidos de madre no ha surgido jamás en la Historia ninguna figura por encima de Juan el Bautista; pero el más pequeñito en el Reino del Cielo es más que él.*

De pocas personas hizo Jesús un elogio tan extraordinario como de Juan el Bautista. Empezó preguntándole a Su audiencia qué fue lo que salieron a ver al desierto cuando salieron en masa al encuentro de Juan.

(i) ¿Salieron a ver una caña sacudida por el viento? Eso puede querer decir una de dos cosas. (*a*) En las orillas del Jordán crecían muchas cañas; y la frase «Una caña sacudida» era una especie de proverbio para referirse a la cosa más corriente del mundo. Cuando la gente bajada a manadas a ver a Juan, ¿salían a ver algo tan ordinario como las cañas que mece el viento a las orillas del Jordán? (*b*) Una caña sacudida puede querer decir una persona débil e insegura, uno que no podía mantenerse firme frente a los vientos del peligro mejor que una caña a la orilla del río podía estar erguida cuando soplaba el viento del desierto.

Cualquier cosa que fuera lo que la gente se lanzó al desierto a ver, seguro que no fueron a ver a una persona vulgar y corriente. El mismo hecho de salir en multitudes era prueba de lo extraordinario que era Juan, porque nadie cruzaría la calle, y mucho menos andaría por el desierto, para ver a una especie de persona de lo más corriente. Cualquiera que fuera lo que salieron a ver, no era una persona débil y vacilante. El señor Flexible de *El Peregrino* no acabó en la cárcel como los mártires de la verdad. Juan no era ni tan ordinario como una caña sacudida, ni tan flojucho como una caña que se inclina haciendo reverencias ante cualquier brisa.

(ii) ¿Habían salido a ver a alguien que llevara una ropa lujosa y delicada? Tal persona sería un cortesano, y eso sí que no era Juan: no sabía nada de la afectación ni de los halagos de las cortes; cumplía la peligrosa misión de decirles la verdad a los reyes. Era embajador de Dios, no cortesano de Herodes.

(iii) ¿Habían salido a ver a un profeta? El profeta es *el pregonero* de la verdad de Dios. Es la persona de confianza de Dios. «Está claro que Dios no hará nada sin declararle Su plan a Sus siervos los profetas» *(Amós 3:7).* El profeta es dos cosas: es la persona que trae un mensaje de Dios, y que además tiene el valor de proclamar ese mensaje. Es una persona que tiene en su mente la sabiduría de Dios, la verdad de Dios en los labios y el coraje de Dios en el corazón. Todo eso era Juan.

(iv) Pero Juan era algo más que un profeta. Los judíos tenían, y tienen todavía, una creencia fija. Creían que antes que viniera el Mesías volvería Elías para anunciar Su llegada. Hasta el día de hoy, cuando una familia judía celebra la Pascua, dejan un asiento

vacante para Elías. «Fijaos: Yo os enviaré al profeta Elías antes que llegue el Día grande y terrible del Señor» *(Malaquías 4:5).* Jesús declaró que Juan era nada menos que el heraldo divino cuya misión y cuyo privilegio sería anunciar la llegada del Mesías. Juan era nada menos que el heraldo de Dios, y no se puede tener una misión más gloriosa que esa.

(v) Tal fue el maravilloso tributo que Jesús dedicó a Juan con acento de admiración. No había habido nunca una figura más gloriosa en la Historia; y entonces leemos la sorprendente declaración: «Pero el más pequeñito en el Reino del Cielo es más que él.»

Aquí tenemos una verdad completamente general. Con Jesús vino al mundo algo absolutamente nuevo. Los profetas eran estupendos; pero con Jesús surgió algo todavía mayor, y un mensaje todavía más maravilloso. C. G. Montefiore, un judío no cristiano, escribe: «El Cristianismo determina una nueva era en la historia religiosa y en la civilización humana. Lo que el mundo Le debe a Jesús y a Pablo es incalculable; nada puede ya ser, ni se puede ya pensar, como antes de que vivieran estos dos grandes hombres.» Hasta uno que no es cristiano tiene que admitir que ya nada puede ser lo mismo que antes de que Jesús viniera.

Pero, ¿qué era lo que le faltaba a Juan? ¿Qué es lo que tiene un cristiano que Juan no pudiera tener? La respuesta es sencilla y fundamental: *Juan no vio nunca la Cruz.* Por tanto, había algo que Juan no podía conocer: la plena revelación del amor de Dios. Conocía, sí, la santidad de Dios; y podía proclamar la justicia de Dios; pero al amor de Dios en toda su plenitud no lo llegó a conocer. No tenemos más que oír el mensaje de Juan y el de Jesús. Nadie podría llamar el mensaje de Juan *un evangelio,* una buena noticia; era básicamente una amenaza de destrucción. Hizo falta Jesús, con Su Cruz, para mostrar a la humanidad la longitud, anchura, profundidad y altura del amor de Dios. Es algo inmensamente maravilloso que le es posible al más humilde cristiano saber más acerca de Dios que al mayor de los profetas del Antiguo Testamento. El que ha visto la Cruz ha visto el corazón de Dios de una manera que ninguno que viviera antes de la Cruz habría podido

ver. Es indudable que el más pequeño en el Reino del Cielo es mayor que cualquiera que viviera antes.

Así es que Juan tuvo el destino que a veces corresponde a algunas personas; tuvo la misión de señalar a otros una grandeza en la que él mismo no pudo entrar. A algunas personas se les concede ser indicadores que señalan a Dios. Señalan hacia un nuevo ideal y una nueva grandeza en la que otros entrarán, pero ellos no. Rara vez es un gran reformador el primero que ha luchado por la reforma con la que se relaciona su nombre. Muchos que le precedieron vislumbraron la gloria, a menudo también trabajaron por ella, y aun a veces murieron por ella.

Alguien ha relatado cómo desde las ventanas de su casa solía observar todas las tardes a un farolero que pasaba por las calles encendiendo los faroles *—¡y aquel farolero era ciego!* Llevaba a otros la luz que él mismo no podía percibir. Que nadie se desanime si en la iglesia o en cualquier otro lugar de la vida el sueño que ha soñado y por el que se ha afanado no se materializa antes del final de su día. Dios necesitaba a Juan; Dios necesita Sus indicadores que señalan el camino a la humanidad, aunque ellos no lleguen al destino que señalan.

LA VIOLENCIA Y EL REINO

Mateo 11:12-15

> *Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino del Cielo está en liza, y los violentos lo toman por la fuerza. Porque hasta Juan todos los profetas y la Ley hablaron con la voz de la profecía; y, si queréis aceptarlo como un hecho, este era el Elías que había de venir. El que tenga oídos para oír, que oiga.*

En el versículo 12 hay un dicho muy difícil: «El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.» *Lucas* tiene este dicho en otra forma: «Desde entonces es anunciado el Reino de Dios y todos entran en él violentamente» *(Lucas 16:16).* Está claro que en alguna ocasión Jesús debe de haber dicho algo que conectaba *la violencia* con *el Reino,* algo que no estaba claro y era difícil de entender, y que nadie entendió entonces totalmente. Es indudable que Lucas y Mateo lo entendieron de distinta forma.

Lucas dice que todos los hombres entran en el Reino al asalto; quiere decir, como comentaba Denney, que «el Reino del Cielo no es para los que tienen buenas intenciones, sino para los desesperados,» que nadie entra en el Reino deslizándose, que el Reino sólo les abre sus puertas a los que están dispuestos a hacer tan gran esfuerzo para entrar como los soldados que están asaltando una ciudad.

Mateo dice que desde el tiempo de Juan hasta ahora el Reino del Cielo sufre violencia y los violentos lo toman por la fuerza. La misma forma de esa expresión parece indicar un tiempo considerable. Hasta suena más como un comentario de Mateo que como un dicho de Jesús. Suena como si Mateo estuviera diciendo: «Desde los días de Juan, al que metieron en la cárcel, hasta nuestro propio tiempo el Reino del Cielo sufre violencia y persecución a manos de los violentos.»

Es posible que obtengamos el sentido completo de este dicho difícil aunando los recuerdos de Lucas y Mateo. Lo que puede ser muy bien que dijera Jesús es: «Mi Reino siempre sufrirá violencia; siempre habrá hombres salvajes que tratarán de destrozarlo, de asaltarlo y de destruirlo; y por tanto, sólo el que lo tome desesperadamente en serio, sólo uno en quien la violencia de su total consagración corresponda y derrote a la violencia de la persecución conseguirá entrar en Mi Reino.» Bien puede ser que este dicho de Jesús fuera en principio tanto una advertencia de la violencia que se les vendría encima a los seguidores de Jesús como un desafío a entregarse con una consagración que fuera aún más fuerte que la violencia.

Parece extraño encontrar en el versículo 13 que la Ley hablaba con la voz de la profecía; pero era la misma Ley la que declaraba confiadamente que la voz de la profecía nunca moriría. «Un profeta como yo te levantará el Señor tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos... Un profeta como tú les levantaré Yo en medio de sus hermanos; pondré Mis palabras en su boca» *(Deuteronomio 18:15,18).* Era porque Jesús quebrantaba la Ley, según ellos lo veían, por lo que los judíos ortodoxos odiaban a Jesús; pero, si hubieran tenido ojos para verlo, tanto la Ley como los profetas Le señalaban a Él.

Una vez más Jesús le dice a Su audiencia que Juan es el heraldo y el precursor que llevaban tanto tiempo esperando —*si estaban dispuestos a aceptar el hecho.* En esa última frase está toda la tragedia de la situación humana. Un viejo proverbio dice que se puede llevar el caballo a la fuente, pero no se le puede hacer que beba. Dios puede mandar Su mensajero, pero la humanidad puede negarse a reconocerle, y Dios puede comunicar Su verdad, pero la humanidad puede negarse a verla. La revelación de Dios es impotente sin la respuesta humana. Por eso Jesús acaba con la advertencia al que tenga oídos para que los use para escuchar.

EL ACENTO DE DOLORIDA REPRENSIÓN

Mateo 11:16-19

> *¿Con qué podría Yo comparar esta generación? Es como los chiquillos que juegan en el mercado, y les dicen a sus amigos: «Os tocamos la flauta, y no quisisteis bailar; os endechamos, y no quisisteis jugar a duelos.» Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y decían: «¡Está loco!» Y viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: «¡Fijaos! ¡Es un glotón y un borrachín, amigo de publicanos y de pecadores!» Pero la sabiduría siempre se manifiesta en sus obras.*

Jesús se entristecía ante la indudable perversidad de la naturaleza humana. Para Él las personas parecían ser como chiquillos jugando en la plaza del pueblo. Un grupo le decía al otro: «¡Venga, vamos a jugar a bodas!» y los otros respondían: «Hoy no queremos jugar a nada alegre.» Y otra vez el primer grupo decía: «Está bien; venga, vamos a jugar a entierros.» Y los otros contestaban: «Hoy no queremos jugar a nada triste.» Eran lo que llamamos el *espíritu de la contradicción.* Cualquier cosa que se sugiriera, no les gustaba; a todo le encontraban faltas.

Vino Juan, que vivía en el desierto, ayunaba y se pasaba sin muchas cosas, fuera de la sociedad urbana; y decían de él: «Este hombre está loco al separarse de la sociedad y de los placeres humanos de esa manera.» Vino Jesús, relacionándose con toda clase de personas, compartiendo sus tristezas y sus alegrías, participando de sus fiestas; y decían de Él: «Es un juerguista; no se

pierde una fiesta; es amigo de marginados con los que no se relacionaría ninguna persona decente.» Llamaban al ascetismo de Juan locura; y al carácter sociable de Jesús, laxitud moral; en todo encontraban base para la crítica.

El hecho es que cuando la gente no quiere tomar en serio la verdad, les es muy fácil encontrar una disculpa para no hacerle caso. Ni siquiera procuran ser consecuentes en sus críticas; criticarán a la misma persona y a la misma institución desde puntos de vista opuestos. Si la gente está decidida a no reaccionar ante algo se mantendrán testarudamente insensibles cualquiera que sea la invitación que se les haga. Hombres y mujeres mayorcitos puede que se comporten como los chiquillos caprichosos que se niegan a jugar a todo lo que se les sugiera.

Y aquí llega la sentencia final de Jesús en esta sección: «La sabiduría siempre se manifiesta en sus obras.» El veredicto final no depende de los críticos vocingleros y perversos sino de los acontecimientos. Podría ser que los judíos criticaran a Juan por su soledad aislacionista, pero Juan había guiado los corazones de muchos a Dios de una manera que hacía siglos que no se experimentaba; podría ser que los judíos criticaran a Jesús por involucrarse demasiado en la vida y con gente ordinaria; pero algunos estaban encontrando en Él una nueva vida y una nueva bondad y un nuevo poder para vivir como es debido y un nuevo acceso a Dios.

Estaría bien que dejáramos de juzgar a las personas y a las iglesias por nuestros propios prejuicios y perversidades; y si empezáramos a dar gracias por cualquier persona y cualquier iglesia que puede acercar a la gente a Dios, aunque sus métodos no sean de nuestro gusto.

EL ACENTO DE UNA CONDENACIÓN QUE ROMPE EL CORAZÓN

Mateo 11:20-24

Entonces Jesús empezó a reprocharles a las ciudades en las que había realizado muchas de Sus obras de poder divino el que no se hubieran arrepentido:

—¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si las obras de poder divino que se han hecho en vosotras hubieran tenido lugar en Tiro y en Sidón, se habrían arrepentido en saco y en ceniza hace mucho tiempo. ¡Pero os aseguro que lo tendrán más fácil Tiro y Sidón en el Día del Juicio que vosotras! Y en cuanto a ti, Cafarnaum, ¿no es verdad que has sido encumbrada hasta el Cielo? ¡Pues caerás hasta el infierno! Porque, si las obras de poder que han tenido lugar en ti hubieran sucedido en Sodoma y Gomorra, habrían sobrevivido hasta este día. Pero os aseguro que lo tendrán más fácil los antiguos habitantes de Sodoma en el Día del Juicio que vosotros.

Cuando Juan llegaba al final de su evangelio, escribió una frase en la que indicaba lo imposible que era escribir un relato completo de la vida de Jesús: «Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús; las cuales, si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» *(Juan 21:25).* Este pasaje de *Mateo* es una prueba de la verdad de ese dicho. Corazín era probablemente un pueblo que estaba a una hora de viaje al norte de Cafarnaum; Betsaida era una aldea de pescadores en la orilla occidental del Jordán, precisamente en el punto en que el río entraba por el extremo norte del lago. Está claro que en estos pueblos sucedieron las cosas más tremendas, y sin embargo no tenemos de ellas ni el más mínimo relato. No se dice nada en los evangelios de lo que hizo Jesús ni de las maravillas que realizó en estos lugares, aunque deben de haber sido de las más notables. Un pasaje como éste nos muestra lo poco que sabemos de Jesús; nos muestra —y es algo que debemos tener siempre presente— que en los evangelios no tenemos más que una mínima selección de las obras de Jesús. Las cosas que no sabemos acerca de Jesús son mucho más numerosas que las que sabemos.

Debemos poner cuidado para captar el acento de la voz de Jesús cuando dijo esto. La Reina-Valera traduce: «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!» La palabra griega para *ay de* que hemos traducido por *pobre de* es *uai,* que expresa *una piedad dolorida* por lo menos tanto como una amenaza. Éste no es el acento de uno que esté furioso porque se ha ofendido su dignidad; no es el acento de uno

que esté ardientemente enfadado porque le han insultado. Es el acento del dolor, del que ha ofrecido a unas personas la cosa más preciosa del mundo y se la han despreciado. La condenación que Jesús hace del pecado es ira santa; pero la indignación viene, no de una dignidad ofendida, sino de un corazón quebrantado.

¿Cuál fue entonces el pecado de Corazín, de Betsaida, de Cafarnaum, ese pecado que era peor que el de Tiro y Sidón, y Sodoma y Gomorra? Tiene que haber sido muy serio, porque Tiro y Sidón fueron denunciadas repetidas veces por su maldad *(Isaías 23; Jeremías 25:22; 47:4; Ezequiel 26:3-7; 28:12-22),* y Sodoma y Gomorra eran y son el prototipo de la iniquidad.

(i) Fue el pecado de los que olvidan las responsabilidades del privilegio. A las ciudades de Galilea se les había concedido un privilegio que no habían tenido nunca Tiro y Sidón, o Sodoma y Gomorra; porque las ciudades de Galilea habían visto y oído a Jesús en persona. No podemos condenar a alguien que no ha tenido nunca la oportunidad de saber; pero si uno que ha tenido todas las oportunidades para conocer el bien obra el mal, merece la condenación. No condenamos a un niño por lo que condenaríamos a un adulto; no condenaríamos a un salvaje por una conducta que condenaríamos en una persona civilizada; no esperamos que el que se ha criado en la pobreza de un barrio de chabolas viva la vida de una persona que ha vivido siempre en un hogar bueno y cómodo. Cuanto mayores son nuestros privilegios, mayor es nuestra condenación si fallamos en asumir las responsabilidades y aceptar las obligaciones que conllevan estos privilegios.

(ii) Era el pecado de la indiferencia. Estas ciudades no atacaron a Jesucristo; no le echaron de su entorno; no trataron de crucificarle; simplemente no le prestaron atención. No hacer caso puede ser tan mortal como la persecución. Un autor escribe un libro; se lo manda a los críticos; algunos puede que lo alaben, otros puede que lo condenen; no importa, siempre que le presten atención; la única cosa que puede dejar a un libro tan muerto como una piedra es que no se le preste la menor atención para hacerle una crítica positiva o negativa.

Un pintor hizo un cuadro de Cristo en pie en uno de los famosos puentes de Londres. Le representó con las manos extendidas en

actitud de llamada o invitación a la gente que pasaba a Su lado sin prestarle atención. Sólo una joven enfermera demostraba darse cuenta de Su presencia. Ahí tenemos la situación moderna de muchos países hoy en día. No hay hostilidad hacia el Cristianismo; ni deseo de destruirlo: sólo una total indiferencia. Se relega a Cristo al nivel de los que no importan. La indiferencia también es un pecado, y de los peores, porque la indiferencia mata. No quema viva una religión: la mata por congelación. No la decapita; le quita la vida despacito por asfixia.

(iii) Así que nos encontramos cara a cara con una gran verdad amenazadora: *también es un pecado no hacer nada.* Hay pecados de acción, que se cometen; pero también los hay de inacción, que se omiten. El pecado de Corazín, Betsaida y Cafarnaum fue el pecado de no hacer nada. La defensa de muchos es alegar: «¡Yo no he hecho nunca nada!» Esa puede que sea su condenación.

EL ACENTO DE AUTORIDAD

Mateo 11:25-27

> *En aquel momento dijo Jesús:*
>
> *—¡Gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, por esconderles estas cosas a los sabios y entendidos, y revelárselas a los pequeñitos! Así es, oh Padre, porque así Te ha parecido bien a Ti.*
>
> *»Mi Padre me ha confiado todas las cosas; y nadie conoce de veras al Hijo sino el Padre, y nadie conoce de veras al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se Le quiera revelar.*

Aquí Jesús está hablando por propia experiencia, la experiencia de que los rabinos y los sabios de Su tiempo Le rechazaban, mientras que las personas sencillas Le aceptaban.

A los intelectuales no les decía nada, pero los humildes Le recibían. Debemos hacer lo posible por entender lo que Jesús quería decir aquí. Está muy lejos de condenar la actividad intelectual; lo que condena es *el orgullo intelectual.* Como dice Plummer: «El corazón, no la cabeza, es el hogar del Evangelio.» No es la inteligencia lo que le cierra la puerta, sino el orgullo. No es la necedad lo que le admite, sino la humildad. Uno puede ser tan sabio

como Salomón; pero si no tiene sencillez, confianza e inocencia, se excluye a sí mismo.

Los mismos rabinos veían el peligro del orgullo intelectual; reconocían que a menudo la gente sencilla estaba más cerca de Dios que los rabinos más eruditos. Tenían una parábola acerca de esto: «Una vez estaba el rabino Beroká de Chuza en el mercado de Lapet cuando se le apareció Elías. El rabino le preguntó: "¿Hay alguno entre los que están en el mercado que esté destinado a participar de la vida del mundo venidero?" En un principio Elías le dijo que no había nadie; pero luego señaló a un hombre, y dijo que ese participaría de la vida del mundo venidero. Rabí Beroká se dirigió a él, y le preguntó qué hacía. "Soy carcelero —le contestó—, y mantengo separados a los hombres de las mujeres. Por las noches pongo mi cama entre los hombres y las mujeres para que no se cometa nada indebido." Elías señaló a otros dos hombres, y dijo que ellos también participarían de la vida por venir. Rabí Beroká les preguntó lo que hacían. "Somos juglares —le contestaron—, y cuando vemos a alguno que está abatido, le animamos; y cuando vemos a dos que se están peleando, tratamos de ponerlos en paz."» Los que hacían cosas sencillas, como el carcelero que mantenía a los presos debidamente y los que hacían aflorar la sonrisa y la paz, estaban en el Reino.

Aquí también había una historia rabínica: «Una vez se declaró una epidemia en Sura, pero en la vecindad de la residencia de Rab (un famoso rabino) no hubo ningún caso. La gente creyó que eso era debido a los méritos de Rab; pero en un sueño se les dijo... que era por los méritos de uno que había estado dispuesto a prestar una azada y una pala a otro que quería hacer una tumba. Una vez se produjo un incendio en Drokeret, pero la vecindad de rabí Huna no sufrió daño. La gente pensó que era debido a los méritos de rabí Huna,... pero se les hizo saber en un sueño que había sido por los méritos de una cierta mujer que calentaba su horno y lo ponía a disposición de sus vecinos.» El hombre que le prestó las herramientas a otro que las necesitaba, y la mujer que ayudaba a sus vecinos en lo que podía no tenían ninguna categoría intelectual, pero sus sencillas obras de amor humano ganaron la aprobación de

Dios. Las distinciones académicas no son necesariamente distinciones a los ojos de Dios.

Este pasaje termina con las credenciales más gloriosas que hizo jamás Jesús, y que figuran en el centro de la fe cristiana: que Él es el único que puede revelar a Dios a la humanidad. Otros puede que sean hijos de Dios; pero Él es *El Hijo.* Juan lo expresa de una manera un poco diferente cuando nos cuenta que Jesús dijo: «El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre» *(Juan 14:9).* Lo que Jesús quiere decir es: «Si queréis ver cómo es Dios, si queréis ver la mente de Dios, el corazón de Dios, el carácter de Dios, si queréis ver la actitud total de Dios hacia la humanidad, ¡miradme a Mí!» Los cristianos estamos convencidos de que en Jesucristo y sólo en Él podemos ver cómo es Dios; y es también la convicción cristiana que Jesús puede dar ese conocimiento a todo el que sea suficientemente humilde y confiado para recibirlo.

EL ACENTO DE LA COMPASIÓN

Mateo 11:28-30

> *¡Venid a Mí todos los que estáis agotados y rendidos bajo el peso de vuestras cargas, y Yo os daré descanso! Asumid Mi yugo y aprended de Mí, Que soy benigno y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas; porque Mi yugo es suave, y Mi carga es ligera.*

Jesús hablaba a personas que estaban tratando desesperadamente de encontrar a Dios, y tratando desesperadamente de ser buenas, pero que estaban encontrándolo imposible, y que se hallaban sumidas en el agotamiento y la desesperación.

Les dice: «Venid a Mí todos los que estáis rendidos bajo vuestras cargas.» Para un judío ortodoxo, la religión era cosa de cargas. Jesús dijo de los escribas y los fariseos: «Atan cargas pesadas e insoportables, y se las ponen a los demás sobre los hombros» *(Mateo 23:4).* Para un judío, la religión era cosa de reglas interminables. Se vivía en una selva de normas que regulaban todas las situaciones de la vida. Se tenía que estar escuchando constantemente: «No hagas eso.»

Hasta los rabinos se daban cuenta de eso. Hay una clase de parábola lóbrega que se pone en boca de Koré, que muestra lo impositivas y pesadas e imposibles que podían llegar a ser las demandas de la Ley: «Había una pobre mujer en la vecindad que tenía dos hijas y un campo. Cuando empezaba a arar, Moisés (es decir, la Ley de Moisés) le decía: “No debes arar con un buey y un asno juntos.” Cuando empezaba a trillar, él le decía: “Dame para la ofrenda elevada, y el primero y el segundo diezmos.” Ella se sometía a la ordenanza, y se lo daba todo. ¿Qué hizo entonces la pobre mujer? Vendió el campo, y se compró dos ovejas para vestirse con su lana y sacar algún provecho de los corderos. Cuando tuvieron los corderos, Aarón (es decir, el sacerdocio) vino y le dijo: “Dame los primogénitos.” Ella cumplió la decisión, y se los dio. Cuando llegó el tiempo de esquilar, y se puso a esquilar sus ovejas, vino Aarón y le dijo: “Dame las primicias de la lana de las ovejas” *(Deuteronomio 18:4).* Entonces ella pensó: “No puedo resistir a este hombre. Mataré mis ovejas y me las comeré.” Cuando hizo la matanza, llegó Aarón y le dijo: “Dame la pierna, las quijadas y el cuajar.” *(Deuteronomio 18:3).* Entonces ella le dijo: “Ni siquiera matándolas estoy a salvo de ti. Pues, venga: *las consagro por voto*” Y entonces Aarón le dijo: “En ese caso me pertenecen enteras.” *(Números 18:14).* Y se marchó con ellas y la dejó llorando con sus dos hijas.» Esta historieta es una parábola de las demandas continuas que hacía la Ley sobre las personas en todas las circunstancias de la vida. Esas demandas eran, sin duda, una carga.

Jesús nos invita a tomar Su yugo sobre nuestros hombros. Los judíos usaban la palabra *yugo* con el sentido figurado de *someterse* a algo. Hablaban del yugo de la Ley, el yugo de los mandamientos, el yugo del Reino, el yugo de Dios. Pero puede ser que Jesús tomara las palabras de esta invitación de algo mucho más próximo a Su hogar.

Dijo: «Mi yugo es *fácil.*» La palabra *fácil* es *jrêstós* en griego, que quiere decir realmente *que encaja bien.* Los yugos de los bueyes se hacían en Palestina, como en España, de madera; se llevaba el buey al carpintero para que le tomara las medidas; luego se desbastaba la madera, y se llevaba otra vez al buey para probárselo, y se le ajustaba bien, para que no le hiciera daño en la

testuz al paciente animal. Es decir: que el yugo se hacía a medida, como una prenda de vestir, para que le encajara bien al buey.

Cuenta una leyenda que Jesús hacía los mejores yugos de bueyes de toda Galilea, y que iban a Su taller de todas partes a comprarle los yugos para los animales. En aquellos días, como ahora en muchos sitios, los talleres tenían lemas y carteles encima de la puerta; y se ha sugerido que los del taller de Jesús eran un yugo y la frase «MIS YUGOS ENCAJAN BIEN». Es posible que Jesús estuviera usando aquí un cuadro de Su taller de carpintero de Nazaret en el que trabajó fielmente durante Sus años de silencio.

Jesús dice: «Mi yugo encaja bien.» Lo que esto quiere decir es: «La vida que Yo te doy no es una carga que te desuelle; tu misión está diseñada a tu medida para que te vaya bien.» Lo que quiera que sea que Dios nos proponga encajará exactamente con nuestras necesidades y habilidades.

Jesús dice: «Mi carga es ligera.» Como decía un rabino: «Mi carga se ha convertido en mi canción.» No es que sea siempre fácil de llevar; pero se nos impone con amor; se nos propone llevarla con amor; el amor hace ligeras hasta las cargas más pesadas. Cuando recordamos el amor de Dios, cuando nos damos cuenta de que nuestra carga es amar a Dios y amar a nuestros semejantes, entonces nuestra carga se convierte en nuestra canción. Se cuenta que uno se encontró una vez a un chiquillo que llevaba a cuestas a otro aún más pequeño, que era cojo. «Esa es mucha carga para que tú la lleves,» le dijo el hombre. Y el chiquillo respondió: «No es una carga, señor; es mi hermanito.» La carga que se impone con amor y se lleva con amor es siempre ligera.

CRISIS

En *Mateo 12* leemos la historia de una serie de acontecimientos cruciales de la vida de Jesús. En la vida de todas las personas hay momentos, circunstancias y acontecimientos decisivos, que son como las bisagras sobre las que gira toda su vida. Este capítulo nos presenta la historia de esa clase de período de la vida de Jesús. En él vemos a los dirigentes religiosos ortodoxos de Su tiempo llegar a la decisión final con respecto a Jesús —que era la de rechazarle. Y esto, no sólo en el sentido de que no querían tener nada que ver

con Él; su rechazamiento los llevaba a la conclusión de que nada que fuera menos que la total eliminación de Jesús podía ser suficiente.

En este capítulo vemos los primeros pasos que se dieron en un camino que no podía conducir sino a la Cruz. Los personajes se nos retratan con toda claridad. Por una parte tenemos a los escribas y los fariseos, los representantes de la ortodoxia religiosa. Podemos descubrir cuatro etapas en su actitud de creciente hostilidad malévola contra Jesús.

(i) En los versículos 1-8 —la historia de los discípulos arrancando espigas de trigo en sábado—, vemos cómo crecen *las sospechas.* Los escribas y los fariseos observaban con creciente suspicacia a un maestro que estaba dispuesto a permitir que sus seguidores pasaran por alto las minucias de la ley del sábado. Ésta era la clase de cosa que no se podía permitir que se extendiera indiscriminadamente.

(ii) En los versículos 9-14 —la historia de la curación del hombre con un brazo paralítico en sábado—, vemos *una investigación* activa y hostil. No fue por casualidad por lo que los escribas y los fariseos estaban en aquella sinagoga aquel sábado. Lucas dice que estaban allí para observar a Jesús *(Lucas 6:7).* A partir de ese momento Jesús tendría que actuar siempre bajo la mirada malévola de los dirigentes ortodoxos. Le vigilarían los pasos como detectives privados, buscando la evidencia que les permitiera acusarle legalmente.

(iii) En los versículos 22-32 —la historia de cómo los dirigentes ortodoxos acusaron a Jesús de curar por el poder del demonio, y de lo que Él les dijo acerca del pecado que no tiene perdón—, vemos la historia de *una ceguera* voluntaria y malintencionada. Desde aquel momento todo lo que hiciera Jesús sería bajo la vigilancia de estos hombres. Habían cerrado tanto los ojos a Dios que eran totalmente incapaces de ver nunca Su belleza y Su verdad. La ceguera de sus prejuicios los había puesto en un sendero en el que eran totalmente incapaces de volver atrás.

(iv) En el versículo 14 vemos *una determinación* malvada. Los ortodoxos no se conformaban con vigilar y criticar; estaban dispuestos a *actuar.* Habían ido al concilio para buscar la manera de

acabar con ese Galileo inquietante. La suspicacia, la investigación y la ceguera habían iniciado el camino a la acción abierta.

A la vista de todo esto, la respuesta de Jesús se traza claramente. Podemos ver cinco maneras en que Él se enfrentó con esta creciente oposición.

(i) La arrostró con *un desafío* valiente. En la historia de la curación del hombre con el brazo paralizado (versículos 9-14) Le vemos desafiando abiertamente a los escribas y los fariseos. Esto no se hizo en un rincón, sino en una sinagoga abarrotada. No lo hizo en su ausencia, sino cuando ellos estaban presentes con la intención deliberada de formular una acusación contra Él. Lejos de evitar el desafío, Jesús está a punto de aceptarlo a cara descubierta.

(ii) La arrostró con *advertencia.* En los versículos 22-32 vemos a Jesús haciendo la más terrible de las advertencias. Estaba advirtiendo a aquellos hombres que, si persistían en cerrarle los ojos a la verdad de Dios, estaban abocados a llegar a una situación que, por su propia acción, los excluiría de la gracia de Dios. Aquí Jesús pasa de la defensa al ataque. Les pone bien claro adónde los está llevando su actitud.

(iii) La arrostró con una serie alucinante de *credenciales.* Él era más grande que el templo (versículo 6), que era el lugar más santo de todo el mundo. Era más grande que Jonás, el predicador que produjo el arrepentimiento masivo más admirable (versículo 41). Era más grande que Salomón, que era el máximo pináculo de la sabiduría (versículo 42). Según estas credenciales no hubo nunca nada en la historia espiritual que Jesús no superara. Aquí no hay apologías; sólo la presentación de las credenciales de Cristo a su más alto nivel.

(iv) La arrostró con la afirmación de que Su enseñanza era *esencial.* La punta de la extraña parábola de la Casa Vacía (versículos 43-45) es que la Ley puede que vacíe negativamente de mal a una persona, pero sólo el Evangelio la puede llenar de bien. Por tanto la Ley deja simplemente a una persona como una invitación para que todos los males fijen su residencia en su corazón; el Evangelio la llena de bondad positiva de tal manera que el mal no puede entrar. Aquí Jesús hace la proclamación de que el

Evangelio puede hacer por las personas lo que la Ley nunca puede hacer.

(v) Por último la arrostró con *una invitación.* Los versículos 46-50 son en esencia una invitación a identificarnos con Él. Estos versículos no son tanto ser una descastada de sus parientes y amigos como una invitación a toda la humanidad a entrar en una relación familiar con Él mediante la aceptación de la voluntad de Dios tal como ha venido a la humanidad en Él. Estos versículos son una invitación a abandonar nuestros propios prejuicios y voluntad egoísta y aceptar a Jesucristo como Señor y Maestro. Si rehusamos, nos vamos deslizando cada vez más lejos de Dios; si aceptamos, entramos en la familia y en el corazón mismo de Dios.

QUEBRANTANDO LA LEY DEL SÁBADO

Mateo 12:1-8

> *Por aquel tiempo, iba Jesús una vez por los trigales en sábado. Sus discípulos tenían hambre, y se pusieron a arrancar espigas de trigo y a comérselas.*
>
> *Cuando los fariseos lo vieron, Le dijeron a Jesús:*
>
> *—¡Fíjate! ¡Tus discípulos están haciendo lo que no está permitido hacer el sábado!*
>
> *—¿No habéis leído —les contestó Jesús— lo que hicieron David y sus compañeros cuando tenían hambre, cómo entraron en la casa de Dios y se comieron los panes de la proposición que no les estaba permitido comer ni a él ni a los que estaban con él, sino sólo a los sacerdotes? ¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes profanan el sábado, y sin embargo no pecan? Os aseguro que aquí hay Uno que es mayor que el templo. Si os hubierais enterado de lo que quiere decir: «Es la misericordia lo que Yo quiero, y no los sacrificios,» no habríais condenado a los que no tienen ninguna culpa. Y es que el Hijo del Hombre también es el Señor del sábado.*

En Palestina y en tiempos de Jesús, los campos de cereales y hortalizas estaban dispuestos en tiras largas y estrechas; y el terreno entre las parcelas era un camino de paso. Fue por uno de

esos senderos entre los trigales por donde iban caminando Jesús y Sus discípulos cuando sucedió este incidente.

No se hace ninguna insinuación de que los discípulos estuvieran robando. La Ley establecía expresamente que un viandante hambriento tenía derecho a hacer precisamente lo que hicieron los discípulos, siempre que no usara más que las manos para coger las espigas, y no una hoz: «Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con la mano, pero no aplicarás la hoz a la mies de tu prójimo» *(Deuteronomio 23:25).* W. M. Thomson nos dice en *La Tierra y el Libro* que, cuando iba viajando por Palestina, había la misma costumbre. Uno de los platos favoritos de la tarde para un viajero era el trigo maduro. «Cuando iba viajando en el tiempo de la siega —escribe Thomson— mis muleteros preparaban a menudo trigo tostado por las tardes después de montar la tienda. Tampoco se considera nunca como robo el recoger estas espigas verdes para tostarlas... También he visto a menudo a mis muleteros, al pasar entre los trigales, arrancar espigas, restregarlas en las manos, y comerse los granos sin tostar exactamente como se dice que hicieron los apóstoles.»

Para los escribas y los fariseos el delito de los discípulos no era coger espigas y comerse los granos, sino el haberlo hecho en sábado. La ley del sábado era muy complicada y minuciosa. El mandamiento prohibía trabajar el sábado; pero los intérpretes de la Ley no se daban por satisfechos con esa simple prohibición. Había que definir lo que era un trabajo; así que se especificaron treinta y nueve acciones básicas que estaban prohibidas en sábado, y entre ellas figuraban segar, trillar, aventar y preparar una comida. Los intérpretes no estaban dispuestos tampoco a dejar así las cosas. Había que definir cuidadosamente cada entrada en la lista de trabajos prohibidos. Por ejemplo, estaba prohibido llevar una carga. ¿Pero qué era una carga? Una carga era cualquier cosa que pesara tanto como dos higos secos. Estaba prohibida hasta la menor insinuación de trabajo; hasta cualquier cosa que se pudiera considerar simbólicamente como un trabajo. Posteriormente, el gran maestro judío cordobés Maimónides había de decir: «Arrancar espigas es una especie de siega.» En su acción los discípulos fueron culpables de mucho más que un sólo quebrantamiento de la

Ley. Al arrancar las espigas eran culpables de segar; al restregarlas con las manos eran culpables de trillar; al separar el grano de la paja, probablemente soplando, eran culpables de aventar; y en todo ese proceso eran culpables de preparar una comida en sábado, porque todo lo que se hubiera de comer en sábado había que prepararlo el día antes.

Los judíos ortodoxos tomaban la ley del sábado con suma seriedad. El *Libro de los Jubileos* tiene un capítulo (el 50) acerca de la observancia del sábado. El que se acuesta con su mujer, o se propone hacer algo en sábado, o tiene intención de hacer un viaje (hasta la planificación de un trabajo estaba prohibida), o se hace el plan de comprar o vender, o sacar agua o levantar una carga es culpable. Cualquier persona que haga cualquier trabajo en sábado (ya sea en su casa o en cualquier otro lugar), o hace un viaje, o labra una granja, cualquier persona que enciende un fuego o monta una cabalgadura, o viaja en barco por el mar, cualquier persona que golpea o mata algo, cualquiera que atrapa a un animal, un ave o un pez, cualquiera que ayuna o hace la guerra en sábado —la persona que haga estas cosas debe morir.

El guardar estos mandamientos era cumplir la Ley de Dios; el quebrantarlos era quebrantar la Ley de Dios. No cabe la menor duda que, desde su punto de vista, los escribas y los fariseos estaban totalmente justificados al acusar a los discípulos de quebrantar la Ley, y a Jesús por permitírselo, si es que no los animó a hacerlo.

LA EXIGENCIA DE LA NECESIDAD HUMANA

Mateo 12:1-8 *(continuación)*

Para salir al paso de la crítica de los escribas y los fariseos Jesús presentó tres argumentos.

(i) Citó la acción de David *(1 Samuel 21:1-6)* cuando él y sus hombres estaban tan hambrientos que entraron en el tabernáculo —no en el templo, porque esto sucedió antes que se construyera el templo— y comieron el pan de la proposición, que sólo podían comer los sacerdotes. El pan de la proposición se nos describe en *Levítico 24:5-9.* Eran doce panes que se colocaban todas las semanas en dos filas de seis en el lugar santo. Sin duda eran una ofrenda simbólica para dar gracias a Dios por el don de los

alimentos. Estos panes se cambiaban todas las semanas, y los que se quitaban quedaban para los sacerdotes, que eran los únicos que los podían comer. En aquella ocasión, en su hambre, David y sus hombres tomaron y se comieron aquellos panes sagrados, y no cometieron ningún delito. Las exigencias de la necesidad humana tenían prioridad por encima de cualquier costumbre ritual.

(ii) Citó el trabajo del templo en sábado. El ritual del templo siempre implicaba trabajo —encender fuegos, matar y preparar animales, cargarlos para colocarlos encima del altar y un montón de cosas parecidas. Estos trabajos realmente se duplicaban los sábados, porque había doble número de ofrendas (cp. por ejemplo *Números 28:9).* Cualquiera de estas acciones habría sido ilegal que la hiciera cualquier persona en sábado. Encender un fuego, matar un animal, ponerlo sobre el altar habría supuesto quebrantar la Ley, y por tanto profanar el sábado. Pero para los sacerdotes era perfectamente legal hacer estas cosas, porque el culto del templo tenía que proseguir. Es decir: el culto que se ofrecía a Dios tenía prioridad sobre todas las leyes y normas del sábado.

(iii) Citó la palabra que Dios le dio al profeta Oseas: «Porque misericordia quiero y no sacrificios» *(Oseas 6:6).* Lo que Dios desea mucho más que los sacrificios rituales es la amabilidad, el espíritu que no reconoce otra ley que la que impulsa a responder a la llamada de la necesidad humana haciendo todo lo posible por ayudar.

En este incidente Jesús establece que la exigencia de la necesidad humana debe tener prioridad sobre todas las demás exigencias. Las exigencias del culto, del ritual, de la liturgia son importantes; pero la exigencia de la necesidad humana tiene prioridad sobre todas ellas.

Uno de los santos modernos de Dios es el padre George Potter, que de la ruinosa iglesia de San Crisóstomo en Peckham hizo un ejemplo luminoso de culto y de servicio cristiano. Para propiciar la obra fundó la Fraternidad de la Orden de la Santa Cruz, cuyo emblema era la toalla que se ciño Jesús para lavar los pies de Sus discípulos. No había ningún servicio que fuera demasiado vulgar para que los hermanos lo prestaran; su trabajo a favor de los marginados y de los chicos sin hogar con antecedentes delictivos o

potencial criminal está por encima de toda alabanza. El padre Potter tenía la idea más elevada del culto; y sin embargo, cuando estaba explicando la obra de la Fraternidad, escribió que cualquiera que quisiera hacer el triple voto de pobreza, castidad y obediencia: «no debe amohinarse si no puede llegar a vísperas en la fiesta de San Termógeno. Puede que esté sentado en una comisaría esperando a un "cliente"... No debe ser uno de esos tipos que llegan a la cocina jipiando porque se le ha acabado el incienso... Ponemos la oración y los sacramentos en primer lugar. Sabemos que nos hacen falta para hacer las cosas lo mejor posible; pero de hecho tenemos que pasar más tiempo al pie del Monte de la Transfiguración que en la cima.» Cuenta que llegó un candidato cuando él estaba a punto de darles a los chicos un tazón de cacao y meterlos en la cama. «Así es que le dije: "¿Quieres limpiar el cuarto de baño ahora que está mojado?" Se quedó tan alucinado que apenas pudo musitar: "¡Yo no esperaba tener que ir limpiando detrás de chicos sucios!" ¡Bien, bien! Su vida de servicio consagrado al Bendito Maestro duró sólo unos siete minutos. Ni siquiera deshizo las maletas.» Florence Allshorn, la gran directora del colegio de misioneras, habla del problema de la candidata que siempre descubre que su hora de devociones privadas es precisamente cuando hay que fregar cacharros grasientos con agua no muy caliente.

Jesús insistía en que el mayor servicio ritual es el de la necesidad humana. Es extraño pensar que, con la posible excepción de aquel día en la sinagoga de Nazaret, no tenemos evidencia de que Jesús dirigiera nunca un culto en toda Su vida en la Tierra, y sí tenemos abundante evidencia de que alimentó a los hambrientos y consoló a los tristes y atendió a los enfermos. El servicio cristiano no consiste fundamentalmente en seguir una liturgia o un ritual; es el servicio de la necesidad humana. El servicio cristiano no consiste en retirarse a un monasterio; es involucrarse en todos los problemas y tragedias y demandas de la situación humana.

—Eso es lo que queremos decir —o deberíamos querer decir— cuando decimos: «¡Vamos a servir al Señor!»

SEÑOR AUN DEL SÁBADO

Mateo 12:1-8 *(conclusión)*

Queda en este pasaje otra dificultad que no se puede resolver con absoluta seguridad. Está en la última frase: «El Hijo del Hombre es Señor del sábado.» Esto puede querer decir una de dos cosas.

(i) Puede querer decir que Jesús se presenta como Señor también del sábado, en el sentido de que Él puede usar el sábado como estime conveniente. Ya hemos visto que la santidad del ministerio del templo sobrepasaba y desplazaba las reglas y las leyes del sábado; Jesús acababa de presentarse como Uno que era mayor que el templo; por tanto, Él tenía perfecto derecho a omitir las leyes del sábado y hacer lo que estimara conveniente en sábado. Esa podríamos decir que es la interpretación tradicional de esta frase, pero presenta algunas dificultades reales.

(ii) En esta ocasión Jesús no estaba defendiéndose *a Sí mismo* de nada que hubiera hecho en sábado; estaba defendiendo a *Sus discípulos;* y la autoridad que subraya aquí no es tanto Su propia autoridad como la de la necesidad humana. Y hay que notar que, cuando Marcos cuenta este incidente, introduce otro dicho de Jesús como parte del clímax: «El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado» *(Marcos 2:27).*

A esto debemos añadir el hecho de que en hebreo y arameo la frase *hijo de hombre* no es corrientemente un título, sino otra manera de decir *un hombre.* Cuando los rabinos contaban una parábola, solían empezarla: «Hubo una vez un hijo del hombre que...» El salmista escribe: «¿Qué es *el hombre* para que Te acuerdes de él, o *el hijo del hombre* para que le visites?» *(Salmo 8:4).* Una y otra vez Dios se dirige a Ezequiel como *hijo de hombre:* «Me dijo: “Hijo de hombre, ponte sobre tus pies y hablaré contigo”» *(Ezequiel 2:1,6,8; 3:1,4,17,25).* En todos estos casos *hijo de hombre,* sin mayúsculas, quiere decir sencillamente *hombre.*

En los primeros y mejores manuscritos griegos del Nuevo Testamento, todo estaba escrito con mayúsculas. En estos manuscritos (llamados *unciales* precisamente por estar escritos con mayúsculas) no se puede decir cuándo se necesitan las mayúsculas. Por tanto, en Mateo 12:8 puede ser muy bien que *hijo de hombre* se deba poner con minúsculas, y que la frase no se refiera a Jesús, sino a cualquier hombre.

Si consideramos que en lo que Jesús estaba insistiendo era en el derecho de la necesidad humana; si recordamos que no estaba defendiéndose a Sí mismo, sino a Sus discípulos; si recordamos que Marcos nos dice que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado, entonces puede que concluyamos que lo que Jesús estaba diciendo era: «El ser humano no es el esclavo del sábado, sino su señor, y tiene derecho a usarlo para su propio bien.» Puede que Jesús estuviera reprendiendo a los escribas y los fariseos por esclavizarse a sí mismos y a sus semejantes con un montón de leyes tiránicas; y muy bien puede ser que estuviera estableciendo aquí el gran principio de la libertad cristiana, que se aplica al sábado como a todo lo demás de la vida.

LA LEY Y EL AMOR

Mateo 12:9-14

Jesús salió de allí y fue a la sinagoga de ellos. Y, fijaos: había allí un hombre que tenía un brazo paralítico. Y Le dijeron a Jesús:

—¿Está permitido sanar en sábado?

Eso Se lo preguntaron para encontrar algo de que acusarle. Y Jesús les contestó:

—¿Hay alguno de vosotros que, si se le cae una oveja a un pozo en sábado, no le eche mano y la saque? ¡Pues cuánto más valiosa es una persona que una oveja! Así que está permitido hacer una buena obra en sábado.

Y a continuación le dijo al del brazo paralítico:

—¡Extiende el brazo!

Y el hombre lo extendió, y se le quedó tan sano como el otro. Así que los fariseos se marcharon y tuvieron una consulta entre ellos para ver la manera de eliminar a Jesús.

Este incidente es un momento crucial en la vida de Jesús, en el que deliberada y públicamente quebrantó la ley del sábado; y el resultado fue una reunión de los dirigentes ortodoxos para buscar la manera de eliminarle.

No entenderemos la actitud de los ortodoxos a menos que entendamos la sorprendente seriedad con que tomaban la ley del

sábado. La ley prohibía todo trabajo el día del sábado, así que los judíos ortodoxos literalmente morirían antes de quebrantarla.

En los tiempos del levantamiento bajo Judas Macabeo, algunos judíos buscaron refugio en las cuevas del desierto. Antíoco mandó un destacamento de hombres a atacarlos; el ataque se hizo en sábado; y aquellos insurgentes judíos murieron sin hacer el menor gesto de lucha o de defensa, porque a ellos no les estaba permitido pelear en sábado. *1 Macabeos* nos cuenta que las fuerzas de Antíoco «les dieron la batalla a toda prisa. A pesar de que ellos no reaccionaban, ni siquiera arrojándoles una piedra ni cerrando los lugares en los que estaban escondidos; sino dijeron: "Muramos en nuestra inocencia: el Cielo y la Tierra testificarán a nuestro favor, que nos habéis dado la muerte injustamente." Así es que los atacaron en sábado, y los masacraron con sus mujeres y niños y ganado, un número como de un millar» *(1 Macabeos 2:31-38).* Hasta en una crisis nacional, los judíos no pelearían en sábado ni siquiera para salvar la vida ni para proteger a sus seres queridos.

Fue por cumplir la ley del sábado los judíos por lo que Pompeyo pudo tomar Jerusalén. En la antigua técnica militar era costumbre que los atacantes erigieran una estructura imponente por encima de las fortificaciones de la ciudad sitiada, desde cuya altura atacaban las defensas. Pompeyo construyó su terraplén un sábado, mientras los judíos se limitaban a mirar sin hacer nada para pararle. Josefo dice: «Si no hubiera sido por la costumbre, desde los días de nuestros antepasados, de descansar el séptimo día, ese terraplén no se habría completado nunca, por la oposición que los judíos habrían ofrecido; porque aunque nuestra ley nos daba permiso para defendernos contra los que empezaban a pelear contra nosotros y asaltarnos (esto era una concesión), sin embargo no nos permite oponernos a nuestros enemigos cuando están haciendo otra cosa» (Josefo: *Antigüedades 14.4.2).*

Josefo recuerda la sorpresa del historiador griego Agatárquides por cómo se le permitió capturar Jerusalén a Tolomeo Lagos. Agatárquides escribió: «Existe un pueblo llamado los judíos, que vive en una ciudad de las más fuertes, que sus habitantes llaman Jerusalén, y que tienen costumbre de descansar cada séptimo día; ese día no hacen uso de sus armas, ni trabajan el campo, ni se

ocupan de ninguno de los negocios de la vida, sino extienden sus brazos en sus lugares santos, y oran hasta la tarde. Ahora bien: Sucedió que cuando Tolomeo el hijo de Lagos llegó con su ejército a esa ciudad, aquella gente, cumpliendo su loca costumbre, en vez de guardar la ciudad permitieron que su país fuera sometido a un señor cruel; y se demostró claramente que su Ley les había impuesto una práctica estúpida. Este suceso enseñó a todos los hombres menos a los judíos a descartar tales sueños, y a no seguir semejantes sugerencias perezosas transmitida como una ley cuando en tal incertidumbre de razonamiento humano no saben lo que deben hacer» (Josefo *Contra Apión 1:22).* La observancia rigurosa de la ley del sábado por los judíos les parecía a las demás naciones sencillamente una locura, puesto que podía conducirlos a derrotas y desastres nacionales tan sorprendentes.

Era con esa actitud mental absolutamente inamovible con lo que se enfrentaba Jesús. La Ley prohibía expresamente curar en sábado. Es verdad que la Ley establecía expresamente que «todos los casos de peligro de muerte dejan en suspenso la ley del sábado.» Este era el caso particularmente de las enfermedades del oído, la nariz, el cuello y los ojos, pero aun entonces se establecía con igual claridad que se podían tomar medidas para que el paciente no se pusiera peor, pero no para mejorarle. Así es que se podía poner una venda en una herida, pero no se podían aplicar medicinas, etcétera.

En este caso no era cuestión de que la vida del paralítico estuviera en peligro; tampoco se podía suponer que estuviera peor al día siguiente. Jesús conocía la Ley; sabía lo que estaba haciendo; sabía que los fariseos le estaban observando y acechando; *y sin embargo sanó al hombre.* Jesús no estaba dispuesto a aceptar ninguna ley que impusiera el que una persona tuviera que sufrir, aunque fuera sin peligro de muerte, ni un momento más de lo necesario. Su amor a la humanidad sobrepasaba su respeto a la ley ritual.

EL DESAFÍO ACEPTADO

Mateo 12:9-14 *(conclusión)*

Jesús fue a la sinagoga, y allí estaba el hombre con el brazo paralítico. Nuestros evangelios no nos dicen nada más acerca de este hombre; pero el *Evangelio según los Hebreos,* que fue uno de los primeros evangelios pero que no consiguió entrar en el Nuevo Testamento, nos cuenta que vino a Jesús con la petición: «Yo era mampostero, y me ganaba la vida con las manos. Te pido, Jesús, que me devuelvas la salud para que no tenga que mendigar mi comida con vergüenza.»

Pero los escribas y los fariseos también estaban allí. No les importaba el hombre con el brazo paralítico; sólo les importaban las minucias de sus leyes y normas. Así es que le preguntaron a Jesús: «¿Está permitido curar en sábado?» Jesús conocía perfectamente bien la respuesta oficial a esa pregunta; sabía que, como ya hemos visto, a menos que hubiera peligro de muerte, la atención médica estaba prohibida, porque se consideraba un trabajo.

Pero Jesús era sabio. Si querían discutir acerca de la Ley, tenía habilidad para enfrentarse con ellos en su propio terreno. «Decidme —les dijo—, supongamos que uno tiene una oveja, y se le cae a un pozo en sábado. ¿Es que no la va a sacar del pozo?» Ese era, de hecho, un caso que la Ley preveía. Si un animal doméstico se caía a un pozo en sábado, la Ley permitía llevarle comida, lo que por otra parte ya era llevar una carga y prestar asistencia. «Así que —dijo Jesús— está permitido hacer una buena obra en sábado; y si está permitido hacerle un bien a una oveja, mucho más debe poder hacérsele a una persona, que es de mucho más valor que ningún animal.»

Jesús le dio la vuelta al argumento. «Si es legal hacer el bien en sábado —dijo—, entonces negarse a hacer bien está mal.» El principio básico de Jesús era que no hay tiempo que sea tan sagrado que no se pueda usar para ayudar a un semejante en necesidad. No se nos juzgará por el número de cultos a los que hayamos ido, ni de capítulos de la Biblia que hemos leído, ni siquiera por el número de horas que hemos dedicado a la oración, sino por el número de personas que hemos ayudado cuando su necesidad nos llamaba. A esto de momento, los escribas y los fariseos no podían contestar, porque su argumento les había rebotado en su contra.

Así es que Jesús sanó al hombre, y al sanarle le dio tres cosas.

(i) Le devolvió *la salud.* Jesús está vitalmente interesado en los cuerpos de las personas. Paul Tournier, en su libro *Diario de un médico,* tiene algunas cosas importantes que decir acerca de la curación y de Dios. El profesor Courvoisier escribió que la vocación médica es «un servicio para el que, los que son llamados, por medio de sus estudios y los dones naturales con los que el Creador los ha dotado... están especialmente capacitados para atender a los enfermos y curarlos. Ya sea que se den cuenta o no, o sean o no creyentes, esto es fundamental desde el punto de vista cristiano: que los médicos son, por su profesión, colaboradores de Dios.» «La enfermedad y la curación —decía el doctor Pouyanne— son actos de gracia.» «El médico es un instrumento de la paciencia de Dios,» escribe el pastor Alain Perrot. «La medicina es una dispensación de la gracia de Dios, Que en Su bondad tiene piedad de las personas y provee remedios para las malas consecuencias de sus pecados.» Calvino describe la medicina como un don de Dios. El que cura a las personas está ayudando a Dios. La cura de los cuerpos humanos es una tarea dada por Dios lo mismo que la cura de las almas; y el médico en el ejercicio de su profesión es tan siervo de Dios como el pastor en su iglesia.

(ii) Al devolverle Jesús a este hombre la salud, le devolvió también *el trabajo.* Sin trabajo, uno es un medio hombre; en el trabajo uno encuentra su satisfacción y a sí mismo. A lo largo del tiempo la inactividad puede ser tan insoportable como el dolor; y si se tiene trabajo, hasta la aflicción pierde por lo menos algo de su amargura. Una de las cosas más positivas que se pueden hacer por los demás es darles trabajo.

(iii) Al devolverle Jesús a este hombre la salud y el trabajo, le devolvió *la dignidad.* Podríamos añadir una nueva bienaventuranza: Bienaventurados los que devuelven a las personas la dignidad. Uno llega a ser otra vez una persona cuando, sobre sus dos piernas y con sus dos brazos, puede enfrentarse con la vida y subvenir con independencia sus propias necesidades y las de los que dependen de él.

Ya hemos dicho que este incidente era una crisis. Al final de él los escribas y los fariseos empezaron a programar la muerte de Jesús.

En cierto sentido, el mayor cumplido que se le puede hacer a una persona es perseguirla. Muestra que se la considera no sólo peligrosa, sino efectiva. La acción de los escribas y los fariseos es la medida del poder de Jesucristo. El verdadero Cristianismo se puede odiar, pero es algo que no se puede pasar por alto.

LAS CUALIDADES DEL SIERVO DEL SEÑOR

Mateo 12:15-21

Cuando Jesús Se enteró de lo que estaban tramando, se retiró de allí. Y Le seguía mucha gente, y Él los sanaba a todos, pero les insistía mucho en que no Le hicieran publicidad. Todo esto sucedía así en cumplimiento de la palabra que vino por medio del profeta Isaías, que dijo:

«¡Fijaos en Mi Siervo, Mi Elegido,
Mi Amado, en Quien Mi alma se deleita!
Pondré Mi Espíritu sobre Él,
y Él declarará a las naciones lo que es la justicia.
No se enfrentará con nadie, ni gritará,
ni se oirá Su voz por las calles.
No quebrará la caña cascada,
ni apagará el pabilo humeante,
hasta que envíe por doquier Su juicio triunfador,
y en Su nombre pongan los gentiles su esperanza.»

Dos cosas que encontramos aquí acerca de Jesús muestran que Él nunca confundió la temeridad con el coraje. En primer lugar, de momento se retiró. Todavía no había llegado la hora para una colisión frontal. Jesús tenía mucho que hacer antes que la Cruz le tomara en sus brazos. En segundo lugar, Él prohibía a la gente que Le rodeara de publicidad. Sabía demasiado bien cuántos falsos mesías habían surgido; sabía demasiado bien lo inflamable que era la gente. Si se difundía la idea de que había surgido Alguien con poderes maravillosos, seguro que surgiría una rebelión política y se perderían vidas innecesariamente. Jesús tenía que enseñar que el mesiazgo no consistía en un poder demoledor sino en un servicio sacrificial, no un trono sino una cruz, antes de que pudieran divulgar Su historia.

La cita que usa Mateo para compendiar la obra de Jesús es de *Isaías 42:1-4.* En cierto sentido es una cita curiosa, porque en primera instancia se refería a Ciro, el rey persa (cp. *Isaías 45:1).* La referencia original de la cita era que Ciro iba barriendo territorios con sus conquistas; y el profeta veía esas conquistas como parte del plan deliberado y definido de Dios. Aunque él no lo sabía, el persa Ciro era un instrumento de Dios. Además, el profeta veía a Ciro como un conquistador benigno, lo cual era en realidad. Pero aunque las palabras originales se refirieran a Ciro, el total cumplimiento de la profecía vino indudablemente en Jesucristo. En su día, el rey persa dominó el mundo oriental; pero el verdadero Señor de todo el mundo es Jesucristo. así que vamos a ver lo maravillosamente que Jesús cumplió esta profecía de Isaías.

(i) Él diría a las naciones lo que es la justicia. Jesús vino a traer *la justicia* a la humanidad. Los griegos definían *la justicia* como *dar a Dios y a los hombres lo que les es debido.* Jesús mostró a la humanidad cómo vivir de tal manera que tanto Dios como los seres humanos ocupan el lugar que les corresponde en nuestras vidas. Nos mostró cómo debemos comportarnos con Dios y con nuestros semejantes.

(ii) Él no se enfrentaría con nadie, ni gritaría de forma que se Le oyera por las calles. La palabra que se usa para *gritar* se usa corrientemente del ladrido de los perros, el graznido de los cuervos, el escándalo de los borrachos, la bronca de la audiencia descontenta en el teatro. Quiere decir que Jesús no Se pelearía con la gente. Ya conocemos los enfrentamientos de los partidos rivales en los que cada uno trata de superar con sus gritos los del otro. El odio de los teólogos, *odium theologicum,* es una de las tragedias de la historia de la Iglesia Cristiana. Ya tenemos bastante con las peleas de los políticos y sus ideologías, y con todos los tipos de *oposiciones* características de la «cultura» española. En Jesús se da la callada, inalterable serenidad del Que busca conquistar mediante el amor y no por logomaquia o demagogia.

(iii) No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo humeante. La caña puede que esté astillada y no pueda mantenerse erguida, y haya que sujetarla o vendarla; el pábilo puede que no dé más que una luz «melancólica» como el del quinqué de Espronceda, porque

esté quemado o falto de combustible, y haya que recortarlo o alimentarlo. El testimonio de una persona puede que sea vacilante y débil; la luz de su vida puede que sea parpadeante; pero Jesús no vino para desanimar, sino para animar. No trata con desprecio al débil, sino con comprensión; no extingue la llama vacilante, sino la cuida para que dé una luz más fuerte y brillante.

(iv) En Él pondrán los gentiles su esperanza. Con Jesús vino al mundo una invitación, no a una sola nación, sino a toda la humanidad, a participar del amor de Dios y aceptarlo. En Él Dios se acerca a cada cual con el ofrecimiento de Su amor.

BRECHA EN LAS DEFENSAS DE SATÁN

Mateo 12:22-29

> *Entonces Le llevaron a Jesús a un endemoniado, ciego y mudo; y Él le curó totalmente, de manera que el que antes estaba ciego y mudo podía ver y hablar. La gente estaba alucinada de admiración, y decía:*
>
> *—¿No será Éste el Hijo de David?*
>
> *Pero los fariseos dijeron cuando lo oyeron:*
>
> *—La única manera en que puede este tipo expulsar a los demonios es con la ayuda de Belzebul, el príncipe de los demonios.*
>
> *Cuando Jesús vio lo que estaban pensando, les dijo:*
>
> *—Cualquier reino que ha llegado a un estado de división interna, se desintegra; y cualquier ciudad o región que ha llegado a un estado de división contra sí misma, desaparece. Si Satanás está arrojando a Satanás, es que está dividido contra sí mismo. ¿Cómo se va a mantener su reino entonces? Además, si Yo arrojo los demonios con el poder de Belzebul, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Ellos los arrojan, y por tanto ellos serán los que demuestren vuestra hipocresía al acusarme a Mí. Pero si Yo arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, eso prueba que el Reino de Dios ha venido a vosotros. Porque, ¿cómo va a poder nadie entrar en la casa de un hombre fuerte y apoderarse de sus bienes si no le ata antes? Entonces será cuando pueda desvalijarle la casa.*

En el mundo oriental no eran solamente las enfermedades mentales y psicológicas las que se les atribuían a los demonios y diablos; todas las enfermedades se achacaban a su poder maligno. Era corriente recurrir al exorcismo; y de hecho era eficaz con frecuencia.

No hay nada sorprendente en eso. Cuando se cree en la posesión diabólica, es fácil convencerse de que se está poseído; y una vez que se cae en esa sugestión, los síntomas se presentan automáticamente. También entre nosotros uno puede provocarse un dolor de cabeza, o convencerse de que tiene síntomas de una

determinada enfermedad. Cuando una persona bajo ese estado de sugestión se encontraba con un exorcista en el que tenía confianza, a menudo se disipaba la sugestión y se producía la cura. En tales casos, si una persona estaba convencida de que se había curado, se había curado.

En este pasaje Jesús curó a un hombre que estaba ciego y sordo, y cuyo mal se atribuía a posesión diabólica. La gente se maravilló. Empezaron a preguntarse si este Jesús no podría ser el prometido y esperado Hijo de David, el gran Salvador y Libertador. Si aún les quedaban dudas era porque Jesús no se parecía nada al retrato robot del Hijo de David que todos tenían en la cabeza. No era un príncipe glorioso con pompa y séquito; no iba acompañado de choque de espadas ni de ejércitos con banderas; no se presentaba con señales del cielo llamando a los hombres a la batalla; era un sencillo carpintero de Galilea con palabras de sabiduría benigna y serena, en Cuyos ojos brillaba sólo la compasión, y en Cuyas manos no había más armas que el extraño toque sanador.

Los escribas y los fariseos estaban observándolo todo con astucia. Tenían la solución del problema: Jesús expulsaba los demonios porque estaba en liga con el príncipe de los demonios. Y Jesús dio una triple respuesta a aquella acusación.

(i) Si estaba expulsando los demonios con la ayuda del príncipe de los demonios, eso no podía querer decir nada más que que había un cisma en el reino de los demonios. Si el príncipe de los demonios estaba prestando su poder para la destrucción de sus propios agentes demoníacos, entonces había una guerra civil en el reino del mal, y estaba condenado a desaparecer. Una casa o ciudad o distrito no pueden sobrevivir cuando están divididos contra sí mismos. La disensión interior es el fin del poder. Así que, si los escribas y los fariseos tenían razón, los días de Satanás estaban contados.

(ii) Tratamos del tercer argumento de Jesús antes del segundo porque hay tanto que decir del segundo que queremos tratarlo por separado. Jesús dijo: «Si Yo estoy expulsando demonios —y eso es algo que no podéis negar—, eso quiere decir que he invadido el territorio de Satanás, y que estoy desvalijando sus fortalezas. Está claro que no se puede entrar en la casa de un hombre poderoso si

antes no se le ata y se le deja indefenso. Por tanto, el hecho de que he sido capaz de invadir el territorio de Satanás con éxito es la demostración de que está atado y no tiene poder para resistir.» La escena del hombre fuerte que es atado está tomada de *Isaías 49:24-26.*

Hay una pregunta que este argumento nos hace querer hacer. ¿Cuándo fue atado el fuerte armado? ¿Cuándo fue encadenado el príncipe de los demonios de forma que Jesús pudiera desmantelar sus defensas? Puede que esa pregunta no tenga respuesta; pero si la tiene, no puede ser otra que que Satanás fue atado por Jesús en las tentaciones del desierto.

A veces sucede que, aunque un ejército no está totalmente fuera de combate, sufre tal derrota que su potencial de lucha ya no es lo que era antes. Ha sufrido pérdidas tan considerables, ha perdido la confianza hasta tal punto que ya no podrá tener la potencia de antes. Cuando Jesús arrostró al tentador en el desierto y le derrotó, sucedió algo tremendamente importante. Satanás se enfrentó por primera vez con Alguien a Quien todas sus asechanzas no podían seducir, ni conquistar todos sus asaltos. Desde entonces Satanás ya no volvió a ser el mismo poder invencible de las tinieblas; es el poder derrotado del pecado. Sus defensas están desmanteladas; todavía no está conquistado, pero ya no es invencible, y Jesús puede ayudar a los Suyos a obtener la victoria que Él ganó.

LOS EXORCISTAS JUDÍOS

Mateo 12:22-29 *(conclusión)*

(iii) Ahora llegamos al segundo argumento de Jesús, que era que los judíos también practicaban el exorcismo; había judíos que expulsaban demonios y realizaban curaciones. Si Jesús estaba practicando exorcismos porque estaba aliado con el príncipe de los demonios, entonces los judíos estarían en el mismo caso, porque trataban de la misma manera las enfermedades y tenían, por lo menos a veces, el mismo resultado. Vamos a mirar las costumbres y los métodos de los exorcistas judíos, que nos presentan un sorprendente contraste con los de Jesús.

Josefo, un historiador de solvencia reconocida, dice que el poder de expulsar demonios era parte de la sabiduría de Salomón, y nos

describe un caso que él mismo presenció (Josefo: *Antigüedades 8.2.5):* «Dios también permitió que Salomón aprendiera la habilidad de expulsar demonios, que es una ciencia útil y que devuelve la salud a las personas. Salomón también componía encantamientos para aliviar la destemplanza. Y dejó técnicas de realizar exorcismos para expulsar demonios de forma que no vuelvan, y este método de cura sigue teniendo una gran vigencia; porque yo he visto a uno de mi propio país, que se llamaba Eleazar, que liberaba a los endemoniados en presencia de Vespasiano, y sus hijos, y sus capitanes, y toda la multitud de sus soldados. La forma de cura era la siguiente: Ponía un anillo que contenía una raíz de las que mencionaba Salomón en las fosas nasales del poseso, tras lo cual sacaba al demonio por la nariz del paciente; y cuando este caía al suelo inmediatamente, conjuraba al demonio para que no volviera, mencionando a Salomón y recitando los encantamientos que él compuso. Y cuando Eleazar quería convencer y persuadir a la audiencia de que tenía tal poder, colocaba a cierta distancia una palangana o un cacharro de agua, y mandaba al demonio que lo volcara, para que el público supiera que había salido de la persona; y de esta manera se mostraba manifiestamente la habilidad y la sabiduría de Salomón.» Aquí tenemos un ejemplo del método judío, y de toda la parafernalia de la magia. ¡Qué diferente de la sencilla palabra de poder que Jesús simplemente pronunciaba!

Josefo tiene más información sobre cómo actuaban los exorcistas judíos. Una cierta raíz se usaba mucho en los exorcismos. Josefo nos lo cuenta: «En el valle de Maqueronte hay una cierta raíz que toma de él su nombre. Su color es como el de una llama, y por la tarde despide una especie de rayos como relámpagos. No es fácil de adquirir, porque se retrae de las manos, ni se deja atrapar sin más hasta que se le echa la orina de una mujer o su sangre menstrual; sí, y hasta entonces produce la muerte a los que la tocan, a menos que uno la tome y se la cuelgue de la mano para llevársela. También hay otra manera de tomarla sin peligro, y es la siguiente: se cava una cerca alrededor hasta que la parte oculta de la raíz sea muy pequeña; entonces se la ata a un perro, y cuando este trata de seguir al que le ató, saca la raíz con facilidad, aunque el perro muere en el acto, como si fuera en lugar del hombre que

quería llevarse la planta; después ya no hay por qué tener miedo de cogerla en la mano. Pero después de tanto trabajo para cogerla, no sirve nada más que por la virtud que posee, si se la lleva a una persona enferma, para expulsar lo que llamamos los demonios» (Josefo: *Guerras de los judíos 7.6.3).* ¡Qué diferencia tan incalculable había entre la palabra de poder de Jesús, y esas artes de hechicería que usaban los exorcistas judíos!

Podemos añadir otra ilustración sobre los exorcismos judíos. Se encuentra en el libro apócrifo o deuterocanónico de *Tobías.* El ángel le dijo a Tobías que se casara con Sara, la hija de Ragüel, que era una joven muy hermosa y con una gran dote y una buena mujer; pero se había casado sucesivamente con siete hombres, que murieron todos la noche de bodas, porque había un demonio que estaba enamorado de Sara y que no dejaba que nadie se le acercara. Tobías tenía miedo, pero el ángel le dijo: «La noche que entres en la cámara nupcial, lleva cenizas aromáticas, y ponlas encima del corazón y el hígado del pez, y haz humo con todo; y el diablo huirá cuando lo huela, y ya no volverá más» *(Tobías 6:16).* Tobías lo hizo, y el demonio se desvaneció para siempre *(Tobías 8:1-4).*

Esas eran las cosas que hacían los exorcistas judíos; y, como suele pasar, eran simbólicas. La gente buscaba la liberación de los males y los dolores de la humanidad en la magia y en los encantamientos. Puede que hasta estas cosas, por la misericordia de Dios, produjeran alivio por algún tiempo; pero en Jesús vino la Palabra de Dios con su sereno poder para traerles a los seres humanos la liberación definitiva que buscaban ansiosa y hasta desesperadamente, y que hasta que llegó no habían podido encontrar nunca.

Una de las cosas más interesantes de este pasaje es el dicho de Jesús: «Si es por el Espíritu de Dios como Yo expulso los demonios, entonces es que el Reino de Dios ha venido a vosotros» (versículo 28). Es significativo que la señal de la venida del Reino no eran iglesias llenas ni grandes campañas de avivamiento, sino *la derrota del dolor.*

LA NEUTRALIDAD IMPOSIBLE

Mateo 12:30

> *El que no está conmigo, está en contra de Mí; y el que no recoge conmigo, no hace más que esturrear.*

La figura de *recoger* y *esturrear* puede proceder de uno de dos trasfondos. De la *cosecha:* el que no colabora en la recogida de la cosecha está dispersando el grano de forma que no se pueda recuperar; o puede venir del *pastoreo:* el que no ayuda a mantener el rebaño a salvo llevándolo al redil lo está descarriando y exponiendo a los múltiples peligros que acechan en los descampados.

En esta sola frase impactante Jesús establece la imposibilidad de mantener la neutralidad. W. C. Allen escribe: «En esta guerra contra las fortalezas de Satanás hay dos lados, con Jesús o en contra de Él, recogiendo con Él o desparramando con Satanás.» Podemos usar una analogía muy sencilla. Podemos aplicar este dicho a la iglesia o a nosotros mismos. *Si nuestra presencia no fortalece la Iglesia, entonces nuestra ausencia la debilita.* No hay término medio. En todas las cosas tenemos que escoger un bando; decidir no escoger, aplazar la decisión, no son una salida; porque el rehusar ayudar a un bando es en realidad prestar apoyo al contrario.

Hay tres cosas que hacen que una persona busque esta imposible neutralidad.

(i) Está la simple *inercia de la naturaleza humana.* Es verdad que lo único que quieren muchos es que los dejen en paz. Se esconden automáticamente de todo lo que suponga un compromiso, y toda decisión lo es.

(ii) Está la simple *cobardía de la naturaleza humana.* muchos rechazan el camino de Cristo porque tienen miedo de asumir las demandas que el Cristianismo impone. Lo que básicamente los detiene es el temor a lo que digan los demás. La voz del prójimo les llega con más fuerza que la voz de Dios.

(iii) Está la simple *flojera de la naturaleza humana.* La mayor parte de las personas prefieren el camino trillado a la aventura, y más cuando se van haciendo mayores. La aventura siempre supone un desafío; Cristo nos presenta el desafío de la aventura con Él, y la respuesta que recibe muchas veces es que preferimos la comodidad de la inactividad egoísta.

El dicho de Jesús —«El que no está conmigo, está en contra de Mí»— nos presenta un problema, porque tanto Marcos como Lucas contienen un dicho que parece querer decir lo contrario: «El que no está en contra de nosotros está con nosotros» *Marcos 9:40; Lucas 9:50).* Pero no son tan contradictorios como parecen. Hay que fijarse que Jesús dijo el segundo cuando Sus discípulos llegaron diciéndole que habían visto a uno que expulsaba demonios en Su nombre, y se lo habían prohibido, porque no era de su compañía. Así que se ha hecho una sugerencia muy convincente. «El que no está conmigo está en contra de Mí» es una prueba que debemos aplicarnos a *nosotros mismos.* ¿Estoy yo de veras en el lado de Jesús, o estoy tratando de vivir mi vida en un estado de neutralidad cobarde? «El que no está en contra de nosotros está con nosotros» es una prueba que debemos aplicar a *otros.* ¿Soy yo dado a condenar a cualquiera que no participa de mi teología y culto y liturgia e ideario? ¿Estoy limitando el Reino de Dios a los que piensan como yo?

El dicho de este pasaje es una prueba que nos debemos aplicar a nosotros mismos; el de *Marcos* y *Lucas* es una prueba que podemos aplicar a los demás; porque debemos tratarnos a nosotros mismos con seriedad, y a los demás con tolerancia.

EL PECADO QUE EXCLUYE EL PERDÓN

Mateo 12:31-33

> *Por eso es por lo que os digo que a las personas se les podrá perdonar todo pecado y toda blasfemia; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará. Si uno dice algo contra el Hijo del Hombre, se le podrá perdonar; pero al que diga algo contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero. O se supone que el árbol es bueno y su fruto es bueno, o se supone que el árbol está podrido y su fruto está podrido. Porque un árbol se conoce por sus frutos.*

Es alucinante encontrar una referencia a un pecado imperdonable en los labios de Jesús el Salvador de la humanidad. Tanto es así que algunos han tratado de limar la agudeza del carácter definitivo del significado. Lo toman como un ejemplo de la manera gráfica oriental de hablar como, por ejemplo, cuando Jesús dijo que uno

tiene que *odiar* padre y madre para ser de veras Su discípulo; y que no se ha de entender en todo su terrible sentido literal, sino simplemente en el sentido de que el pecado contra el Espíritu Santo es de suma gravedad.

Esa interpretación se apoya con las citas de algunos pasajes del Antiguo Testamento: «Pero la persona que haga algo con soberbia, sea el natural o el extranjero, ultraja al Señor; esa persona será eliminada de en medio de su pueblo. Por cuanto tuvo en poco la palabra del Señor y menospreció Su mandamiento, esa persona será eliminada por completo y su pecado caerá sobre ella» *(Números 15:30s).* «Por tanto Yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de su casa no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas» *(1 Samuel 3:14).* «Esto fue revelado a mis oídos de parte del Señor de los ejércitos: "Este pecado no os será perdonado hasta que muráis," dice el Señor Dios de los ejércitos» *(Isaías 22:14).*

Se pretende que estos textos dicen exactamente lo mismo que Jesús dice aquí, y que están simplemente haciendo hincapié en la gravedad del pecado en cuestión. Sólo podemos decir que estos textos del Antiguo Testamento no tienen el mismo aire ni tampoco producen la misma impresión. Hay algo mucho más alarmante al oír lo que dice acerca del pecado que no tiene perdón el Que es la encarnación del amor de Dios.

Hay una parte de este dicho que es por demás alucinante. En la Reina-Valera se presenta a Jesús diciendo que el pecado contra el Hijo del Hombre es perdonable, mientras que el pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable. Si tomamos esas palabras al pie de la letra no cabe duda que es un dicho difícil. Mateo ya ha dicho que Jesús es la piedra de toque de toda verdad *(Mateo 10:32s);* y es difícil comprender dónde está la diferencia entre los dos pecados.

Pero bien puede ser que aquí no se comprendió lo que Jesús quería decir. Ya hemos visto (cp. la explicación de *Mateo 12:1-6)* que la frase hebrea *un hijo de hombre* quiere decir lo mismo que *un hombre,* y que los judíos usaban esta frase cuando se referían a *cualquier persona.* Cuando nosotros diríamos: «Había un hombre...», los rabinos decían: «Había un hijo de hombre...» Puede ser que lo que dijera Jesús fuera: «Si uno dice algo contra *una*

persona, se le puede perdonar; pero si dice algo contra el Espíritu Santo, no se le perdonará.»

Es completamente posible que malentendamos a un mero mensajero humano de Dios; pero no podemos malentender —excepto deliberadamente— lo que Dios nos dice por medio de Su propio Espíritu Santo. Un mensajero humano siempre está expuesto a la confusión; pero el Mensajero divino habla tan claramente que solo se Le puede malentender cuando no se Le quiere entender. Esta interpretación hace este dicho más comprensible, si consideramos que la diferencia entre los dos pecados está en que uno es contra un mensajero humano de Dios, lo cual ya es bastante serio pero no imperdonable, y un pecado contra el Mensajero divino, que es totalmente intencionado y que, como veremos, puede llegar a ser imperdonable.

LA CONCIENCIA PERDIDA

Mateo 12:31-33 *(conclusión)*

Tratemos ahora de entender lo que quería decir Jesús con el pecado contra el Espíritu Santo. Tenemos que tener en cuenta que Jesús no estaba hablando del Espíritu Santo *en el pleno sentido cristiano del término.* Eso habría sido imposible, porque tenía que llegar Pentecostés para que el Espíritu Santo viniera sobre los creyentes en todo Su poder y luz y plenitud. Tenemos que interpretar este dicho a la luz de las concepción *judía* del Espíritu Santo.

Según la enseñanza judía, el Espíritu Santo tenía dos funciones supremas. La primera, el Espíritu Santo traía la verdad de Dios a las personas; la segunda, el Espíritu Santo capacitaba a las personas a reconocer y comprender esa verdad cuando les llegaba. Así que una persona, según los judíos, necesitaba al Espíritu Santo tanto para recibir como para reconocer la verdad de Dios. Podríamos decirlo de otra manera: *El Espíritu de Dios le ha dado a la persona una facultad que le permite reconocer la bondad y la verdad cuando las ve.*

Ahora debemos dar otro paso en nuestro intento de comprender lo que quería decir Jesús. *Una persona puede perder una facultad si se niega a usarla.* Esto es verdad en cualquier esfera de la vida. Es

verdad físicamente: si se dejan de usar ciertos músculos, se atrofian. Es verdad intelectualmente: muchas personas llegaron a saber algo de latín o de trigonometría, por ejemplo, cuando iban al instituto; pero lo han olvidado casi completamente porque no lo han practicado. Es verdad de cualquier clase de percepción: uno puede perder el gusto por la música clásica si no escucha nada más que música barata; puede perder la capacidad de la lectura si no lee nada que valga la pena; puede perder la facultad de disfrutar de un placer limpio y sano si no cultiva nada más que los que ensucian y degradan.

Por tanto una persona puede perder la capacidad de reconocer la bondad y la verdad cuando las vea. Si mantiene cerrados los ojos y los oídos a las cosas de Dios; si no hace más que volverle la espalda a los mensajes que Dios le envía; si no ocupa la mente nada más que en sus propias ideas, negándoles la entrada a las que Dios quiere sugerirle... al final acabará por no poder reconocer la verdad y la belleza y la bondad de Dios cuando las vea. Llegará a un estado en que su propio mal le parecerá el bien, y el bien de Dios le parecerá el mal.

Este era el estado en que se encontraban aquellos escribas y fariseos. Habían permanecido ciegos y sordos tanto tiempo a la dirección y a las sugerencias del Espíritu de Dios, y se habían empecinado tanto y tanto tiempo en su propio camino que habían acabado por no reconocer la verdad y la bondad de Dios cuando las veían. Podían estar viendo la bondad de Dios en Persona, y llamarla la personificación del mal; podían estar viendo al Hijo de Dios, y llamarle aliado de Satanás. El pecado contra el Espíritu Santo consiste en rechazar la voluntad de Dios tan insistentemente que se acaba por no reconocerla cuando se nos despliega a la luz del día.

¿Por qué ha de ser *imperdonable* ese pecado? ¿Qué lo distingue tan terriblemente de otros pecados? La respuesta es sencilla. *Cuando se llega a ese estado, el arrepentimiento es imposible.* Si una persona no puede reconocer la bondad cuando la ve, no la puede desear. Si no se reconoce el mal como mal, no se puede lamentar ni desear evitarlo. Y si no se puede, aunque sea con fracasos, amar el bien y aborrecer el mal, entonces uno no se puede arrepentir; y si no se puede arrepen tir, no se le puede perdonar,

porque el arrepentimiento es la única condición del perdón. Ahorraría muchas angustias el que la gente se diera cuenta de que una persona que no puede haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo es la que tiene temor de haberlo cometido, porque el pecado contra el Espíritu Santo se puede describir como la pérdida de todo sentido del pecado.

A ese estado era al que habían llegado aquellos escribas y fariseos. Habían pasado tanto tiempo haciéndose los sordos y ciegos a Dios que habían perdido la facultad de reconocerle cuando se encontraban cara a cara con Él. No es que Dios los hubiera desterrado de los límites del perdón, sino que ellos mismos se habían excluido. Años de resistencia a Dios los habían vuelto así.

Aquí hay una advertencia terrible. Debemos tener en cuenta a Dios todos nuestros días para que no se nos atrofie la sensibilidad, ni ensordezca el oído espiritual. Es ley de vida que no oiremos nada más que lo que queramos oír, o nos hayamos capacitado para oír.

Se cuenta de un campesino que estaba en la oficina de un amigo, en medio de todo el ruido del tráfico y el tráfago de la ciudad, y le dijo de pronto: «¡Escucha!» «¿Qué?» le preguntó el amigo de la ciudad. «¡Un grillo!», le contestó el campesino. Tenía los oídos habituados a los sonidos del campo que no podían percibir los del de la ciudad. Por otra parte, el tintineo de una moneda al caer a la acera habría hecho que muchos pares de ojos localizaran el punto, y habría pasado inadvertido para el campesino, que tal vez no lo habría oído nunca antes. Sólo el experto, el que se ha habituado a oírlo, puede reconocer el canto característico de cada ave en el concierto del bosque. Sólo el experto que ha entrenado el oído distingue los sonidos de los diferentes instrumentos de la orquesta hasta el punto de poder localizar el fallo de una nota solitaria que ha salido de los segundos violines.

Es ley de vida que oímos lo que nos hemos entrenado a oír; Día a día debemos escuchar a Dios, para que día a día se nos haga Su voz, no cada vez más tenue, hasta que lleguemos a no poder percibirla, sino cada vez más clara, de forma que sea el sonido al que tengamos los oídos más sintonizados.

Así que Jesús acaba con el desafío: «Si he hecho una buena obra, debéis reconocer que soy un hombre bueno; si he hecho una

mala obra, entonces podéis pensar que soy malo. No podéis saber cómo es un árbol nada más que por la calidad de sus frutos, ni el carácter de una persona si no es por sus obras.» Pero, ¿y si uno se ha vuelto tan ciego para Dios que no puede reconocer la bondad cuando la ve?

CORAZONES Y PALABRAS

Mateo 12:34-37

> *¡Raza de víboras! ¿Cómo vais a decir vosotros nada bueno siendo tan malos como sois? Porque es lo que rebosa el corazón lo que sale por la boca. Una buena persona saca cosas buenas del buen almacén; y una mala persona saca cosas malas de su mal almacén. Os aseguro que de todo lo inútil que haya dicho la gente tendrá que dar cuenta el Día del Juicio; porque por tus palabras se te exculpará, y por tus palabras se te inculpará.*

No es extraño que Jesús eligiera hablar aquí de la tremenda responsabilidad de las palabras dichas. Los escribas y los fariseos acababan de decir las cosas más terribles. Habían puesto su mirada en el Hijo de Dios, y Le habían llamado aliado del diablo. Tales palabras habían sido realmente terribles. Así es que Jesús estableció dos leyes.

(i) Se puede ver cómo está el corazón por las cosas que dice. Hace mucho tiempo ya dijo el dramaturgo griego Menandro: «El carácter de una persona se conoce por sus palabras.» Lo que hay en el corazón no puede salir a la superficie nada mas que a través de los labios; y una persona no puede producir a través de sus labios nada más que lo que tiene en el corazón. No hay nada que sea más revelador que las palabras. No nos hace falta hablar largamente con una persona para darnos cuenta de si tiene una mente limpia o sucia; no tenemos que escucharle mucho tiempo para descubrir si tiene una mente amable o cruel; no tenemos que oírle mucho a uno que se dedica a predicar o a enseñar o a dar conferencias para descubrir si tiene una mente clara o confusa. Estamos revelando constantemente lo que somos por lo que decimos.

(ii) Jesús estableció que una persona tendría que dar cuenta especialmente de sus palabras *inútiles.* La palabra que se usa aquí para inútil es *aergós; érgon* es la palabra griega para *obra;* y el prefijo *a* quiere decir *sin; aergós* describe lo que *no está destinado a producir ningún efecto.* Se usa, por ejemplo, de un árbol estéril, de tierra en barbecho, del día de sábado en el que no se puede hacer ninguna obra, de una persona perezosa. Jesús estaba diciendo algo que es profundamente cierto. De hecho hay dos grandes verdades aquí.

(*a*) Son las cosas que uno dice sin darse cuenta, las palabras que se le escapan cuando no hay barreras convencionales, las que muestran de veras cómo es. Como lo expresa Plummer: «Las palabras que se dicen cuidadosamente puede que sean una hipocresía calculada.» Cuando una persona está en guardia conscientemente, pondrá cuidado en lo que dice y en cómo lo dice; pero cuando no está en guardia, sus palabras revelan su carácter. Es totalmente posible que los pronunciamientos públicos de una persona sean correctos y nobles, y que su conversación privada sea áspera y desabrida. En público se escoge cuidadosamente lo que se dice; en privado se despiden los centinelas y cualquier palabra sale por el puesto de guardia de los labios. Así sucede con la ira: puede que uno diga cuando está enfadado lo que piensa de veras y ha querido decir muchas veces, pero se lo ha impedido el frío control de la prudencia. Muchas personas son un modelo de encanto y de cortesía en público, cuando saben que los están observando y son especialmente cuidadosos con sus palabras; mientras que en su propia casa son un ejemplo terrible de irritabilidad, sarcasmo, mal genio, crítica y quejiconería porque no hay nadie que lo vea u oiga. Es humillante —y alertante— el recordar que las palabras que muestran lo que somos son las que se nos escapan cuando tenemos la guardia baja.

(*b*) A menudo son esas las palabras que hacen más daño. Puede que se diga cuando se está descontrolado lo que no se diría nunca cuando se está controlado. Puede que diga después que no era aquello lo que quería decir; pero eso no le libera de la responsabilidad de haberlo dicho; y el hecho de haberlo dicho deja a menudo una herida que no se cura con nada, y levanta una barrera

que ya no se puede eliminar. Puede que uno diga cuando está relajado algo ofensivo y cuestionable que no diría nunca en público —y eso es precisamente lo que se alberga inolvidablemente en la memoria de alguien. Pitágoras, el gran filósofo griego, decía: «Antes lanza una piedra al azar, que una palabra.» Una vez que se ha dejado escapar una palabra ofensiva o sucia, nada la hará volver atrás; y seguirá una trayectoria de daño por dondequiera que vaya.

Que cada uno se examine a sí mismo. Que examine sus palabras para descubrir el estado de su corazón. Y que tenga presente que Dios no le juzgará por las palabras que diga cuidadosa e intencionadamente, sino por las que se le escapen cuando no haya restricciones convencionales y suban borbollando a la superficie los verdaderos sentimientos del corazón.

LA SEÑAL ÚNICA

Mateo 12:38-42

> *Entonces Le dijeron unos escribas y fariseos:*
>
> *—Maestro, queremos que nos des alguna señal acerca de Ti mismo.*
>
> *—La generación que demanda una señal es malvada y apóstata —les contestó Jesús—. No se le dará más señal que la del profeta Jonás. Porque, como estuvo Jonás tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará en el corazón de la Tierra tres días y tres noches. En el Juicio, las gentes de Nínive darán testimonio contra esta generación y demostrarán su culpabilidad; porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás, y fijaos, aquí está Uno que es más que Jonás. La reina del Sur se levantará en el Juicio contra esta generación y la inculpará: porque ella vino desde el fin del mundo para escuchar la sabiduría de Salomón, y fijaos, aquí está Uno que es más que Salomón.*

«Los judíos —dijo Pablo— demandan señales» *(1 Corintios 1:22).* Era característico de los judíos eso de pedir señales y milagros de los que pretendían ser mensajeros de Dios. Era como si dijeran: «Presenta tus credenciales haciendo algo extraordinario.» Edersheim cita un pasaje de las historias rabínicas para ilustrar la

clase de cosa que esperaba del Mesías la opinión popular: «Cuando le preguntaban a un rabino sus discípulos acerca de la venida del Mesías, él respondía: “Me temo que también me vais a exigir a mí una señal.” Y cuando le prometían no hacerlo, les decía que la puerta de Roma se caería y se reconstruiría, y caería otra vez y ya no habría tiempo para restaurarla antes que viniera el Hijo de David. Ellos le seguían insistiendo, aunque él se resistía a decirles una señal. Se les dio una señal: que las aguas que salían de la cueva de Banías se volverían sangre.

»Otra vez, cuando desafiaban la enseñanza de rabí Eliezer, él adujo ciertas señales. En primer lugar, un algarrobo se trasladó de su sitio cuando él se lo mandó cien codos, según algunos, y cuatrocientos según otros. Después, los canales de agua empezaron a correr hacia atrás. Las paredes de la academia se inclinaron hacia adelante, y solo se detuvieron a la orden de otro rabino. Por último, Eliezer exclamó: “Si la Ley es como yo la enseño, que el Cielo lo demuestre.” Y se oyó una voz del cielo que decía: “¿Por qué os metéis vosotros con rabí Eliezer? Porque la instrucción es como él la enseña.”»

Esa era la clase de señal que querían los judíos, porque eran culpables de un error fundamental: querían ver a Dios en lo *anormal;* olvidaban que no estamos nunca más cerca de Dios, y Dios no Se nos muestra tanto y tan continuamente como en las cosas normales de cada día.

Jesús dijo que eran una generación malvada y *adúltera.* La palabra *adúltera* no hay que tomarla literalmente; quiere decir *apóstata.* Detrás de ella hay una figura favorita de la literatura profética del Antiguo Testamento. La relación entre Dios e Israel se concebía como un vínculo matrimonial con Dios como marido e Israel como esposa. Por tanto, cuando Israel era infiel y les daba su amor a otros dioses, se decía que la nación había cometido adulterio y se había prostituido con dioses extranjeros. *Jeremías 3:6-11* es un pasaje típico. Allí se dice que la nación ha subido a todos los montes altos, y se ha tendido bajo todos los árboles frondosos para hacer de ramera. Hasta cuando Dios se había divorciado de Israel por sus infidelidades, Judá no se dio por enterada y se prostituyó. Sus prostituciones habían contaminado la

tierra, y ella había cometido adulterio con la roca y el árbol, es decir, con ídolos de piedra y de madera. Así se describe algo aún peor que el adulterio físico: la infidelidad que es el origen de todo pecado físico o espiritual.

Jesús dice que la única señal que se le dará a esa nación es *la señal del profeta Jonás.* Aquí se nos presenta un problema. Mateo dice que la señal consiste en que, como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, el Hijo del Hombre estará en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Hay que notar que estas no son las palabras de Jesús, sino la explicación del evangelista. Cuando Lucas relata este incidente *(Lucas 11:29-32)* no hace referencia a que Jonás estuviera en el vientre de la ballena. Sólo que Jesús dijo: «Porque como Jonás fue una señal para la gente de Nínive, así lo será el Hijo del Hombre para esta generación» *(Lucas 11:30).*

El hecho es que Mateo entendió equivocadamente el sentido de lo que dijo Jesús; y cometió una extraña equivocación, porque Jesús no estuvo en el corazón de la Tierra tres noches, sino solo dos: fue sepultado la noche del primer Viernes Santo, y resucitó la mañana del primer Domingo de Resurrección. El detalle es que *Jonás mismo* fue la señal de Dios, y sus palabras fueron el mensaje de Dios para los ninivitas.

Jesús está diciendo: «Vosotros pedís una señal; pues bien: *Yo soy la señal de Dios.* Habéis fallado al no reconocerme. Los ninivitas reconocieron en Jonás la advertencia de Dios; la reina de Sabá reconoció la sabiduría de Dios en Salomón. En Mi Persona os ha llegado una sabiduría que es más que la de Salomón, y un mensaje mayor que el de Jonás; pero vosotros estáis tan ciegos que no podéis ver la verdad, y tan sordos que no podéis oír la advertencia. Y por esa misma razón, llegará el Día cuando esas personas de la antigüedad que reconocieron a Dios cuando Le vieron darán testimonio contra vosotros, que habéis tenido una oportunidad mucho mejor, y habéis fallado por no reconocer a Dios porque no habéis querido.»

Aquí tenemos una profunda verdad: *Jesús es la señal de Dios,* lo mismo que Jonás fue el mensaje de Dios a los ninivitas, y Salomón fue la sabiduría de Dios para la reina de Sabá. La cuestión

fundamental de la vida es: «¿Cómo reaccionamos cuando nos encontramos cara a cara con Dios en Jesucristo?» ¿Hostilmente como los escribas y los fariseos, o aceptando humildemente la advertencia y la verdad de Dios como los ninivitas y la reina de Sabá? La pregunta supremamente importante es: «¿Qué piensas tú de Cristo?»

EL PELIGRO DEL CORAZÓN VACÍO

Mateo 12:43-45

> *Cuando un espíritu inmundo sale de una persona, va por lugares secos buscando reposo, pero no lo encuentra. Entonces se dice: «Me volveré a mi casa, de la que me marché,» y cuando llega, se la encuentra deshabitada, barrida y en perfecto orden. Entonces va y se trae otros siete espíritus peores que él, y entran y se quedan residiendo allí. Y la persona acaba peor de como estaba en un principio; y eso será lo que le pase a esta malvada generación.*

Hay todo un mundo de verdades de las más prácticas en esta parábola concisa y horripilante acerca de la casa vacía.

(i) Se destierra de la persona, pero no se destruye el espíritu malo. Es decir: que, en esta era presente, se puede conquistar y desterrar el mal, pero no destruirlo. Siempre estará buscando la oportunidad para contraatacar y recuperar el terreno perdido. El mal es una fuerza que se puede mantener a raya, pero no eliminar totalmente.

(ii) Eso tiene que querer decir que una religión negativa no puede ser suficiente nunca. Una religión que consiste en *no hagas eso ni lo otro* acaba en fracaso. Lo malo de esa religión es que puede que pueda limpiar a una persona prohibiéndole todas las malas acciones, *pero no la puede mantener limpia.*

Consideremos un caso práctico. Un borracho se puede reformar; puede que decida no seguir perdiendo el tiempo en la taberna, pero debe buscarse algo que hacer, tiene que encontrarse algo con lo que llenar el tiempo que está ahora vacante, o volverá a caer en la vieja situación. Una persona que no se ha dedicado más que a buscarse placeres puede que decida ponerle punto final; pero debe

encontrar algún otro objetivo por lo menos igualmente absorbente con el que llenar su tiempo, o no hará más que volver a la carga si se encuentra con la vida vacía. No basta con que la vida de una persona esté esterilizada; tiene que fertilizarse para producir el bien. Siempre será verdad que «Satanás siempre encuentra faena para las manos ociosas.» Y si se destierra de la vida una clase de acción, hay que sustituirla con otra, porque la vida no puede estar vacía.

(iii) De aquí se deduce que la única cura definitiva para las malas acciones son las acciones cristianas. Cualquier enseñanza que se detiene después de decirle a las personas lo que no tienen que hacer está condenada al fracaso; debe pasar de ahí a decirles lo que tienen que hacer. La única enfermedad fatal es la inactividad; hasta una inactividad esterilizada llega pronto a infectarse. La manera más fácil de eliminar las ortigas de un jardín es llenarlo de plantas útiles. La manera más fácil de guardarse del pecado es llenarse de actividad sana.

Para decirlo claro: la iglesia mantendrá de lo más fácilmente a sus miembros si les da suficiente trabajo cristiano que hacer. Lo que debemos proponernos no es simplemente la ausencia negativa de malas obras, sino la presencia positiva de obras para Cristo. Si encontramos muy amenazadoras las tentaciones al mal, una de las mejores maneras de vencerlas es sumergirse en actividad para Dios y nuestros semejantes.

EL VERDADERO PARENTESCO

Mateo 12:46-50

> *Mientras Jesús estaba hablando a la gente, fijaos: Su madre y Sus hermanos se presentaron fuera, buscando una oportunidad para hablar con Él. Y se Le dijo:*
>
> *—Mira: Tu Madre y tus hermanos están ahí fuera, y quieren tener oportunidad de hablar contigo.*
>
> *Jesús le contestó al que Se lo dijo:*
>
> *—¿Qué madre, y qué hermanos? —Y, extendiendo el brazo hacia Sus discípulos, añadió—: Mira: ¡estos son mi madre y mis hermanos! La persona que hace la voluntad de Mi Padre del Cielo, es Mi hermano y Mi hermana y Mi madre.*

Una de las grandes tragedias humanas de la vida de Jesús fue que, durante Su vida, los que tuvo más cerca y Le eran más queridos no Le comprendieron. «Porque ni siquiera Sus hermanos —nos dice Juan— creían en Él» *(Juan 7:5).* Marcos nos dice que, cuando Jesús emprendió Su misión pública, Sus amigos trataron de impedírselo, porque decían que estaba loco *(Marcos 3:21).* Les parecía que se estaba dedicando a tirar Su vida por la borda en una locura.

Ha sucedido muchas veces que, cuando una persona se embarca en la Obra de Jesucristo, sus parientes y amigos no la pueden entender y le son hostiles. «Un cristiano no tiene más parientes que los santos,» dijo uno de los primeros mártires. Muchos de los primeros cuáqueros pasaron esta amarga experiencia. Cuando Edward Burrough se sintió llamado al nuevo camino, «sus padres desintieron de su "espíritu fanático" y le echaron de casa.» Le suplicó humildemente a su padre: «¡Déjame que me quede, y seré tu servidor! Haré para ti el trabajo de un jornalero. ¡Déjame quedarme!» Pero, como dice un biógrafo: «Su padre se mantuvo impertérrito; y por más que el joven amaba su hogar y su ambiente familiar, su padre no quiso saber más de él.»

La verdadera amistad y el verdadero amor se basan en ciertas cosas sin las que no pueden existir.

(i) La amistad se basa en un ideal común. Personas que son muy diferentes de ambiente, de equipamiento intelectual y aun de métodos, pueden ser buenos amigos si tienen un ideal común por el que trabajan y que tienen por meta.

(ii) La amistad se basa en una experiencia común, y en los recuerdos que deja. Muchas veces la amistad surge de haber pasado por alguna gran experiencia que pueden revivir juntos.

(iii) El verdadero amor se basa en la obediencia. «Vosotros sois mis amigos —dice Jesús— *si hacéis lo que Yo os mando» (Juan 15:14).* No hay manera de demostrar la realidad del amor más que por el espíritu de obediencia.

Por todas estas razones, el verdadero parentesco no es siempre una cuestión de carne y hueso. Sigue siendo verdad que la sangre es un vínculo que nada puede romper, y que muchas personas encuentran su deleite y su paz en el círculo familiar; pero también es

verdad que a veces los más allegados familiarmente de una persona son los que menos la entienden, y que encuentra la verdadera amistad entre los que trabajan con ella por un ideal común y con los que comparte una experiencia común. No se puede negar que, aunque un cristiano se encuentre con que los que están más cerca de él son los que menos simpatizan con él, siempre tendrá la comunión con el Señor Jesucristo y la amistad de todos los que aman al Señor.

MUCHAS COSAS EN PARÁBOLAS

Mateo 13 es un capítulo muy importante en el esquema del evangelio.

(i) Muestra el gran cambio en el ministerio de Jesús. Al principio de Su ministerio Le encontramos enseñando *en las sinagogas;* pero ahora Le encontramos enseñando *a la orilla del mar.* El cambio es muy significativo. No es que ya se Le hubieran cerrado definitivamente las puertas de la sinagoga, pero se Le estaban cerrando. Todavía Le recibía con gusto en la sinagoga la gente corriente; pero los responsables oficiales de la ortodoxia judía se Le oponían abiertamente. Cuando entraba en una sinagoga ahora, no sería para encontrar sólo una multitud deseosa de escuchar; también sería para encontrar una compañía de espías escribas y fariseos y ancianos que sobrepesaban y filtraban cada una de Sus palabras y observaban cada acción Suya para tener algo de que acusarle.

Una de las tragedias supremas es que a Jesús se Le expulsó de la iglesia de Su tiempo; pero eso no Le podía detener de hacer Su invitación a las personas; porque cuando se Le cerraron las puertas de la sinagoga, Se dirigió al templo del aire libre y enseñó a la gente por las calles de las aldeas y por las carreteras, a la orilla del lago y en sus propios hogares. La persona que tiene un mensaje auténtico que transmitir, y un auténtico deseo de transmitirlo, siempre encontrará o creará las oportunidades.

(ii) Lo verdaderamente interesante de este capítulo es que en él vemos a Jesús empezando a usar a tope Su método característico de enseñanza *por parábolas.* Hasta este momento había tenido una manera de enseñar que incorporaba parábolas en cierne. El símil de

la sal y de la luz (5:13-16), la alusión a las aves y a los lirios (6:26-30), la historia del constructor prudente y del imprudente (7:24-27), la ilustración de la ropa y de los odres de vino (9:16s), el cuadro de los chiquillos jugando en la plaza (11:16s) son parábolas en embrión. Son enseñanza gráfica.

Es en este capítulo donde encontramos el uso que Jesús hacía de las parábolas plenamente desarrollado y con toda su vivacidad. Como ha dicho alguien, «entre otras muchas cosas que se podrían decir de Él, no cabe duda que era un maestro en el arte de la narración breve.» Antes de empezar a estudiar cada una de estas parábolas en detalle, preguntémonos por qué usó Jesús este método, y cuáles son las ventajas didácticas que ofrece.

(*a*) La parábola siempre *hace concreta la verdad.* Hay muy pocas personas que pueden captar y entender las ideas abstractas; casi todos pensamos en imágenes. Podríamos pasar mucho tiempo tratando de decir con palabras lo que es *la belleza,* y puede que no consiguiéramos hacérselo entender a nuestra audiencia; pero si podemos señalar algo o a alguien y decir: «¡Mirad qué belleza!», no hará falta más explicación. Podríamos pasarnos mucho tiempo tratando de definir *la bondad,* y al final no habría una idea más clara de ella en las mentes de nuestros oyentes; pero todo el mundo reconoce a una buena persona y una buena obra cuando las ve. Para comprenderse, toda palabra se tiene que hacer carne, tiene que personificarse; y la primera gran cualidad de la parábola es que presenta la verdad en una escena que puede ver y entender todo el mundo.

(*b*) Se ha dicho que toda gran enseñanza empieza *en el aquí y ahora para llegar al allí y entonces.* Si uno quiere enseñar acerca de cosas que su audiencia no entiende, debe empezar por cosas que sí entiende. La parábola empieza con materiales que entiende todo el mundo porque forman parte de su vida y experiencia, y de allí pasa a cosas que no entiende y le abre los ojos a cosas que no ha conseguido ver. La parábola abre la mente y los ojos de la persona empezando por donde está y conduciéndola adonde debería estar.

(*c*) La gran virtud pedagógica de la parábola es que *despierta interés.* La manera más segura de despertar el interés de la gente es contarle cuentos. La parábola pone la verdad en forma de

cuento; la definición más sencilla de la parábola es «una historia terrenal con una enseñanza celestial.» La gente no escuchará, ni se captará su atención, a menos que esté interesada; a la gente sencilla se le despierta y retiene el interés con historietas, y eso es lo que es una parábola.

(*d*) La parábola tiene la gran virtud de capacitar e impulsar a la persona *a descubrir la verdad por sí misma.* No piensa por nadie; dice: «Aquí tienes una historieta. ¿Qué te parece? ¿Qué verdad contiene? ¿Qué quiere decir *para ti?* Piénsatelo.»

Hay algunas cosas que no se le pueden decir a nadie; cada cual tiene que descubrirlas por sí mismo. Walter Pater dijo una vez que a una persona no se le puede decir la verdad; lo único que se puede hacer es ponerla en una posición en que la pueda descubrir por sí misma. A menos que descubramos la verdad por nosotros mismos, será algo de segunda mano y que siga fuera de nosotros; y además, si no descubrimos la verdad por nosotros mismos, lo más seguro es que pronto se nos olvidará. La parábola, como obliga a cada uno a pensárselo por sí y a sacar sus propias conclusiones, de una vez para siempre hace que la verdad sea algo real y la fija en la memoria.

(*e*) La otra cara de esto es que la parábola *esconde la verdad de los que son demasiado perezosos para pensar, o están demasiado cegados por prejuicios para ver.* Deja la responsabilidad clara y justamente al individuo. Le *revela* la verdad al que desea la verdad, y se la *oculta* al que no quiere verla.

(*f*) Hay algo más que se debe recordar. La parábola, tal como la usaba Jesús, era *hablada;* no leída. Tenía que hacer un impacto inmediato, no tras largo estudio con diccionarios y comentarios. Hacía brillar la verdad como el relámpago ilumina repentinamente la noche oscura. En nuestro estudio de las parábolas, esto quiere decir dos cosas para nosotros.

La primera, quiere decir que debemos reunir toda la información que podamos acerca de la vida en Palestina en aquel tiempo —especialmente en aquellos detalles en que fuera muy diferente de la nuestra actualmente en España, al otro lado del Mediterráneo, o donde estemos— para que la parábola nos impacte como a los que

la escucharon por primera vez. Tenemos que pensar y estudiar y figurarnos que somos los que estaban escuchando a Jesús.

La segunda, quiere decir que una parábola, hablando en general, *tendrá sólo una lección.* Una parábola no es una alegoría; esta es una historia en la que todos los detalles encierran un significado; una alegoría tiene que *leerse y estudiarse;* pero una parábola *se escucha.* Debemos tener cuidado para no hacer de las parábolas alegorías, y recordar que estaban diseñadas para hacer que una verdad impactante se le iluminara a cada uno en cuanto la oyera.

EL SEMBRADOR SALIÓ A SEMBRAR

Mateo 13:1-9, 18-23

Aquel día se marchó Jesús de la casa y Se sentó a la orilla del mar; y vino tanta gente a escucharle que Él se subió a una barca y se sentó, mientras toda la gente se quedaba de pie a la orilla; y Él les dijo muchas cosas por parábolas.

—¡Fijaos! —les dijo—. El sembrador salió a sembrar; y, cuando estaba sembrando, algunas semillas cayeron junto al sendero, y vinieron los pájaros y se las comieron. Algunas semillas cayeron en un terreno pedregoso, que no tenía mucha tierra; y, como no había profundidad de tierra, brotaron en seguida; pero cuando salió el sol, se agostaron y se secaron, porque no tenían bastante raíz. Otras semillas cayeron entre espinos, que crecieron y las ahogaron. Pero otras cayeron en buena tierra, y produjeron fruto, algunas a ciento por uno, otras a sesenta y otras a treinta por uno. El que tenga oídos, que se entere.

. . . .

»Ahora escuchad el significado de la Parábola del Sembrador. Cuando uno oye el Mensaje del Reino, pero no lo entiende, viene el maligno y hurta lo que se sembró en el corazón. Esto es lo que representa la semilla que cayó junto al sendero. El significado de la semilla que se sembró en terreno pedregoso representa al que oye la Palabra, y la recibe en seguida con alegría; pero no tiene raíz en sí, sino que está a merced del momento; así que, cuando se presentan la aflicción y la persecución por causa de la Palabra, tropieza en seguida.

La figura de la semilla que se sembró entre espinos representa al que oye la Palabra, pero los cuidados de este mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y no produce nada. La figura de las semillas que se sembraron en buena tierra representa al que oye la Palabra, y la entiende. Este sí que lleva fruto; y algunos producen a ciento por uno, otros a sesenta y otros a treinta por uno.»

Aquí tenemos un cuadro que cualquiera entendería en Palestina. Aquí vemos claramente a Jesús usando el aquí y ahora para llegar al allí y entonces.

Lo que es probable que estuviera sucediendo es que, cuando Jesús estaba usando la barca como púlpito, en uno de los campos cerca de la orilla había un sembrador sembrando en aquel momento; y Jesús tomó a aquel sembrador, al que todos podían ver, como texto de predicación, y empezó: «¡Fijaos en ese sembrador que está sembrando la semilla en ese campo!» Jesús empezó por algo que en aquel preciso momento todos podían ver, para abrir sus mentes a la verdad que todavía no habían visto.

En Palestina tenían dos maneras de hacer la siembra. El sembrador podía ir lanzando la semilla mientras andaba arriba y abajo por su campo. Si soplaba el viento, se llevaría parte de la semilla a toda clase de sitios, y a veces hasta fuera del campo. La segunda manera era más perezosa, pero de uso corriente. Consistía en ponerle encima a un burro un saco de semilla, cortarle o abrirle un agujero y hacer que el animal recorriera el campo mientras la semilla iba cayendo. En este caso, también algunas semillas caerían en sitios menos preparados o cerca del sendero cuando se acercara por allí el animal o lo cruzara.

En Palestina los campos eran largos y estrechos, y estaban separados solo por los senderos, por los que podía pasar todo el mundo, lo que quiere decir que estaban endurecidos por el constante paso de gente y animales. Eso era lo que quería decir Jesús al hablar del borde del sendero. La semilla que cayera allí —y era normal que cayera alguna, de cualquier forma que se sembrara — no tenía más posibilidad de penetrar en la tierra que si hubiera caído en la carretera.

Lo que traducimos como el terreno pedregoso no es que estuviera lleno de piedras, sino algo corriente en Palestina: había una capa poco profunda de tierra sobre grandes lanchas de roca caliza. A lo mejor no había más que unos pocos centímetros de tierra encima de la roca. En tal caso, la semilla germinaría más pronto que en terreno más profundo, porque la tierra se calentaría antes cuando saliera el sol; pero cuando las raíces tiraran para abajo buscando nutrientes y humedad, se encontrarían con la roca, y el sol se encargaría de agostar la poca vida que tuviera.

El terreno espinoso engañaba. Cuando se estaba sembrando, parecería bastante limpio. Es fácil hacer que un terreno parezca limpio simplemente labrándolo; pero si siguen por debajo las raíces fibrosas de la grama, de las ortigas y de las zarzas, entre otras plantas parásitas perennes, se apoderarán del terreno disponible a la primera oportunidad. Cualquier labrador sabe que las malas yerbas crecen más deprisa y más fuertes que ninguna planta cultivada. El resultado fue que la buena semilla y las malas que estaban latentes crecieron juntas; pero los hierbajos eran tan fuertes que estrangularon las buenas plantas.

El buen terreno era profundo y suave y limpio; la semilla podía introducirse; podía encontrar alimento; podía crecer sin impedimento; y produjo una cosecha abundante.

LA PALABRA Y EL OYENTE

Mateo 13:1-9, 18-23 *(continuación)*

Esta parábola se dirige realmente a dos clases de personas.

(i) Se dirige a *los que oyen la Palabra.* Los investigadores dicen con cierta frecuencia que la interpretación de la parábola que encontramos en los versículos 18-23 no es la del mismo Jesús, sino la de los predicadores de la Iglesia Primitiva, y que no es del todo correcta. Se dice que incumple la ley de que una parábola no es una alegoría, y que es demasiado detallada para que la pudieran captar los oyentes a la primera. Si Jesús estaba realmente señalando a un sembrador que estaba haciendo su labor, esa no parece ser una objeción válida; en cualquier caso, la interpretación que identifica las distintas clases de terreno con distintas clases de oyentes ha

mantenido siempre su puesto en el pensamiento de la Iglesia, y tiene que proceder de alguna fuente autorizada. Y en tal caso, ¿por qué no de Jesús mismo?

Si tomamos esta parábola como una advertencia a los oyentes, quiere decir que hay diferentes maneras de recibir la Palabra de Dios, y que el fruto que produzca dependerá del corazón del que la reciba. La suerte de cualquier palabra hablada depende del oidor. Como se suele decir, «el éxito de un chiste no depende de la lengua del que lo cuenta, sino del oído del que lo oye.» Un chiste será un éxito si se le dice a una persona que tiene sentido del humor y está de humor para escucharlo. Será un fracaso si se le cuenta a una criatura sin humor y que está decidida a no verle la gracia. ¿Quiénes son los oidores a los que se describe y advierte en esta parábola?

(i) Tenemos al oidor *de mente cerrada.* No tiene la Palabra más posibilidad de introducirse en la mente de algunas personas que la semilla que ha caído en un sendero endurecido por muchos pares de pies de penetrar en la tierra. Hay muchas cosas que pueden cerrar la mente de una persona. Los prejuicios pueden hacer que uno esté ciego a todo lo que no quiera ver. El espíritu que se niega a aprender puede levantar una barrera que no se pueda sobrepasar ni eliminar. Este espíritu puede proceder de dos cosas. Puede ser la consecuencia del orgullo que no quiere reconocer que necesita aprender; o del miedo a toda nueva verdad y el rechazo a aventurarse por el camino del pensamiento. A veces un carácter inmoral y la forma de vida de una persona pueden cerrarle la mente. Puede que haya una verdad que condene las cosas que ama, y que denuncie las cosas que hace; y muchos se niegan a escuchar o a reconocer la verdad que los condena, porque no hay peor ciego que el que no quiere ver.

(ii) Tenemos al oidor de mente tan superficial como el terreno que apenas cubre la roca. Es la persona *que se niega a pensarse las cosas por sí y en serio.*

Algunas personas están a merced de las novedades. Recogen lo que sea sin pensárselo un momento, y lo dejan igual. Tienen que estar siempre a la moda. Empiezan cualquier pasatiempo nuevo o a adquirir alguna nueva técnica con entusiasmo, pero en cuanto les presenta la más mínima dificultad o simplemente se enfrían lo

abandonan. Las vidas de algunas personas están llenas de restos de cosas que empezaron y que no terminaron. Se puede ser así con la Palabra. Cuando uno la oye, se entusiasma; pero no se puede vivir de emociones pasajeras. Tenemos una mente, y la obligación moral de usarla y de tener una fe inteligente. El Cristianismo tiene sus exigencias, y hay que mirarlas de frente antes de aceptarlas. El ofrecimiento cristiano no es solo un privilegio, sino también una responsabilidad. Un entusiasmo repentino puede convertirse en cenizas tan rápidamente como un fuego moribundo.

(iii) Tenemos al oidor *con tantos intereses en la vida que a menudo no le queda espacio para las cosas más importantes.* Es característico de la vida moderna que cada vez se llena más y va más deprisa. Se está demasiado ocupado para orar; tan preocupado con muchas cosas que se olvida de estudiar la Palabra de Dios; se puede estar tan metido en juntas y comités y empresas y planes que no le dejan tiempo a uno para Aquel de Quien proceden el amor y el servicio. Los negocios le pueden tener a uno tan acogotado que está demasiado cansado para pensar en ninguna otra cosa. No son las cosas manifiestamente malas las más peligrosas en este sentido. Muchas veces son cosas buenas, pero «lo bueno es siempre el enemigo de lo mejor.» No es que uno destierre deliberadamente de su vida la oración y el estudio de la Palabra de Dios y la iglesia; puede que piense en estas cosas con frecuencia y trate de tener tiempo para ellas; pero, por lo que sea, nunca dispone de él en su abarrotada vida. Debemos tener cuidado de no desplazar a Cristo del lugar supremo que Le corresponde.

(iv) Tenemos al oidor que es como la buena tierra. Recibe la Palabra en cuatro etapas. *Tiene mente abierta.* Siempre está dispuesto a aprender. *Está listo para oír.* No es demasiado orgulloso, ni está demasiado ocupado para escuchar. Muchos se habrían ahorrado muchos quebraderos de cabeza y de corazón si se hubieran detenido a escuchar la voz de un amigo sensato o de Dios. *Entiende.* Se lo ha pensado y sabe lo que quiere decir para él, y está preparado a aceptarlo. *Traduce la audición en acción.* Produce la buena cosecha de la buena semilla. El verdadero oidor es el que escucha, entiende y obedece.

NO HAY QUE DESESPERAR

Mateo 13:1-9, 18-23 *(conclusión)*

(*b*) Dijimos que esta parábola tenía un doble impacto. Ya hemos mirado al impacto que estaba diseñada para hacer en *los que oyen la Palabra.* Pero también estaba diseñada para hacer un impacto en *los que predican la Palabra.* No solo se pretendía que les dijera algo a las multitudes que formaban la audiencia; también al círculo más íntimo de los discípulos.

No es difícil ver que a veces debe de haber habido en los corazones de los discípulos un cierto desaliento. Para ellos Jesús lo era todo, el más sabio y el más poderoso. Pero, humanamente hablando, tenía poco éxito. Se Le estaban cerrando las puertas de la sinagoga. Los representantes de la religión oficial eran Sus más severos críticos, y no podía caber duda que estaban organizando Su destrucción. Cierto que las multitudes venían a escucharle; pero había tan pocos realmente cambiados, y tantos que acudían solo a cosechar los beneficios de Su poder sanador y que, cuando lo habían recibido, se marchaban y olvidaban. Había tantos que venían a Jesús solo por lo que pudieran recibir. Los discípulos se encontraban cara a cara con una situación en la que parecía que Jesús no suscitaba más que la hostilidad de los dirigentes de la iglesia, y nada más que una respuesta evanescente en las multitudes. No es nada sorprendente que hubiera a veces una profunda desilusión en los corazones de los discípulos. ¿Qué le dice esta parábola al predicador desanimado?

La lección está clara: *la cosecha es segura.* Para los predicadores de la Palabra que estén desanimados la lección está en el clímax de la parábola, en la descripción de la semilla que produjo una cosecha abundante. Algo de la semilla puede que caiga al borde del sendero y se la lleven los pájaros; algo de la semilla puede que caiga en la tierra superficial, y no llegue a madurar; algo de la semilla puede que caiga entre espinos que la ahoguen; pero, a pesar de todo, *llega la cosecha.* Ningún labrador espera que den fruto todos las semillas que siembra. Sabe muy bien que algunas se las llevará el viento, y otras caerán en lugares donde no podrán crecer; pero eso no hace que deje de sembrar. Ni que desespere de la cosecha. El labrador

siembra con la confianza de que, aunque parte de la semilla se malogre, sin embargo es seguro que la cosecha llegará.

Así que esta es una parábola de aliento para los que siembran la semilla del Evangelio.

(i) Cuando alguien siembra la Palabra, no sabe el efecto que está haciendo la semilla. H. L. Gee cuenta lo siguiente. En la iglesia de la que era miembro había un anciano solitario, el viejo Thomas. Había sobrevivido a todos sus amigos, y ya casi nadie le conocía. Cuando murió, Gee tenía la impresión de que no iría nadie al entierro, así que decidió ir él para que hubiera por lo menos uno que acompañara al viejecillo a su última morada en la tierra.

No fue nadie más, y hacía un tiempo frío y desapacible. El funeral llegó al cementerio; y a la puerta había un soldado esperando. Era un oficial, pero no llevaba galones en la bocamanga ni en los hombros. Estuvo cerca de la tumba para la ceremonia; y cuando terminó se acercó hasta el borde y le brindó un saludo militar digno de un rey. H. L. Gee se retiró con el soldado; y, cuando iban andando, el viento abrió el abrigo del militar mostrando las estrellas de general de brigada. El general le contó a Gee: «Usted tal vez estará preguntándose qué estoy yo haciendo aquí. Hace años Thomas era mi profesor de escuela dominical. Yo era un chico difícil, y se lo hacía pasar muy mal. Él no supo nunca lo mucho que había hecho por mí; pero yo le debo todo lo que soy o llegaré a ser al viejo Thomas, y hoy tenía que venir a saludarle al fin.» Thomas no supo nunca el resultado de su siembra. Ningún predicador o maestro lo sabe nunca. Nuestra misión es sembrar la semilla, y dejarle a Dios el resto.

(ii) Cuando uno siembra, no puede esperar resultados rápidos. La naturaleza no tiene prisa en sus crecimientos. La bellota necesita mucho tiempo para hacerse encina; y la semilla de la Palabra puede que tarde mucho tiempo en germinar en el corazón de una persona. Pero a menudo una palabra que se ha dejado caer en el corazón de un niño sigue latente hasta que un buen día despierta y le salva en alguna gran tentación o a su alma de la muerte. Vivimos en una edad que espera siempre resultados rápidos; pero en la siembra de la semilla debemos tener paciencia y esperanza, y a veces darle años a la cosecha para que grane.

LA VERDAD Y EL OIDOR

Mateo 13:10-17, 34-35

Entonces los discípulos de Jesús se Le acercaron y Le preguntaron:

—¿Por qué les hablas por medio de parábolas?

—A vosotros —les contestó Jesús— se os ha concedido conocer los secretos del Reino que solamente un discípulo puede entender; pero a ellos no se les ha concedido; porque se le dará al que ya tiene, para que tenga conocimiento hasta desbordar. Pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso es por lo que les hablo por parábolas; porque, aunque pueden ver, no ven; y aunque pueden oír, ni oyen ni entienden. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías que dice: «Oiréis de seguro, pero no entenderéis; y seguro que miraréis, pero no veréis; porque el corazón de este pueblo se ha entorpecido, de forma que oyen torpemente con sus oídos, y tienen los ojos legañosos, no sea que lleguen a ver con los ojos, y oír con los oídos, y entender con el corazón, y volver, y que Yo los sane. Pero, benditos vuestros ojos, porque veis; y vuestros oídos, porque oís.» Os digo la pura verdad: Muchos profetas y justos anhelaron ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo, y no lo oyeron.

Jesús decía todas estas cosas a la gente por medio de parábolas, y no acostumbraba decirles nada sino por parábolas. Lo hacía así para que se cumpliera lo que Dios dijo por medio del profeta: «Hablaré en público por medio de parábolas, proclamaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.»

Este es un pasaje que está lleno de dificultades, y tendremos que tomarnos el tiempo necesario para solventarlas. En primer lugar, hay dos cosas generales al principio que, si las entendemos bien, ayudarán a iluminar todo el pasaje.

La palabra griega que se usa en el versículo 11, que he traducido por *secretos* (como muchas traducciones), es en el original *mysteria, misterios,* como dice la Reina-Valera. En los tiempos del Nuevo Testamento, la palabra *misterio* se usaba con un sentido técnico

especial. Para nosotros quiere decir sencillamente algo oscuro, difícil o imposible de entender, a veces *misterioso.* Pero en los tiempos del Nuevo Testamento era el nombre técnico de algo que era ininteligible para el de fuera, pero claro como el agua para el iniciado.

En el tiempo de Jesús, tanto en Grecia como en Roma, las religiones más intensas y reales eran las que se llamaban *religiones misteriosas* o *misterios.* Estas religiones tenían todas un cierto carácter en común. Eran en esencia dramas o autos de pasión en los que se representaba la historia de algún dios o diosa que había vivido y sufrido y muerto y resucitado gloriosamente. Al iniciado se le daba un largo curso de instrucción en el que se le explicaba el sentido íntimo del drama; ese curso de instrucción duraba muchos meses o hasta años. Antes que se le llegara a permitir ver el drama tenía que pasar un período de ayunos y abstinencias. Todo conducía a un estado de emoción y de expectación. Entonces se le llevaba a ver el drama; el ambiente estaba cuidadosamente preparado: iluminación sugestiva, inciensos y perfumes, música sensual y en muchos casos una liturgia exquisita. Entonces se representaba el drama, que se pretendía que produjera en el adorador una identificación total con el dios cuya historia se representaba en el escenario. Se pretendía que el adorador participara en la vida y sufrimientos y muerte y resurrección de la divinidad, y participara así de la inmortalidad. El adorador clamaba al final: «¡yo soy Tú, y Tú eres yo!»

Vamos a poner un ejemplo concreto. Uno de los misterios más famosos era el de Isis. Osiris era un rey sabio y bueno. Set, su malvado hermano, le odiaba, y con setenta y dos conspiradores le indujo a acudir a un banquete. Allí le persuadió a entrar en un ataúd astutamente diseñado que tenía sus mismas medidas. Cuando Osiris estaba en el ataúd, se le cerró la tapa y se arrojó al Nilo. Tras larga y fatigosa búsqueda, Isis, la fiel esposa de Osiris, encontró el ataúd y se lo llevó a su casa con duelo. Pero cuando ella estaba ausente de su casa, el malvado Set volvió y robó el cuerpo de Osiris, lo cortó en catorce piezas y las distribuyó por todo Egipto. De nuevo Isis inició su búsqueda agotadora y dolorida. Después de mucho consiguió todas las piezas; por un poder maravilloso los

trozos se ensamblaron entre sí, y Osiris resucitó, y llegó a ser desde entonces y para siempre el rey inmortal de los vivos y los muertos.

Es fácil comprender lo conmovedora que podía hacérsele esta historia a uno que hubiera recibido la larga enseñanza y que entonces la contemplaba en un ambiente cuidadosamente calculado. Estaba la historia del buen rey; el ataque del pecado; la búsqueda ansiosa del amor; el hallazgo triunfante; la resurrección a una vida que había conquistado la muerte. Con todo eso se pretendía que se identificara el adorador, y que surgiera de ello, según una frase famosa de las religiones misteriosas, «nacido de nuevo para la eternidad.»

Eso era un *misterio:* algo sin sentido para el que estaba fuera, pero supremamente precioso para el iniciado. De hecho, algo así es la Santa Cena. Para el que no la hubiera visto nunca, parecería una compañía de gente que toma un trocito de pan y bebe un sorbito de vino, y puede que hasta le pareciera algo ridículo. Pero para la persona que sabe lo que está haciendo, que ha sido iniciada en su sentido, es el acto de culto más precioso y conmovedor de la Iglesia Cristiana.

Así es que Jesús les dijo a Sus discípulos: «Los que están fuera no pueden entender lo que Yo digo; pero vosotros Me conocéis; sois Mis discípulos; podéis entender.» El Evangelio *sólo se puede entender desde dentro.* Sólo se puede entender después de un encuentro personal con Jesucristo. Criticarlo desde fuera es criticar en ignorancia. Sólo la persona que está dispuesta a entrar en el discipulado tiene acceso a las cosas más preciosas de la fe cristiana.

Adolfo Araujo, al final de su libro *Cristianidad,* aplica al Evangelio el romance del encuentro del Conde Arnaldos con aquel misterioso Marinero que cantaba una canción tan maravillosa que hacía posarse las aves en el mástil y salir a la superficie a los peces; y que, cuando el Conde le pide que le diga ese cantar, le contesta:

Yo no digo esa canción
sino a quien conmigo va.

«Conde Arnaldos, si quieres embelesarte con el cántico sublime, tienes que embarcarte con el Marinero que te viene a buscar, y,

dejando la tierra de tu extrañamiento, volver a tu patria. Y así, lector, si quieres sentir lo inefable del cantar cristiano, entra en el barco de la fe. O, puesto de otro modo, encuéntrate dentro, aunque sea sin saber cómo.»

LA DURA LEY DE LA VIDA

Mateo 13:10-17, 34-35 *(continuación)*

La segunda cosa general es el dicho del versículo 12 de que todavía se le dará más al que tenga, y al que no tenga se le quitará aun lo que tenga. A primera vista parece cruel; pero lejos de ser cruel, expresa una indiscutible ley de la vida.

En todas las esferas de la vida se le da más al que tiene, y se le quita lo que tiene al que no tiene. Como decía Calderón:

En fin, que este mundo triste
al que está vestido viste,
y al desnudo le desnuda.

En el mundo de la investigación, el estudiante que se esfuerza por adquirir conocimientos adquiere más conocimientos. Es a él al que se le ofrecen cursos avanzados, investigación, y las cosas más interesantes; y es así porque con su tenacidad y fidelidad se ha capacitado para recibirlos y usarlos. Por otra parte, el estudiante perezoso que hace lo menos posible pierde hasta los conocimientos que tuviera.

Muchas personas llegan a saber algo de latín, inglés u otra lengua, pero con el paso del tiempo pierden lo que sabían porque no procuran desarrollarlo y usarlo. Muchas personas tenían habilidad en algún arte o juego y la perdieron porque lo abandonaron; el vago acaba perdiendo hasta lo que tenía. Todos los dones se pueden desarrollar; pero, como nada permanece inmóvil en la vida, lo que no se desarrolla se pierde.

Así sucede también con la bondad. Cada tentación que vencemos nos hace más fácil vencer la siguiente, y cada tentación a la que sucumbimos nos hace menos capaces de vencer la siguiente. Siempre que hacemos una buena obra, un acto de autodisciplina o de servicio, nos capacitamos más para hacer el siguiente; y cada

vez que desperdiciamos una oportunidad nos hacemos menos capaces de aprovechar la siguiente que se nos presente.

La vida es un constante proceso en el que se gana más o se pierde más. Jesús estableció la verdad de que cuanto más cerca vivamos de Él más creceremos hacia el ideal de la vida cristiana. Y cuanto más se aleje una persona de Cristo o deje que le alejen las circunstancias, menos capacitada estará para alcanzar la bondad; porque la debilidad, como la fuerza, crece.

CEGUERA HUMANA Y PROPÓSITO DIVINO

Mateo 13:10-17, 34, 35 *(conclusión)*

Los versículos 13-17 de este pasaje son de los más difíciles de los evangelios. Y el hecho de aparecer en diferente forma en los diferentes evangelios muestra hasta qué punto se reconocía su dificultad en la Iglesia Primitiva. Por ser el primero de los evangelios que se escribió, esperaríamos que *Marcos* fuera el que más se aproximara a las palabras originales de Jesús. Así nos las presenta (4:11,12, R-V):

> *A vosotros os es dado saber el misterio del Reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan y les sean perdonados los pecados.*

Si se toman estos versículos por su valor facial sin intentar entender su sentido real, hacen la extraordinaria afirmación de que Jesús hablaba a la gente por parábolas para que no entendieran, y para impedir que se arrepintieran y se les perdonaran los pecados.

Mateo es posterior a *Marcos,* e introduce un cambio importante:

> *Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden* (13, R-V).

Según *Mateo,* Jesús hablaba en parábolas porque la gente era demasiado ciega y sorda para entender la verdad de ninguna otra manera.

Hay que notar que este dicho de Jesús da paso a la cita de *Isaías 6:9-10.* Ese era otro pasaje que provocaba mucha inquietud angustiosa. Veámoslo en la versión Reina-Valera:

> *—Anda, y dile a este pueblo:*
> *«Oíd bien, y no entendáis;*
> *ved por cierto, pero no comprendáis.»*
> *Embota el corazón de este pueblo,*
> *endurece sus oídos y ciega sus ojos,*
> *para que no vea con sus ojos*
> *ni oiga con sus oídos*

ni su corazón entienda,
ni se convierta y haya para él sanidad.

De nuevo parece que Dios hubiera cegado los ojos y ensordecido los oídos y endurecido los corazones del pueblo intencionadamente para que no pudieran entender. La falta de comprensión del pueblo de Israel se atribuye a la acción deliberada de Dios.

Exactamente como *Mateo* suavizó *Marcos, la Septuaginta* —la traducción griega del Antiguo Testamento que usaban casi todos los judíos de la Diáspora en los tiempos de Jesús— suavizó el original hebreo:

> *Ve, dile a este pueblo: «De veras oiréis, pero no entenderéis; y viendo veréis y no percibiréis.» Porque el corazón de este pueblo se ha insensibilizado, y oyen torpemente con sus oídos, y han cerrado sus ojos no sea que alguna vez vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con sus corazones, y se conviertan, y Yo los sane.*

La Septuaginta, por así decirlo, descarga a Dios de la responsabilidad y se la impone claramente al pueblo.

¿Cómo se puede explicar todo esto? De una cosa podemos estar seguros: sea lo que sea lo que quiera decir este pasaje, no puede querer decir que Jesús comunicó intencionadamente Su mensaje de forma que la gente no pudiera entenderlo. Jesús no vino para ocultarle la verdad al mundo, sino para revelársela. Y sin duda hubo momentos cuando la gente la entendía.

Cuando los dirigentes judíos ortodoxos oyeron la amenaza de la parábola de los Viñadores Malvados, la entendieron muy bien, y recularon aterrados diciendo: «¡No lo quiera Dios!» *(Lucas 20:16).* Y en los versículos 34 y 35 de este mismo pasaje, Jesús cita el dicho del salmista:

> *Presta oído, oh pueblo Mío, a Mi enseñanza; aplica tus oídos a las palabras de Mi boca. Enseñaré públicamente por medio de parábolas, comunicaré antiguos dichos misteriosos, cosas que hemos oído y que sabemos, porque nos las dijeron nuestros padres.*

Es una cita del *Salmo 78:1-3,* en el que el salmista sabe que lo que está diciendo se entenderá, y que está recordándole al pueblo

verdades que tanto ellos como sus padres ya conocían.

La verdad es que las palabras de Isaías, y el uso que Jesús hizo de ellas, han de leerse con intuición, y tratando de ponernos en la situación en que se encontraban tanto Isaías como Jesús. Estas palabras nos dicen tres cosas.

(i) Nos hablan de *la perplejidad* del profeta. El profeta le traía al pueblo un mensaje que estaba para él tan claro como el agua; y le alucinaba el que no lo pudieran entender. Esta es frecuentemente la experiencia del maestro y del predicador. A menudo, cuando predicamos o enseñamos o discutimos cosas con la gente, tratamos de decirles algo que consideramos que tiene sentido y que es pertinente y de un interés absorbente y de una importancia suprema; y nos oyen como el que oye llover, sin el menor interés, o comprensión, o urgencia. Y nos maravilla y alucina el que, lo que quiere decir tanto para nosotros, al parecer no les dice nada a ellos; que lo que nos provoca un incendio en los huesos, como decía Jeremías (20:9), los deja fríos, y que lo que nos entusiasma y conmueve las entrañas les provoca solo una gélida indiferencia. Esa es la experiencia de todo maestro y predicador y evangelista.

(ii) Nos hablan de *la desesperación* del profeta. El sentimiento de Isaías era que su predicación parecía hacer más daño que bien, que sería lo mismo si estuviera hablando a un muro de piedra, que no había acceso a las mentes y los corazones de esos sordos y ciegos que, a juzgar por los resultados, parecían ir a peor en vez de a mejor. De nuevo, esta es la experiencia de todo maestro o predicador. Hay veces que los que tratamos de ganar, a pesar de todos nuestros esfuerzos, parece que cada vez están más lejos, en lugar de más cerca, del Evangelio. Nuestras palabras se las lleva silbando el viento; nuestro mensaje choca con una barrera impenetrable de indiferencia; el resultado de todo nuestro trabajo parece menos que nada, porque al final parece que la gente está más lejos de Dios de lo que estaban al principio.

(iii) Pero estas palabras nos dicen más que la perplejidad y la desesperación del profeta; también nos hablan de *la fe a ultranza* del profeta. Aquí nos encontramos cara a cara con una convicción judía sin la que mucho de lo que decían el profeta, o Jesús, o la Iglesia Primitiva no nos resultaría inteligible.

Para decirlo sencillamente, era uno de los primeros artículos de fe judíos que *nada sucede en este mundo fuera de la voluntad de Dios;* y cuando decían *nada* querían decir *absolutamente nada.* Era tanto la voluntad de Dios cuando la gente prestaba oído como cuando no; cuando se negaban a entender la verdad como cuando la recibían. El judío se arrojaba pronto a la convicción de que todo ocupaba su lugar en el propósito de Dios y que, de alguna manera, Dios tejía juntamente fracasos y éxitos, bien y mal, en la trama de Su diseño.

El propósito final de Dios en todo era siempre bueno. Este es el pensamiento que expresa Pablo en *Romanos,* capítulos 9 al 11, en los que nos habla de cómo fue que los judíos, el pueblo escogido de Dios, rechazó de hecho la verdad de Dios y crucificó al Hijo de Dios cuando vino a ellos. Parecía absurdo; pero, ¿cuál fue la consecuencia? Que el Evangelio salió al mundo gentil; y el resultado final será que los gentiles introducirán algún día a los judíos. Lo que parecía ser un mal y una tragedia se incorpora en un bien más amplio, porque todo está en el plan de Dios.

Ese era el sentir de Isaías. En un principio estaba perplejo y desesperado; luego, se le hizo la luz y dijo en efecto: «No puedo entender el comportamiento de este pueblo, pero sé que todo este fracaso está incluido de alguna manera en el plan de Dios, y Él lo usará para Su gloria y para el bien final de la humanidad.» Jesús tomó estas palabras de Isaías y las usó para animar a Sus discípulos; y en efecto les dijo: «Sé que esto parece descorazonador; sé cómo os sentís cuando las mentes y los corazones de la gente se niegan a recibir la verdad y cuando sus ojos se cierran a verla; pero también en esto hay un propósito, y algún día lo veréis.»

La actitud que tenían en relación con esta doctrina, la de la predestinación, ha separado a teólogos e iglesias en la historia de la Iglesia; pero lo que a fin de cuentas hace que los cristianos aceptemos con gozo los designios de la voluntad omnímoda de Dios es la revelación de Su carácter en Jesucristo que los judíos no habían recibido en el Antiguo Testamento. Si Dios es como Le vemos en Su Hijo, y esa es la revelación suprema del Nuevo Testamento, podemos estar seguros de que a los que Le aman todas las cosas los conducen a bien.

Aquí encontramos nosotros también estímulo y aliento. A veces contemplamos nuestra cosecha, y estamos contentos; pero otras veces no vemos más que terreno estéril, nada más que una falta absoluta de interés, nada más que fracaso. Así puede que parezca a mentes y sentidos humanos; pero detrás de todo y en todo está Dios, incluyendo hasta ese fracaso en el plan divino de Su mente omnisciente y de Su poder omnipotente. No hay fracasos ni cabos sueltos en el propósito eterno de Dios.

«Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» *(1 Corintios 15:58).*

LA OBRA DEL ENEMIGO

Mateo 13:24-30, 36-43

Jesús les contó otra parábola:

—El Reino del Cielo es como un hombre que sembró su campo de buena semilla; pero mientras dormían sus hombres llegó un enemigo suyo y sembró cizaña entre el trigo y se marchó.

»Cuando el trigo empezó a granar, salió también la cizaña. Los siervos fueron al amo de la finca y le dijeron:

—Señor, ¿es que no sembramos tu campo de buena semilla? ¿Pues de dónde ha salido la cizaña?

—Esto es obra de un enemigo —les contestó.

—¿Quieres que nos pongamos a recoger la cizaña? —le preguntaron. Y él les contestó:

—No; porque si recogéis la cizaña hay peligro de que también arranquéis el trigo al mismo tiempo. Dejad que crezcan juntos hasta el tiempo de la siega; y entonces ya les diré yo a los segadores: “Recoged primero no cizaña, y atadla en manojos para quemarla. Pero el trigo lo lleváis a mi granero.”»

. . . .

Después de despedir a la gente, Jesús se retiró a la casa; y los discípulos se Le acercaron y Le pidieron:

—Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

—El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre —les contestó Jesús—. El campo es el mundo; la buena semilla

representa a los hijos del Reino, y la cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que los siembra es el diablo. La cosecha es el fin de esta era, y los segadores son los ángeles. De la manera que se recoge la cizaña para prenderle fuego, así sucederá al fin de esta era: El Hijo del Hombre mandará a Sus ángeles a recoger todos los que causan tropiezo y los que obran injustamente, los sacarán del Reino y los echarán al horno de fuego. Entonces vendrá el lloro y el crujir de dientes. Pero los íntegros resplandecerán como el Sol en el Reino de su Padre. El que tenga entendederas, que se entere.

Los detalles de esta parábola le resultarían claros y familiares a la audiencia de Palestina. La cizaña es una de las plagas que el campesino tiene que estar combatiendo constantemente en este clima. «Se cría espontáneamente en los sembrados y la harina de su semilla es venenosa» (D.R.A.E.). Al principio se parece tanto al trigo que es imposible distinguirlos. Cuando echan espiga se los distingue perfectamente, pero para entonces ya se han enredado las raíces de forma que no se puede arrancar la una sin dañar el otro.

Thomson, en *La Tierra y el Libro,* nos cuenta que vio la cizaña en el Wady Haman: «El grano está en el momento ideal de su desarrollo para ilustrar la parábola. Cuando el trigo o la cebada ya están granados, la cizaña también, y cualquier niño notaría la diferencia; pero antes, hasta cuando se observan con cuidado se puede uno confundir. Yo no podría distinguirlos con absoluta seguridad. Hasta los campesinos, que escardan los campos regularmente en esta tierra, no intentan separarlos al principio. No solo es que los confundirían; sino que, como las raíces están entremezcladas, sería imposible separarlos sin dañar lo bueno con lo malo. Hay que dejarlos crecer al mismo tiempo hasta el tiempo de la siega.»

La cizaña se parece tanto al trigo que los judíos la llaman *trigo bastardo.* Se llama en hebreo *zûnîm,* que viene, como *cizaña* en español, del griego *zizánion,* plural *zizánia.* Se dice que *zûnîm* viene de la raíz *zaná,* que quiere decir *fornicar;* y cuenta la leyenda que la cizaña se originó en el tiempo de maldad que precedió al Diluvio, porque entonces toda la creación, seres humanos, animales y plantas, se descarriaron y cometieron fornicación y produjeron

descendientes contra la naturaleza. En sus primeras etapas, el trigo y la cizaña se parecen tanto que la idea popular era que la cizaña era trigo que se había corrompido.

El trigo y la cizaña no se pueden separar fácilmente cuando están creciendo; pero al final hay que separarlos, porque el grano de la cizaña es ligeramente venenoso. Causa mareos y náuseas, y tiene efectos narcóticos, y hasta en pequeñas cantidades tiene un sabor amargo y desagradable. Por último hay que separarlos a mano. Levison describe el proceso: «Se suelen emplear mujeres para quitar los granos de cizaña del trigo que se va a moler... Por lo general, la separación se hace después de la trilla. Se extiende el grano en grandes bandejas que se ponen delante de las mujeres para que puedan separar la cizaña, que tiene un tamaño y una forma semejante al trigo, pero se distingue por su color pizarra.»

Así que en sus primeras etapas de crecimiento la cizaña no se puede distinguir del trigo, y al final tiene que separarse so pena de graves consecuencias.

La escena de un hombre sembrando cizaña aposta en el campo de otro no es solo figurada. Sucedía a veces. Hasta el día de hoy, una de las amenazas más horrendas que se pueden dirigir a un enemigo en la India es: «¡Te voy a sembrar mala semilla en tu campo!» Y en el derecho romano codificado se prohíbe este crimen y se establece su castigo.

Todas las escenas de esta parábola les eran familiares a las gentes de Galilea que la oyeron por primera vez.

LA HORA DEL JUICIO

Mateo 13:24-30, 36-43 *(conclusión)*

Bien se puede decir que, por su enseñanza, esta es una de las parábolas más prácticas que contó Jesús.

(i) Nos enseña que hay siempre un poder hostil en el mundo, buscando y esperando destruir la buena semilla. Sabemos por experiencia que ambas influencias actúan en nuestra vida: la influencia que ayuda a florecer y producir la semilla de la Palabra, y la influencia que trata de destruir la buena semilla antes que pueda llegar a producir fruto. La lección es que debemos estar siempre en guardia.

(ii) Nos enseña lo difícil que es distinguir entre los que están en el Reino y los que no. Una persona puede parecer buena y ser de hecho mala; y otra, parecer mala, y sin embargo ser buena. Nos damos demasiada prisa a clasificar a las personas y ponerles la etiqueta de buena o mala sin conocer todos los hechos.

(iii) Nos enseña a no precipitarnos en nuestros juicios. Si hubiera sido por los segadores, habrían tratado de arrancar la cizaña arrancando también el trigo. El juicio tenía que esperar a que llegara la siega. Cada persona será juzgada, no por una sola acción o etapa de su vida, sino por toda su vida. El juicio no se puede hacer hasta el final. Puede que una persona cometa una equivocación terrible, y luego se redima a sí misma y, por la gracia de Dios, expiarla viviendo dignamente el resto de su vida. Y una persona puede que viva honorablemente, y al final lo arruine todo con un colapso repentino en el pecado. Nadie que vea sólo una parte de una cosa puede juzgarla en su conjunto; ni nadie que no conozca a una persona nada más que en parte puede juzgarla en su totalidad.

(iv) Nos enseña que el juicio llega al final. No es precipitado, pero llega irremisiblemente. Puede que, humanamente hablando, el pecador parezca escapar las consecuencias en esta vida, pero hay otra vida por venir. Puede que, humanamente hablando, la bondad no parezca recibir nunca su recompensa, pero hay un mundo nuevo en el que se ajustarán los ejercicios del viejo.

(v) Nos enseña que el Único que tiene derecho a juzgar es Dios. Dios es el Único que puede discernir entre el mal y el bien, el Único que ve la totalidad de la persona y su vida. Dios es el Único que puede juzgar.

Así que, esta parábola contiene dos advertencias: una es que no debemos juzgar a nadie, y la otra es que, al final, vendrá el juicio de Dios.

EL COMIENZO MODESTO

Mateo 13:31-32

Jesús les propuso otra parábola:

—El Reino del Cielo es como un granito de mostaza, que va uno y lo siembra en su campo. Es verdad que es la más pequeña de las semillas; pero cuando se desarrolla es la mayor

de las hortalizas, hasta tal punto de que se hace un árbol, y los pájaros vienen a anidar en sus ramas.

La planta de la mostaza que se da en Palestina es muy diferente de la de otros países, pero igual que la de la Península Ibérica. Estrictamente hablando, no es la más pequeña de las semillas, porque aún es más pequeña la del ciprés, por ejemplo; pero era proverbial por su pequeñez en el Oriente, como sucede con el comino en español. Por ejemplo: los judíos hablaban de una gota de sangre tan pequeña como un granito de mostaza; o, refiriéndose a un punto minúsculo de la ley ceremonial dirían que era una transgresión tan pequeña como un grano de mostaza; y el mismo Jesús usó esta expresión refiriéndose a la más mínima expresión de la fe *(Mateo 17:20).*

En Palestina, la planta de la mostaza llegaba a ser casi como un árbol. Thomson dice en *La Tierra y el Libro:* «He visto esta planta tan alta como un caballo con su jinete en la fértil llanura de Akkar.» Y también: «Con la ayuda de mi guía arranqué una planta de mostaza auténtica que tenía más de tres metros de altura.» No se exagera en esta parábola.

Además, era corriente ver una grey de pájaros revoloteando en torno a un arbusto de mostaza, porque les encantan los granitos negros que produce, y se posan en sus ramas para comerlos.

Jesús dijo que Su Reino era como un granito de mostaza, que se hace como un árbol cuando crece. La lección estaba más clara que el agua. El Reino del Cielo parte del comienzo más humilde, pero nadie sabe dónde terminará. En el lenguaje oriental, y también en el del Antiguo Testamento, una de las figuras más corrientes de un gran imperio es la de un árbol frondoso, y las naciones vasallas se representan como los pajarillos que encuentran cobijo y descanso entre sus ramas *(Ezequiel 31:6).* Esta parábola nos enseña que el Reino del Cielo empieza muy pequeñito, pero llegará el momento cuando reúna en su seno muchas naciones.

La Historia nos confronta con el hecho de que las cosas más grandes siempre tienen que empezar por los principios más humildes.

(ii) Una idea que puede cambiar una civilización empieza en una persona. En el Imperio Británico fue William Wilberforce el que inició

el proceso de la liberación de los esclavos. Le vino la idea leyendo una exposición del comercio de esclavos de Thomas Clarkson. Era amigo de Pitt, que era entonces primer ministro; y un día estaba charlando con él y con George Grenville en el jardín de Pitt en Holwood. Tenían una vista muy hermosa, con el valle de Keston enfrente; pero los pensamientos de Wilberforce discurrían por un paisaje muy desagradable. De pronto Pitt se volvió hacia él y le dijo: «Wilberforce, ¿por qué no haces una propuesta sobre el tráfico de esclavos?» Se sembró una idea en la mente de un hombre, y esa idea cambió la vida de centenares de miles de personas. Una idea tiene que encontrar una persona dispuesta a dejarse poseer por ella; y, cuando la encuentra, empieza a avanzar una marea incontenible.

(ii) Un testimonio tiene que empezar por una persona. Cecil Northcott cuenta en uno de sus libros que hubo una reunión de jóvenes de muchos países para estudiar cómo se podía extender el Evangelio. Hablaron de propaganda, de literatura... en fin: de todos los medios al uso en el siglo XX. Entonces habló una chica de África: «Cuando queremos llevar la fe cristiana a una de nuestras aldeas, no les mandamos libros. Escogemos una familia cristiana, y la enviamos allí, y hacen que sea una aldea cristiana viviendo en ella.» En un grupo, o en una sociedad, o escuela, o fábrica, o tienda, u oficina, una y otra vez es el testimonio de una persona lo que lleva el Cristianismo. Es esa persona que brilla con el fuego de Cristo la que inflama a todas las demás.

(iii) Una reforma empieza por una persona. Una de las grandes historias de la Iglesia Cristiana es la de Telémaco. Era un ermitaño en el desierto, pero algo le dijo —la llamada de Dios— que tenía que ir a Roma. Y fue. Roma ya era nominalmente cristiana; pero hasta en la cristiana Roma seguía habiendo luchas de gladiadores a muerte, y multitudes que rugían de sed de sangre. Telémaco se dirigió a los juegos: ochenta mil personas los estaban contemplando. Se horrorizó. ¿No eran hijos de Dios esos que se mataban? Saltó de su asiento a la arena, y se colocó entre los gladiadores. Le apartaron de un empellón. Volvió. La multitud se enfureció: se pusieron a apedrearle. Él siguió luchando por colocarse entre los gladiadores. El prefecto dio la orden. Una

espada resplandeció al sol. Telémaco cayó muerto. Inmediatamente la multitud dejó de gritar. Se dio cuenta de pronto de lo que había sucedido: un hombre santo yacía muerto. Algo sucedió aquel día en Roma, porque ya no volvió a haber peleas de gladiadores. Con su muerte, un solo hombre había puesto en movimiento algo que iba a limpiar el Imperio Romano de una de sus lacras. «El monje Telémaco, que se interpone en la arena del circo entre los combatientes y consigue con su sacrificio la proscripción de los juegos de los gladiadores; el eclesiástico que da asilo en el templo al perseguido por la venganza, o a la presunta víctima de error judicial; Francisco de Asís con sus frailes menores, prontos a todo servicio humanitario, sin miras a la recompensa; Bartolomé de las Casas, procurando librar a sus indios de la opresión y la crueldad; Concepción Arenal y Juan Howard, mitigando la suerte de los presos; Josefina Butler, abogando la causa de las mujeres desgraciadas; Lincoln, libertando a los esclavos; el padre Damián, consagrando su vida a los leprosos, todos estos, y muchos más, han buscado el Reino de Dios y aquella pura justicia que le es propia, y han ensanchado los dominios donde la voluntad divina se cumple, si no como en el Cielo, mejor que se cumplía antes. Si no nos está reservado hacer obra tan grande como la de estos héroes, no faltarán a nuestra alrededor cositas pequeñas en las cuales nuestro esfuerzo pueda introducir algo del espíritu y atmósfera del Reino de Dios» (Adolfo Araujo, *Cristianidad, pág. 105)*

1 Escuchad, Jesús nos dice: — ¿Quiénes van a trabajar?
Campos blancos hoy aguardan — que los vayan a segar.
Él nos llama cariñoso, — nos constriñe con Su amor.
¿Quién responde a Su llamada: — Heme aquí, yo iré, Señor?

2 Si por tierras y por mares — no pudieres transitar,
tu vecino está a tu puerta — a quien puedes auxiliar.
Si careces de riquezas, — de lo que tuvieres da:
si por el Señor lo dieres, — Él te recompensará.

3 Si cual inspirado apóstol — no te es dado predicar,
bien decir a todos puedes — cuánto supo Cristo amar.
Si el peligro no lograres — que comprenda el pecador,
puedes conducirle niños — al divino Salvador.

(Daniel March — traductor: Thomas M. Westrup).

Una reforma tiene que empezar en algún sitio. Puede que no sea en una nación, sino en un hogar o en un trabajo; pero una vez que empiece nadie podrá saber hasta dónde llegará.

(iv) Esta fue una de las parábolas más personales de todas las de Jesús. Algunas veces Sus discípulos tienen que haber estado desanimados. Su compañía era tan reducida, y el mundo tan extenso. ¿Cómo podrían llegar a ganarlo y cambiarlo? Sin embargo, una fuerza invencible había entrado en el mundo con Jesús. Hugh Martin cita lo que dijo H. G. Wells: «La Suya es con mucho la Figura dominante de la Historia... Cualquier historiador sin anteojeras teológicas tiene que darse cuenta de que no puede representar el progreso de la humanidad sin darle el lugar supremo que Le corresponde a un Maestro sin blanca de Nazaret.» Jesús les estaba diciendo a Sus discípulos, y les está diciendo a Sus seguidores de hoy, que no debe haber desaliento, que deben servir y testificar cada uno en su sitio, que cada uno debe ser el humilde principio desde el que el Reino crezca hasta que todos los reinos del mundo lleguen a ser de nuestro Señor y de Su Cristo *(Apocalipsis 11:15).*

EL PODER TRANSFORMADOR DE CRISTO

Mateo 13:33

Jesús les contó también otra parábola:

—El Reino del Cielo se parece a la levadura que las mujeres cogen y meten en tres medidas de harina para que se leude toda la masa.

Lo más significativo de este capítulo son las fuentes de las que dedujo Jesús Sus parábolas: cada una de ellas refleja escenas y actividades de la vida cotidiana. Jesús partía de cosas que les eran familiares a Sus oyentes para conducirlos a otras que no se les habían pasado nunca por la cabeza. Tomó la Parábola del Sembrador del campo del labrador, y la de la Mostaza de la huerta del campesino; la del Trigo y la Cizaña, del eterno problema del agricultor en su lucha con las plagas, y la de la Red Barredera de las orillas del Mar de Galilea. Tomó la Parábola del Tesoro Escondido en el Campo de las labores diarias de la labranza, y la de la Perla de

Gran Precio del mundo del comercio y los negocios. Pero en esta Parábola de la Levadura Jesús se introduce más que en ninguna otra en el hogar, porque Se inspira en la cocina de cualquier casa.

En Palestina, como en muchos pueblos de España hasta mediados de este siglo, el pan se hacía en las casas; tres medidas de harina era, como señala Levinson, la cantidad media que se usaría para cocer el pan de una familia numerosa como la de Jesús en Nazaret. Jesús tomó esta parábola del Reino de lo que había visto hacer muchas veces a Su madre María. La levadura era sencillamente un pellizco de la masa de la hornada anterior, que se había fermentado totalmente.

En el lenguaje y pensamiento judíos, la levadura se usa casi siempre en relación con una *mala* influencia; y esto, porque los judíos identificaban la fermentación con la putrefacción, y la levadura representaba todo lo malo (Cp. *Mateo 16:6; 1 Corintios 5:6-8; Gálatas 5:9).* Una de las ceremonias de la preparación de la Pascua consistía en buscar y descubrir y quemar todos los restos de levadura o de pan leudado que hubiera en la casa, aunque fueran las miguitas del suelo. Puede que Jesús escogiera deliberadamente esta ilustración del Reino. Produciría un cierto escándalo el oír que el Reino de Dios se comparaba con la levadura; y el escándalo despertaría interés y atención, como suele suscitarlos una ilustración tomada de una fuente peregrina e inesperada.

El detalle de la parábola está en una cosa: *el poder transformador de la levadura.* La levadura cambiaba el carácter de toda la hornada. El pan sin leudar es duro y seco y nada apetitoso; el que se cuece con levadura es suave, poroso y esponjoso y apetitoso. Al introducir la levadura se origina una transformación en la masa; y la llegada del Reino del Cielo causa una transformación en la vida.

Reunamos las características de esta transformación.

(i) El Evangelio transforma la vida de *la persona individual.* En *1 Corintios 6:9s,* Pablo agrupa las clases más terribles y repelentes de pecadores, y entonces, en el versículo siguiente, lanza la tremenda denuncia: «Y eso es lo que erais algunos.» Como decía Denney, no debemos olvidar nunca que la función y misión del Evangelio es hacer buenos a los malos. Esta transformación empieza en la vida

individual; porque en Cristo, la víctima de la tentación puede llegar a ser el vencedor de la tentación.

(ii) Hay cuatro áreas principales en las que el Cristianismo transformó la vida de la sociedad.

(*a*) Transformó la vida para *las mujeres.* El judío, en sus oraciones matutinas, Le daba gracias a Dios por no haberle hecho ni un gentil, ni un esclavo, ni una mujer. En la civilización griega, la mujer llevaba una vida absolutamente recluida, sin más responsabilidad que las tareas del hogar. K. J. Freeman describe la vida del niño o del joven griego aun en los grandes días de Atenas: «Cuando llegaba a casa no encontraba nada que se le pareciera a una vida de familia. Su padre rara vez estaba en casa. Su madre era simplemente una figura sin personalidad que vivía en las habitaciones de las mujeres; probablemente tampoco la veía con frecuencia.» En los países orientales se solían ver familias que iban de viaje: el padre iría montado en un asno; la madre iría andando detrás, a menudo encorvada bajo una pesada carga. Una verdad indiscutible de la Historia es que el Cristianismo transformó radicalmente la vida para las mujeres.

(*b*) El Cristianismo transformó la vida para *los enfermos y los débiles.* En la vida pagana, los débiles y los enfermos eran una molestia. En Esparta, cuando nacía un niño, se le sometía a examen: si era fuerte y sano se le permitía vivir; si era débil o tenía algún defecto se le exponía a la muerte en el monte. El doctor A. Rendle Short refiere que el primer asilo para los ciegos lo fundó Talasio, un monje cristiano; el primer consultorio médico gratuito lo fundó Apolonio, un comerciante cristiano; el primer hospital del que se tiene noticia lo fundó Fabiola, una dama cristiana. El Cristianismo fue la primera fe que se interesó por los destrozados por la vida.

(*c*) El Cristianismo transformó la vida para *los ancianos.* Lo mismo que los débiles, los ancianos eran una molestia. Catón, el escritor latino de cosas de agricultura, aconsejaba a los que se hicieran cargo de una granja: «Pasa revista al ganado, y pon a la venta lo que te convenga. Vende el aceite si te lo pagan bien, y lo mismo lo que te sobre del vino y los cereales. Vende los bueyes que estén agotados, el ganado defectuoso lanar y vacuno, la lana, las pieles, los carros viejos, los aperos desgastados, *los esclavos viejos y los*

enfermos y todo lo que sea superfluo.» Los viejos que ya no rendían en el trabajo, ya no servían para nada y se abandonaban en los basureros de la vida. El Cristianismo fue la primera fe que consideró a los ancianos como personas, y no como instrumentos que habían dejado de servir para el trabajo.

(*d*) El Cristianismo transformó la vida para *los niños.* En el trasfondo inmediato del Cristianismo, la relación matrimonial estaba deshecha y el hogar en peligro de muerte. El divorcio era tan corriente que no tenía nada de particular ni de reprochar el que una mujer (se supone rica y aristocrática) cambiara de marido todos los años. En tales circunstancias, los niños eran un desastre; y la costumbre de exponer los bebés a la muerte era trágicamente corriente. Hay una carta muy conocida de una tal Hilario, que se había ido a Alejandría, a su mujer, que seguía en casa: «Bueno, si tienes la suerte de que sea un niño lo que des a luz, déjale que viva; pero si es una niña, tírala.» En la civilización moderna, la vida casi se organiza en torno a los niños; en el mundo antiguo, un niño era corriente que muriera antes de empezar a vivir.

Cualquier oponente que pregunte qué ha hecho el Cristianismo por el mundo, se encuentra desarmado ante la respuesta de un cristiano. No hay nada en la Historia que esté más claro que el poder transformador de Cristo en la vida de la persona y de la sociedad.

LA ACCIÓN DE LA LEVADURA

Mateo 13:33 *(conclusión)*

Sólo nos queda por considerar una cuestión en relación con la Parábola de la Levadura. Casi todos los investigadores estarían de acuerdo en que nos presenta el poder transformador de Cristo y de Su Reino en la vida de la persona y del mundo; pero hay diferencias de opinión en cuanto a cómo actúa ese poder transformador.

(i) Algunas veces se dice que la lección de esta parábola es que el Reino obra de manera imperceptible. No podemos ver cómo actúa la levadura en la masa, lo mismo que no podemos ver crecer una flor; pero la acción de la levadura prosigue hasta conseguir su fin. Así tampoco podemos ver cómo actúa el Reino, pero siempre está actuando y acercando las personas y el mundo a Dios.

Según esto, aquí tendríamos un mensaje de aliento. Querría decirnos que siempre debemos ver las cosas a largo plazo, que no debemos comparar las cosas de hoy con las de la semana, o el mes, o el año pasados, sino que debemos considerar el transcurso de los siglos, y entonces veremos el progreso incesante del Reino. Como dice el poema de A. H. Clough:

No digas que la lucha no valía la pena,
que el esfuerzo y las llagas se aplicaron en vano;
que el contrario no ceja ni retrocede nunca,
y que todas las cosas son lo mismo que siempre.
Si la ilusión se engaña, el miedo es mentiroso;
¿no ocultará esa nube de humo en lontananza
a los tuyos que alcanzan al enemigo que huye,
y que solo tú faltas por poseer la victoria?
Mientras las olas rompen cansadas en la arena
sin parecer ganar ni una sola pulgada,
allá atrás la marea entre rocas y riscos
avanza silenciosa entrando incontenible.
No sólo las ventanas de Oriente lentamente
adivinan la luz conforme el Sol se eleva;
sino, ¡mirad!, a Occidente las lomas
ya saltan jubilosas reflejando su luz.

Según esto, la parábola enseña que con Jesucristo y Su Evangelio ha inundado el mundo una nueva energía, y que, silenciosa pero inconteniblemente, está obrando a favor de la justicia en el mundo, y Dios está realizando Su propósito conforme cada año sucede al anterior.

(ii) Pero algunos han dicho a veces, C. H. Dodd por ejemplo, que la lección de la parábola es precisamente la contraria; y que, lejos de ser invisible, la acción del Reino está a la vista de cualquiera que tenga ojos para ver. La influencia de la levadura se puede ver claramente. En cuanto se mete en la masa, la transforma de algo insensible e inactivo en algo que burbujea y se hincha. Eso es precisamente lo que quieren decir las palabras *levadura* y *leudar,* de *levâre,* levar, levantar. Así de enérgico e inquietante es el obrar del Reino, y tan a la vista de todo el mundo. Cuando llegó el Evangelio

a Tesalónica, sus habitantes decían preocupados: «¡Esos hombres que están poniendo el mundo patas arriba han llegado aquí también!» *(Hechos 17:6).* La acción del Evangelio es desintegradora, inquietante y violenta en sus efectos.

Hay aquí una verdad indiscutible. Es verdad que los hombres crucificaron a Jesucristo porque desafiaba sus convencionalismos y tradiciones; y una y otra vez es verdad que se ha perseguido a los cristianos porque representaban una fuerza transformadora y renovadora. Es abundantemente cierto que no hay nada en el mundo tan inquietante como el Evangelio; esa es, de hecho, la razón por la que tantas personas lo rechazan y tratan de eliminarlo.

Cuando lo pensamos un poco nos damos cuenta de que no tenemos que escoger entre una de las dos interpretaciones de la parábola, porque ambas son verdaderas. Hay un sentido en el que el Reino, el poder de Cristo, el Espíritu de Dios, siempre está actuando, aunque no lo veamos; y hay un sentido en que está a la vista su acción. Cristo cambia muchas vidas personales e individuales manifiesta y violentamente; y al mismo tiempo hay una operación silenciosa del propósito de Dios a lo largo de la Historia.

Podemos presentarlo de la siguiente manera. El Reino, el poder de Cristo, el Espíritu de Dios, es como el Guadiana, que una parte de su curso fluye invisiblemente por debajo de la superficie de la tierra, para surgir otra vez en todo su poder, a la vista de todo el mundo. Esta parábola nos enseña tanto que el Reino está siempre obrando invisiblemente como que hay momentos en la vida individual y colectiva en los que la acción del Reino es tan patente y tan manifiestamente poderosa que todos la pueden ver.

TODO EN LA LABOR DIARIA

Mateo 13:44

> *También se parece el Reino del Cielo a un tesoro que estuviera escondido en un campo. Va uno, y lo descubre, y lo oculta otra vez; y de la alegría que tiene, va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.*

Aunque esta parábola nos suena extraña, les sonaría perfectamente natural a los que vivían en Palestina en tiempos de

Jesús; y aun en nuestro tiempo, a las gentes del Oriente les parecerá un tema muy actual.

En el mundo antiguo había bancos, pero la gente corriente no los podía usar. Lo más frecuente era que usara el campo como el lugar más seguro para guardar sus más preciadas posesiones. En la Parábola de los Talentos, el siervo inútil escondió su talento en la tierra para no perderlo *(Mateo 25:25).* Los rabinos tenían un dicho proverbial de que no había más que un lugar seguro para guardar el dinero: la tierra.

Esto era todavía más real en una tierra en la que el jardín de cualquiera podía convertirse en un campo de batalla de la noche a la mañana. Palestina fue probablemente el país en que se dieron más batallas en el mundo antiguo; y, cuando la marea de la guerra amenazaba con anegarla, lo que casi todo el mundo hacía era esconder lo que tuviera de valor en la tierra antes de emprender la huida, con la esperanza de volver algún día y recuperarlo. Josefo menciona «el oro y la plata y todos los muebles valiosos que tenían los judíos, y que depositaron bajo tierra ante las fortunas inciertas de la guerra.»

Thomson nos cuenta en *La tierra y el libro,* que se publicó por primera vez en 1876, el caso del descubrimiento de un tesoro que él conoció personalmente en Sidón. Había en aquella ciudad una famosa avenida con acacias. Unos obreros, cavando en uno de los jardines de dicha avenida, descubrieron varios cacharros de cobre llenos de monedas de oro. Tenían la intención de quedárselas; pero eran tantos los que se creían con derecho a una parte, y estaban tan indeciblemente emocionados que se descubrió su secreto y el gobierno local se hizo cargo. Todas las monedas eran del tiempo de Alejandro Magno y de su padre Felipe. Thomson sugiere que, cuando Alejandro murió inesperadamente en Babilonia, se recibió la noticia en Sidón, y algún gobernador macedonio enterró aquellas monedas con la intención de apropiárselas en el caos que sin duda seguiría a la muerte de Alejandro. Thomson añade que hay personas que se dedican al negocio de buscar tesoros escondidos; y que viven en una tensión tan constante que se da el caso de que se desmayan cuando encuentran una sola moneda. Cuando Jesús

refirió esta parábola hablaba de algo que les sonaría muy familiar e interesante a los habitantes de Palestina y del Oriente en general.

Se podría pensar que Jesús pone como ejemplo en esta parábola a un hombre culpable de una práctica más que dudosa, porque escondió otra vez su hallazgo en vez de dar parte al dueño de la finca o a las autoridades, y dio pasos para quedárselo él. A eso se pueden decir dos cosas. La primera que, aunque Palestina estaba en tiempos de Jesús bajo el dominio de Roma y sus leyes, en las cosas ordinarias, menudas y cotidianas era la ley tradicional judía la que se aplicaba; y, en cuanto a los tesoros escondidos, la ley rabínica judía era muy clara: «¿Qué hallazgos pertenecen al que los encuentre, y de cuáles tiene éste que dar parte? Estos son los que pertenecen al que los encuentra: Si uno encuentra fruta caída, o dinero caído... eso le pertenece al que lo encuentre.» Así que, legalmente, este hombre tenía derecho a lo que se había encontrado.

Y segunda: hasta aparte de eso, cuando se trata de una parábola, no hay que fijarse tanto en los detalles; las parábolas tienen una lección especial, y todo lo demás es secundario. En esta parábola, el tema es el gozo del descubrimiento, que hace que el hombre esté dispuesto a renunciar a todo lo demás para que el tesoro le pertenezca sin lugar a dudas. Ningún otro detalle de la parábola tiene importancia.

(i) La lección de esta parábola es, primero, que el hombre se encontró con algo de valor inmenso, no tanto por casualidad, sino *en medio de su trabajo cotidiano.* Es verdad que dio con ello inesperadamente, pero fue *cuando estaba ocupado en sus quehaceres habituales.* Y es legítimo deducir que estaba cumpliendo con su deber con diligencia y eficacia, porque tiene que haber estado cavando bien hondo, y no meramente arañando la superficie, para haberse encontrado con aquel tesoro. Sería una pena que fuera solo en las iglesias, en los lugares que se consideran santos y en las ocasiones que se tienen por religiosas, donde pudiéramos encontrarnos con Dios y sentirnos cerca de Él.

Hay un dicho de Jesús que no se encuentra en los evangelios pero que suena a auténtico: «Levanta la piedra, y Me encontrarás; tala la madera, y estaré en ella.» Cuando el albañil está trabajando

la piedra o el carpintero la madera, allí está Jesucristo con ellos. La verdadera felicidad y satisfacción, el sentir a Dios y la presencia de Cristo se han de encontrar en el trabajo cotidiano hecho con honradez y a conciencia. El hermano Lorenzo, gran santo y místico, pasó la mayor parte de su vida laboral en la cocina del monasterio entre cacharros, y pudo decir: «Sentía a Jesucristo tan cerca de mí en la cocina como en el santísimo sacramento.» Y Teresa de Jesús, si no citaba al hermano Lorenzo por lo menos coincidía totalmente con él cuando decía, animando a sus monjas a las labores cotidianas: «También entre los pucheros anda el Señor.»

(ii) La lección de esta parábola es, segundo, que merece la pena cualquier sacrificio para entrar en el Reino. ¿Qué quiere decir entrar en el Reino? Cuando estudiamos la Oración Dominical *(Mateo 6:10),* encontramos que podíamos decir que el Reino de Dios es un estado social en la Tierra en el que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo. Por tanto, entrar en el Reino es aceptar y hacer la voluntad de Dios. Así que vale la pena, cualquier pena, hacer la voluntad de Dios. De pronto, como el que descubre un tesoro escondido, puede que se nos presente, en algún momento de iluminación, la convicción de cuál es la voluntad de Dios para nosotros. Aceptarla puede suponer renunciar a algunos objetivos y ambiciones que apreciamos mucho, abandonar ciertos hábitos y maneras de vivir que son difíciles de renunciar, asumir una disciplina y una autonegación que no son fáciles ni mucho menos; en una palabra: tomar nuestra cruz y seguir a Jesús. Pero no hay otra manera de conseguir la paz en la mente y en el corazón en esta vida y la gloria en la vida por venir. Sin duda vale la pena renunciar a todo para aceptar y hacer la voluntad de Dios.

LA PERLA DE VALOR INCALCULABLE

Mateo 13:45-46

> *El Reino del Cielo se parece también a un comerciante que anda buscando buenas perlas. Cuando encuentra una de gran valor va y vende todo lo que tiene y la compra.*

En el mundo antiguo las perlas eran algo especialmente valioso. Muchas personas anhelaban poseer una perla preciosa, no tanto

por su valor en dinero como por su belleza. Hallaban un gran placer simplemente tocándola y contemplándola. Encontraban un placer estético en poseer y mirar una perla. Las principales fuentes de perlas eran entonces las orillas del Mar Rojo y de las lejanas Islas Británicas; pero un comerciante se peinaría los mercados del mundo para encontrar una perla que tuviera una belleza extraordinaria.

Hay algunas verdades de lo más sugestivas ocultas en esta parábola.

(i) Es sugestivo descubrir que el Reino del Cielo se compara con una perla. En el mundo antiguo, como hemos visto, una perla era la posesión más maravillosa; eso quiere decir que el Reino del Cielo es lo más maravilloso del mundo. Recordemos lo que es el Reino: estar en el Reino es aceptar y hacer la voluntad de Dios. Es decir: hacer la voluntad de Dios no es algo hosco, gris y agónico, sino la cosa más maravillosa. Más allá de la disciplina, el sacrificio, la autonegación, la cruz... se encuentra la suprema hermosura que excede a todas las hermosuras y que no se encuentra en ningún otro lugar. No hay más que una manera de traer paz al corazón, gozo a la mente, belleza a la vida, y es aceptar y hacer la voluntad de Dios.

(ii) Es sugestivo descubrir que hay otras perlas, pero sólo una de valor incalculable. Es decir: hay muchas cosas preciosas en este mundo, y muchas en las que se puede encontrar belleza. Se puede encontrar en el conocimiento y en los horizontes de la mente humana, en el arte y en la música y en la literatura y en todos los logros del espíritu humano; se puede encontrar en el servicio de nuestros semejantes, aun cuando ese servicio surja de motivos puramente humanitarios y no puramente cristianos; se puede encontrar en las relaciones humanas. Todas estas cosas son preciosas, pero tienen un valor inferior. La suprema belleza se halla en la aceptación de la voluntad de Dios. Esto no es minimizar las otras cosas; son también perlas; pero la perla suprema es la obediencia voluntaria que nos hace amigos de Dios.

(iii) Encontramos en esta parábola la misma enseñanza que en la anterior, pero con una diferencia. El hombre que estaba labrando el campo no estaba buscando ningún tesoro; se lo encontró

casualmente. Pero este hombre estaba buscando buenas perlas: ese era su negocio.

Pero no es tan importante el que el descubrimiento sea cosa de un momento de suerte o el resultado de la búsqueda de toda una vida; la reacción es la misma: hay que sacrificarlo todo para obtener en posesión lo que tiene un valor incalculable. Una vez más nos encontramos con la misma verdad: que, ya sea que uno descubre la voluntad de Dios para su vida en el destello instantáneo de un relámpago iluminador, o después de una búsqueda prolongada y concienzuda, vale la pena aceptarla sin dudar a cualquier coste.

LA REDADA Y LA SEPARACIÓN

Mateo 13:47-50

> *El Reino del Cielo se parece también a una red que se echa a la mar y que recoge toda clase de peces. Cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y recogen lo que vale en cestas y tiran lo que no vale. Así sucederá al final de esta era: vendrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos y los echarán al fuego del horno. Allí será el lloro y el rechinar de dientes.*

Era la cosa más natural del mundo el que Jesús usara ilustraciones de la pesca cuando estaba hablando con pescadores. Es como si les dijera: «Fijaos en cómo os habla de las cosas del Cielo vuestro diario faenar.»

En Palestina había dos maneras de pescar. Una era con la red arrojadiza, *amfiblêstron,* en castellano atarraya o esparavel, red manual que se lanzaba desde la orilla. Thomson nos describe cómo: «La red tiene la forma un poco como una tienda de campaña redonda, con una cuerda larga atada a la parte de arriba. Se ata al brazo, doblada de forma que cuando se lanza se extiende en toda su forma circular, con pesas de plomo en la circunferencia exterior para que baje al fondo rápidamente. Ahora, fijaos en el pescador: medio doblado y más que medio desnudo, observa atentamente la superficie para descubrir sus presas que se le acercan juguetonas. Salta adelante a su encuentro, lanza la red, que se desdobla en el vuelo y ameriza circularmente llegando al fondo antes de que los

inocentes peces se den cuenta de que están atrapados. Tirando tranquilamente de la cuerda, el pescador arrastra la red y los peces hasta la orilla. Este método requiere una vista aguda, una mente rápida y una gran habilidad en el lanzamiento. El pescador tiene que ser paciente, atento, despierto, y con buenos reflejos para lanzar la red en el instante propicio.»

La otra manera de pescar era con la red barredera, *seguênê.* De esta se trata en la parábola. La red barredera era grande y cuadrada, con cuerdas atadas a las esquinas y con pesas en uno de los lados para que, en reposo, estuviera colgando verticalmente en el agua. Cuando la barca empezaba a moverse, la red tomaba la forma de un gran cono en el que quedaban atrapados peces de todas clases.

La red se arrastraba entonces a tierra, y se separaban los peces. Los inservibles se tiraban, y los buenos se colocaban en las cestas. Es interesante advertir que a veces se mantenían los peces vivos en cestas impermeables llenas de agua. No había otra manera de transportarlos frescos durante un cierto tiempo y a cierta distancia. Por eso, al pescado fresco se le llama en Israel *dag jay,* pescado vivo, no congelado.

Hay dos grandes lecciones en esta parábola.

(i) Por naturaleza la red barredera no selecciona ni puede seleccionar los peces. No tiene más remedio que recoger toda clase de cosas en su recorrido por el agua. Su contenido no puede por menos de ser una gran mezcla. Si aplicamos esto a la Iglesia, que es el instrumento del Reino de Dios en la Tierra, quiere decir que la Iglesia no puede ser discriminatoria, sino que tiene que ser una mezcla de toda clase de personas, buenas y malas, útiles e inútiles.

Siempre ha habido dos opiniones de la Iglesia: la exclusiva y la inclusiva. El punto de vista exclusivo mantiene que la Iglesia es para los buenos, para los sinceramente consagrados y para los que son totalmente diferentes de los del mundo. Es atractivo ese punto de vista, pero no es el del Nuevo Testamento porque, aparte de todo lo demás, *¿quién es el que va a juzgar,* cuando se nos ha dicho que no juzguemos? *(Mateo 7:1).* Nadie tiene derecho a decir quién está consagrado a Cristo y quién no. El punto de vista inclusivo siente instintivamente que la Iglesia debe estar abierta a todo el mundo, y

que, como la red barredera, en tanto en cuanto es una institución humana, no puede evitar ser una mezcla. Eso es exactamente lo que enseña la parábola.

(ii) Pero también enseña que llegará la hora de separar los buenos de los malos, y de mandarlos a sus respectivos destinos. Sin embargo la separación, aunque es inevitable, no ha de ser obra del hombre sino de Dios. Por tanto tenemos la obligación de recoger todo lo que nos venga, sin juzgar ni separar, dejándole el juicio final a Dios.

DONES ANTIGUOS USADOS DE NUEVO

Mateo 13:51-52

> *Jesús les preguntó:*
> *—¿Habéis entendido todo esto?*
> *—Sí —Le respondieron. Y Él les siguió diciendo:*
> *—Por eso es por lo que todos los escribas que hayan recibido enseñanza acerca del Reino del Cielo serán como padres de familia que sacan de sus alacenas cosas nuevas y cosas antiguas.*

Cuando Jesús acabó de hablar acerca del Reino, les preguntó a Sus discípulos si lo habían entendido. Sí; lo habían entendido, por lo menos en parte. Entonces Jesús pasó a hablarles acerca del escriba versado en el Reino del Cielo, que saca de su depósito cosas nuevas y cosas antiguas. Lo que Jesús estaba diciendo de hecho era: «Vosotros podéis entender porque vinisteis a Mí con una herencia preciosa. Trajisteis toda la enseñanza de la Ley y de los Profetas. Un escriba viene a Mí después de toda una vida de estudio de la Ley y de los mandamientos. Ese trasfondo os ayuda a entender. Pero después de recibir Mi enseñanza tenéis el conocimiento, no sólo de las cosas que sabíais antes, sino también de otras de las que no teníais noticias, y el conocimiento que teníais antes se os ilumina ahora con lo que Yo os he enseñado.»

Aquí hay algo muy sugestivo: porque quiere decir que Jesús nunca quiso ni pretendió que nadie olvidara todo lo que supiera antes de venir a Él, sino que lo viera en una nueva luz y lo usara en una nueva proyección de servicio. Cuando nos sucede eso, lo que

sabíamos antes se convierte en un tesoro mayor del que había sido nunca.

Todos venimos a Cristo con algún don y con alguna capacidad. Jesús no nos pide que renunciemos a nuestro don. Muchas personas creen que cuando se entregan a Cristo tienen que renunciar a todo y concentrarse en los valores llamados religiosos. Pero un investigador no tiene que renunciar a su formación cuando se hace cristiano, sino más bien usarla para Cristo. Un hombre de negocios no tiene que renunciar a su profesión, sino más bien practicarla como cristiano que es. El que vale para cantar, o bailar, o representar, o pintar, no tiene por qué abandonar su arte, sino más bien debe usar su arte como cristiano que es. El deportista no tiene por qué renunciar al deporte, sino practicarlo como cristiano que es. Jesús no vino para vaciar la vida, sino para llenarla; no para empobrecerla, sino para enriquecerla. Aquí vemos a Jesús diciéndonos que no abandonemos nuestros dones, sino que los usemos aún más consagradamente a la luz de Su conocimiento.

LA BARRERA DE LA INCREDULIDAD

Mateo 13:53-58

Cuando Jesús acabó de relatarles estas parábolas, se marchó de allí. Se fue a Su tierra, y se puso a enseñarles en la sinagoga.

Su enseñanza era tal que estaban alucinados y decían:

—¿De dónde ha sacado Este esta sabiduría y estos poderes? ¿Es que no es el hijo del carpintero? ¿No le dicen a Su madre María, y a Sus hermanos Santiago y José y Simón y Judas? ¿No viven también aquí Sus hermanas? ¿De dónde se ha sacado Él todo esto?

Y se escandalizaban de Él.

Jesús les dijo:

—No hay profeta en su propia tierra y en su propia casa.

Y no realizó allí muchas obras de poder por culpa de la incredulidad de ellos.

Era natural que Jesús hiciera alguna visita más tarde o más temprano a Nazaret, que era donde se había criado. Pero había que

echarle valor. Donde le es más difícil predicar a un predicador es en la iglesia donde todos le conocen desde su infancia; el lugar más difícil para que un médico ejerza su profesión es donde se le conoce desde pequeño.

Y sin embargo Jesús fue a Nazaret.

En el culto de la sinagoga no había una persona encargada de hacer el sermón con carácter permanente. El encargado de la sinagoga podía pedirle que predicara a cualquier extranjero distinguido que estuviera presente, y cualquiera que creyera tener un mensaje se podía aventurar a darlo. No había peligro de que a Jesús se Le negara el derecho de hablar. Pero cuando habló, todo lo que encontró fue hostilidad e incredulidad: no Le prestaron ninguna atención porque conocían a Su padre y a Su Madre y a Sus hermanos y hermanas. No podían concebir que nadie que hubiera vivido entre ellos tuviera derecho a hablar como hablaba Jesús. El Profeta, como sucede a menudo, no recibía honores en Su propia tierra. Y la actitud de ellos para con Él levantaba una barrera que impedía que Jesús ejerciera ninguna influencia en ellos.

Aquí hay una gran lección. En cualquier culto, la congregación predica más de la mitad del sermón. La congregación trae y crea una atmósfera, y esa atmósfera puede ser una barrera que no pueden penetrar las palabras del predicador, o una expectativa que hace que hasta el sermón más flojo sea una llama viva.

De nuevo, no se debe juzgar a una persona por su entorno ni por su familia, sino por lo que es en sí misma. Muchos mensajes se han quedado tan muertos como las piedras, no porque no valiera nada su contenido, sino porque las mentes de los oyentes estaban tan cerradas con prejuicios contra el mensajero que no le dieron ninguna oportunidad.

Cuando nos reunimos para escuchar la Palabra de Dios debemos acercarnos con viva expectación, y pensar, no en la persona que va a hablar, sino en el Espíritu que habla por medio de ella.

LA TRAGEDIA DE JUAN EL BAUTISTA

Mateo 14:1-12

Por aquel tiempo el tetrarca Herodes tuvo noticias de la fama de Jesús, y les dijo a sus siervos:

—Ese es Juan el Bautista que ha resucitado, y por eso realiza esas obras de poder.

Herodes había detenido a Juan el Bautista, le había encadenado y metido en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Felipe, porque Juan le denunciaba insistentemente:

—No tienes derecho a estar casado con ella.

Herodes quería matar a Juan; pero tenía miedo a la reacción de la gente, porque consideraban que Juan era un profeta.

Con ocasión de la fiesta de cumpleaños de Herodes, bailó la hija de Herodías en medio de la compañía, y a Herodes le cayó muy bien. De ahí que le prometiera con juramento que le daría lo que pidiera. Aconsejada por su madre, dijo:

—Dame aquí y ahora la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja.

El rey se encontró en un compromiso por el juramento que había hecho a oídos de todos sus invitados; así es que dio orden de que se concediera la petición; y mandó a algunos a que decapitaran a Juan en la cárcel. Luego trajeron la cabeza en una bandeja, y se la dieron a la joven, que se la llevó a su madre.

Los discípulos de Juan fueron a recoger su cuerpo y lo enterraron. Seguidamente fueron a Jesús y se lo contaron todo.

En este drama trágico de la muerte de Juan el Bautista se nos delinean clara y vivamente los diferentes personajes.

(i) Tenemos al mismo Juan. Por lo que respectaba a Herodes, Juan había cometido dos faltas.

(*a*) Era demasiado popular. Josefo también nos cuenta la historia de la muerte de Juan, y lo hace desde este punto de vista: «Ahora bien: cuando muchos otros venían a Juan en multitud, porque se conmovían profundamente al oír sus palabras, Herodes, que temía que la gran influencia que Juan tenía sobre la gente le pudiera poner en posición e inclinación de hacer un levantamiento (porque la gente parecía dispuesta a hacer todo lo que él le aconsejara), pensó que lo mejor sería matarle para prevenir cualquier conflicto que pudiera causar, y no meterse en dificultades perdonándole la vida, de lo que podría ser que se arrepintiera cuando fuera demasiado tarde. De

acuerdo con esto, ante las sospechas de Herodes, este mandó a Juan prisionero a Maqueronte... y allí le hizo ajusticiar.» *(Antigüedades de los judíos, 18.5.2).* Según Josefo fueron los celos suspicaces de Herodes los que le hicieron dar muerte a Juan. A Herodes, como a cualquier otro tirano débil, suspicaz y timorato, no se le podía ocurrir otra manera de resolver la presencia de un posible rival que matándole.

(*b*) Pero los evangelistas vieron la historia desde otro punto de vista. Para ellos, Herodes mandó matar a Juan porque este era un hombre que decía la verdad. Siempre es peligroso denunciar a un tirano, y eso fue precisamente lo que hizo Juan.

Los hechos eran bien sencillos. Herodes Antipas estaba casado con una hija de los árabes nabateos. Tenía un hermano en Roma que se llamaba igual que él; los evangelistas llaman a ese Herodes de Roma Felipe; su nombre completo puede que fuera Herodes Felipe, o puede que se confundieran en la maraña de las relaciones matrimoniales de los Herodes. El Herodes que residía en Roma era un individuo adinerado que no tenía reino propio. En una visita a Roma, Herodes Antipas sedujo a su cuñada y la convenció para que abandonara a su marido y se casara con él. Para eso tenía que repudiar a su anterior mujer, lo que le trajo unas consecuencias desastrosas. Al dar ese paso, aparte del aspecto moral de la cuestión, Herodes quebrantó dos leyes: se divorció sin causa de su mujer, y se casó con su cuñada en vida del marido de esta, que era un matrimonio prohibido en la ley judía. Juan no dudó en reprochárselo.

Siempre es peligroso enfrentarse con un déspota oriental, y Juan firmó su propia sentencia de muerte cuando reprendió a Herodes. Juan era un hombre que denunciaba intrépidamente el mal cuando lo veía. Cuando el reformador escocés John Knox estaba defendiendo sus principios ante la reina Mary, ella le preguntó si creía que se podía resistir la autoridad de los gobernantes. Su respuesta fue: «Si los príncipes se exceden de sus atribuciones, señora, es lícito resistirlos, y hasta deponerlos.» El mundo les debe mucho a los grandes hombres que arriesgaron sus vidas y tuvieron el valor de decirles aun a los reyes y las reinas que hay una ley moral que quebrantan a riesgo propio.

(ii) Tenemos a Herodías. Como veremos, fue la ruina de Herodes en todos los sentidos, aunque no carecía del sentido de la grandeza. De momento advertimos que tenía un triple delito: era una mujer inmoral e infiel; vengativa, que abrigaba los rencores para mantenerlos calentitos, y que procuraba vengarse hasta cuando se la condenara justamente; y —probablemente lo peor de todo— era capaz de utilizar hasta a su propia hija para llevar a cabo sus planes de venganza. Ya habría sido suficientemente malo el que se hubiera buscado los medios para vengarse del hombre de Dios que la hizo enfrentarse con su propia vergüenza; pero fue infinitamente peor el usar a su hija para su funesto propósito haciéndola cómplice del delito más horrible. Hay poco que decir del progenitor que mancha su progenie de delito con el fin de obtener algún propósito personal malvado.

(iii) Tenemos a la hija de Herodías, Salomé. Sería entonces joven, tal vez de dieciséis o diecisiete años. Aunque después llegara a ser lo que fuera, no cabe duda de que en esta ocasión fue más utilizada que culpable. Probablemente ya tenía una raíz de desvergüenza en su carácter: toda una princesa haciendo de bailarina solo para hombres. Las danzas en tales ocasiones eran sugestivas e inmorales. Para una princesa real ya era bastante deshonroso el bailar en público. Herodías no le daba ninguna importancia a la falta de pudor y dignidad de su hija con tal de obtener su venganza del hombre que la había reprendido tan justamente.

LA CAÍDA DE HERODES

Mateo 14:1-12 *(conclusión)*

(iv) Tenemos al mismo Herodes. Se le llama *el tetrarca,* que quiere decir literalmente *gobernador de la cuarta parte;* pero llegó a usarse en sentido general, como aquí, de gobernador subordinado de una parte de un país. Herodes el Grande tuvo muchos hijos. Antes de morir dividió su territorio en tres partes y, con el consentimiento de Roma, se las legó a tres de sus hijos. A Arquelao le dejó Judea y Samaria; a Felipe, el territorio septentrional de Traconítide e Iturea, y a Herodes Antipas —el de esta historia—, Galilea y Perea. Herodes Antipas no fue un rey extremadamente malo, pero aquí le vemos iniciar el descenso hacia la ruina total. Podemos notar especialmente tres cosas acerca de él.

(*a*) Tenía conciencia de su culpabilidad. Cuando Jesús llegó a tener cierta importancia en el pueblo, Herodes llegó inmediatamente a la conclusión de que era Juan que había vuelto a la vida. Orígenes hace una sugerencia muy interesante acerca de esto: recuerda que María, la madre de Jesús, e Isabel, la madre de Juan, eran parientes próximas *(Lucas 1:36).* Y Orígenes cita una tradición que decía que Jesús y Juan se parecían físicamente. En ese caso, la conciencia culpable de Herodes tendría aún más razones para su sospecha. Es la gran prueba de que nadie se puede librar definitivamente de un pecado librándose de la persona que se lo denuncia. Existe tal cosa como la conciencia; y, aunque se elimine al acusador de una persona, no se silencia al Acusador divino.

(*b*) La acción de Herodes fue típica de un hombre débil. Mantuvo un juramento insensato, y quebrantó una gran ley. Había prometido a Salomé darle lo que le pidiera, sin prever lo que pudiera ser. Sabía muy bien que concederle su petición para cumplir su juramento era quebrantar una ley mucho más importante; y sin embargo eligió hacerlo porque era demasiado débil para reconocer su error. Le tenía más respeto a las rencillas de una mujer que a la ley moral. Le tenía más miedo a la crítica, o a las burlas, de sus invitados, que a la voz de la conciencia. Herodes era un hombre que podía mantenerse firme en cosas equivocadas hasta cuando sabía que

eran otras las verdaderas; y tal firmeza es señal, no de fuerza, sino de debilidad.

(*c*) Ya hemos dicho que la acción de Herodes en este pasaje fue el principio de su ruina. Las consecuencias de seducir a Herodías y divorciarse de su anterior mujer fueron, muy naturalmente, que Aretas, el padre de esta y gobernador de los nabateos, se sintió normal y personalmente resentido por el insulto que se le había perpetrado a su hija. Le hizo la guerra a Herodes y le infligió una seria derrota. Josefo comenta: «Algunos de los judíos creyeron que la destrucción del ejército de Herodes había sido cosa de Dios, y muy justa, en castigo por lo que había hecho con Juan, llamado el Bautista» *(Antigüedades de los judíos, 18.5.2).* Herodes tuvo que ser rescatado por los romanos, a los que apeló para que le ayudaran.

Desde el principio, la relación ilegal e inmoral con Herodías no le trajo a Herodes más que disgustos. Pero la influencia de Herodías no acabó ahí. Pasaron los años, y Calígula llegó al trono de Roma. El Felipe que había sido tetrarca de Traconítide e Iturea murió, y Calígula le dio la provincia a otro de la familia de los Herodes que se llamaba Agripa; y con la provincia le otorgó el título de rey. El hecho de que Agripa fuera rey llenó de envidia a Herodías. Josefo dice: «Ella no podía ocultar lo desgraciada que se sentía por la envidia que le tenía» *(Antigüedades de los judíos, 18.7.1).* Como consecuencia de su envidia incitó a Herodes a ir a Roma para pedirle a Calígula que le concediera también a él el título de rey, porque Herodías estaba decidida a ser reina. «Vamos a Roma —le dijo—, y no ahorremos molestias ni gastos, ni plata ni oro, que no se pueden emplear en nada mejor que en obtener un reino.»

Herodes se resistía a tomar medidas; era naturalmente perezoso, y también preveía serios problemas; pero su testaruda mujer se salió con la suya. Herodes se preparó para ir a Roma; pero Agripa mandó mensajeros para advertir a Calígula que Herodes estaba preparándose para rebelarse contra Roma. Calígula dio crédito a las acusaciones de Agripa, despojó a Herodes de su posición y de su dinero y le desterró a la lejana Galia, donde se fue consumiendo en el exilio hasta que le llegó la hora de la muerte.

Herodes acabó por perder la fortuna y el reino, arrastrando una vida miserable en algún lugar remoto de Galia, por culpa de Herodías. Y fue entonces cuando Herodías dio muestra de grandeza y de magnanimidad. Era en realidad la hermana de Agripa, y Calígula le dijo que no pretendía privarla de su fortuna particular, y que, por consideración a Agripa, ella no estaba obligada a acompañar a su marido al destierro. Herodías respondió: «Sin duda tú, oh Emperador, actúas de forma magnánima y como corresponde a tu dignidad en lo que me ofreces; pero el amor que le tengo a mi parido me impide aceptar el favor que me otorgas; porque no es justo que yo, que he participado de su prosperidad, le abandone en su desgracia» *(Antigüedades de los judíos, 18.7.2).* Así es que Herodías acompañó a Herodes al destierro, y eso es lo último que sabemos de ella.

Si ha habido alguna vez una prueba de que el pecado atrae su propio castigo, esa prueba es evidente en la historia de Herodes. Fue un día aciago cuando Herodes sedujo a Herodías. A aquel acto de infidelidad siguió el asesinato de Juan, y por último el desastre en el que lo perdió todo excepto la mujer que le amó y le arruinó.

COMPASIÓN Y PODER

Mateo 14:13-21

> *Cuando Jesús escuchó la noticia (de la muerte de Juan), se retiró de allí en una barca a un lugar desierto, Él solo. Cuando la gente se enteró, Le siguieron a pie desde los pueblos.*
>
> *Cuando Jesús desembarcó, vio un gentío numeroso, y se Le conmovieron las entrañas de compasión por ellos, y sanó a sus enfermos.*
>
> *Cuando ya era tarde, se Le acercaron Sus discípulos y Le dijeron:*
>
> *—Este lugar está desierto, y ya se ha pasado la hora de cenar. Despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse comida.*
>
> *Pero Jesús les contestó:*
>
> *—Dadles vosotros de comer.*
>
> *—No tenemos más que cinco panecillos y dos pescados —Le contestaron ellos.*

—Traédmelos aquí —les dijo Jesús.

Entonces Jesús mandó a la gente que se recostara en la hierba verde. Tomó los cinco panecillos y los dos pescados, elevó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panecillos y se los dio a Sus discípulos, y estos los repartieron entre la gente; y comieron todos todo lo que quisieron. Luego recogieron lo que había sobrado: doce cestas llenas de trozos. Los que habían comido eran unos cinco mil varones, aparte de las mujeres y los niños.

Galilea tiene que haber sido un sitio en el que era muy difícil estar solo. Era un país pequeño, de 80 kilómetros de Norte a Sur por cuarenta de Este a Oeste, y Josefo nos dice que por aquel tiempo había en aquella área 204 pueblos, ninguno de menos de 15,000 habitantes. En un lugar tan densamente poblado no era fácil escaparse de la gente por mucho tiempo. Pero había tranquilidad al otro lado del lago, que por la parte más ancha no tenía más que 13 kilómetros. Los amigos de Jesús eran pescadores, y no Le sería difícil embarcarse en una de sus barcas y navegar a la parte oriental del lago. Eso fue lo que hizo Jesús cuando se enteró de la muerte de Juan el Bautista.

Había tres motivos perfectamente razonables para que Jesús buscara la soledad. Era humano, y necesitaba un poco de descanso. Él nunca se metió temerariamente en peligros, y era prudente retirarse para no compartir demasiado pronto el fin de Juan. Y, por encima de todo, ante la perspectiva cada vez más cercana de la Cruz, Jesús necesitaba encontrarse a solas con Dios antes de enfrentarse con las multitudes. Buscaba descanso para el cuerpo y tranquilidad para el alma en la soledad.

Pero no los encontró. Sería fácil ver la barca iniciar la travesía y adivinar hacia dónde se dirigía; el caso es que la gente rodeó el lago por la parte superior, y Le estaba esperando al otro lado cuando desembarcó. Así es que Jesús sanó a sus enfermos y, cuando atardeció, los alimentó antes de que volvieran a emprender el largo camino a sus casas. Pocos de los milagros de Jesús son tan reveladores como este.

(i) Nos habla de la compasión de Jesús. Cuando vio a la gente se Le conmovieron las entrañas de compasión por ellos. Esto es una

cosa de lo más maravillosa. Jesús había ido allí buscando paz, tranquilidad y soledad; en su lugar, Se encontró con una gran multitud expectante de lo que Él le pudiera dar. Otro cualquiera se habría molestado. ¿Qué derecho tenían a invadir Su intimidad con sus continuas exigencias? ¿Es que no podía tener ni un poco de tranquilidad y descanso, ni de tiempo para Sí mismo?

Pero Jesús no era así. Lejos de sentirse molesto, se conmovió de compasión. Premanand, el gran cristiano indio que había sido un rico de casta superior, cuenta en su autobiografía: «Como en los días de la antigüedad, ahora también tiene que ser el mismo el mensaje para el mundo no cristiano: que *Dios se preocupa.*» En ese caso, no podemos estar nunca demasiado cansados para atender a la gente, ni que nos resulte un incordio o una molestia. Premanand sigue diciendo: «Mi propia experiencia ha sido siempre que cuando yo u otro misionero o sacerdote indio nos mostrábamos inquietos o impacientes ante cualquier visitante educado e interesado, cristiano o no, y le hacíamos pensar que estábamos demasiado apretados de tiempo, o que era nuestra hora del té o de la comida y que no podíamos quedarnos con ellos, entonces perdíamos aquella persona y ya no volvía.» No podemos atender a las personas con un ojo en el reloj, como si tuviéramos prisa en deshacernos de ellas lo antes posible.

Premanand pasa a relatar un incidente que no sería exagerado decir que pudo haber cambiado todo el curso de la extensión del Cristianismo en Bengala: «Se cuenta en alguna parte que el primer obispo metropolitano de la India dejó de recibir al antes Pandit Iswar Chandar Vidyasagar de Bengala por motivos oficiales. El Pandit había venido comisionado por la comunidad hindú de Calcuta para entrar en relaciones amistosas con el obispo y con la Iglesia. Vidyasagar, que era el fundador de una universidad hindú en Calcuta y reformador social, autor y educador de renombre, se marchó desencantado sin celebrar la entrevista, y formó un partido influyente de ciudadanos educados y ricos de Calcuta para oponerse a la Iglesia y al obispo, y para oponerse a la extensión del Cristianismo. ... El cumplimiento de las formalidades por uno que era conocido como representante de la Iglesia Cristiana convirtió a un amigo en un enemigo.» ¡Qué oportunidad para el Cristianismo se

perdió porque la intimidad de alguien no se podía invadir nada más que a través de los canales oficiales! Para Jesús no era nunca una molestia ninguna persona, ni siquiera cuando todo Su ser estaba clamando por un poco de descanso y tranquilidad... Y así debe ser para Sus seguidores.

(ii) En este pasaje vemos a Jesús testificando que todos los dones proceden de Dios. Tomó el pan y pronunció la bendición. La acción de gracias de los judíos antes de las comidas era muy sencilla: «Bendito seas, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que haces brotar el pan de la tierra.» Esa sería la bendición que pronunció Jesús, porque era la que se usaba ya entonces en todas las familias. Aquí vemos a Jesús mostrando que son los dones de Dios los que Él trae a la humanidad. Es bastante raro que se den las gracias a las personas, pero más aún que se Le den gracias a Dios.

EL LUGAR DEL DISCÍPULO EN LA OBRA DE CRISTO

Mateo 14:13-21 *(continuación)*

(iii) Este milagro nos informa muy claramente sobre el lugar que ocupa el discípulo en la obra de Cristo. El relato nos dice que Jesús les dio a Sus discípulos, y los discípulos a la multitud. Jesús obró mediante las manos de Sus discípulos aquel día, y lo sigue haciendo.

Una y otra vez nos encontramos cara a cara con la verdad que está en el corazón de la Iglesia. Es verdad que el discípulo no puede hacer nada sin el Señor, pero también lo es que el Señor no puede hacer nada sin Su discípulo. Si Jesús quiere que se haga algo, si quiere que se enseñe a un niño o que se ayude a un necesitado, tiene que encontrar una persona que lo haga. Necesita personas por medio de las cuales pueda obrar y hablar.

Muy al principio de su búsqueda, Premanand se puso en contacto con el obispo Whitney de Ranchi, y nos lo cuenta así: «El obispo leía la Biblia conmigo todos los días, y algunas veces yo la leía en bengalí y hablaba con él en bengalí. Cuanto más tiempo viví con el obispo, más cerca me sentí de él, y encontré que su vida me revelaba a Cristo, y sus obras y palabras me hacían más fácil

entender la mente y la enseñanza de Cristo acerca de las cuales leía diariamente en la Biblia. Tuve una nueva visión de Cristo cuando de hecho vi Su vida de amor, sacrificio y autonegación en la vida diaria del obispo. Él llegó a ser realmente una epístola de Cristo para mí.»

Jesucristo necesita discípulos a través de los cuales pueda obrar y Su verdad y amor se puedan transmitir a las vidas de otros. Necesita personas a las dar, para que den a otros. Sin tales personas no puede lograr que se hagan las cosas, y es nuestra tarea el ser tales personas para Él.

Sería fácil acobardarse y desanimarse ante una tarea de tal magnitud. Pero hay otra cosa en esta historia que nos eleva el corazón. Cuando Jesús les dijo a Sus discípulos que alimentaran ellos a la multitud, Le contestaron que no tenían más que cinco panecillos y dos pescados; y sin embargo, con lo que pusieron a Su disposición Jesús obró el milagro. Jesús nos presenta a cada uno la tremenda tarea de comunicarle a las gentes; pero no nos demanda esplendores y magnificencias que no poseemos. Nos dice sencillamente: «Ven a mí tal como eres, aunque no estés bien equipado; tráeme lo que tengas, aunque sea poco, y lo usaré en Mi servicio.» Poco es siempre mucho en las manos de Cristo.

(iv) Al final del milagro encontramos el detalle de que se recogieron los trozos sobrantes. Aun cuando un milagro alimentó a la multitud señorialmente, no hubo desperdicio. Hay algo que debemos aprender aquí. Dios da con munificencia, pero eso no justifica el derroche. El generoso dar de Dios y nuestra utilización responsable deben ir juntos.

LA REALIZACIÓN DE UN MILAGRO

Mateo 14:13-21 *(conclusión)*

Hay algunas personas que, cuando leen los milagros de Jesús, no sienten ninguna necesidad de entender nada. Esas personas pueden seguir así indefinidamente sin que nada disturbe la dulce sencillez de su fe. Pero hay otras cuyas mentes hacen preguntas, y sienten la necesidad de comprender. Que no se avergüencen de su actitud, porque Dios sale al encuentro hasta más de la mitad del camino de su mente inquisitiva.

De cualquier manera que nos acerquemos a los milagros de Jesús, una cosa es cierta: no debemos contentarnos nunca con considerarlos algo que *sucedió;* debemos mirarlos siempre como algo que *sucede.* No son acontecimientos aislados de la Historia, sino demostraciones del poder de Cristo que está siempre y para siempre activo. Hay tres maneras de considerar este milagro.

(i) Podemos verlo como una sencilla multiplicación de pan y de pescado. Eso sería muy difícil de entender, y sería algo que sucedió una sola vez y que nunca se repitió. Si lo consideramos así, démonos por satisfechos; pero no critiquemos, y menos condenemos, a los que crean que tienen que buscar alguna explicación.

(ii) Muchas personas ven en este milagro un sacramento. Han supuesto que los que estuvieron presentes no recibieron más que una cantidad muy reducida de alimento, y sin embargo recibieron las fuerzas para un largo viaje y se sintieron satisfechos. Habían comprendido que aquello no era una comida material para saciar el apetito físico, sino una comida en la que participaron del alimento espiritual de Cristo. Si fue así, este es un milagro que se reproduce siempre que nos sentamos a la mesa del Señor; porque entonces se nos comunica el alimento espiritual que nos impulsa a recorrer con paso más firme y más fuerza y estabilidad el camino de la vida que conduce a Dios.

(iii) Hay algunas personas que ven en este milagro algo que es perfectamente natural en cierto sentido, pero que en otro es un verdadero milagro, y que es muy precioso en cualquier sentido. Imaginemos la escena. Hay una gran muchedumbre; es tarde; todos tienen hambre. Pero, ¿era natural el que la inmensa mayoría de esa multitud se hubiera puesto en camino rodeando el lago sin llevar nada de comida? ¿No llevarían algo, aunque fuera poco? Estaba anocheciendo y tenían hambre. *Pero también eran egoístas.* Y ninguno quería sacar lo que llevaba para no tener que compartirlo y que no le quedara bastante para sí mismo. Jesús dio el primer paso. Lo que Él y Sus discípulos tenían, empezó a compartirlo con una bendición, y una invitación, y una sonrisa. Y seguidamente todos se pusieron a compartir, y antes de que supieran lo que estaba pasando, hubo bastante y de sobra para todos.

Si fue algo así lo que sucedió, no fue literalmente la multiplicación de los panes y de los pescados; fue el milagro de la transformación de personas egoístas en personas generosas al contacto de Jesús. Fue el milagro del nacimiento del amor en corazones reservados. Fue el milagro de hombres y mujeres cambiados, con algo de Cristo en ellos que desterraba el egoísmo. Cuando pasó eso, entonces en el sentido más real Cristo los alimentó consigo mismo y envió Su Espíritu a morar en sus corazones.

No importa cómo entendamos este milagro. Una cosa es segura: Donde está Cristo, los cansados encuentran reposo y las almas hambrientas son alimentadas.

EN LA HORA DE LA PRUEBA

Mateo 14:22-27

> *Acto seguido Jesús hizo que Sus discípulos se metieran en la barca y se Le adelantaran hacia el otro lado del lago dejándole tiempo para despedir a toda la gente. Cuando lo hubo hecho, se subió al monte a solas para orar. Cuando ya era tarde, se encontraba allí Él solo.*
>
> *La barca estaba por entonces en medio del mar, combatida por las olas, con el viento en contra. Pero a eso de las tres de la madrugada Jesús se dirigió hacia ellos andando sobre el mar. Cuando los discípulos Le vieron andando sobre el mar, les entró mucho miedo.*
>
> *—¡Es un fantasma! —dijeron, gritando de miedo. Pero Jesús les dijo en seguida:*
>
> *—¡Tranquilos, que soy Yo! No tengáis miedo.*

La lección de este pasaje está suficientemente clara, pero no así lo que realmente sucedió. En primer lugar, vamos a reconstruir la escena.

Después de darle de comer a aquella multitud, Jesús envió por delante a Sus discípulos. Mateo dice que *los obligó* a meterse en la barca e ir por delante de Él al otro lado del Mar de Galilea. A primera vista, la palabra *obligar* nos resulta extraña; pero si comparamos este relato con el de Juan, seguramente encontraremos la explicación. Juan nos dice que después de alimentar a la multitud,

esta quería hacerle rey a la fuerza *(Juan 6:15).* Había peligro de que se produjera una aclamación popular, y en la inflamable Galilea podía iniciarse allí y entonces mismo una revolución. Era una situación peligrosa, y bien pudiera ser que los discípulos la complicaran más todavía, porque también ellos pensaban todavía en Jesús en términos de poder terrenal. Jesús envió a Sus discípulos por delante porque había surgido una situación que Jesús podía manejar mejor solo, y no quería que ellos se involucraran.

Cuando se quedó solo, subió a orar a un cerro; para entonces ya se había hecho de noche. Los discípulos habían iniciado la travesía de vuelta. Se había producido una de las tormentas repentinas que son características del Mar de Galilea, y los discípulos estaban en serios apuros peleando con el viento y las olas y avanzando escasamente.

Ya entrada la noche Jesús se puso a rodear el lago por el Norte para llegar al otro lado. Mateo ya nos ha dicho que, cuando Jesús alimentó a la multitud, hizo que se sentaran todos en la *hierba verde.* De ahí deducimos que estarían en primavera. Es muy probable que fuera cerca de la Pascua, que caía a mediados de abril. En ese caso habría luna llena. En la antigüedad la noche se dividía en cuatro *vigilias:* desde las 6 de la tarde hasta las 9; desde las 9 hasta la medianoche; desde la medianoche hasta las 3 de la madrugada, y desde las 3 hasta las 6 de la mañana. Así que, a eso de las 3 de la madrugada, Jesús, andando por los terrenos elevados al Norte del lago, vio claramente la barca combatida por las olas, y bajó a la orilla a prestar ayuda.

Aquí es donde aparece una dificultad para saber lo que sucedió realmente. En los versículos 25 y 26 leemos dos veces que Jesús iba andando *sobre el mar,* y lo curioso es que en el original las dos frases *en el mar* son diferentes. En el versículo 25 es *epi tên thalassan,* que puede querer decir tanto *por encima del mar* como *hacia el mar.* En el versículo 26 es *epi tês thalassês,* que puede querer decir *sobre el mar,* y que es de hecho la misma frase que se usa en *Juan 21:1* con el sentido incuestionable de *a la orilla del mar* de Tiberíades. Y además, la palabra que se usa para *andando* es en los dos versículos 25 y 26 *peripatein,* que quiere decir *pasearse.*

La verdad es que hay dos interpretaciones perfectamente posibles de este pasaje por lo que se refiere al original. Puede tratarse de un milagro en el que Jesús anduvo sobre el agua; o puede querer decir igualmente que la tempestad había llevado la barca de los discípulos a la orilla septentrional del lago, que Jesús bajó de la colina a ayudarlos porque los había visto a la luz de la luna luchando con la tempestad, y que vino andando a través de la espuma y las olas hacia la barca, y llegó tan inesperadamente que se llenaron de miedo porque creían que era un fantasma. Ambas interpretaciones son igualmente válidas; unos prefieren una, y otros la otra.

Pero, sea cual sea la interpretación que escojamos del original, el sentido está perfectamente claro. *Cuando los discípulos se encontraban en una necesidad perentoria, Jesús acudió en su ayuda.* Cuando el viento les era contrario y la vida era una lucha a muerte, Jesús estaba allí para ayudarlos. Cuando parecía que la situación era irremediable, Jesús estaba allí para ayudar y para salvar.

En la vida tenemos que arrostrar a menudo vientos contrarios. A veces nos encontramos entre la espada y la pared, y la vida es una lucha desesperada con nosotros mismos, con las circunstancias, con las tentaciones, con el dolor y con las decisiones. En tales casos, nadie tiene que pelear solo, porque Jesús acude a través de las tormentas de la vida con Su brazo extendido para salvar, y con Su clara y tranquila voz animándonos a tener ánimo y a no tener miedo.

No importa demasiado cómo nos figuremos este incidente; en cualquier caso, es mucho más que la historia de algo que Jesús hizo una vez en una tormenta de la lejana Palestina; es una señal y un símbolo de lo que Él hace siempre por los Suyos cuando el viento nos es contrario y estamos en peligro de que nos traguen las tormentas de la vida.

COLAPSO Y RECUPERACIÓN

Mateo 14:28-33

Entonces Pedro se dirigió a Jesús diciéndole:

—¡Señor, si eres Tú de veras, mándame que vaya hacia Ti sobre las aguas!

—¡Ven! —le contestó Jesús.

Pedro se bajó de la barca e iba andando por el agua hacia Jesús. Pero cuando vio el viento, le dio miedo; y, cuando empezó a hundirse bajo el agua, gritó:

—¡Señor, sálvame!

Jesús le tendió la mano y le sujetó mientras decía:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué te pusiste a dudar?

Y, cuando los dos se subieron a la barca, amainó el viento; y los que iban en la barca se arrodillaron reverentes ante Jesús, diciendo:

—¡No cabe duda que Tú eres el Hijo de Dios!

No hay ningún otro pasaje del Nuevo Testamento en el que se nos revele el carácter de Pedro mejor que en este. Nos dice tres cosas acerca de él.

(i) Pedro era propenso a actuar por impulso sin pensar lo que hacía. Era su debilidad el actuar una y otra vez sin darse cuenta de la situación ni calcular el coste. Había de hacer exactamente lo mismo cuando hizo protestas de lealtad a Jesús a toda prueba y hasta la muerte *(Mateo 26:33-35),* negando al poco tiempo que Le conocía. Y sin embargo, hay pecados peores que ese, porque todo el problema de Pedro era que en él mandaba el corazón; y, aunque fallara a veces, siempre tenía el corazón en su sitio, y el instinto de su corazón era amar siempre.

(ii) Como Pedro actuaba por impulso, fallaba a menudo y luego se angustiaba. Jesús siempre insistía en que una persona tiene que considerar todos los contras en cada situación antes de actuar *(Lucas 9:57s; Mateo 16:24s).* Jesús era siempre completamente honesto con las personas: siempre las hacía comprender, antes de que iniciaran la andadura cristiana, lo difícil que era seguirle. Un montón de fracasos cristianos se deben a actuar en un momento de emoción sin contar el precio.

(iii) Pero Pedro nunca falló para no recuperarse, porque siempre, en el peor momento, se aferraba a Cristo. Lo maravilloso es que, cada vez que cayó, se levantó otra vez; y que tiene que haber sido verdad que hasta sus fracasos le acercaron más y más a Jesucristo. Como se ha dicho muy bien, un santo no es uno que no falla nunca,

sino uno que se levanta y sigue adelante cada vez que cae. Los fracasos de Pedro sólo le hicieron amar más a Jesucristo.

Estos versículos terminan con otra gran verdad de carácter permanente. Cuando Jesús se subió a la barca, amainó el viento. La gran verdad es que, dondequiera que Jesús está, la tormenta más salvaje se convierte en calma. Olive Wyon, en su libro *Considérale a Él,* cita algo de las cartas de Francisco de Sales. Este se había fijado en una costumbre popular del distrito en que vivía. Había visto a menudo a una criada de una granja sacar agua del pozo, y que, antes de sacar el cubo rebosando, siempre le echaba un trozo de madera. Una vez se dirigió a una chica y le preguntó por qué hacía eso. Ella le miró sorprendida y le contestó, como si fuera algo de cajón: «¿Que por qué? ¡Para que no se me derrame el agua... para hacer que se esté quieta!» Escribiéndole más tarde a un amigo, el obispo le contó esta historia y añadió: «Así que cuando tienes el corazón inquieto y agitado, ¡ponle la Cruz en medio para que se mantenga firme!» En tiempos de tormenta y tensión, la presencia de Jesús y el amor que fluye de la Cruz traen paz, serenidad y calma.

EL MINISTERIO DE CRISTO

Mateo 14:34-36

> *Cuando llegaron al otro lado se dirigieron a la tierra de Genesaret. Y la gente de aquel lugar, en cuanto Le reconocieron, hicieron correr la voz de que había venido Jesús por todo el distrito de alrededor, y se pusieron a traerle a todos los enfermos que tenían, y Le suplicaban que les dejara tocar aunque sólo fuera el borde de su manto; y todos los que Le tocaban recuperaban la salud.*

Este es simplemente uno de los breves pasajes de enlace de Mateo. Son una o dos frases de la narración evangélica que se podrían pasar por alto como de poca importancia; sin embargo es muy revelador de Jesús.

(i) Hay belleza aquí. Tan pronto como Jesús aparecía en algún sitio, la gente se agolpaba y clamaba por Su ayuda; y Él nunca la negaba. Sanaba a todos. No se nos dice aquí que predicara o enseñara; sólo se menciona que sanó. Lo más estupendo de Jesús

era que enseñaba a la gente cómo es Dios *mostrándoselo.* No le *decía* a la gente que Dios se preocupa; se lo *mostraba.* De poco vale predicar el amor de Dios con palabras cuando no se muestra el amor de Dios en acción.

(ii) Pero hay también patetismo aquí. No se puede leer este pasaje sin ver en él que había cientos y miles de personas que querían a Jesús sólo por lo que Le pudieran sacar. Una vez que conseguían la sanidad que buscaban, no estaban realmente interesados en pasar más allá. Siempre ha sido un hecho que hay personas que querían los privilegios del Evangelio sin sus responsabilidades. Siempre ha sido un hecho que muchos de nosotros nos acordamos de Dios sólo cuando Le necesitamos. La ingratitud hacia Dios y hacia Jesucristo es el más feo de los pecados; y no hay pecado del que seamos culpables más frecuentemente y más despreocupadamente.

PUREZA E IMPUREZA LEGAL

Mateo 15:1-9

A eso se Le acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, y Le dijeron:

—¿Por qué Tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros antepasados? La quebrantan al no lavarse las manos antes de comer pan.

—¿Y por qué vosotros quebrantáis también el mandamiento de Dios para seguir vuestra tradición? —les contestó Jesús—. Porque fue Dios Quien dijo: «Honra a tu padre y a tu madre,» y «El que maldiga a su padre o a su madre, que muera;» pero, con todo, vosotros decís: «El que le diga a su padre o a su madre:"Lo que podría haberte dado de ayuda Se lo he dedicado a Dios como ofrenda," aunque deje de honrar a su padre y a su madre no comete pecado.» Habéis anulado el mandamiento de Dios mediante vuestra tradición. ¡Hipócritas! Bien os describió Isaías en su profecía: «Este pueblo Me honra de labios para fuera, pero su corazón no puede estar más lejos de Mí. Es en vano como Me reverencian, porque son mandamientos de humana hechura los que enseñan en su doctrina.»

No es demasiado decir que, por muy difícil y oscuro que nos parezca este pasaje, es uno de los más importantes de la narración evangélica, y de constante actualidad para el pueblo de Dios. Representa la colisión frontal entre Jesús y los representantes de la ortodoxia judía. Las frases iniciales ya dejan bien claro que los escribas y fariseos habían venido desde Jerusalén a Galilea para interrogar a Jesús. En esta ocasión no hay por qué suponer que las preguntas fueran malintencionadas. Los escribas y fariseos no estaban tratando de enredar a Jesús astutamente; estaban genuinamente alucinados; y en breve van a sentirse genuinamente ofendidos y escandalizados, porque la importancia fundamental de este pasaje es que no se trata tanto de un enfrentamiento entre Jesús y los fariseos a título personal, sino de mucho más: es la colisión entre dos puntos de vista de la religión y de las demandas de Dios.

Y no había posibilidad de llegar a un compromiso, ni siquiera a una tregua entre esos dos tipos de religión. Era inevitable que uno destruyera al otro. Aquí pues, insertada en este pasaje, tenemos una de las supremas contenciones religiosas de la Historia. Para entenderla tenemos de tratar de entender el trasfondo de la religión de los escribas y fariseos.

En este pasaje nos sale al encuentro toda la concepción de lo *limpio* o *puro* y lo *inmundo* o *impuro.* Debemos tener bien claro que esta idea no tiene nada que ver con la limpieza física o, salvo remotamente, con la higiene. Es un asunto exclusivamente ceremonial. El que alguien estuviera limpio quería decir que estaba en un estado que le permitía participar del culto y acercarse a Dios; y estar inmundo era estar en un estado en que le eestaban vedados el culto y el acceso a Dios.

Esta impureza se contraía por el contacto con ciertas personas o cosas. Por ejemplo: una mujer estaba impura si tenía una hemorragia, aunque fuera la normal de la menstruación; permanecía impura durante un tiempo establecido después de dar a luz; todos los cuerpos muertos eran inmundos, y tocarlos suponía contraer la inmundicia. Todos los gentiles eran inmundos.

La impureza era transferible. Era, por decirlo así, infecciosa. Por ejemplo: si un ratón tocaba una vasija, esta quedaba inmunda, y a

menos que se lavara y purificara ritualmente, todo lo que se pusiera en ella quedaba inmundo. En consecuencia, todos los que tocaran esa vasija o comieran o bebieran algo que había contenido contraían la inmundicia; y a su vez, todo el que tocara a la persona que había quedado inmunda así, también quedaba inmundo.

Esta no es una idea exclusivamente judía. También se encuentra en otras religiones. Para un indio de alta casta, todos los que no pertenecen a ella son inmundos; si una de esas personas se convierte al Cristianismo, es aún más seriamente inmunda. Premanand nos cuenta lo que le sucedió a él: se hizo cristiano, y su familia le expulsó. A veces volvía a ver a su madre, que estaba traspasada de dolor por lo que consideraba la apostasía de su hijo, pero que le seguía queriendo entrañablemente. Premanand cuenta: «Tan pronto como se enteró mi padre de que yo estaba visitando a mi madre por el día mientras él estaba en la oficina, ordenó al portero, un campesino rudo, Ram Rup... que no me permitiera entrar en la casa.» Ram Rup fue persuadido para que relajara la vigilancia. «Mi madre acabó por ganarse al portero Ram Rup, y pude entrar a su presencia. El prejuicio era tan considerable que hasta los domésticos hindúes de la casa no querían fregar los platos en los que me había puesto comida mi madre. Algunas veces mi tía purificaba el lugar y el asiento en que yo había estado rociándolo con agua del Ganges, o con agua mezclada con estiércol de vaca.» Premanand era inmundo, y todo lo que tocaba se volvía inmundo.

Debemos advertir que no se trataba de nada moral. El contacto con ciertas cosas producía la impureza ritual que excluía de la sociedad humana y de la presencia de Dios. Era como si alguna infección especial formara como un aura en torno a ciertas personas o cosas. Podremos entender esto un poco mejor si recordamos que esta idea no ha muerto totalmente tampoco en la civilización occidental, aunque en ella afecta principalmente al revés. Hay todavía algunos que creen que encontrarse un trébol de cuatro hojas, o una herradura, o un gato negro (que para los ingleses es señal de buena suerte, al contrario que para los españoles) traen buena fortuna.

Así que aquí tenemos una idea que considera la religión como algo que consiste en evitar el contacto con ciertas personas y cosas

que se tienen por inmundas; y entonces, si se ha producido ese contacto, en tomar las medidas rituales necesarias para librarse de la impureza contraída. Pero debemos investigar esta cuestión todavía más a fondo.

LOS ALIMENTOS QUE SE INGIEREN

Mateo 15:1-9 *(continuación)*

Las leyes de la pureza y de la impureza tenían un área de aplicación todavía más amplia. Establecían lo que se podía comer y lo que no. Por lo general todas las frutas y las verduras eran limpias. Pero en cuanto a los animales, las leyes eran muy estrictas. Estas leyes se encuentran en *Levítico 11.*

Podemos resumirlas brevemente. Los únicos animales que se podían comer eran los que tienen la pezuña hendida y que rumian. Por eso es por lo que los judíos no pueden comer carne de cerdo, conejo o liebre. Tampoco se puede comer la carne de un animal que haya muerto por causas naturales *(Deuteronomio 14:21).* En todos los casos hay que desangrar totalmente el cuerpo del animal; los judíos ortodoxos todavía no comprar carne nada más que en las carnicerías *koser,* donde se vende carne debidamente sacrificada. La grasa ordinaria que haya sobre la carne se puede comer, pero la que hay en los riñones y el abdomen, lo que llamamos sebo, no se puede comer. En cuanto a los animales marinos, solo se pueden comer los que tienen escamas y aletas. Esto excluye todos los mariscos, como las gambas o los cangrejos, que son inmundos. Todos los insectos son inmundos, con la sola excepción de las langostas. En el caso de los animales terrestres y los peces hay una prueba estándar, como hemos visto, para determinar los que se pueden comer y los que no; pero en el caso de las aves no hay una regla general, así es que se da la lista de las inmundas, que están prohibidas *(Levítico 11:13-21).*

Hay ciertas razones identificables para todo esto.

(i) La prohibición de tocar cadáveres, o de comer la carne de un animal que hubiera muerto por causas naturales puede que tuviera que ver con la creencia en los espíritus malos o inmundos. Sería fácil figurarse que un demonio había hecho su residencia en tal

cuerpo para así conseguir introducirse en el cuerpo del que lo comiera.

(ii) Algunos animales eran sagrados en otras religiones; por ejemplo: el gato y el cocodrilo eran sagrados en Egipto, y sería muy natural para los judíos considerar inmundo cualquier animal que otra nación adoraba. En tal caso el animal sería una especie de ídolo, y por tanto peligrosamente inmundo.

(iii) Como indica el doctor Randle Short en su utilísimo libro *La Biblia y la medicina moderna,* algunas de las reglas eran de hecho sabias desde la óptica de la salud y de la higiene. El Dr. Short escribe: «Cierto que comemos cerdo, conejo y liebre; pero esos animales son propensos a infecciones parasitarias, y son inocuos solo si están bien cocinados. El cerdo come cosas inmundas, y puede albergar dos gusanos, la triquina y la tenia o solitaria, que pueden contagiarse al ser humano. El peligro es mínimo en los países civilizados, pero tiene que haber sido muy grave en la antigua Palestina, por lo que era mejor evitar esas carnes.» La prohibición de comer carne en la que quedara algo de sangre procede del hecho de que la sangre era la vida para el pensamiento judío. Esta es una idea muy natural, porque, cuando un animal se desangra, se le va también la vida. Y la vida pertenece a Dios, y solo a Él. La misma idea explica la prohibición de comer sebo: porque es la parte más rica de un cuerpo muerto, y debe ofrecerse a Dios en sacrificio. En algunos casos, escasos, el sentido común subyacía bajo las prohibiciones y las leyes alimentarias.

(iv) Queda un gran número de casos en los que las cosas y los animales eran inmundos sencillamente porque lo eran, sin más razón aparente. Los tabúes son inexplicables casi siempre; son muchas veces supersticiones por las que ciertos seres vivos se relacionaron con la buena o con la mala fortuna, con la limpieza o con la inmundicia.

Estas cosas no tendrían gran importancia en sí mismas si no fuera porque, desgraciadamente, habían llegado a ser cuestiones de vida o muerte para los escribas y fariseos. Para ellos servir a Dios, ser religiosos, era observar estas buenas leyes. Veremos el resultado si expresamos este asunto de la siguiente manera: Para la mentalidad de los fariseos, la prohibición de comer carne de conejo

o de cerdo era un mandamiento de Dios tan importante como no cometer adulterio; por tanto, era un pecado tan serio comer cerdo o conejo como seducir a una mujer y practicar una relación sexual ilegal. La religión se había mezclado con toda clase de reglas y normas externas; y, como es mucho más fácil observar éstas y acechar a los que no las cumplen, estas reglas y normas *habían llegado a ser* la verdadera religión de los judíos ortodoxos.

MANERAS DE PURIFICAR

Mateo 15:1-9 *(continuación)*

Ahora entramos en el impacto concreto de todo esto en el pasaje que estamos estudiando. Estaba claro que era imposible evitar toda clase de impureza ceremonial. Una persona podría evitar cosas impuras; pero, ¿cómo podría saber cuando rozaba en la calle a otro que estaba impuro? Además, esto se complicaba por el hecho de que había gentiles en Palestina, y hasta el polvo que pisara el pie de un gentil era impuro.

Para combatir la impureza se desarrolló un complicado sistema de abluciones cada vez más elaboradas. Al principio se tenía el lavamiento de manos al levantarse por la mañana. Luego se desarrolló un sistema elaborado de abluciones que tenían que hacer los sacerdotes en el templo antes de comer la parte del sacrificio que les correspondía por oficio. Más tarde, estas complicadas abluciones se las exigían los más estrictos judíos ortodoxos a sí mismos, y también a todos los que pretendieran ser verdaderamente religiosos.

Edersheim, en *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías,* describe las más elaboradas de esas abluciones. Las jarras de agua se tenían preparadas para su uso antes de las comidas. La cantidad mínima de agua que se debía usar era la cuarta parte de un log, que se definía como la cantidad de agua necesaria para llenar una cáscara de huevo y media. El agua se derramaba primero sobre las dos manos manteniendo las puntas de los dedos hacia arriba,. y tenía que correr hasta la muñeca, desde donde ya se vertía, porque para entonces ya era impura por haber tocado las manos impuras, y si volvía a pasar otra vez por los dedos los contaminaría. El proceso se repetía con las manos en la posición contraria, con las puntas de

los dedos hacia abajo; y luego, ya por último, se limpiaba cada mano restregándola con el puño cerrado de la otra. Un judío verdaderamente estricto hacía todo esto, no sólo antes de cada comida, sino también entre cada dos platos.

La pregunta que Le hicieron a Jesús los dirigentes de los judíos ortodoxos era: «¿Por qué Tus discípulos no cumplen las abluciones que establece nuestra tradición?»

Hablaban de *las tradiciones de los ancianos.* Para los judíos, la Ley tenía dos secciones. Estaba *la Ley escrita,* que estaba en la Sagrada Escritura; y estaba *la ley oral,* que incluía las deducciones, tales como los lavamientos de manos, que los escribas y los expertos habían desarrollado a través de muchas generaciones; y todas estas elaboraciones eran la tradición de los ancianos, y se consideraban tan obligatorias, si no más, como la Ley escrita. De nuevo debemos detenernos a recordar el punto principal: para los judíos ortodoxos todas estas ceremonias rituales eran *la religión;* era eso, ellos creían, lo que Dios demandaba. Hacer estas cosas era agradar a Dios y ser buenas personas. Para decirlo de otra manera: Todo este asunto de las abluciones rituales se consideraba tan importante y tan vinculante como los Diez Mandamientos. Identificaban la religión con un montón de reglas externas. Era tan importante lavarse las manos de una cierta manera como obedecer el mandamiento: «No codiciarás.»

QUEBRANTAR LA LEY DE DIOS PARA CUMPLIR LAS LEYES HUMANAS

Mateo 15:1-9 *(conclusión)*

Jesús no contestó directamente la pregunta de los fariseos. Lo que hizo fue tomar un ejemplo del funcionamiento de la ley oral y ceremonial para mostrar que su observancia, lejos de ser obediencia a la Ley de Dios, podía convertirse en la contradicción de esa Ley.

Jesús dice que la Ley de Dios establece que una persona tiene que honrar a su padre y a su madre; y de ahí pasa a decir que si uno dice: «Es un don,» queda libre de la obligación de honrar a su padre y a su madre. Si miramos el pasaje paralelo de *Marcos* vemos

que la frase característica era: «Es *korbán.*» ¿Qué quiere decir para nosotros este oscuro pasaje? De hecho puede tener dos sentidos, porque *korbán* tiene dos sentidos.

(i) *Korbán* puede querer decir *lo que se Le ha consagrado a Dios.* Ahora bien: supongamos que uno tiene un padre o una madre en pobreza y en necesidad, y supongamos que acuden a él con una petición de ayuda. Había una manera «legal» de evitar dársela. Podía dedicar todo su dinero y sus posesiones a Dios y al templo; sus propiedades serían entonces *korbán,* dedicadas a Dios; entonces le podía decir a su padre o a su madre: «Lo siento, no te puedo dar nada; todas mis posesiones están consagradas a Dios.» Podía usar una práctica ritual para evadir la obligación fundamental de ayudar y honrar a su padre y a su madre. Podía usar una ley de los escribas para borrar uno de los Diez Mandamientos.

(ii) Pero *korbán* tenía otro sentido, que es posible que sea el que tenga aquí. *Korbán* se usaba como fórmula de juramento o compromiso formal. Uno podía decirle a su padre o a su madre: «*¡Korbán* si algo de lo que yo tengo lo usara alguna vez para ayudarte!» Supongamos que más tarde a esa persona le remuerde la conciencia; supongamos que ha negado la ayuda en un momento de mal genio o de irritación; supongamos que cambia de actitud y se da cuenta de que, después de todo, tiene obligación de ayudar a sus padres. En tal caso, cualquier persona razonable diría que el hombre se había arrepentido genuinamente, y que su cambio de actitud era una buena cosa; y que, puesto que en última instancia estaba dispuesto a hacer lo que debía y obedecer la Ley de Dios, habría que animársele a que lo hiciera. Un escriba estricto diría: «¡No! Nuestra ley dice que no se debe incumplir ningún juramento.» Citaría *Números 30:2:* «Cuando alguien haga un voto al Señor, o haga un juramento ligando su alma con alguna obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca.» El escriba razonaría jurídicamente: «Has hecho un juramento, y no puedes incumplirlo de ninguna manera.» Es decir: el escriba comprometería al hombre a cumplir un juramento impropio, dado en un momento de pasión, y que obligaba a quebrantar la Ley suprema de la humanidad y de Dios.

Eso es lo que Jesús quería decir: «Estáis usando vuestras propias interpretaciones y vuestras tradiciones para impulsar a las personas a deshonrar a su padre y a su madre aun cuando ellas mismas se habían arrepentido y habían decidido cumplir la ley de Dios.»

Lo extraño y trágico era que los escribas y fariseos de aquel tiempo iban en contra de lo que habían enseñado los grandes rabinos del pasado. Rabí Eliezer había dicho: «La puerta está abierta para un hombre por causa de su padre y de su madre;» con lo cual quería decir que si un hombre había hecho un juramento que faltaba al honor debido a su padre y a su madre, y se había arrepentido tenía la puerta abierta para cambiar de sentido y seguir un curso diferente aun cuando hubiera hecho un juramento. Como a menudo, Jesús no estaba presentándoles una verdad desconocida, sino recordándoles lo que Dios ya les había dicho, que habían sabido y olvidado porque preferían sus propias ingeniosidades a las grandes sencilleces de la Ley de Dios.

Aquí tenemos el choque y la colisión; aquí está el enfrentamiento entre dos clases de religión y dos clases de adoración. Para los escribas y fariseos la religión era la observancia de ciertas reglas y normas y ritos externos tales como la manera correcta de lavarse las manos antes de comer; era la estricta observancia de un enfoque legalístico de toda la vida. Para Jesús la religión era algo que tiene su asiento en el corazón; algo que se manifestaba en la compasión y en la amabilidad, que están por encima y más allá del legalismo.

Para los escribas y los fariseos, la adoración era la ley ceremonial y ritual; para Jesús, la limpieza de corazón y la vida llena de amor. Aquí tenemos el conflicto que sigue existiendo todavía. ¿Qué es la adoración? Todavía hoy en día hay muchos que dirían que el culto no es culto si no lo realiza un sacerdote ordenado dentro de una cierta sucesión, en un edificio consagrado de una cierta manera, y siguiendo una liturgia establecida por una cierta iglesia. Todas estas cosas son externas.

Una de las mejores definiciones de la adoración que se hayan propuesto nunca fue la de William Temple: «Adorar a Dios, darle culto, es avivar la conciencia con la santidad de Dios, alimentar la mente con la verdad de Dios, purificar la imaginación con la belleza

de Dios, abrir el corazón al amor de Dios, consagrar la voluntad al propósito de Dios.» Debemos tener cuidado, no sea que nos escandalice la aparente ceguera de los escribas y fariseos y su insistencia en las ceremonias exteriores, y al mismo tiempo seamos culpables de la misma falta a nuestra manera. La religión no se puede basar nunca en las ceremonias y en el ritual, sino siempre en la relación personal entre la persona y Dios.

EL BIEN Y EL MAL VERDADEROS

Mateo 15:10-20

Jesús indicó a la gente que se Le acercara, se puso a decirles:

—Escuchad bien para enteraros: No es lo que entra por la boca lo que contamina a una persona, sino lo que sale por la boca: eso es lo que contamina a una persona.

Entonces Sus discípulos se Le acercaron y Le dijeron:

—¿Sabes que cuando los fariseos oyeron lo que decías se dieron por ofendidos?

Jesús les contestó:

—Todas las plantas que no plantó Mi Padre celestial serán arrancadas. ¡Dejadlos! Son ciegos guías de ciegos. Si un ciego se pone a guiar a otro, los dos acabarán por caerse en alguna zanja.

Pedro Le preguntó a Jesús:

—Dinos lo que quiere decir esa historia negra.

Y Jesús les contestó:

—¿Es que vosotros tampoco os enteráis todavía? ¿No sabéis que todo lo que entra por la boca pasa al estómago y acaba en el retrete? Pero lo que sale por la boca es lo que procede del corazón, y eso es lo que contamina a la persona. Porque es del corazón de donde salen los malos pensamientos, las obras asesinas, el adulterio, el robo, el falso testimonio, la calumnia. Esas son las cosas que contaminan la persona. El comer con las manos sin lavar no contamina a nadie.

Bien se podría decir que para un judío esto era lo más escandaloso que Jesús dijo nunca. Porque en estas palabras Jesús no sólo condena la religión ritualista y ceremoniosa de los escribas y fariseos, sino que llega a borrar pasajes enteros del libro de *Levítico.* Aquí no se limita a contradecir la tradición de los ancianos, sino hasta la misma Escritura. Este dicho de Jesús cancela todas las leyes alimentarias del Antiguo Testamento. Posiblemente tales leyes podrían seguir existiendo como cuestiones de salud e higiene y sentido común y medicina general; pero no podrían seguir

existiendo más como cuestiones de religión. De una vez para siempre, Jesús establece que lo que importa no son las observaciones rituales de una persona, sino el estado de su corazón.

No es extraño que los escribas y fariseos se escandalizaran. Jesús les quitó de debajo de los pies el terreno en que se basaba su religión. La afirmación de Jesús era más que alarmante: era revolucionaria. Si Jesús tenía razón, toda la religión de ellos estaba equivocada. Identificaban la religión y el hacer la voluntad de Dios con la observancia de leyes y normas acerca de la pureza y la impureza, con lo que se podía comer y lo que no, y con cómo se lavaban las manos antes de las comidas; y Jesús identificaba la religión con el estado del corazón, y decía abiertamente que aquellas reglas de los fariseos y los escribas no tenían nada que ver con la religión. Jesús dijo que los fariseos eran ciegos guías, que no tenían ni la menor idea del camino hacia Dios, y que, si la gente los seguía, lo único que se podía esperar era que se salieran de la carretera y se cayeran en la cuneta. Y Jesús tenía toda la razón.

(i) Si la religión consiste en reglas externas y su cumplimiento, es dos cosas. Es *demasiado fácil.* Es muchísimo más fácil abstenerse de ciertos alimentos y lavarse las manos de una cierta manera que amar lo inamable y lo desamable, y que ayudar a los necesitados a costa del tiempo y del dinero y de la comodidad y del gusto de uno mismo.

Todavía no hemos aprendido del todo esta lección. El asistir regularmente a la iglesia, echar generosamente en la colecta, ser miembro de un círculo de estudio bíblico son todo cosas externas. Son medios que conducen a la religión, pero no son la religión. Nunca nos podremos recordar a nosotros mismos suficientemente que la religión consiste en una relación personal y en una actitud hacia Dios y nuestros semejantes.

Además, si la religión consistiera en el cumplimiento de normas eternas, sería *engañosa.* Muchos tienen una vida intachable en cuanto a lo exterior, pero tienen amargura y los peores pensamientos en su interior. La enseñanza de Jesús es que todas las observancias externas del mundo no pueden expiar la amargura y el orgullo y la codicia que dominan el corazón.

(ii) La enseñanza de Jesús es que lo que más importa de una persona es el corazón. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque serán los que vean a Dios» *(Mateo 5:88).* Lo que importa en relación con Dios es no es tanto *cómo* actuamos como *por qué* actuamos; no tanto *lo que hacemos* sino *lo que querríamos hacer en lo íntimo de nuestro corazón.* «El hombre —decía Tomás de Aquino — mira la acción, pero Dios mira la intención.»

La enseñanza de Jesús —que nos condena a cada uno de nosotros— es que ninguno se puede considerar bueno porque cumpla las reglas y normas externas, sino sólo cuando su corazón sea limpio. Ese mismo hecho le pone fin al orgullo; y la razón por la que cada uno de nosotros lo único que puede decir es «Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.»

LA FE PROBADA Y CONFIRMADA

Mateo 15:21-28

Cuando Jesús se marchó de allí, Se retiró a los distritos de Tiro y de Sidón. Y fijaos: Una mujer cananita de aquella región se dirigió a Él gritándole:

—¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David! Hay un demonio que no hace más que atormentar a mi hija.

Pero Jesús no le contestó nada, y Sus discípulos se dirigieron a Él y Le pidieron:

—Despídela, pues viene detrás de nosotros chillando.

Entonces Jesús le dijo a la mujer:

—Yo no he sido enviado nada más que a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

Pero ella se Le acercó más y se puso de rodillas delante de Él suplicándole:

—¡Señor, ayúdame!

—No está bien —le contestó Jesús— quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perrillos.

—Es verdad, Señor —Le contestó ella—; pero también los perrillos comen las migas que caen de la mesa de los señores.

A eso le contestó Jesús:

—¡Cuánta fe tienes, mujer! Que se te conceda lo que quieres.

Y la hija de la mujer recobró la salud en aquel mismo momento.

Este pasaje tiene unas implicaciones tremendas. Aparte de todo lo demás, describe la única ocasión en que Jesús salió del territorio judío. La significación suprema del pasaje está en que prenuncia la salida del Evangelio a todo el mundo; nos muestra el principio del fin de todas las barreras.

Para Jesús este era un tiempo de retirada deliberada. El fin se aproximaba, y Él quería estar un poco tranquilo para prepararse para el final. No era tanto que quisiera prepararse Él mismo, aunque sin duda eso también lo tendría en mente, sino más bien quería disponer de algún tiempo para preparar a Sus discípulos para el día de la Cruz. Había cosas que tenía que decirles, y que tenía que hacerles entender.

No había ningún lugar en Palestina donde pudiera estar seguro de que Le dejaran tranquilo; dondequiera que iba, Le encontraba la gente. Así es que se fue al extremo Norte de Galilea, y de allí pasó a la tierra de Tiro y de Sidón donde vivían los fenicios. Allí, por lo menos por algún tiempo, estaría a salvo de la maligna hostilidad de los escribas y fariseos, y de la peligrosa popularidad de la gente, porque ningún judío se atrevería a seguirle a territorio gentil.

Este pasaje nos presenta a Jesús buscando un tiempo de tranquilidad antes de la conflagración del final. Esto no es una evasión en ningún sentido, sino la preparación que hizo Jesús de Sí mismo y de Sus discípulos para la batalla final y definitiva que habría de producirse muy pronto.

Pero hasta en esas regiones extranjeras Jesús no se vería libre de las demandas clamorosas de la necesidad humana. Allí estaba una mujer que tenía una hija gravemente asediada. Tiene que haber oído algo de las obras maravillosas que realizaba Jesús, y se puso a seguirle clamando desesperadamente por ayuda. Al principio parece que Jesús no le hace ningún caso. Los discípulos se sentían incómodos, y Le dijeron: «Dale ya lo que sea, para que nos deje en paz.» La reacción de los discípulos no era de compasión precisamente, sino todo lo contrario: aquella mujer les resultaba molesta, y lo que querían era librarse de ella lo más pronto posible. Conceder una petición para librarse del solicitante que es, o puede

llegar a ser, una molestia para uno es una reacción de lo más corriente; pero es muy diferente de la respuesta de la piedad, la compasión y el amor cristianos.

Pero para Jesús aquello no era un problema. No podemos poner en duda que Se sintió movido a misericordia hacia aquella mujer. Pero era una gentil. Y no sólo eso: pertenecía al pueblo cananeo antiguo, que eran los enemigos ancestrales de los judíos de los que son probablemente descendientes los actuales palestinos. Todavía en aquel tiempo, o no mucho después, Escribía Josefo: «Entre los filisteos, los que más rabia nos tienen son los tirios.» Ya hemos visto que, si Jesús había de hacer algún efecto, tenía que limitar Su campo de acción y sus objetivos como sabio estratega. Tenía que empezar por los judíos; y aquí estaba una gentil clamando por misericordia. Jesús no podía hacer más que una cosa: tenía que despertar la verdadera fe en el corazón de aquella mujer.

Así es que Jesús se volvió hacia la mujer, y le dijo: «No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perrillos.» Comparar a una persona con un perro siempre ha sido, especialmente entre los semitas, uno de los peores insultos. Los judíos hablaban con insolencia arrogante de «los perros gentiles,» «perros infieles» y más tarde «perros cristianos.» En aquellos días los perros eran carroñeros inmundos por las calles —escuálidos, salvajes, a menudo enfermos. Pero tenemos que recordar dos cosas.

Muchas veces todo depende del tono y el gesto con que se diga una cosa. Algo que parecería brutal se puede decir con una sonrisa y una palmadita cariñosa. Esto lo sabemos muy bien los españoles y los hispanos, que a menudo usamos los peores insultos como elogios, dependiendo naturalmente del contexto y del tono: «¡Anda, que eres un...!» Podemos estar absolutamente seguros de que la sonrisa en el rostro de Jesús y la compasión en Sus labios y ojos despojaban la comparación de todo sentido ofensivo.

Y también, que Él usó la terrible palabra en diminutivo, no *perros,* sino *perrillos (kynaria),* que no eran los perros callejeros sino los animales de compañía que vivían en las casas, muy diferentes de los perros parias que andaban por las calles y escarbaban las basuras en busca de comida.

La mujer sería griega de cultura, y por tanto rápida de ingenio para captar la diferencia y la oportunidad. «Es verdad, Señor —Le contestó ella—; pero también los perrillos sacan algo de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Y los ojos se Le iluminaron de gozo a Jesús ante una fe tan indómita, y concedió la demanda, la bendición y la sanidad que ella tanto deseaba.

LA FE QUE OBTUVO LA BENDICIÓN

Mateo 15:21-28 *(conclusión)*

Hay algunas cosas en esta mujer en las que debemos fijarnos.

(i) Lo primero y principal es que tenía *amor.* Como Bengel dijo de ella: «Hacía suya la miseria de su hija.» Puede que fuera pagana, pero tenía en el corazón ese amor hacia su hija que es siempre el reflejo del amor de Dios hacia Sus hijos. Fue el amor lo que la impulsó a salirle al encuentro a aquel Extranjero; fue el amor lo que la hizo aceptar Su silencio y sin embargo seguir suplicando; fue el amor lo que le hizo encajar el aparentemente duro rechazo; fue el amor lo que le hizo ver la compasión por debajo y por detrás de las palabras de Jesús. La fuerza motriz del corazón de esta mujer era el amor; y no hay nada más fuerte ni más cerca de Dios que esa misma cosa.

(ii) Esta mujer tenía *fe.* (*a*) Una *fe que creció* en el contacto con Jesús. Empezó llamándole *Hijo de David;* ese era un título popular y hasta político. Se Le aplicaba a Jesús como el gran y poderoso Obrador de maravillas, pero todavía sólo en términos de poder y de gloria *terrenales.* Llegó pidiendo una merced a Uno al Que tomaba por el *Hombre* más grande y poderoso. Llegó con una especie de superstición, como si acudiera a cualquier mago. Acabó llamando a Jesús *Señor.*

Jesús, por así decirlo, la obligó a mirarle a Él, y en Él descubrió algo que no se podía expresar en términos terrenales, porque no era nada menos que divino. Eso era precisamente lo que Jesús quería despertar en ella antes de concederle su petición. Quería que viera que *la súplica dirigida a un gran hombre* tiene que transformarse en *una oración al Dios viviente.* Podemos ver crecer la fe de esta mujer al encontrarse cara a cara con Cristo hasta el punto de verle, aunque como a través de la niebla, como El Que Es.

(*b*) Era una fe que *adoraba.* Empezó por seguirle, pero acabó de rodillas delante de Él; empezó dirigiéndole una petición, pero acabó hablándole en oración. Siempre que venimos a Cristo, debemos empezar por adorar Su Majestad, y sólo entonces podremos presentarle nuestra necesidad.

(iii) La mujer tenía *una perseverancia indómita.* Era impermeable al desaliento. Muchas personas, ha dicho alguien, acuden a la oración porque no quieren dejar de probarlo todo. No creen realmente en la oración; pero no descartan la posibilidad de que sirva para algo. Pero esta mujer vino a Jesús, no como a alguien que a lo mejor la ayudaba, sino como a su única esperanza. Vino con una esperanza apasionada, con un sentimiento de necesidad que clamaba al Cielo y con una determinación de no dejarse desanimar. Tenía la única cualidad que es supremamente eficaz en la oración: *iba tremendamente en serio.* La oración no era para ella una fórmula ritual, sino su manera de derramar delante de Dios el apasionado deseo de su alma, que de alguna manera pensaba que no podía —ni debía, ni tenía por qué— aceptar una respuesta negativa.

(iv) Esta mujer tenía *el don del optimismo.* Estaba rodeada de problemas; tomaba las cosas apasionadamente en serio; y sin embargo sabía sonreír. Tenía un corazón soleado. Dios ama los corazones alegres, la fe en cuyos ojos brilla siempre la luz de la esperanza, la fe con una sonrisa que puede disipar las sombras.

Esta mujer vino a Cristo con un amor gallardo y audaz, con una fe que siguió creciendo hasta arrodillarse adorante a los pies de lo Divino, con una perseverancia indómita que brotaba de una esperanza irrenunciable, con una alegría que disipaba el desaliento. Esa es la manera de acudir que no puede por menos de encontrar la respuesta a sus oraciones.

EL PAN DE LA VIDA

Mateo 15:29-39

Jesús se fue de allí al Mar de Galilea, Se subió a un cerro y Se sentó allí; pero se Le acercó un gran gentío trayendo a cojos, ciegos, sordos y mancos, y Se los dejaron a Sus pies; y Él los puso buenos, de manera que toda la gente estaba

maravillada oyendo hablar a los mudos, y viendo recuperados a los mancos, y andando a los cojos, y a los ciegos viendo; y alababan al Dios de Israel.

Jesús llamó a Sus discípulos, y les dijo:

—Me da mucha pena de esta gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen nada que comer. No los quiero despedir hambrientos, no sea que se desmayen por el camino.

Entonces los discípulos Le respondieron:

—¿De dónde podríamos sacar panes bastantes en un descampado como este para que comiera tanta gente?

Jesús les preguntó:

—¿Cuántos panes tenéis?

Ellos Le respondieron:

—Siete, y unos pocos pescaditos.

A continuación Jesús mandó a la gente que se sentara en el suelo, tomó los siete panes y los pescados, y después de dar gracias a Dios los partió en trozos y se los dio a Sus discípulos para que se los repartieran a la gente, y todos comieron todo lo que quisieron. Y recogieron los trozos que quedaron, siete canastas llenas. Los que habían comido sumaban cuatro mil hombres, aparte de las mujeres y los chiquillos.

Después de despedir a la gente Jesús Se subió a la barca y Se dirigió al distrito de Magadán.

Ya hemos visto que cuando Jesús Se dirigió al distrito de las ciudades fenicias iniciaba un período de retirada consciente para prepararse y para preparar a Sus discípulos para los últimos días, que ya estaban próximos. Una de las dificultades que encontramos en los evangelios es que no nos dan ninguna indicación en cuando a las fechas, que tenemos que deducir a base de sugerencias que encontramos en la narración. Cuando lo hacemos, descubrimos que el tiempo que Jesús Se retiró con Sus discípulos fue mucho más largo de lo que habríamos supuesto leyendo superficialmente la historia.

Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil *(Mateo 14:15-21; Marcos 6:31-44),* era primavera, porque en ninguna otra estación había hierba verde en aquella tierra tan calurosa *(Mateo 14:19; Marcos 6:39).* Después de Sus discusiones con los escribas y

fariseos, Jesús se retiró a las regiones de Tiro y de Sidón *(Marcos 7:24; Mateo 15:21).* Eso ya no era en sí un viaje corto, sobre todo si se hacía a pie.

Para la siguiente referencia al tiempo y lugar tenemos que pasar a *Marcos 7:31:* «Entonces volvió de la región de Tiro, pasando por Sidón, al Mar de Galilea, por toda la Decápolis.» Esa era una ruta de lo más extraña: Sidón está *al Norte* de Tiro, el Mar de Galilea *al Sur,* y Decápolis, la confederación de las diez ciudades griegas, *al Este* del Mar de Galilea. Es decir: que Jesús se dirigió *al Norte* para acabar yendo *al Sur.* Para ir de un lado a otro de la base de un triángulo pasó por el vértice. Es como si fuera de Valencia a Madrid pasando por Zaragoza, o de Buenos Aires a San Rafael pasando por Santiago del Estero. Está claro que Jesús alargó intencionadamente el viaje para pasar todo el tiempo posible con Sus discípulos antes de dirigirse por última vez a Jerusalén.

Por último Se encontró en Decápolis donde, como sabemos por Marcos, tuvo lugar este incidente *(Marcos 7:31).* Aquí tenemos la siguiente indicación. En esta ocasión, cuando dijo a la gente que se sentara, se sentaron en el suelo *(epi tên guên),* en la tierra; para entonces ya era verano, y la hierba estaba agostada, dejando la tierra reseca.

Es decir: este viaje por el Norte Le llevó a Jesús *casi seis meses.* No sabemos nada de lo que sucedió en esos seis meses; pero podemos estar seguros de que serían los seis meses más importantes de la vida de los discípulos, porque fue entonces cuando Jesús Se dedicó a enseñarles y prepararlos y abrirles la mente a la verdad. Vale la pena recordar que los discípulos pasaron seis meses retirados del mundanal ruido con Jesús antes que llegara la prueba final.

Muchos investigadores creen que la alimentación de los cinco mil y la de los cuatro mil son versiones diferentes del mismo incidente; pero no hay tal. Como ya hemos visto, la fecha es diferente: el primero tuvo lugar en la primavera, y el segundo al final del verano. La gente y el lugar son diferentes. La alimentación de los cuatro mil tuvo lugar en Decápolis. *Decápolis* quiere decir literalmente *diez ciudades,* y Decápolis era una cierta federación de diez ciudades griegas independientes. En esta ocasión habría muchos gentiles

presentes, tal vez más que judíos. Ese hecho explica la curiosa frase del versículo 31: «Y alababan *al Dios de Israel.»* Para la multitud gentil esta fue una demostración del poder del Dios de Israel. Hay otro curioso detalle que muestra la diferencia: En la alimentación de los cinco mil, las cestas que se usaron para recoger los trozos sobrantes se llaman *kofinoi;* y en la de los cuatro mil, *sfyrides.* El *kofinos* tenía un cuello estrecho, como un cantarillo, que los judíos usaban siempre para llevar su propia comida y no verse obligados a comer cosas que hubieran tocado los gentiles y que fueran, por tanto, inmundas. El *sfyris* se parecía más bien al cesto o canasta; podía llegar a ser tan grande como para llevar a una persona, y lo usaban más bien los gentiles.

Lo maravilloso de esta historia es que en estas sanidades y en esta alimentación de los hambrientos vemos la misericordia y la compasión de Jesús alcanzando a los gentiles. Aquí tenemos un símbolo y adelanto de que el Pan de Dios no sería sólo para los judíos, sino para todo el mundo; que los gentiles también participarían del Que es el Pan de la Vida.

LA GRACIA DE JESÚS

Mateo 15:29-39 *(conclusión)*

En este pasaje vemos desplegada ampliamente la gracia y la amabilidad de Jesucristo. Le vemos mitigando toda clase de necesidades humanas.

(i) Le vemos curando la *incapacidad* física. Pusieron a Sus pies a cojos, mancos, ciegos y sordos, y Él los curó. Jesús está infinitamente preocupado por el sufrimiento corporal que hay en el mundo; y los que devuelven la sanidad y la salud siguen haciendo la obra de Jesucristo.

(ii) Le vemos preocupado por *los cansados.* La gente estaba cansada, y Él quería fortalecerles los pies para un camino largo y duro. Jesús está infinitamente preocupado por los viandantes del mundo, por los trabajadores del mundo, por todos los que tienen la vista y las manos cansadas.

(iii) Le vemos alimentando a *los hambrientos.* Le vemos dándolo todo para aliviar el hambre y la necesidad físicas. Jesús está

infinitamente preocupado por los cuerpos de los seres humanos, lo mismo que por sus almas.

Aquí vemos el poder y la compasión de Dios salir al encuentro de las muchas necesidades que tiene la condición humana.

Al comentar este pasaje Edersheim expone una idea preciosa: señala que Jesús, en tres etapas sucesivas de Su ministerio, acabó cada una de ellas sirviéndole de comer a Su pueblo. La primera, cuando dio de comer a los cinco mil, tuvo lugar al final de Su ministerio en Galilea, porque Jesús ya no volvería a enseñar y a predicar y a sanar allí. La segunda, cuando dio de comer a los cuatro mil, al final de Su breve ministerio entre los gentiles fuera de las fronteras de Palestina —primero en los distritos de Tiro y de Sidón, y luego en la Decápolis. La tercera y última, la Última Cena en Jerusalén, cuando Jesús llegó al final de Sus días en la carne.

CIEGOS A LAS SEÑALES

Mateo 16:1-4

> *Los fariseos y los saduceos se Le acercaron a Jesús para tentarle, y Le pidieron que les diera una señal del Cielo. Jesús les contestó:*
>
> *—Cuando está anocheciendo decís: «Hará buen tiempo, porque los cielos están rojos.» Y de madrugada decís: «Hoy habrá tormenta, porque los cielos están rojos y nubosos.» Sabéis interpretar el aspecto de los cielos, ¿y no sabéis distinguir las señales de los tiempos? Esta generación malvada y apóstata anda buscando una señal; pero no se le dará más señal que la de Jonás.*
>
> *Y los dejó, y Se marchó.*

La hostilidad, como la necesidad, se asocia con lo que sea. Es de lo más extraño el descubrir una coalición de fariseos y saduceos. Representaban creencias y políticas que eran diametralmente opuestas. Los fariseos vivían pendientes de los detallitos más insignificantes de la ley oral de los escribas; los saduceos rechazaban totalmente esa ley, y no reconocían más autoridad que la ley escrita en el Antiguo Testamento como su única norma de fe y de conducta. (Mal comparado, en este aspecto sus posturas nos

hacen pensar en las diferencias entre católicos y protestantes.) Los fariseos creían en los ángeles y en la resurrección del cuerpo y los saduceos no, cosa que aprovechó Pablo cuando se presentó a juicio ante el sanedrín *(Hechos 23:6-10).* Y —en este caso lo más importante— los fariseos no eran un partido político y estaban dispuestos a vivir bajo cualquier gobierno que les permitiera vivir conforme a sus principios religiosos, mientras que los saduceos eran los aristócratas ricos que estaban dispuestos a someterse y a colaborar con el gobierno romano para conservar su posición y sus privilegios. Además, los fariseos esperaban y anhelaban la venida del Mesías, mientras que los saduceos no creían en esas cosas. Habría sido punto menos que imposible encontrar dos sectas o partidos más diferentes; y sin embargo se unieron en el deseo hediondo de eliminar a Jesús. Todos los errores tienen esto en común: el ser hostiles a Jesucristo.

Lo que pedían los fariseos y los saduceos era una señal. Como ya hemos visto, los judíos esperaban que un profeta o un mensajero de Dios acreditaran su misión con alguna señal extraordinaria *(Mateo 12:38-40).* Jesús les dice en Su respuesta que la señal ya está presente para los que tienen ojos para ver. Eran expertos en el pronóstico del tiempo. Sabían muy bien lo que dicen los del campo: «El cielo rojo por la noche es señal de bonanza, y por la mañana de destemplanza.» Sabían muy bien que los cielos rojos por la tarde presagian tiempo agradable, mientras que los cielos rojos al romper el día advierten que se acerca la tormenta. Pero estaban ciegos a las señales de los tiempos.

Jesús les dijo que la única señal que se les daría sería *la señal de Jonás.* Ya hemos visto lo que era la señal de Jonás *(Mateo 12:38-40).* Jonás fue el profeta que logró que se convirtieran los habitantes de Nínive y los hizo volver de sus malos caminos al de Dios. Ahora bien: la señal que hizo que se convirtieran los habitantes de Nínive no fue el hecho de que se le tragara un gran monstruo marino. De eso no sabían nada, y Jonás no lo usó nunca para demostrar la autenticidad de su ministerio. La señal de Jonás fue *Jonás mismo, y el mensaje que daba de parte de Dios.* Fue el que surgiera un profeta y el mensaje que traía lo que cambió la vida del pueblo de Nínive.

Así que lo que estaba diciendo Jesús era que la señal de Dios era *el mismo Jesús y Su mensaje.* Es como si les dijera: «En Mi Persona os encontráis cara a cara con Dios y con Su verdad. ¿Qué más podéis necesitar? Pero sois tan ciegos que no lo podéis ver.» Aquí hay una gran verdad, y también una seria advertencia. Jesucristo es la última Palabra de Dios. La revelación de Dios no puede llegar más allá. Aquí tenemos a Dios haciéndose visible para todo el mundo. Aquí está el mensaje de Dios para todos los que lo quieran oír. Aquí está la señal que Dios da a la humanidad. Aquí tenemos la seria advertencia de que, si Cristo no les dice nada a las personas, nada les sonará a Dios. Si Jesús no les convence a los hombres, nada los satisfará. Los que no pueden ver a Dios en Jesús, menos Le verán en ninguna otra parte o persona. Cuando nos encontramos cara a cara con Jesús, nos encontramos cara a cara con la última Palabra de Dios y con Su invitación final. Y en este caso, ¿qué esperanza le quedará al que rechace esta última oportunidad, al que se niegue a prestar atención a ese último mensaje, al que rechace esta última invitación?

LA LEVADURA PELIGROSA

Mateo 16:5-12

Cuando los discípulos llegaron al otro lado se dieron cuenta de que se habían olvidado de llevar pan. Jesús les dijo:

—Tened cuidado de guardaros de la levadura de los fariseos y de los saduceos.

Los discípulos se pusieron a discutir entre ellos:

—Eso nos lo dice porque no hemos traído el pan.

Jesús se dio cuenta de lo que estaban pensando, y les dijo:

—¿Por qué discutís, so poca fés, si tenéis o no tenéis pan? ¿Es que no habéis entendido todavía, ni os acordáis de lo que pasó cuando repartisteis los cinco panes entre los cinco mil, y cuántas cestas recogisteis, ni de los siete panes entre los cuatro mil, y cuántos canastos recogisteis? ¿Cómo es que no comprendéis que Yo no me refería al pan? ¡Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos!

Entonces se dieron cuenta de que Jesús no les había dicho que tuvieran cuidado con la levadura del pan, sino con la de lo

que enseñan los fariseos y los saduceos.

Aquí nos encontramos con un pasaje que presenta grandes dificultades. De hecho, sólo podemos aventurar alguna explicación.

Jesús y Sus discípulos se habían dirigido al otro lado del lago, y los discípulos se habían olvidado de llevar pan. Por alguna razón estaban más que preocupados con su despiste; y Jesús les dijo: «Tened cuidado de guardaros de la levadura de los fariseos y de los saduceos.» Ahora bien: la palabra *levadura* tiene dos sentidos. Uno físico y literal, que designa un poco de masa fermentada sin la que no se puede hacer el pan ordinario, que fue en el que lo tomaron los discípulos al principio. Como estaban preocupados porque se habían olvidado del pan, lo único que podían pensar era que Jesús les estaba advirtiendo de alguna clase peligrosa de levadura. El haberse olvidado el pan quería decir que, cuando fueran a buscarlo, tendrían que comprárselo a los gentiles del otro lado del lago. Ahora bien: ningún judío que fuera estrictamente ortodoxo podía comer el pan cocido o manipulado por los gentiles. Así que el problema de conseguir pan al otro lado del lago se presentaba insoluble. Los discípulos puede que pensaran que Jesús les estaba diciendo: «Os habéis olvidado de traer pan limpio; tened cuidado cuando vayáis a la otra parte del lago de no contaminaros comprando pan que contenga una levadura inmunda.»

A los discípulos no se les pasaba por la cabeza nada más que el pan material, así es que Jesús les hizo que se acordaran de algo. «Acordaos —les dijo— de cuando les dimos de comer a los cinco mil y a los cuatro mil; y acordaos de lo abundante que estuvo el pan y de lo mucho que sobró. Cuando os acordéis de esas cosas, dejaréis de preocuparos por pequeñeces. Ya habéis visto que, en Mi presencia, esos problemas insignificantes se resolvieron, y se pueden resolver otra vez. Dejad de preocuparos, y confiad en Mí.»

Eso se lo dijo tan a las claras que nos discípulos no tuvieron por menos de entenderlo. Y entonces Jesús les repitió la advertencia: «¡Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos!» *La levadura* tiene un segundo significado, no literal ni físico, sino figurado y alegórico. Era la manera corriente de los judíos para referirse a *una mala influencia.* Para la mentalidad judía la levadura era el símbolo de lo malo. Es masa fermentada. Los judíos

identificaban la fermentación con la putrefacción; por tanto, la levadura representaba todo lo malo y corrompido. La levadura tiene la propiedad de extenderse por una masa en la que se introduce; por tanto, la levadura representaba cualquier mala influencia capaz de invadir la vida y corromperla.

Entonces se dieron cuenta los discípulos de que Jesús no les estaba hablando del pan, sino advirtiéndoles contra la mala influencia de la enseñanza y las creencias de los fariseos y de los saduceos.

¿Qué tendría en mente Jesús cuando advirtió contra la mala influencia de la enseñanza de los fariseos y de los saduceos? Eso es algo que no podemos más que suponer; pero ya conocemos las características de la mentalidad de los fariseos y de los saduceos.

(i) Los fariseos entendían por religión un conjunto de leyes, mandamientos, reglas y normas. Veían la religión en términos de pureza y ritual externos. Así que Jesús quería decir: «Tened cuidado de no hacer de vuestra religión una serie de reglas como hacen los fariseos. Tened cuidado con no identificar la religión con una serie de acciones externas, olvidando que lo que realmente importa es el estado del corazón humano.» Esta era una advertencia contra una actitud legalista que invadiera el campo de la religión; contra una religión que no se fija más que en las acciones externas olvidando el estado interior del corazón.

(ii) Los saduceos tenían dos características íntimamente entrelazadas. Eran ricos y aristócratas, y estaban involucrados totalmente en la política, así es que Jesús puede que quisiera decir: «Tened cuidado con identificar el Reino del Cielo con los bienes externos, o con poner vuestras esperanzas de traerlo en la política.» Esto puede que fuera una advertencia contra el dar a las cosas materiales una importancia demasiado elevada en nuestra escala de valores, y contra la idea de que la reforma se puede llevar a cabo mediante la acción política. Puede que Jesús estuviera recordando a la gente que la prosperidad material está muy lejos de ser el sumo bien, y la acción política de producir los resultados más importantes. Las verdaderas bendiciones son las del corazón, y el verdadero cambio no es el de las circunstancias sino el del corazón.

LA ESCENA DEL GRAN DESCUBRIMIENTO

Mateo 16:13-16

Cuando Jesús Se dirigió a la región de Cesarea de Filipo, les preguntó a Sus discípulos:

—¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?

Y ellos Le contestaron:

—Unos dicen que Juan el Bautista; otros, que Elías, y otros, que Jeremías o algún otro antiguo profeta.

Entonces Jesús les preguntó a ellos:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Simón Pedro Le contestó:

—¡Tú eres el Ungido, el Hijo del Dios viviente!

Aquí tenemos el relato de otra vez que Jesús Se apartó de la gente. Su fin estaba muy próximo, y Jesús necesitaba todo el tiempo con que pudiera contar para estar a solas con Sus discípulos. Le quedaba mucho que decirles y que enseñarles, aunque todavía ellos no parecían estar preparados para recibirlo o entenderlo.

Con ese fin Se retiró con ellos a la región de Cesarea de Filipo. Cesarea estaba a unos cuarenta kilómetros al Nordeste del Mar de Galilea. Estaba fuera del dominio de Herodes Antipas, que era el gobernador de Galilea, y dentro del área del tetrarca Felipe. La población era principalmente gentil, así es que Jesús podría tener allí paz para enseñar a los Doce.

Jesús se enfrentaba entonces con un problema supremo y perentorio. Le quedaba poco tiempo; Sus días en la carne estaban contados. El problema era: ¿Había alguien que Le hubiera entendido? ¿Alguien que Le hubiera reconocido como el Que era? ¿Había personas que, cuando Él ya no estuviera en la carne, pudieran continuar Su obra, y trabajar para Su Reino? No cabe la menor duda de que ese era un problema crucial, que implicaba la supervivencia de la fe cristiana. Si no había nadie que hubiera captado, ni siquiera intuido, la verdad, entonces toda Su obra se había perdido; si había algunos pocos que se daban cuenta de la verdad, Su obra estaba a salvo. Así es que Jesús decidió hacer la prueba en intensidad, y preguntarles a Sus seguidores quién creían que era Él.

Es del máximo interés dramático ver *dónde* escogió Jesús hacerles la pregunta clave. Puede que hubiera pocos lugares en Palestina que tuvieran más asociaciones religiosas que Cesarea de Filipo.

(i) Toda la zona estaba jalonada con templos del dios sirio Baal. Thomson, en *La Tierra y el Libro,* enumera no menos de catorce tales templos que había en los alrededores. Aquella era una zona cuya atmósfera era el aliento de la antigua religión, que estaba toda ella a la sombra de los dioses antiguos.

(ii) Pero no eran los dioses de Siria los únicos que se adoraban allí. En las proximidades de Cesarea de Filipo se erguía una gran colina en la que había una profunda caverna que se decía que había sido el lugar de nacimiento del gran dios Pan, el dios de la naturaleza. Hasta tal punto estaba identificada Cesarea de Filipo con ese dios que su nombre original había sido Paneas, y hasta hoy en día se la conoce como Bâniyâs. Las leyendas de los dioses de Grecia se concentraban en torno a Cesarea de Filipo.

(iii) Además, esa cueva se decía que era donde nacía el río Jordán. Josefo escribió: «Hay una cueva muy hermosa en la montaña bajo la cual hay una gran cavidad en la tierra; y la caverna es abrupta, y prodigiosamente honda, y llena de agua en calma. Sobre ella se eleva una gran montaña, y por debajo de la caverna surge el río Jordán.» La sola idea de que ese era el nacimiento del río Jordán haría que rezumara todas las memorias de la historia de Israel. La antigua fe del judaísmo estaría en el aire para cualquier judío devoto y piadoso.

(iv) Pero había allí algo más. En Cesarea de Filipo había un gran templo de mármol blanco dedicado a la divinidad del césar. Lo había construido Herodes el Grande. Josefo dice: «Herodes decoró el lugar, que ya era sobresaliente, aún más con la edificación de este templo dedicado a César.» En otro lugar, Josefo describe la cueva y el templo: «Y cuando César le concedió a Herodes otro país más, construyó también allí un templo de mármol blanco, cerca de las fuentes del Jordán. El lugar se llama Panium, donde hay una montaña de altura inmensa, en cuya ladera, por debajo de ella o en su base, se abre una cueva oscura; allí hay un horrible precipicio que se proyecta abruptamente a una gran profundidad. Contiene

una inmensa cantidad de agua estable; y cuando se hace bajar algo para medir a qué profundidad está el fondo, no se puede alcanzar este.» Más tarde Felipe, el hijo de Herodes, hermoseó y enriqueció aún más el templo, cambiándole el nombre al lugar por el de Cesarea —es decir, la Ciudad de César—, y añadiéndole su propio nombre —*Philippi,* que quiere decir *de Felipe—,* para distinguirla de la Cesarea que está en la costa del Mediterráneo. Aún más tarde, Herodes Agripa había de llamar al lugar Neroneas, en honor del emperador Nerón. Cuando se miraba Cesarea, aun desde una distancia considerable, se veía la mole de mármol reluciente y se pensaba en el poder y en la divinidad de Roma.

Este fue el dramático escenario. En él se encuentra un Carpintero galileo sin dinero y sin hogar, con doce hombres corrientes a Su alrededor. Ya entonces, los judíos ortodoxos están programando y conspirando para destruirle como hereje peligroso. Se encuentra en un área jalonada de templos de dioses sirios, en un lugar bajo la sombra de los dioses griegos, en el que también se daba cita toda la historia de Israel, en el que el esplendor de mármol blanco de la sede del culto al césar dominaba el paisaje y sojuzgaba la vista. Y allí, tenía que ser precisamente allí, ese extraordinario Carpintero se dirige a los otros hombres y les pregunta quién creen que es Él, esperando la respuesta: «¡El Hijo de Dios!» Es como si Jesús Se colocara contra el trasfondo de las religiones del mundo con toda su historia y esplendor, y demandara que se Le comparara con ellas y recibir un veredicto a Su favor. Habrá pocas escenas en las que brille con luz más deslumbradora la conciencia que Jesús tenía de Su propia divinidad.

INSUFICIENCIA DE LAS CATEGORÍAS HUMANAS

Mateo 16:13-16 *(conclusión)*

Así es que en Cesarea de Filipo Jesús decidió demandar el veredicto de Sus discípulos. Tenía que saber, antes de ponerse en camino a Jerusalén y a la Cruz, si alguien había captado, aunque fuera ligeramente, Quién y qué era él. No hizo la pregunta directamente; la fue delineando. Empezó por preguntar lo que la gente decía de Él y por quién Le tomaban.

(i) Algunos decían que era Juan el Bautista. Herodes Antipas no era el único que creía que Juan el Bautista era una figura tan extraordinaria que bien podía haber vuelto a la vida.

(ii) Otros decían que era Elías. De esa manera estaban diciendo dos cosas acerca de Jesús: Que era tan grande como el mayor de los profetas, porque consideraban a Elías la cima y el príncipe de la línea profética; y también que Jesús era el precursor del Mesías. Según *Malaquías,* Dios había prometido: «Yo os envío al profeta Elías antes que venga el día grande y terrible del Señor» *(Malaquías 4:5).* Hasta hoy día los judíos siguen esperando la vuelta de Elías antes de la venida del Mesías, y dejan una silla vacante para él cuando celebran la Pascua. Así es que algunos veían en Jesús al heraldo del Mesías y el precursor de la directa intervención de Dios.

(iii) Otros decían que Jesús era Jeremías. El profeta Jeremías ocupaba un lugar importante y curioso en las expectaciones del pueblo de Israel. Se creía que, antes de que el pueblo fuera al exilio, Jeremías había tomado el arca y el altar del incienso del templo y los había escondido en una cueva solitaria del monte Nebo; y que, antes que viniera el Mesías, volvería a recuperarlos, para que volviera a brillar la gloria de Dios sobre Su pueblo otra vez *(2 Macabeos 2:1-12).* En *2 Esdras 2:17* se presenta otra promesa de Dios: «En tu ayuda mandaré a mis siervos Isaías y Jeremías.»

Hay una extraña leyenda de los días de las guerras de los Macabeos. Antes de la batalla con Nicanor, en la que el general judío fue el gran Judas Macabeo, Onías, el hombre bueno que había sido sumo sacerdote, tuvo una visión cuando estaba orando por la victoria: «Hecho esto, se le apareció la semblanza de un hombre de pelo blanco y sumamente glorioso, de excelente y extraordinaria majestad. Entonces Onías se dijo: "Este es uno que ama a los hermanos, que ora mucho por el pueblo y por la santa ciudad, es decir, Jeremías, el profeta de Dios." A lo cual Jeremías, tendiéndole la mano, le dio a Judas una espada de oro, y al dársela le dijo: "Toma esta espada santa, un don de Dios, con la que herirás a los enemigos de Mi pueblo Israel"» *(2 Macabeos 15:1-14).* Jeremías había de ser también el precursor de la venida del Mesías, y el ayudador del pueblo de Israel en tiempos de angustia.

Cuando la gente identificaba a Jesús con Elías y con Jeremías, según la luz que habían recibido, estaban haciéndole un gran elogio y colocándole en un nivel muy alto, porque Jeremías y Elías eran nada menos que los esperados precursores del Ungido de Dios. Cuando ellos se presentaran, el Reino de Dios había de estar ya muy cerca.

Cuando Jesús oyó los veredictos de la multitud, les dirigió a Sus discípulos la pregunta más importante: «Y *vosotros,* quién decís que soy?» Puede que se produjera un instante de silencio, mientras pasaban por las mentes de los discípulos pensamientos que casi les daba miedo expresar en palabras; y entonces Pedro hizo el gran descubrimiento y la gran confesión; y Jesús supo que Su obra estaba a salvo, porque había por lo menos uno que comprendía.

Es interesante comprobar que cada uno de los evangelios sinópticos nos da su versión particular del dicho de Pedro. *Mateo* dice: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» *Marcos* es el más breve: «Tú eres el Cristo» *(Marcos 8:29).* Y *Lucas*, el más claro: «Tú eres el Cristo de Dios» *(Lucas 9:20).*

Jesús sabía entonces que había por lo menos alguien que Le había reconocido como el Mesías, el Ungido de Dios, el Hijo del Dios viviente. Las palabras *Mesías,* en hebreo, y *Cristo,* en griego, quieren decir lo mismo, *Ungido.* Los reyes empezaban a reinar cuando eran ungidos, como aún sucede en muchos países. El Mesías, el Cristo, el Ungido, es el Rey de Dios sobre la humanidad.

En este pasaje hay dos grandes verdades.

(i) En esencia, el descubrimiento de Pedro fue que las categorías humanas, hasta las más elevadas, son inadecuadas para describir a Jesucristo. Cuando la gente describía a Jesús como Elías o Jeremías u otro profeta creían que estaban colocándole en la más alta categoría que existe. Los judíos creían que hacía cuatrocientos años que la voz de la profecía estaba callada; pero que en Jesús se había vuelto a escuchar la voz directa y auténtica de Dios. Estos eran grandes elogios; pero no bastaban para contener toda la verdad, porque no hay categorías humanas que sean adecuadas para describir a Jesucristo.

Una vez Napoleón dio su veredicto acerca de Jesús: «Yo conozco a los hombres, y Jesucristo es más que un hombre.» Sin duda

Pedro no sabía exponer teológicamente ni expresar filosóficamente lo que quería decir cuando dijo que Jesús era el Hijo del Dios viviente; de lo único que Pedro estaba completamente seguro era que ninguna descripción puramente humana era adecuada para aplicarse a Jesús.

(ii) Este pasaje enseña que el descubrimiento de Jesucristo tiene que ser *un descubrimiento personal.* La pregunta de Jesús fue: «*Vosotros,* ¿qué pensáis *vosotros* de Mí?» Cuando Pilato Le preguntó a Jesús si era el rey de los judíos, Jesús le contestó: «¿Dices eso por ti mismo, o te lo han dicho otros de Mí?» *(Juan 18:33s).*

Nuestro conocimiento de Jesús no debe ser de segunda mano. Puede que uno sepa todo lo que se ha dicho acerca de Jesús, que conozca todas las cristologías que se han enseñado y que sea capaz de hacer un resumen de lo que han dicho los grandes teólogos acerca de Jesús... y, sin embargo, no ser cristiano. El Cristianismo no consiste en *saber acerca de* Jesús, sino en *conocer a* Jesús. Jesucristo demanda un veredicto personal. No solo a Pedro, sino igualmente a cada uno de nosotros: «*Tú,* ¿qué piensas *tú* de Mí?»

LA GRAN PROMESA

Mateo 16:17-19

> *Entonces Jesús le dijo a Pedro:*
>
> *—¡Bendito seas, Simón hijo de Jonás, porque eso no te lo ha dicho ninguna persona, sino Mi Padre que está en el Cielo! Y Yo también te digo a ti que, como te llamas Pedro, sobre esta Roca edificaré Mi Iglesia, y las puertas del Hades no la podrán resistir. Yo te daré las llaves del Reino del Cielo; y todo lo que ates en la Tierra quedará atado en el Cielo, y todo lo que desates en la Tierra quedará desatado en el Cielo.*

Este pasaje es uno de los centros neurálgicos de la interpretación del Nuevo Testamento. Desde la Reforma, siempre ha sido difícil enfrentarse con él tranquilamente y sin prejuicios, porque para la Iglesia Católica es la base de su posición acerca del papa y de la Iglesia. La Iglesia Católica Romana interpreta que se le dieron a

Pedro las llaves para admitir o excluir a las personas del Cielo, y para absolver o no a las personas de sus pecados. Además, la Iglesia Católica Romana deduce que Pedro, con este tremendo derecho, llegó a ser el obispo de Roma; y que este poder se transmitió a todos los obispos de Roma, y que está personificado hoy en el papa, que es el cabeza de la Iglesia y el obispo de Roma.

Es fácil comprender que tal doctrina es inaceptable para un creyente protestante; y también que, tanto protestantes como católicos romanos, se acercan a este pasaje, no tanto con un deseo sincero de descubrir su significado, sino con la firme voluntad de no ceder nada de su propia posición; sino, si les es posible, destruir la posición del otro. Hagamos un esfuerzo sincera y honradamente para descubrir el verdadero sentido de este pasaje.

Aquí hay un juego de palabras. En griego *Pedro* es *Petros,* y *una roca* es *petra.* La forma aramea del nombre de Pedro era *Kefa,* que significa en arameo *una roca.* En las dos lenguas hay aquí un juego de palabras. En cuanto Pedro hizo su gran descubrimiento y su confesión, Jesús le dijo: «Tú eres *petros,* y sobre esta *petra* edificaré Mi Iglesia.»

En primer lugar, esto era un elogio tremendo. Es una metáfora en nada extraña ni inusual al pensamiento judío.

Los rabinos le aplicaban la palabra *roca* a Abraham. Tenían el siguiente dicho: «Cuando el Dios Santo vio que Abraham iba a levantarse, le dijo: "Mira, he descubierto una roca *(petra)* para edificar el mundo encima." Por tanto, Dios llamó a Abraham *roca (tsûr),* como está escrito: "Mirad a la roca de la que fuisteis cortados, al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados"» *(Isaías 51:1s).* Abraham era la roca en la que se fundaban la nación y el propósito de Dios.

Pero con mucha más frecuencia se le aplica la palabra *roca (tsûr)* a Dios mismo. «Él es la Roca, Cuya obra es perfecta» *(Deuteronomio 32:4).* «Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca» *(Deuteronomio 32:31).* «No hay roca como nuestro Dios» *(1 Samuel 2:2; R-V:* «refugio»). «El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador» *(2 Samuel 2:22).* La misma frase aparece en *Salmo 18:2.* «¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?» *(Salmo 18:31).* La misma frase está en *2 Samuel 22:32.*

Una cosa está clara. El llamar a alguien *roca* era el más grande de los elogios; y ningún judío que conociera el Antiguo Testamento podía usar nunca la frase sin que su pensamiento se volviera hacia Dios, Que era la única Roca de su defensa y salvación. Entonces, ¿qué quiso decir Jesús cuando usó la palabra *roca* en este pasaje? Por lo menos cuatro contestaciones se han propuesto a esta pregunta.

(i) Agustín tomó que la *roca* se refería a *Jesús mismo.* Es como si Jesús dijera: «Tu eres Pedro; y en Mí mismo como la Roca fundaré Mi Iglesia; y llegará el día en que, como recompensa por tu fe, serás grande en la Iglesia.»

(ii) La segunda explicación es que *la roca* es la verdad de que Jesucristo es el Hijo del Dios viviente. A Pedro le había sido revelada divinamente esa gran verdad. El hecho de que Jesucristo es el Hijo de Dios es sin duda la piedra fundamental de la fe de la Iglesia; pero esta interpretación apenas saca a luz el juego de palabras que hay aquí.

(iii) La tercera explicación es que la roca es la fe de Pedro. En la fe de Pedro está fundada la Iglesia. Su fe fue la chispa que inflamó la fe de la Iglesia Universal. Fue el impulso inicial que habría de llamar a la existencia un día a la Iglesia Universal.

(iv) La última interpretación es la mejor. Es que Pedro mismo es la roca, pero en un sentido especial. No es la roca en que se funda la Iglesia; esa Roca es Dios. Pedro es la primera piedra de toda la Iglesia. Pedro fue la primera persona que descubrió Quién era Jesús; la primera persona que dio el salto de la fe y vio en Jesús al Hijo del Dios viviente. En otras palabras: Pedro fue el primer miembro de la Iglesia y, en ese sentido, toda la Iglesia se construyó sobre él. Es como si Jesús le dijera a Pedro: «Pedro, tú eres la primera persona que ha comprendido Quién soy Yo; por tanto, tú eres la primera piedra, la piedra fundamental, el verdadero principio de la Iglesia que Yo estoy fundando.» Y a partir de entonces, todos los que hacen el mismo descubrimiento que Pedro son piedras vivas añadidas al edificio de la Iglesia de Cristo.

Hay dos cosas que nos ayudarán a clarificar la idea.

(i) A menudo la Biblia usa imágenes para poner algo en claro. No hay que fijarse mucho en los detalles de la imagen; solo hay una

enseñanza principal. En relación con la Iglesia, el Nuevo Testamento usa repetidas veces la imagen del *edificio,* pero la usa en muchos sentidos y desde muchos puntos de vista. Aquí Pedro es la piedra fundamental, en el sentido de que él es la primera persona sobre la que se ha seguido construyendo toda la Iglesia, porque él fue la primera persona que descubrió Quién era Jesús. En *Efesios 2:20,* los profetas y los apóstoles se dice que son el fundamento de la Iglesia. Fue sobre su trabajo, testimonio, fidelidad, sobre lo que depende, humanamente hablando, la Iglesia de la Tierra. En ese mismo pasaje, se dice que Jesucristo es la principal *piedra angular;* Él es la fuerza que mantiene unida a la Iglesia. Sin él, todo el edificio se desintegraría y derrumbaría. En *1 Pedro 2:4-8,* todos los cristianos somos piedras vivas que se van usando en la edificación de la fábrica de la Iglesia. En *1 Corintios 3:11,* Jesús es el único fundamento, y nadie puede poner otro. Está claro que los autores del Nuevo Testamento tomaron la imagen del *edificio,* y la usaron de muchas maneras. Pero detrás de todas ellas está siempre la idea de que Jesucristo es el verdadero cimiento de la Iglesia, y el único poder que la mantiene unida. Cuando Jesús le dijo a Pedro que edificaría Su Iglesia sobre él, no quiso decir que la Iglesia *dependiera* de Pedro, porque depende del mismo Jesucristo y de Dios como su Roca. Lo que sí quiso decir era que la Iglesia *empezó* con Pedro; en ese sentido Pedro es la piedra fundamental de la Iglesia, y ese es un honor que nadie le puede quitar. (**Piedra fundamental:** La primera que se pone en los edificios. D.R.A.E.).

(ii) El segundo punto es que la misma palabra *Iglesia (ekklêsía)* en este pasaje nos despista un poco. Propendemos a pensar en la Iglesia como una institución y una organización con edificios y oficinas, cultos y reuniones, y organizaciones y toda clase de actividades. La palabra que usaría Jesús probablemente sería *qahal,* que es la se usa en el Antiguo Testamento para *la congregación de Israel,* la asamblea de todo el pueblo del Señor. Lo que Jesús le dijo a Pedro fue: «Pedro, tú eres el principio del Nuevo Israel, el nuevo pueblo del Señor, la nueva compañía de todos los que creen en Mi nombre.» Pedro fue el primero de la congregación de los creyentes en Cristo. No fue una iglesia en el sentido corriente, y menos en el de una denominación, lo que empezó con Pedro, sino

la comunión de todos los creyentes en Jesucristo, que no se identifica con ninguna iglesia, ni se limita a ninguna iglesia, sino que abarca a todos los que aman al Señor.

Así que podemos decir que la primera parte de este pasaje controvertido quiere decir que Pedro es la piedra fundamental de la Iglesia en el sentido de que él fue el primero de esa gran compañía que confiesa gozosamente su descubrimiento de que Jesucristo es el Señor; pero que, en última instancia, es Dios mismo la Roca sobre la que está edificada la Iglesia.

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Mateo 16:17-19 *(continuación)*

Jesús prosigue diciendo que las puertas del Hades no prevalecerán contra Su Iglesia. ¿Qué quiere decir esto? La idea de *puertas que prevalecen* no es precisamente una figura corriente o fácil de entender. De nuevo nos encontramos con más de una posible explicación.

(i) Puede que se trate de la figura de *una fortaleza.* Esta sugerencia puede que encuentre apoyo en el hecho de que en la cima de la montaña que dominaba Cesarea de Filipo se encuentran hoy las ruinas de un gran castillo que puede que se irguiera allí en toda su gloria en tiempos de Jesús. Puede que Jesús estuviera pensando en Su Iglesia como una fortaleza, y en las fuerzas del mal como una fortaleza contraria; y que lo que quisiera decir fuera que el poder del mal nunca prevalecería contra la Iglesia.

(ii) Richard Glover presenta una explicación interesante. En el Oriente antiguo, la puerta era tradicionalmente el lugar en que los ancianos y los gobernantes se reunían para dirimir las causas y dictar justicia, especialmente en los pueblos pequeños y en las aldeas. Por ejemplos: la Ley establecía que, si un hombre tenía un hijo rebelde y desobediente, que le trajera «ante los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar donde viva» *(Deuteronomio 21:19),* y allí se haría juicio, se dictaría la sentencia. En *Deuteronomio 25:7,* se dice que, cuando un hombre se niega a cumplir la ley del levirato, «irá entonces su cuñada a la puerta donde están los ancianos.» La puerta era el lugar donde se reunían los ancianos para hacer justicia. Según esto, *la puerta* puede haber llegado a significar *la*

sede del gobierno. Durante mucho tiempo, por ejemplo, el gobierno de Turquía se llamaba *La sublime porte (porte* es la palabra francesa para *puerta).* Así que esta frase podría querer decir: Los poderes, el gobierno del Hades, no prevalecerán nunca contra la Iglesia.

(iii) Existe una tercera posibilidad. Supongamos que volvemos a la idea de la Roca en la que está fundada la Iglesia, y que Jesús es el Hijo del Dios viviente. Ahora bien, el Hades no era el lugar de castigo de los condenados, sino donde, según las creencias judías primitivas, se encontraban todos los muertos. Obviamente, la función de las puertas es *mantener algo dentro,* confinarlo, encerrarlo, controlarlo. Hubo una Persona Que las puertas del Hades no pudieron retener, y fue Jesucristo. Él rompió las ligaduras de la muerte. Como el autor de *Hechos* dice: «Era imposible que fuera retenido por la muerte... No dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que Tu Santo vea corrupción» *(Hechos 2:24,27).* Así que esta puede ser una referencia triunfal a la próxima Resurrección. Jesús puede que estuviera diciendo: «Tú has descubierto, Pedro, que Yo soy el Hijo del Dios viviente. Pronto llegará el momento en que Yo sea crucificado, y las puertas del Hades se cerrarán tras Mí. Pero no podrán retenerme; las puertas del Hades no tienen poder contra Mí, el Hijo del Dios viviente.»

Comoquiera que tomemos esta frase, expresa triunfalmente la indestructibilidad de Cristo y de Su Iglesia.

EL LUGAR DE PEDRO

Mateo 16:17-19 *(conclusión)*

Ahora llegamos a dos frases en las que Jesús describe algunos privilegios que se le concedieron a Pedro y algunas obligaciones que se le impusieron.

(i) Dice que Él, Jesús, le dará a Pedro *las llaves del Reino.* Esta es una frase indiscutiblemente difícil; haremos bien en empezar por establecer las cosas de que podemos estar seguros acerca de ella.

(*a*) Esta frase siempre significa alguna especie de poder especial. Por ejemplo, los rabinos tenían un dicho: «Las llaves del nacimiento, de la lluvia y de la resurrección de los muertos pertenecen a Dios.» Es decir: sólo Dios tiene poder para crear la vida, para enviar la

lluvia y para hacer que los muertos vuelvan otra vez a la vida. Esta frase siempre indica un poder especial.

(*b*) En el Nuevo Testamento esta frase se refiere regularmente a Jesús. Es en Sus manos, y no en las de ningún otro, donde están las llaves. En *Apocalipsis 1:18,* el Cristo Resucitado dice: «Yo soy el Viviente. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.» De nuevo, en *Apocalipsis 3:7,* el Cristo Resucitado se describe como «el Santo, el Verdadero, el Que tiene la llave de David, el Que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.» Hay que interpretar esta frase en referencia a un derecho divino; y cualquiera que fuera la promesa que recibió Pedro, no se puede tomar como la anulación, o la infracción, de un derecho que solo pertenece a Dios y al Hijo de Dios.

(*c*) Todas estos usos y figuras del Nuevo Testamento se remontan a una alegoría que se encuentra en *Isaías 22:22,* en la que el Señor dice que Eliaquim llevará al hombro la llave de la casa de David, y será el único que la cierre y abra.

Ahora bien: Eliaquim había de ser *el mayordomo fiel de la casa.* Es el mayordomo el que lleva las llaves de la casa, el que abre la puerta por la mañana, y la cierra por la tarde, y es el que introduce a los visitantes a la presencia real. Así que lo que Jesús le está diciendo a Pedro es que, en días por venir, él será *el mayordomo del Reino.* Y en el caso de Pedro, su misión consistiría en *abrir,* no en cerrar la puerta del Cielo.

Eso se cumplió sin dejar lugar a dudas. En Pentecostés, Pedro abrió la puerta a tres mil almas *(Hechos 2:41).* Más tarde le abrió la puerta al centurión gentil Cornelio, con lo cual hizo que la puerta girara sobre sus goznes para admitir al gran mundo gentil *(Hechos 10). Hechos 15* nos cuenta cómo se abrió la puerta de par en par al mundo gentil en el Concilio de Jerusalén, y que fue el testimonio de Pedro lo que hizo posible aquella decisión emblemática *(Hechos 15:14; Simeón* es *Pedro).* La promesa de que Pedro usaría las llaves del Reino quería decir que él sería el encargado de abrir la puerta de Dios a miles y miles de personas en los días por venir. Pero en este sentido no es solamente Pedro el que tiene las llaves del Reino; cualquier cristiano las puede usar también para abrirle la

puerta del Reino a otras personas, entrando así a participar de la gran promesa de Cristo.

(ii) Jesús le prometió a Pedro además que lo que él *atara,* quedaría *atado,* y lo que él *desatara*, quedaría *desatado.* Richard Glover toma esto en el sentido de que Pedro expondría los pecados humanos, los ataría, a las conciencias de las personas, y que luego las desataría de sus pecados notificándoles el amor y el perdón de Dios. Ese es un pensamiento precioso, y sin duda cierto, porque tal es el deber de todo predicador y maestro cristiano; pero aquí hay todavía más que eso.

Desatar y *atar* eran palabras que se usaban corrientemente con sentido figurado entre los judíos. Se referían frecuentemente a las decisiones de los grandes maestros y de los grandes rabinos. El sentido corriente que cualquier judío reconocería era *permitir* y *prohibir. Atar* algo era *declararlo prohibido; desatar* era *declararlo permitido.* Eran expresiones corrientes en relación con la ley. Era de hecho lo único que podían querer decir en ese contexto. Así que lo que Jesús le estaba diciendo a Pedro era: «Pedro, vas a tener responsabilidades graves y pesadas sobre ti. Vas a tener que hacer decisiones que afectarán al bienestar de toda la Iglesia. Serás el guía y el director de la joven Iglesia. Y las decisiones que harás serán tan importantes que afectarán a las almas de las personas en el tiempo y en la eternidad.»

El privilegio de las llaves quería decir que Pedro sería el mayordomo de la casa de Dios, abriéndoles la puerta a las personas para que entraran en el Reino. El deber de atar y desatar quería decir que Pedro tendría que hacer decisiones sobre la vida y la práctica de la Iglesia que tendrían las consecuencias más amplias. Y por supuesto, cuando leemos los primeros capítulos de *Hechos,* vemos que eso fue precisamente lo que tuvo que hacer Pedro en Jerusalén.

Si parafraseamos este pasaje que ha causado tantas discusiones y controversias vemos que trata, no de formas eclesiásticas, sino de cosas que corresponden a la Salvación. Jesús le dijo a Pedro: «Pedro, tu nombre quiere decir roca, y tu destino será ser una roca. Eres la primera persona que Me ha reconocido como el Que soy, y por tanto eres la primera piedra del edificio de la comunión de los

Míos. Contra esa comunión, las aguerridas fuerzas del mal no podrán prevalecer, como tampoco Me podrán mantener cautivo en el reino de la muerte. Y en días por venir serás el mayordomo que abrirá las puertas del Reino para que entren los judíos y los gentiles; pero debes ser un sabio administrador y guía que resuelva los problemas y dirija la obra de la Iglesia naciente y creciente.»

Pedro había hecho el gran descubrimiento; y a Pedro se le concedió un gran privilegio y una gran responsabilidad. Es un descubrimiento que cada persona ha de hacer por sí misma; y cuando lo haya hecho, se le impondrán el mismo privilegio y la misma responsabilidad que a Pedro.

LA GRAN REPRENSIÓN

Mateo 16:20-23

> *Jesús les dio órdenes a Sus discípulos de que no le dijeran a nadie que Él era el Ungido de Dios.*
>
> *A partir de ese momento Jesús empezó a enseñar a Sus discípulos que Él tenía que ir a Jerusalén, que sufrir mucho de parte de los ancianos y los principales sacerdotes y los escribas, y que Le darían muerte, y que resucitaría al tercer día.*
>
> *Pedro Le agarró, y se puso a advertirle:*
>
> *—¡No quiera Dios que Te pase nada de eso! ¡Eso no Te tiene que suceder nunca!*
>
> *Jesús se volvió a Pedro y le dijo:*
>
> *—¡Quítate de en medio y ponte detrás de Mí, Satanás! Estás poniéndome obstáculos en el camino. Tu manera de pensar no es la de Dios, sino la de los hombres.*

Aunque los discípulos habían captado el hecho de que Jesús era el Mesías de Dios, todavía no habían comprendido todas las implicaciones de aquel gran hecho. Ellos estaban pensando todavía en términos de un mesías conquistador, un rey guerrero, que barrería a los romanos de Palestina y conduciría a Israel al poder. Por eso fue por lo que Jesús les mandó que guardaran silencio. Si se hubieran dirigido a la gente y hubieran predicado sus propias ideas, todo lo que habrían logrado habría sido suscitar una trágica rebelión; no podrían haber producido más que otro levantamiento

violento condenado al desastre. Antes de predicar que Jesús era el Mesías, tenían que aprender lo que aquello quería decir. De hecho, la reacción de Pedro muestra lo lejos que estaban todavía los discípulos de darse cuenta precisamente de lo que Jesús quiso decir cuando se presentó como el Mesías y el Hijo de Dios.

Así es que Jesús empezó a buscar la manera de abrirles los ojos al hecho de que para Él no había más camino que el de la Cruz. Les dijo que tenía que ir a Jerusalén a sufrir bajo el poder de «los ancianos y principales sacerdotes y escribas.» Estos tres grupos eran de hecho los que componían el sanedrín. Los ancianos eran hombres respetados por el pueblo; los principales sacerdotes eran principalmente saduceos; y los escribas eran fariseos. En efecto, Jesús estaba diciendo que había de sufrir bajo el poder de los dirigentes religiosos del país.

Tan pronto como Jesús dijo aquello, Pedro reaccionó con violencia. Pedro había crecido con la idea de un mesías de poder y gloria y conquista. Para él, la idea de un mesías doliente, el conectar la obra del mesías con una cruz, era increíble. Así es que «echó mano» de Jesús. Casi seguro el significado es que él puso sus brazos protectores alrededor de Jesús, como para impedirle que siguiera ese curso de acción suicida. «Eso —Le dijo Pedro— no debe y no puede sucederte.» Y entonces vino la gran reprensión que nos deja sin aliento: «¡Quítate de delante de Mí, Satanás!» Hay ciertas cosas que debemos captar para poder entender esta escena dramática y trágica.

Debemos tratar de captar el tono de la voz de Jesús. Podemos estar seguros de que no hubo un tono de ira en Su voz ni un destello de indignación en Sus ojos. Lo dijo con el corazón herido, con un dolor punzante y con una especie de horror insoportable. ¿Por qué reaccionó Jesús así?

En aquel momento volvieron a Él con una fuerza cruel las tentaciones con las que se había enfrentado en el desierto al empezar Su ministerio. Allí había sentido la tentación de seguir el camino del poder: «Dales pan, dales cosas materiales —Le dijo el tentador—, y Te seguirán.» «Dales sensaciones —Le dijo el tentador —, dales maravillas, y Te seguirán.» «Llega a un acuerdo con el mundo —Le dijo el tentador—, rebaja tu nivel, y Te seguirán.» Eran

precisamente las mismas tentaciones las que Pedro Le presentaba a Jesús otra vez.

Tampoco estuvieron estas tentaciones totalmente ausentes de la mente de Jesús. Lucas ahondó en el corazón del Maestro cuando, al final de la historia de las tentaciones, escribió:: «Y cuando el diablo había agotado todas sus tentaciones, se apartó de Él hasta que surgiera otra ocasión propicia» *(Lucas 4:13).* Una y otra vez el tentador Le lanzó su ataque. Nadie quiere una cruz; nadie quiere morir en agonía; hasta en el huerto de Getsemaní, esa misma tentación Le sobrevino a Jesús: la tentación de seguir otro camino.

Y aquí Pedro Se la está ofreciendo a Jesús. El carácter abrupto y violento de la respuesta de Jesús fue debido sin duda al hecho de que Pedro estaba sugiriéndole las mismas cosas que el tentador Le había estado sugiriendo todo el tiempo, las mismas coas contra las que Él había cerado Su corazón. Pedro estaba confrontando a Jesús con la manera de evitar la Cruz que hasta el fin se Le proponía.

Por eso fue Pedro *Satanás. Satanás* quiere decir literalmente *el adversario.* Por eso era por lo que las ideas de Pedro no eran las de Dios sino las de los hombres. Satanás es cualquier fuerza que trata de apartarnos del camino de Dios; Satanás es cualquier influencia que trata de desviarnos de camino difícil que Dios nos propone; Satanás es cualquier poder que trata de hacer que los deseos humanos ocupen el lugar del imperativo divino.

Lo que hizo la tentación más aguda fue el hecho de que viniera de uno que amaba a Jesús. Pedro habló de aquella manera solamente porque amaba a Jesús tanto que no podía soportar pensar que Él hollara ese terrible sendero y muriera esa muerte terrible. La tentación más dura de todas es la que nos viene de un amor protector. Hay veces cuando el amor entrañable trata de desviarnos de los peligros del sendero de Dios; pero el verdadero amor no es el que retiene al caballero en su castillo, sino el que le lanza a cumplir las demandas de su condición de caballero, que le son dadas, no para hacer la vida fácil, sino para hacerla grande. Es perfectamente posible para el amor el ser tan protector que busca defender a aquellos que

ama de la aventura de la milicia del soldado de Cristo, y de las adversidades del camino del peregrino de Dios. Lo que realmente Le hirió el corazón a Jesús y Le hizo hablar de esa manera fue que el tentador utilizó en aquella ocasión el tierno pero equivocado amor del cálido corazón de Pedro.

EL DESAFÍO TRAS LA REPRENSIÓN

Mateo 16:20-23 *(conclusión)*

Antes de salirnos de este pasaje, es interesante considerar dos interpretaciones muy tempranas de la frase: «¡Ponte detrás de Mí, Satanás!» Orígenes sugirió que Jesús le estaba diciendo a Pedro: «Pedro, tu lugar está *detrás de* Mí, no *delante de* Mí. Tu cometido es *seguirme* en el camino que Yo escoja, no tratar de *guiarme* por el camino que tú quieres que vaya.» Si la frase se puede interpretar de esa manera, por lo menos algo de su acritud se elimina, porque no destierra a Pedro de la presencia de Cristo, sino simplemente le recuerda cuál es el lugar que le corresponde como seguidor que va por las huellas de Jesús. Es verdad para todos nosotros que siempre debemos seguir al camino de Cristo, y nunca intentar hacerle seguir el nuestro.

Un nuevo desarrollo de este dicho de Jesús lo encontramos a la luz de lo que le dijo a Satanás al final de las tentaciones que encontramos en *Mateo 4:10.* En la versión Reina-Valera ese texto dice: «Vete, Satanás,» y aquí: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!» —y en la nota se hace referencia al pasaje anterior. En el original, en 4:10 dice: *«Hypague Satana,»* y aquí se añaden dos palabras: *«Hypague opiso mu, Satana,»* es decir: «¡Vete, Satanás!,» y «¡Vete detrás de Mí, Satanás!»

Lo que hay que notar es que la orden de Jesús a Satanás es sencillamente: «¡Vete!,» mientras que la orden a Pedro es: «¡Vete detrás de Mí!» Es decir: «Vuelve a ser Mi seguidor.» Satanás es desterrado de la presencia de Cristo; a Pedro le llama de nuevo para que sea Su seguidor. Lo único que Satanás no podía nunca llegar a ser era seguidor de Cristo; en su orgullo diabólico, jamás se

sometería a eso; por eso es Satanás. Por otra parte, Pedro podría estar equivocado y caer en pecado, pero para él siempre existía el desafío y la oportunidad de convertirse otra vez en seguidor. Es como si Jesús le dijera a Pedro: «Acabas de hablar como hablaría Satanás. Pero el que habló no era el verdadero Pedro. Tú te puedes redimir a ti mismo. Ven detrás de Mí, y sé otra vez Mi seguidor, y volverás a estar bien en tu sitio.» La diferencia fundamental entre Pedro y Satanás está precisamente en el hecho de que Satanás nunca se colocaría detrás de Jesús. Siempre que una persona esté dispuesta a seguir, aun después de haber caído, hay para ella esperanza de gloria aquí y en el más allá.

EL GRAN DESAFÍO

Mateo 16:24-26

> *A continuación, Jesús les dijo a Sus discípulos:*
>
> *—El que quiera ser mi seguidor, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y Me siga. Porque el que quiera mantener su vida a salvo, la perderá; pero el que pierda su vida por Mi causa, la encontrará. Porque, ¿de qué le servirá a una persona llegar a ser el amo del mundo si le cuesta su alma? ¿Qué puede dar una persona a cambio de su vida?*

Este es uno de los temas dominantes y frecuentes en la enseñanza de Jesús. Estas son cosas de Jesús dijo una y otra vez *(Mateo 10:37-39; Marcos 8:34-37; Lucas 9:23-27; 14:25-27; 17:33; Juan 12:25).* Una y otra vez Jesús les hacía enfrentarse con el desafío de la vida cristiana. Hay tres cosas que una persona debe estar dispuesta a hacer si quiere de veras vivir la vida cristiana.

(i) Debe *negarse a sí misma.* Corrientemente usamos la palabra *autonegación* en un sentido limitado. Nos referimos a renunciar a algo. Por ejemplo, una semana de autonegación puede ser una semana en que nos privamos de ciertos placeres o lujos a fin de conseguir alguna buena causa. Pero eso es solo una mínima parte de lo que Jesús quería decir por autonegación. El negarse a sí mismo quiere decir en todos los momentos de la vida decirle no al yo y sí a Dios. Negarse a sí mismo quiere decir una vez y por todas y para siempre destronar el yo y entronizar a Dios. Negarse a sí

mismo quiere decir borrar el yo como principio dominante de la vida, y hacer que Dios sea el principio rector, o más aún, la pasión dominante de la vida. Una vida de constante negación al yo es una vida de constante afirmación de Dios.

(ii) Debe *cargar con su cruz.* Es decir: debe asumir la carga del sacrificio. La vida cristiana es la vida del servicio sacrificial. Puede que el cristiano tenga que abandonar la ambición personal para servir a Cristo; puede ser que descubra que el lugar donde puede rendir a Jesucristo el mayor servicio sea donde la recompensa sea más pequeña y el prestigio ni siquiera exista. Probablemente tendrá que sacrificar tiempo y ocio y placer para servir a Dios por medio del servicio a sus semejantes.

Para decirlo sencilla y llanamente: la comodidad junto a la chimenea, el placer de una visita a un lugar de entretenimiento, puede que hayan de sacrificarse por los deberes de una responsabilidad en la iglesia, la dedicación a un grupo de jóvenes, la visita al hogar de algún alma triste o solitaria. Bien puede que se tengan que sacrificar algunas cosas que uno se podría permitir poseer, a fin de dar más a los demás. La vida cristiana es la vida sacrificial.

Lucas, con un destello de intuición diáfana, añade una palabra a este mandamiento de Jesús: «Que cargue con su cruz *diariamente.*» Lo realmente importante no son los grandes momentos de sacrificio, sino la vida que se vive en constante conciencia de las demandas de Dios y las necesidades de los demás. La vida cristiana es una vida que se preocupa por los demás más que por uno mismo.

(iii) Debe *seguir a Jesucristo.* Es decir: debe rendirle a Jesucristo una obediencia total. Cuando yo era joven, solíamos jugar a una cosa que llamábamos «seguir al líder.» Todo lo que hacía el líder, aunque fuera difícil o, en el caso del juego, hasta ridículo, se tenía que imitar. La vida cristiana es un constante seguir a nuestro Líder, una obediencia constante en pensamiento, palabra y obra, a Jesucristo. El cristiano sigue las huellas de Cristo, dondequiera que Él guíe.

PERDER Y ENCONTRAR LA VIDA

Mateo 16:24-26 *(conclusión)*

Hay todo un mundo de diferencia entre *existir* y *vivir.* Existir es simplemente tener pulmones que respiran y un corazón que late; vivir es estar vivo en un mundo en el que todo vale la pena, en el que hay paz en el alma, gozo en el corazón, e interés en cada cosa y momento. Jesús nos da aquí la receta para *la vida* como distinta de *la existencia.*

El que va a lo seguro, ama la vida. Mateo estaba escribiendo allá por los años ’80 d.C. Por tanto, estaba escribiendo en algunos de los días más amargos de la persecución. Estaba diciendo: «Puede que llegue el momento en que puedas salvar la vida abandonando la fe; pero, en ese caso, lejos de salvar la vida, lo que haces es perderla.» El que es fiel puede que muera, pero morirá para vivir; el que abandone la fe para tener seguridad, puede que viva, pero vivirá para morir.

En nuestro tiempo y país no es probable que sea una cuestión de martirio, pero sigue siendo un hecho que, si nos enfrentamos con la vida en una constante búsqueda de seguridad, facilidad y comodidad, si todas las decisiones las hacemos por motivos mundanos de prudencia, estamos perdiéndonos todo lo que hace que la vida valga la pena. La vida se convierte en algo incoloro y blandengue, cuando podría haber sido una aventura. La vida se convierte en algo egoísta, cuando podría haber estado radiante en el servicio. La vida se vuelve una cosa atada a la tierra, cuando podría haber estado escalando las estrellas. Alguien escribió una vez un amargo epitafio a otro: «Nació hombre, y murió tendero.» En vez de tendero podemos poner cualquier otra profesión. El que siempre juega a lo seguro deja de ser un hombre, porque el hombre fue hecho a imagen de Dios.

(ii) El hombre que lo arriesga todo —y puede que parezca que lo ha perdido todo— por Cristo, encuentra la vida. La sencilla lección de la Historia es que siempre han sido las almas aventureras, que dijeron adiós a la seguridad y a la tranquilidad, las que escribieron sus nombres en la Historia y ayudaron grandemente a la humanidad. Si no hubiera sido por los que estuvieron dispuestos a asumir riesgos, no habría existido ninguna cura médica. Si no hubiera sido por los que estuvieron dispuestos a asumir riesgos,

muchos de los aparatos que hacen la vida más fácil no se habrían inventado. Si no hubiera sido por las madres que estuvieron dispuestas a asumir riesgos, no habría nacido ningún niño. Siempre es la persona que está dispuesta «a jugarse la vida a que hay Dios» la que a fin de cuentas encuentra la vida.

(iii) Entonces Jesús hace una advertencia: «Supongamos que uno va a lo seguro; supongamos que se gana todo el mundo; supongamos también que la vida no vale la pena... ¿Qué puede hacer para recuperar la vida?» Y la hosca conclusión es que no puede hacer nada para recuperarla. En cualquier decisión de la vida estamos haciéndonos algo a nosotros mismos; nos estamos haciendo una clase de persona; estamos construyendo paulatina e inevitablemente una cierta clase de carácter; estamos capacitándonos para hacer ciertas cosas e incapacitándonos para hacer otras. Es posible que uno consiga todo lo que se propone, y que se despierte una mañana para darse cuenta de que ha perdido todo lo que era más importante.

El mundo representa aquí las cosas materiales que son opuestas a Dios; y de todas ellas se pueden decir tres cosas.

(*a*) Uno no se las puede llevar consigo al final; no puede llevarse nada más que a sí mismo; y, si se ha degradado a sí mismo para conseguirlas, más amargo será su pesar.

(*b*) No le pueden ayudar a uno en las circunstancias aciagas de la vida. Las cosas materiales no pueden sanar un corazón quebrantado ni alegrar a un alma solitaria.

(*c*) Si resultara que una persona hubiera ganado sus posesiones materiales de una manera deshonrosa, llegará el día cuando hable la conciencia, y experimentará el infierno a este lado de la tumba.

El mundo está lleno de voces que advierten que es un loco el que vende la vida real por cosas materiales.

(iv) Por último, Jesús pregunta: «¿Qué puede dar un hombre a cambio de su alma?» La palabra griega es: «¿Qué *antal.lagma* dará un hombre por su alma?» *Antal.lagma* es una palabra interesante. En el libro del *Eclesiástico* leemos: «No hay *antal.lagma* por un amigo fiel,» y «No hay *antal.lagma* por un alma disciplinada» *(Eclesiástico 6:15; 26:14).* Quiere decir que no hay dinero en el mundo para comprar un amigo fiel o un alma disciplinada; que son

cosas que no tienen precio. Así es que este dicho final de Jesús puede querer decir dos cosas.

(*a*) Puede querer decir: Una vez que una persona ha perdido la vida real por su deseo de cosas materiales y de seguridad, no hay precio que pueda pagar para recuperarla. Se ha producido un perjuicio que no podrá borrar jamás.

(*b*) Puede querer decir: Una persona se debe a sí misma y todo lo demás a Jesucristo; y no hay nada que Le pueda dar a Cristo a cambio de su vida. Es muy posible que trate de darle a Cristo su dinero para quedarse con su vida. Y aún más posible que Le dé a Cristo un tributo de labios para fuera y siga reteniendo su vida. Muchas personas contribuyen económicamente al mantenimiento de la iglesia, pero no asisten. Está claro que eso no satisface las demandas de la membresía. Lo único que podemos darle a la Iglesia es a nosotros mismos; y la única donación que podemos hacerle a Cristo es toda nuestra vida. No hay ningún sustituto. Ninguna otra cosa valdrá.

LA ADVERTENCIA Y LA PROMESA

Mateo 16:27-28

> *Jesús siguió diciéndoles:*
>
> *—Porque el Hijo del Hombre vendrá con la gloria de Su Padre, con Sus ángeles, y entonces sancionará a cada persona según su curso de acción. Os digo la pura verdad: Hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre llegando en Su Reino.*

Hay aquí dos dichos bastante distintos.

(i) El primero contiene *una advertencia,* el anuncio de un juicio inevitable. La vida se dirige a alguna parte, y habrá de enfrentarse a un juicio. En cualquier esfera de la vida se llega inevitablemente al momento de rendir cuentas. No hay más remedio que reconocer el hecho de que el Cristianismo enseña que después de la vida en el mundo viene el juicio; y si tomamos este pasaje en relación con el que le precede vemos inmediatamente cuál es el criterio del juicio. El que acapara la vida para sí mismo egoístamente, el que no se interesa más que en su propia seguridad y salvación y comodidad, a los ojos del Cielo ha fracasado aunque parezca haber conseguido muchos éxitos y riquezas y prosperidad. El que se da a sí mismo a los demás y vive la vida como una generosa aventura es el que recibe la aprobación del Cielo y la recompensa de Dios.

(ii) El segundo es *una promesa.* Según nos transmite la frase Mateo, parece como si Jesús hablara como si esperara que Su Segunda Venida tuviera lugar durante la vida de algunos de los que Le estaban escuchando. Si fue eso lo que quiso decir, y de la manera que nosotros lo entendemos, entonces Se equivocó. Pero vemos el sentido real de lo que dijo Jesús cuando leemos cómo nos lo transmite Marcos, que nos dice: «También les dijo: —De cierto os digo que algunos de los que están aquí no gustarán la muerte hasta que hayan visto el Reino de Dios venir con poder» *(Marcos 9:1).*

Jesús está hablando del poderoso obrar de Su Reino; y lo que Él dijo resultó divinamente cierto. Había algunos allí presentes que habían de ver la venida del Espíritu el día de Pentecostés. Había allí algunos que habían de ver a judíos y gentiles entrar en tromba en el

Reino; habían de ver la marea del Evangelio inundar las tierras de Asia Menor y pasar a Europa hasta llegar a Roma. Durante la vida de muchos de los que oyeron hablar a Jesús, el Reino vino con poder.

De nuevo tenemos que tomar esto en estrecha relación con lo que hay antes. Jesús advirtió a Sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, y sufrir allí muchas cosas, y morir. Esa era la vergüenza; pero la vergüenza no sería el fin. Después de la Cruz vino la Resurrección. La Cruz no habría de ser el final; solo el principio del desatamiento de ese poder que había de inundar a todo el mundo. Esta es la promesa que Jesús les hizo a Sus discípulos: que nada que el mundo pueda hacer podrá impedir el avance del Reino de Dios.

EL MONTE DE LA TRANSFIGURACIÓN

Mateo 17:1-8

Seis días después, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y al hermano de éste, Juan, a un monte alto a solas, y allí cambió de apariencia en presencia de ellos. Su rostro relucía como el Sol, y Su ropa se volvió tan blanca como la luz. Y, fijaos: Se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él. Pedro Le dijo a Jesús:

—¡Señor, qué bien que estamos aquí! Voy a hacer tres cabañas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Antes de que acabara de decirlo, fijaos: Los envolvió una nube luminosa; y fijaos: Salió una voz de la nube que decía:

—¡Este es Mi Hijo amado, en Quien Me complazco plenamente! ¡Oídle a Él!

Cuando los discípulos oyeron aquello, cayeron rostro a tierra y les entró mucho miedo. Jesús Se les acercó, los tocó y dijo:

—Levantaos, y no tengáis miedo.

Cuando ellos levantaron la vista no vieron allí a nadie más que a Jesús.

Al gran momento de Cesarea de Filipo siguió el gran momento del monte de la Transfiguración. Reconstruyamos primeramente la escena en que vino este momento de gloria a Jesús y a Sus tres

discípulos escogidos. Hay una tradición que identifica el monte de la Transfiguración con el monte Tabor, pero no es probable. En la cima del monte Tabor había una fortaleza armada y un gran castillo; parece casi imposible que la Transfiguración pudiera tener lugar en una montaña que era una fortaleza. Mucho más probable es que la escena de la Transfiguración tuviera lugar en el monte Hermón. Hermón estaba a unos 25 kilómetros de Cesarea de Filipo. Hermón tiene 2,800 metros de altitud sobre el Mediterráneo, y 3,000 sobre el nivel del mar de Galilea, y 3,400 sobre el del mar Muerto. Es tan alto que se puede ver perfectamente desde el mar Muerto, al otro extremo de Palestina, a más de 150 kilómetros.

No puede haber sido en el pico más alto donde esto sucedió. Sería demasiado alto. El canon Tristram nos cuenta cómo lo escalaron él y su equipo. Pudieron cabalgar hasta casi la cima, en lo que tardaron cinco horas. No es fácil mantenerse activo a esas alturas. Tristram dice: «Pasamos una gran parte del día en la cima, pero nos sentimos penosamente afectados por lo enrarecido de la atmósfera.»

Sería en algún lugar de las laderas del hermoso y majestuoso monte Hermón donde tuvo lugar la Transfiguración. Tiene que haber sido por la noche. Lucas nos dice que los discípulos estaban rendidos de sueño *(Lucas 9:32).* Ya era el día siguiente cuando Jesús y Sus discípulos bajaron a la llanura, y se encontraron esperándoles al padre del muchacho epiléptico *(Lucas 9:37).* Así es que sería a la caída de la tarde, o ya de noche, cuando tuvo lugar esta maravillosa escena.

¿Por qué fue allí Jesús? ¿Por qué hizo esta expedición a aquellas solitarias laderas? Lucas nos da la clave. Nos dice que Jesús estuvo orando *(Lucas 9:29).*

Debemos colocarnos, hasta donde nos sea posible, en el lugar de Jesús. Para entonces estaba de camino hacia la Cruz. De eso estaba totalmente seguro; una y otra vez se lo dijo a Sus discípulos. En Cesarea de Filipo Le hemos visto enfrentándose con un problema y resolviéndolo. Le hemos visto tratando de descubrir si había alguno que hubiera reconocido Quién y qué era Él. Hemos visto que aquella pregunta tuvo una respuesta triunfal, porque Pedro había captado el gran hecho de que a Jesús solamente podía

describírsele como el Hijo de Dios. Pero había una pregunta todavía más grande que esa, que Jesús tenía que contestar antes de iniciar Su último viaje.

Tenía que estar totalmente seguro, sin la menor sombra de duda, de que estaba haciendo lo que Dios quería que hiciera. Tenía que estar seguro de que era de veras la voluntad de Dios el que Él fuera a la Cruz. Jesús subió al monte Hermón a preguntarle a Dios: «¿Estoy haciendo Tu voluntad al afirmar Mi rostro para ir a Jerusalén?» Jesús subió al monte Hermón para escuchar la voz de Dios. Nunca quería dar ningún paso sin consultárselo a Dios. ¿Cómo iba a dar el paso más importante de todos sin consultárselo? En toda situación hacía una pregunta y sólo una: «¿Es la voluntad de Dios para Mí?» Y esa era la pregunta que Le estaba haciendo a Dios en la soledad de las laderas del Hermón.

Es una de las diferencias supremas entre Jesús y nosotros, que Jesús siempre preguntaba:«¿Qué quiere *Dios* que Yo haga?;» y nosotros casi siempre preguntamos: «¿Qué es lo que *yo* quiero hacer?» Decimos a menudo que la única característica de Jesús era *que no tenía pecado.* ¿Qué queremos decir con eso? Precisamente esto: que Jesús no tenía más voluntad que la voluntad de Dios. La actitud del cristiano debe ser siempre la que expresó Teresa de Jesús: «Lo que da valor a nuestra voluntad es juntarla con la de Dios, de manera que no quiera otra cosa sino lo que Su Majestad quiere.» Y en forma poética:

Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía,
Dios, Alteza, un Ser, Bondad,
la gran vileza mirad
que hoy os canta amor así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes;
vuestra, pues me redimistes;
vuestra, pues que me sufristes;

vuestra, pues que me llamastes;
vuestra, pues que me esperastes;
vuestra, pues no me perdí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor;
Amor dulce, veisme aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

. . . .

Dadme muerte, dadme vida,
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

. . . .

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa,
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa
o estéril si cumple así.
¿Qué mandáis hacer de mí?

. . . .

Cuando Jesús tenía un problema, no trataba de resolverlo solamente mediante el poder de Su propio pensamiento; tampoco se lo presentaba a otros para recibir un consejo humano; se lo llevaba a un lugar solitario y se lo presentaba a Dios.

LA BENDICIÓN DEL PASADO

Mateo 17:1-8 (continuación)

Allí, en las laderas de la montaña, se Le aparecieron a Jesús dos grandes figuras: Moisés y Elías.

Es fascinante ver en cuántos aspectos la experiencia de estos dos grandes siervos de Dios armonizaba con la de Jesús. Cuando Moisés descendió del monte Sinaí, no sabía que la piel de su rostro resplandecía *(Éxodo 34:29).* Tanto Moisés como Elías tuvieron sus experiencias más íntimas de Dios en la cima de las montañas. Moisés subió al monte Sinaí para recibir las tablas de la Ley *(Éxodo 31:18).* Fue en el monte Horeb donde Elías encontró a Dios, no en el viento, ni en el terremoto, sino en el silbo apacible y delicado *(1 Reyes 19:9-12).* Es curioso que no hubo nada terrible acerca de las muertes de Moisés y Elías. *Deuteronomio 34:5s* nos cuenta la solitaria muerte de Moisés en el monte Nebo. Parece como si Dios mismo hubiera enterrado al gran líder del pueblo: «Y Él le enterró en la tierra de Moab, enfrente de Bet Peor; pero nadie conoce el lugar de su sepultura hasta hoy mismo.» En cuanto a Elías, el antiguo relato nos dice que marchó del lado del sobrecogido Eliseo en una carroza de fuego con caballos de fuego *(2 Reyes 2:11).* Las dos grandes figuras que se Le aparecieron a Jesús cuando iniciaba Su marcha hacia Jerusalén fueron hombres que parecían demasiado grandes para morir.

Además, como ya hemos visto, era la creencia general de los judíos que Elías había de ser el precursor y heraldo del Mesías, y también creían, por lo menos algunos maestros judíos, que, cuando el Mesías viniera, Le acompañaría Moisés.

Nos es fácil ver lo adecuada que era esta visión de Moisés y Elías. Pero ninguna de las razones expuestas es la razón verdadera por la que Jesús tuvo la visión de Moisés y Elías.

Una vez más, hemos de volver al relato que nos hace Lucas de la Transfiguración. Nos dice que Moisés y Elías hablaron con Jesús, como dice la versión Reina-Valera, «de Su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén» *(Lucas 9:31).* La palabra que se usa para *partida* en el original griego es muy significativa. Es *éxodos,* que es de la que se deriva la palabra *éxodo* en castellano.

La palabra *éxodo* tiene un trasfondo especial; es la que se ha utilizado siempre en relación con la salida del pueblo de Israel de la tierra de Egipto, por un camino desconocido del desierto que

acabaría conduciéndolos a la Tierra Prometida. La palabra *éxodo* es la que describe lo que bien podríamos llamar el viaje más aventurero de la Historia humana, un viaje en el que todo un pueblo, en absoluta dependencia de Dios, salió a lo desconocido.

Eso era precisamente lo que Jesús iba a hacer. En absoluta dependencia de Dios iba a ponerse en camino en una aventura tremenda en ese viaje hacia Jerusalén, un viaje erizado de peligros, que conducía inevitablemente a la Cruz, pero un viaje que desembocaría en la Gloria.

En el pensamiento judío, estas dos figuras, Moisés y Elías, siempre representaban ciertas cosas. Moisés fue el más grande de todos los *legisladores;* fue suprema y singularmente el hombre que trajo a la humanidad la Ley de Dios. Elías fue el más grande de todos los profetas; por medio de él habló la voz de Dios a los hombres de una manera inconfundible. Estos dos hombres eran las cimas gemelas de la historia y la evolución religiosa de Israel. Es como si las figuras más grandes de la historia de Israel vinieran a Jesús cuando se ponía en camino en la última y más grande aventura hacia lo desconocido, y Le dijeran que siguiera adelante. En ellos, toda la Historia se levantaba y Le señalaba a Jesús el camino. En ellos, toda la Historia reconocía a Jesús como su consumación. El más grande de los legisladores y el más grande de los profetas reconocieron a Jesús como Aquel con Quien ellos habían soñado, como el Que ellos habían anunciado. La aparición de ellos fue la señal para Jesús para seguir adelante. Así pues, las más grandes figuras humanas testimoniaron a Jesús que seguía el auténtico camino, y Le animaron a salir en Su aventurado *éxito* a Jerusalén y al Calvario.

Pero hubo más que eso; no fueron solos el más grande legislador y el más grande profeta los que aseguraron a Jesús que iba bien; la misma voz de Dios resonó para decirle que estaba en el verdadero camino. Todos los evangelistas hablan de la nube luminosa que los envolvió. La nube era parte de la historia de Israel. A lo largo de toda su historia, la nube luminosa representaba la *sejiná,* que era nada menos que la gloria del Dios todopoderoso.

En *Éxodo* leemos acerca de *la columna de nube* que había de guiar al pueblo por el camino durante el día, que se volvía una

columna de fuego por la noche *(Éxodo 13:21s).* En otro lugar de *Éxodo* leemos acerca de la construcción y terminación del Tabernáculo; y al final del relato encontramos estas palabras: «Entonces *la nube* cubrió el Tabernáculo de reunión, y la gloria del Señor llenó el Tabernáculo» *(Éxodo 40:34).* Fue en *la nube* como el Señor descendió para dar las tablas de la Ley a Moisés *(Éxodo 34:5).* Una vez más nos encontramos con esta *misteriosa nube luminosa* en la dedicación del templo de Salomón: «Al salir los sacerdotes del santuario, *la nube* llenó la casa del Señor» *(1 Reyes 8:10s;* cp. *2 Crónicas 2:13s; 7:2).* Por todo el Antiguo Testamento nos encontramos con esta imagen de *la nube* en la que se encontraba la misteriosa gloria de Dios.

Podemos añadir otro detalle gráfico a lo dicho. Los viajeros nos cuentan un curioso y característico fenómeno relacionado con el monte Hermón. Edesheim escribe: «Una extraña peculiaridad se ha notado acerca de Hermón; en "la extrema rapidez con que se forma una nube en su cima. En pocos minutos, una espesa capa se forma sobre la cima de la montaña, y se dispersa con la misma rapidez hasta desaparecer completamente."» No hay duda que en esta ocasión se formó una nube en las laderas de Hermón; ni tampoco que, en un principio, los discípulos no le dieron ninguna importancia, porque Hermón era célebre por las nubes que iban y venían en él. Pero algo extraordinario sucedió; no nos es dado suponer lo que fue; pero la nube se hizo luminosa y misteriosa, y de ella llegó la voz de la Majestad divina, poniéndole el sello de la aprobación de Dios a Jesús Su Hijo. Y en ese momento fue contestada la oración de Jesús; y Él supo sin que Le quedara la menor duda que lo correcto era seguir adelante.

El monte de la Transfiguración fue para Jesús una cima espiritual. Su *éxodo* se extendía delante de Él. ¿Estaba siguiendo el camino correcto? ¿Tenía razón en aventurarse hacia Jerusalén y esperar los brazos abiertos de la Cruz? En primer lugar, recibió el veredicto de la Historia: el más grande de los legisladores y el más grande de los profetas Le dijeron que siguiera adelante. Y después, algo infinitamente más grande Le vino: la voz que Le transmitía nada menos que la aprobación de Dios. La experiencia del monte de la

Transfiguración fue la que Le permitió a Jesús recorrer inflexiblemente el camino a la Cruz.

LA INSTRUCCIÓN DE PEDRO

Mateo 17:1-8 *(conclusión)*

Pero podemos suponer que el episodio de la Transfiguración contribuyó algo, no solamente para Jesús, sino también para Sus discípulos.

(i) Los discípulos tienen que haberse quedado con la mente desconcertada y apesadumbrada ante la insistencia con que Jesús les decía que tenía que ir a Jerusalén a sufrir y a morir. Tiene que haberles parecido como si no les esperara nada más que una vergüenza tenebrosa. Pero, de principio a fin, toda la atmósfera del monte de la Transfiguración fue *gloria.* El rostro de Jesús brilló como el Sol, y Su ropa destellaba y relucía como la luz.

Los judíos conocían muy bien la promesa de Dios a los justos victoriosos: «Sus rostros brillarán como el Sol» *(2 Esdras 7:97).* Ningún judío podría haber visto nunca esa nube luminosa sin pensar en la *sejiná,* la gloria de Dios que se cernía sobre Su pueblo. Hay un pequeño detalle muy revelador en este pasaje. No menos de tres veces en sus ocho breves versículos aparece la pequeña interjección: «¡He aquí! ¡Fijaos!» Es como si Mateo no pudiera ni contar la historia sin tomar aliento de vez en cuando ante su asombrosa maravilla.

Aquí había algo sin duda alucinante para elevar los corazones de los discípulos y permitirles ver la gloria a través de la vergüenza; el triunfo, a través de la humillación; la corona, más allá de la Cruz. Está claro que todavía no podían entenderlo todo; pero sin duda captarían algún ligero atisbo de que la Cruz no era solo humillación, sino que, de alguna manera, también estaba teñida de gloria; de que, de alguna manera, la gloria era la misma atmósfera del éxodo hacia Jerusalén y hacia la muerte.

(ii) Además, Pedro tiene que haber aprendido dos lecciones aquella noche. Cuando Pedro despertó a lo que estaba sucediendo, su primera reacción fue hacer tres tabernáculos: uno para Jesús, otro para Moisés y otro para Elías. Pedro era hombre de acción; siempre estaba dispuesto a hacer algo. Pero hay un tiempo para la

quietud; hay un tiempo para la contemplación, para la admiración, para la adoración, para la temerosa reverencia en la presencia de la gloria suprema. «Estad tranquilos, y comprobad que Yo soy Dios» *(Salmo 46:10).* Puede que algunas veces estemos demasiado ocupados tratando de hacer algo cuando sería mejor guardar silencio, y escuchar, y maravillarnos, y adorar en la presencia de Dios. Antes de que uno pueda luchar y emprender la marcha de la aventura, debe arrodillarse ante la maravilla, y orar y adorar.

(iii) Pero esto tiene otra cara. Está claro que Pedro quería esperar en la ladera de la montaña. Quería que se prolongara aquel gran momento. No quería descender a las cosas cotidianas y ordinarias otra vez, sino quedarse para siempre en el resplandor de la gloria.

Ese es un sentimiento que todos hemos tenido alguna vez. Hay momentos de intimidad, de serenidad, de paz, de proximidad a Dios, que todos hemos conocido y querido prolongar alguna vez. Como ha dicho A. H. McNeile: «El monte de la Transfiguración siempre nos encanta más que el ministerio cotidiano o el camino de la Cruz.»

Pero el monte de la Transfiguración nos es dado solamente para proveernos de la fuerza para el ministerio cotidiano, y para ayudarnos a recorrer el camino de la Cruz. Susanna Wesley tenía una oración: «Ayúdame, Señor, a recordar que la religión no se limita a la iglesia o al retiro, ni se practica solamente en oración y meditación, sino que siempre y en todo lugar estoy en Tu presencia.»

El momento de gloria no existe independientemente; existe para revestir las cosas normales y corrientes con un resplandor que nunca antes tuvieron.

ENSEÑANDO EL CAMINO DE LA CRUZ

Mateo 17:9-13, 22-23

Conforme iban bajando del monte, Jesús les dio instrucciones rigurosas:

—No le digáis nada a nadie de la visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado.

Los discípulos Le preguntaron a Jesús:

—Entonces, ¿por qué dicen los escribas que Elías tiene que venir antes?

—Es verdad lo que dicen de que Elías ha de venir a restaurar todas las cosas —les contestó Jesús—; pero os aseguro que Elías ya ha venido, y no le reconocieron, sino que hicieron con él lo que quisieron. De la misma manera tiene que sufrir a sus manos el Hijo del Hombre.

Entonces comprendieron los discípulos que Jesús les hablaba de Juan el Bautista.

. . . .

Cuando se reunieron en Galilea, Jesús les dijo:

—El Hijo del Hombre va a ser entregado a manos de hombres que Le matarán; pero al tercer día resucitará.

Y los discípulos se quedaron tremendamente apesadumbrados.

Aquí tenemos otra vez la orden de mantener el secreto, que era sumamente necesaria. El gran peligro consistía en que se proclamara a Jesús como Mesías sin saber Quién ni Qué era el Mesías. La concepción general tanto acerca del precursor como acerca del Mesías, tenía que ser radical y fundamentalmente cambiada.

Iba a requerir mucho tiempo el desaprender la idea de un mesías conquistador; hasta tal punto formaba parte de la mentalidad judía que fue difícil, casi imposible, alterarla. Los versículos 9-13 son un pasaje muy difícil. Detrás de ellos está esta idea. Los judíos estaban de acuerdo en que antes de que viniera el Mesías, volvería Elías como Su heraldo y precursor. «He aquí que Yo os enviaré al profeta Elías antes que llegue el día grande y terrible del Señor.» Así escribía Malaquías, y proseguía: «Y él hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, no sea que Yo venga y castigue la Tierra con una maldición» *(Malaquías 4:5s).* Poco a poco, a la idea de la venida de Elías se iban agregando detalles, hasta que los judíos llegaron a creer, no solamente que vendría Elías, sino que restauraría todas las cosas antes de la venida del Mesías; que él, digamos, haría que el mundo estuviera dispuesto para la llegada del Mesías. La idea era que Elías sería un reformador grande y terrible, que pasaría por el mundo destruyendo todo lo malo y enderezando todas las injusticias. El resultado era

que tanto el precursor como el Mesías se concebían en términos de *poder.*

Jesús corrigió eso. «Los escribas —dijo— dicen que Elías vendrá como una bocanada de fuego purificador y vengativo. *Él ya ha venido;* pero su carácter fue doliente y sacrificado, como también ha de serlo el del Hijo del Hombre.» Jesús ha establecido que el método del servicio de Dios nunca consiste en acabar violentamente con la humanidad, sino en atraérsela con arrullos amorosos y un amor sacrificial.

Eso era lo que los discípulos tenían que aprender; y por eso tenían que guardar silencio hasta que lo hubieran aprendido. Si se hubieran puesto a predicar a un mesías conquistador, la consecuencia no habría sido más que una tragedia. Se ha calculado que el siglo antes de la Crucifixión de Jesús hubo no menos de 200,000 que perdieron la vida en rebeliones inútiles. Antes de que se pudiera predicar a Cristo, había que saber Quién y Qué era Cristo; y hasta que Jesús enseñara a Sus seguidores la necesidad de la Cruz, tenían que guardar silencio y aprender. No son nuestras ideas, sino el mensaje de Cristo lo que debemos comunicar a la humanidad; y nadie puede enseñar a otros hasta que Jesucristo le haya enseñado a él.

LA FE ESENCIAL

Mateo 17:14-20

Cuando llegaron adonde estaba la gente, se Le acercó a Jesús un hombre que se postró a Sus pies y Le dijo:

—Señor, ten piedad de mi hijo, que es epiléptico y sufre terriblemente; porque muchas veces se cae en el fuego, y otras en el agua. Y se le he traído a Tus discípulos, pero no han podido curarle.

Jesús exclamó:

—¡Oh generación infiel y perversa! ¿Cuánto tiempo voy a tener que seguir con vosotros? ¿Cuánto tiempo os voy a tener que soportar? ¡Tráemele!

Y Jesús se dirigió a él con autoridad, y el demonio salió de él, y el chico quedó curado al momento.

Cuando los discípulos se reunieron con Jesús en privado, Le dijeron:

—¿Por qué nosotros no pudimos echar al demonio?

—Porque tenéis muy poca fe —les contestó Jesús—. Os aseguro que si tuvierais una fe como un grano de mostaza, le diríais a este monte: «¡Quítate de en medio!,» y se quitaría. Así es que nada tiene que seros imposible.

Tan pronto como bajó Jesús de la gloria celestial se encontró con un problema terrenal y una demanda práctica. Un hombre había traído a su hijo epiléptico a los discípulos cuando Jesús estaba ausente. Mateo describe al chico con el verbo *selêniazesthai,* que quiere decir literalmente *afectado por la luna, lunático.* Como era normal en aquel tiempo, el padre atribuía la condición del chico a la influencia maligna de espíritus inmundos. Tan seria era su condición que ponía en peligro su persona, y a otras. Casi podemos oír el suspiro de alivio cuando apareció Jesús, e inmediatamente se hizo cargo de una situación que había estado totalmente fuera de control. Con una fuerte y enérgica palabra mandó salir al demonio, y el chico quedó curado. Esta historia está llena de cosas significativas.

(i) No podemos por menos de conmovernos ante la fe del padre del chico. Aunque los discípulos habían recibido poder para echar demonios *(Mateo 10:1),* aquí tenemos un caso en que fallaron notoriamente en público. Y sin embargo, a pesar del fracaso de los discípulos, el padre no dudó nunca del poder de Jesús. Es como si se dijera: «Si consigo llegar al mismo Jesús, mi necesidad y mi problema estarán solucionados.»

Aquí hay algo muy conmovedor; y hay algo que es muy universal y actual. Hay muchos que creen que la iglesia, los que profesan ser los discípulos de Jesús en su día y generación, han fracasado y son impotentes para resolver los males de la situación humana; y sin embargo, en el fondo, tienen el sentimiento: «Si pudiéramos llegar más allá de Sus seguidores humanos, si pudiéramos pasar al otro lado de la fachada de la iglesia y el fracaso de la iglesia, si pudiéramos llegar hasta el mismo Jesús, podríamos recibir las cosas que necesitamos.» Es al mismo tiempo nuestra condenación y nuestro desafío el que todavía en nuestro tiempo, aunque hay

muchos que han dejado de creer en la iglesia, no han perdido del todo la fe en el Señor Jesucristo.

(ii) Aquí vemos las demandas constantes que se Le hacían a Jesús. Viniendo directamente de la gloria de la cima del monte, Se enfrentó con el sufrimiento humano. Inmediatamente después de escuchar la voz de Dios, vino a oír las demandas angustiosas de la necesidad humana. La persona que más se parece a Cristo en el mundo es la que nunca encuentra que sus semejantes son una molestia. Es fácil sentirse cristiano en el momento de la oración y la meditación; es fácil sentirse cerca de Dios cuando estamos de espaldas al mundo. Pero eso no es religión: es evasión. La religión real es levantarse después de haber estado de rodillas ante Dios para salir al encuentro de las personas y de los problemas de la situación humana. La verdadera religión consiste en recibir la fuerza de Dios *para transmitírsela a otros.* La verdadera religión incluye tanto el encuentro con Dios en el lugar secreto como encontrarse con la gente en el mercado. La verdadera religión quiere decir presentarle nuestras propias necesidades a Dios, no para disfrutar de la paz y de la tranquilidad y de la comodidad sin molestias, sino para ser capacitados generosa, efectiva y poderosamente para resolver las necesidades de los demás. Las alas de la paloma no son para el cristiano que quiere seguir a Su Maestro haciendo el bien.

(iii) Vemos aquí el dolor de Jesús. No es que Jesús dijera que quería librarse de Sus discípulos. Es que Él dice: «¿Cuánto tiempo voy a tener que estar con vosotros hasta que lleguéis a comprender?» No hay nada más propio de Cristo que la paciencia. Cuando nos parece que vamos a perder la paciencia ante las locuras y las necedades humanas, recordemos la infinita paciencia de Dios con los extravíos y las deslealtades y la indocilidad de nuestra propia alma.

(iv) Vemos aquí la necesidad central de la fe, sin la cual nada puede suceder. Cuando Jesús habló de *desplazar montañas,* estaba usando una frase que los judíos conocían muy bien. Un gran maestro que pudiera realmente presentar y exponer las Escrituras y explicar y resolver las dificultades, recibía el nombre de *un desarraigador,* o hasta *un pulverizador* de montañas. Deshacer,

desarraigar y pulverizar montañas eran imágenes que se usaban para resolver las dificultades. Jesús nunca pretendió que se tomara esto literalmente en su sentido físico. Después de todo, una persona normal no se encuentra frecuentemente en la necesidad de tener que desplazar montañas físicas. Lo que quería decir era: «Si se tiene suficiente fe, todas las dificultades se pueden resolver, y cumplir hasta la tarea más difícil.» La fe en Dios es el instrumento que permite a las personas eliminar las colinas de dificultades que bloquean el camino.

EL IMPUESTO DEL TEMPLO

Mateo 17:24-27

> *Cuando llegaron a Cafarnaum, se le acercaron a Pedro los cobradores del medio siclo del impuesto del templo y le dijeron:*
>
> *—¿Es que tu Maestro no paga el impuesto?*
>
> *—¡Claro que sí! —contestó Pedro. Y cuando entró en la casa, antes de que dijera nada, Jesús le dijo:*
>
> *—¿Qué crees tú, Simón? ¿De quiénes cobran impuestos y tributos los reyes de la tierra, de sus ciudadanos o de los extranjeros?*
>
> *Cuando Pedro Le contestó que de los extranjeros, Jesús le dijo:*
>
> *—Así es que los ciudadanos están exentos. Pero, para no hacer que se escandalicen, vete al mar, echa la red, y coge el pez que caiga; y cuando le abras la boca encontrarás en ella un siclo. Tómalo, y dalo por ti y por Mí.*

El templo de Jerusalén tenía unos gastos de mantenimiento elevadísimos. En todos los sacrificios de la mañana y de la tarde se ofrecía un cordero de un año, con vino, harina y aceite. El incienso que se quemaba todos los días tenía que comprarse y prepararse. Había que reponer con frecuencia las cortinas y las ropas de los sacerdotes, que eran caras; y las vestiduras del sumo sacerdote costaban no menos que el rescate de un rey. Todo esto suponía dinero.

Así que, sobre la base de *Éxodo 30:13,* estaba establecido que todos los varones judíos de veinte años para arriba debían pagar el

impuesto anual del templo de medio siclo. En los días de Nehemías, cuando el pueblo era pobre, se redujo a la tercera parte de un siclo. Medio siclo equivalía a dos *dracmas* griegas; por eso se llamaba corrientemente al impuesto *didrajm,* como aparece en este pasaje. Para hacernos una idea de su equivalencia actual diremos que era igual al salario de dos días de un jornalero. Este impuesto hacía que ingresaran en el tesoro del templo unos 15,000,000 de pesetas al año; pero no olvidemos en este cálculo que el salario diario sería de 10 pesetas. En teoría, el impuesto era obligatorio, y las autoridades del templo tenían poder para deducírselo a una persona de sus bienes si dejaba de pagarlo.

El método de cobro estaba cuidadosamente organizado. El día 1 del mes de adar, correspondiente a marzo, se anunciaba en todos los pueblos y aldeas de Palestina que había llegado el tiempo de pagar el impuesto. El día 15 del mismo mes se instalaban puestos en todos los pueblos y aldeas, donde se pagaba el impuesto. Si no se pagaba antes del 25 de adar, se podía abonar directamente en el templo de Jerusalén.

En este pasaje vemos a Jesús pagando el impuesto del templo. Los cobradores se dirigieron a Pedro y le preguntaron si su Maestro pagaba Sus impuestos. Es probable que la pregunta se hiciera con una intención maliciosa, esperando que Jesús rehusara pagar; porque, en ese caso, los ortodoxos tendrían algo de que acusarle. Pedro contestó inmediatamente que claro que su Maestro pagaba el impuesto. Después fue, y Se lo dijo a Jesús, y Jesús usó una especie de parábola en los versículos 25 y 26.

La escena representada tiene dos posibilidades de interpretación, pero en ambos casos su sentido es el mismo.

(i) En el mundo antiguo, las naciones que conquistaban y colonizaban a otras no tenían mucha idea ni intención de gobernar para favorecer a los pueblos sometidos. Más bien lo que consideraban era que los pueblos sometidos existían para ponerles a ellos las cosas más fáciles. En consecuencia, la nación conquistadora nunca pagaba tributo, aunque las demás sí lo pagaran. Eran las naciones sometidas las que soportaban la carga y pagaban los impuestos. Así es que Jesús puede que quisiera decir: «Dios es el Rey de Israel; pero nosotros somos el verdadero Israel,

porque somos ciudadanos del Reino del Cielo; los extranjeros puede que tengan que pagar, pero nosotros somos libres.»

(ii) Pero es probable que la alegoría fuera mucho más sencilla. Si algún rey imponía tributo a una nación, está claro que no incluía en la obligación de pagarlo a su propia familia. Los impuestos se cobraban para el mantenimiento de su propia casa. El impuesto en cuestión era para el templo, que era la casa de Dios. Jesús era el Hijo de Dios. Él dijo cuando Sus padres Le encontraron en Jerusalén: «¿Es que no sabíais que Yo tendría que estar en *la casa de Mi padre?*» *(Lucas 2:49).* ¿Cómo iba a estar obligado el Hijo a pagar el impuesto que se cobraba para la casa de Su Padre?

A pesar de todo, Jesús dijo que tenían que pagar, no porque estuvieran sometidos a la ley, sino por una obligación superior. Dijo que debían pagar «para no ofender a nadie.» El Nuevo Testamento usa siempre el verbo *ofender (skandalizein)* y el nombre *ofensa (skándalon)* en un sentido especial. El verbo no se usaba nunca con el sentido de insultar, o molestar, u ofender el orgullo de nadie. Siempre quería decir *ponerle una piedra de tropiezo en el camino a alguien.* Hacer que alguien tropezara y cayera. Por tanto, Jesús está diciendo: «Debemos pagar para no dar a otros mal ejemplo. No debemos conformarnos con cumplir con nuestro deber, sino que debemos actuar de tal manera que los demás puedan ver lo que tienen que hacer.» Jesús no Se permitiría nada que pudiera hacer que otra persona menospreciara las obligaciones normales de la vida. En la vida puede que haya a veces exenciones que se pueden reclamar; puede que haya cosas que nos podemos permitir hacer u omitir sin riesgo. Pero no debemos reclamar nada ni permitirnos nada que pueda ser un mal ejemplo para los demás.

Nos podríamos preguntar por qué se transmitió esta historia. Por razones de espacio, los evangelistas tuvieron que seleccionar su material. ¿Por qué incluyeron esta historia? El evangelio de Mateo se escribió entre los años 80 y 90 d.C. Ahora bien, un poco antes de entonces los judíos y los cristianos israelitas tuvieron que enfrentarse con un problema real e inquietante. Ya vimos que todo varón judío a partir de los veinte años de edad tenía que pagar el impuesto del templo; pero el templo fue destruido totalmente el año 70 d.C., y ya no se reconstruyó. Después de la destrucción del

templo, el emperador romano Vespasiano decretó que el medio siclo del impuesto del templo tenía que pagarse entonces a la tesorería del templo de Júpiter Capitolino de Roma.

Aquí sí que surgió un problema. Muchos de los judíos y de los cristianos israelitas se sintieron tentados a rebelarse contra esta imposición. Cualquier rebelión semejante que se produjera tendría consecuencias desastrosas, porque sería aplastada inmediatamente, y habría reportado a los judíos y a los cristianos la reputación de ser ciudadanos desleales y desafectos.

Esta historia se incluyó en los evangelios para decirles a los cristianos, especialmente a los del pueblo de Israel que, por muy desagradable que les resultara, tenía que asumir sus obligaciones como ciudadanos. Esta historia nos dice a nosotros que el Cristianismo y la buena ciudadanía van mano a mano. El cristiano que se exime de las obligaciones de la buena ciudadanía, no solamente está fallando como ciudadano, sino también como cristiano.

CÓMO PAGAR NUESTRAS DEUDAS

Mateo 17:24-27 (conclusión)

Ahora llegamos a la historia misma. Si la tomamos con un miope y crudo literalismo, quiere decir que Jesús le dijo a Pedro que fuera a pescar un pez, y que encontraría un *stater* en la boca del pez, que sería suficiente para pagar el impuesto de ellos dos. No es irrelevante advertir que el evangelio no nos dice si Pedro lo hizo. La historia acaba con el dicho de Jesús.

Antes de empezar a examinar el pasaje debemos recordar que a todos los pueblos orientales les encanta contar las cosas de la manera más dramática y vivaz posible; y que les encanta decir las cosas con una sonrisa radiante y sugestiva. Este milagro es difícil en tres sentidos.

(i) Dios no realiza un milagro para hacer lo que podemos hacer nosotros. Eso nos perjudicaría más que ayudarnos. Por muy pobres que fueran los discípulos, no necesitaban un milagro para ganarse dos medios siclos. No estaba fuera de las posibilidades humanas el ganar esa cantidad.

(ii) Este milagro transgrede la gran decisión de Jesús de no usar nunca Su poder milagroso para Su propio fin. Él podría haber convertido las piedras en pan para satisfacer Su propia hambre, pero rehusó hacerlo. Podría haber usado Su poder para elevar Su propio prestigio como obrador de maravillas, pero rehusó hacerlo. En el desierto, Jesús decidió de una vez para siempre no usar Su poder para Sus propios fines. Si se toma esta historia con un crudo literalismo, nos muestra a Jesús usando Su poder divino para satisfacer Su necesidad, y eso es algo que Jesús no haría jamás.

(iii) Si tomamos este milagro literalmente, hay un sentido en que llega a ser hasta inmoral. La vida sería un caos si una persona pudiera pagar sus deudas encontrando monedas en las bocas de los peces. Nunca se pretendió que la vida se organizara de tal manera que la gente pudiera cumplir sus obligaciones de una manera tan fácil y despreocupada. «Los dioses —dijo uno de los grandes griegos— han dispuesto que el sudor fuera el precio de todas las cosas.» Eso es tan cierto para el pensador cristiano como lo era para el griego.

En tal caso, ¿qué podemos decir a esto? ¿Tenemos que decir que esto no es más que una historia legendaria, mera invención imaginativa, y que no encierra ninguna verdad? ¡Nada de eso! No cabe duda de que *algo* sucedió.

Recordemos otra vez el amor de los orientales para las narraciones vivaces. Indudablemente lo que sucedió fue lo que sigue. Jesús le dijo a Pedro: «Sí, Pedro, tienes razón. Nosotros también debemos pagar nuestras deudas justas y legales. Bien, tú sabes cómo hacerlo. Vuelve a pescar un día más. Recibirás dinero suficiente, y encontrarás dinero suficiente para pagar nuestras deudas en las bocas de los peces. Un día de pesca nos producirá todo lo que necesitamos.»

Jesús estaba diciendo: «Vuelve a tu trabajo, Pedro. Esa es la manera como debemos pagar nuestras deudas.» De igual manera, el mecanógrafo encontrará una camisa nueva en las teclas y la cinta de su máquina de escribir. El mecánico encontrará comida para sí mismo y para su mujer y familia en el cilindro del coche. El maestro encontrará dinero para cubrir sus gastos en la pizarra y la tiza. El

empleado encontrará lo suficiente para mantenerse a sí mismo y a los suyos en el archivador y en los libros de oficina.

Cuando Jesús dijo esto, lo dijo con esa sonrisa sugestiva Suya, y con Su característico don para el lenguaje dramático. No estaba diciéndole a Pedro literalmente que encontraría una moneda en la boca del pescado. Lo que estaba diciéndole era que obtendría lo que necesitaba para pagar su deuda con un día de trabajo honrado.

RELACIONES PERSONALES

Mateo 18 es un capítulo sumamente importante para la ética cristiana, porque trata de las cualidades que deben caracterizar las relaciones personales del cristiano. Trataremos en detalle de estas relaciones cuando estudiemos el capítulo sección por sección; pero antes de hacerlo, será bueno que lo consideremos en conjunto. En él se especifican siete cualidades que deben caracterizar las relaciones personales del cristiano.

(i) La primera y principal es la cualidad de *la humildad* (versículos 1-4). Solo la persona que es tan humilde como un niño es ciudadana del Reino del Cielo. La ambición personal, el prestigio personal, la publicidad personal y el provecho personal son móviles que no tienen lugar en la vida del cristiano. El cristiano es una persona que se olvida de sí en su devoción a Jesucristo y en su servicio a sus semejantes.

(ii) En segundo lugar está la cualidad de *la responsabilidad* (versículos 5-7). El más grande de todos los pecados es enseñar a otro a pecar, especialmente si ese otro es un hermano más débil, más joven, menos experimentado. El juicio más severo de Dios está reservado para los que ponen una piedra de tropiezo en el camino de otros. El cristiano es consciente constantemente de ser responsable del efecto de su vida, sus obras, sus palabras, su ejemplo, en otras personas.

(iii) Les sigue la cualidad de la *autorrenuncia* (versículos 8-10). El cristiano es como un atleta para el que ningún entrenamiento es demasiado duro si le ayuda a obtener el premio; es como el estudiante que sacrifica el placer y el ocio a alcanzar su meta. El cristiano está dispuesto a seccionar quirúrgicamente de su vida cualquier cosa que le impida rendir una perfecta obediencia a Dios.

(iv) Está *el cuidado individual* (versículos 11-14). El cristiano se da cuenta de que Dios se cuida de él individualmente, y de que él mismo debe reflejar ese cuidado individual cuidándose de otros. Nunca piensa en términos de multitudes; siempre en términos de personas. Para Dios no hay nadie que carezca de importancia ni que se pierda en la multitud; para el cristiano todas las personas son importantes e hijas de Dios que, si está perdidas, deben ser halladas. El cuidado individual del cristiano hacia los demás es de hecho la razón y la dinámica del evangelismo.

(v) Está la cualidad de *la disciplina* (versículos 15-20). La amabilidad y el perdón cristianos no quieren decir que a una persona que esté en el error se le debe permitir hacer lo que le dé la gana. Hay que guiar y corregir a tal persona y, si fuera necesario, imponerle una disciplina que la haga volver al buen camino. Pero esa disciplina se ha de administrar siempre con un amor humilde, y no con una actitud de condenación basada en una propia justicia. Siempre se ha de administrar por deseo de reconciliación, y nunca por deseo de venganza.

(vi) Está la cualidad de *la solidaridad* (versículos 19-20). Se podría decir que los cristianos son personas que oran juntas. Son personas que buscan la voluntad de Dios en compañía, que escuchan y adoran juntas en comunión. El individualismo es lo contrario del cristianismo.

(vii) Está *el espíritu de perdón* (versículos 23-35); y el perdón del cristiano a sus semejantes se funda en el hecho de que él mismo es una persona perdonada. Perdona a otros de la misma manera que Dios, por causa de Cristo, le ha otorgado el perdón a él.

LA ACTITUD DE UN NIÑO

Mateo 18:1-4

> *Aquel día los discípulos se Le acercaron a Jesús, y Le dijeron:*
>
> *—Entonces, ¿quién es el más grande en el Reino del Cielo?*
>
> *Jesús llamó a un chiquillo, y le puso en medio de ellos, diciéndoles:*
>
> *—Os diré la pura verdad: A menos que os volváis y os hagáis como niños, no entraréis en el Reino del Cielo. El que sea tan*

humilde como este chiquillo, ese es el más grande en el Reino del Cielo.

Aquí tenemos una pregunta muy reveladora, seguida de una respuesta muy reveladora. Los discípulos Le preguntaron a Jesús quién era el más grande en el Reino del Cielo. Jesús tomó a un chico y dijo que a menos que ellos se volvieran y llegaran a ser como ese chiquillo, no entrarían en el Reino de ninguna manera.

La pregunta de los discípulos era: «¿Quién será el más grande en el Reino del Cielo?» Y el mismo hecho de que hicieran esa pregunta mostraba que no tenían ni idea de lo que era el Reino del Cielo. Jesús dijo: «A menos que os volváis.» Estaba advirtiéndoles que iban en un sentido totalmente equivocado, alejándose en lugar de acercarse al Reino del Cielo. En la vida, todo depende de lo que una persona se proponga; si su meta es el cumplimiento de una ambición personal, la adquisición de poder personal, el disfrutar de prestigio personal, la exaltación del yo, se está proponiendo lo contrario del Reino del Cielo; porque ser ciudadano del Reino quiere decir olvidarse completamente de uno mismo, borrar el yo, consumir el yo en una vida que se propone el servicio y no el poder. Mientras uno considere su persona como la cosa más importante del mundo, está de espaldas al Reino; si quiere alcanzar el Reino debe darse la vuelta y encaminarse en sentido opuesto.

Jesús tomó a un chiquillo. Según una tradición, el chiquillo era Ignacio de Antioquía, que llegaría a ser una gran figura de la Iglesia, un gran escritor y finalmente un mártir de Cristo. Ignacio recibió el apodo de *Theóforos,* que quiere decir *llevado por Dios,* y la tradición desarrolló la idea de que había sido porque Jesús le había llevado en brazos o puesto sobre Sus rodillas. Puede que fuera así. Pero puede que sea más probable que fuera Pedro el que hiciera la pregunta, y que fuera su hijo el que Jesús tomó y puso en medio, porque sabemos que Pedro estaba casado *(Mateo 8:14; 1 Corintios 9:5).*

Así es que Jesús dijo que en un niño vemos las cualidades que deben caracterizar a los del Reino. Un niño tiene muchas cualidades encantadoras: la capacidad de maravillarse, hasta que llega a dar por sentada la maravilla del mundo; la capacidad de perdonar y olvidar, hasta cuando los mayores y aun sus padres le tratan

injustamente, como sucede con tanta frecuencia; la inocencia, que, como dice hermosamente Richard Glover, lleva consigo el que un niño no tiene más que aprender, y no que desaprender; solo que hacer, no que deshacer. Sin duda Jesús estaba pensando en estas cosas; pero, con ser tan maravillosas, no eran las principales en Su mente. El niño tiene tres grandes cualidades que le hacen el símbolo de los ciudadanos del Reino.

(i) Lo primero y principal es la cualidad que es la clave de todo el pasaje: *la humildad* del niño. Un niño no quiere pretender; más bien prefiere pasar inadvertido. No desea ser prominente; prefiere más bien quedar en la sombra. Solo cuando ya va creciendo y empieza a iniciarse en un mundo competitivo, con su lucha feroz y competencia por premios y primeros lugares, es cuando deja atrás su humildad instintiva.

(ii) Tenemos *la dependencia* del niño. Para el niño, un estado de dependencia es completamente natural. Nunca cree que puede enfrentarse solo con la vida. Está contento con ser totalmente dependiente de los que le quieren y cuidan. Si aceptáramos el hecho de nuestra dependencia de Dios, entrarían en nuestras vidas una nueva fuerza y una nueva paz.

(iii) Está *la confianza* del niño. El niño es instintivamente dependiente, y instintivamente también confía en sus padres para la provisión de sus necesidades. Cuando éramos niños, no podíamos comprar nuestros alimentos ni nuestra ropa, ni mantener nuestra casa; sin embargo, nunca dudábamos de que podríamos vestirnos y alimentarnos, y que encontraríamos protección y calor y comodidad esperándonos cuando volviéramos a casa. Cuando éramos niños, salíamos de viaje sin dinero para pagar el billete, sin idea de cómo llegaríamos a nuestro destino; y sin embargo nunca se nos ocurría dudar de que nuestros padres nos llevaran y nos trajeran de vuelta a salvo.

La humildad de un niño es el dechado del comportamiento del cristiano con sus semejantes, y la dependencia y la confianza del niño son el dechado de la actitud del cristiano para con Dios, el Padre de todos.

CRISTO Y EL NIÑO

Mateo 18:5-7, 10

> *—Todo el que reciba a un niño así en Mi nombre, Me recibe a Mí. Pero todo el que le ponga una piedra de tropiezo en el camino a uno de estos pequeños que creen en Mí, mejor le fuera que se le colgara una piedra de molino al cuello y se le hundiera en lo más profundo del mar. ¡Pobre del mundo por culpa de los tropiezos! Los tropiezos se tienen que producir; pero, ¡ay de la persona que los produce!*
>
> . . . .
>
> *Guardaos muy mucho de despreciar a uno de estos pequeños; porque os aseguro que sus ángeles en el Cielo contemplan el rostro de Mi Padre Que está en el Cielo.*

Hay una cierta dificultad de interpretación en este pasaje que debemos tener en mente. Como hemos visto a menudo, Mateo tiene la costumbre de reunir la enseñanza de Jesús bajo ciertos grandes epígrafes; la coloca sistemáticamente. En la primera parte de este capítulo, está agrupando la enseñanza de Jesús acerca de *los niños;* y debemos tener presente que los judíos usaban la palabra *niño* en dos sentidos. La usaban literalmente de *personas de muy poca edad;* pero a los discípulos de un maestro se los llamaba corrientemente *sus hijos* o *sus niños.* Por tanto, un niño también quiere decir *un principiante en la fe,* uno que acaba de empezar a creer, uno que no es todavía maduro ni experimentado en la fe, uno que acaba de empezar en el buen camino y que todavía puede que se aparte. En este pasaje, el niño representa muy a menudo al *de poca edad,* y al *principiante en el camino cristiano.*

Jesús dice que todo el que reciba a un niño así en Su nombre, Le recibe a Él. La frase *en Mi nombre* puede querer decir una de dos cosas. (i) Puede que quiera decir *por amor de Mí.* El cuidado de los niños es algo que se lleva a cabo solamente por amor a Jesucristo. Enseñar a un niño, educar a un niño en el camino que debe seguir, es algo que se hace, no solamente por amor al niño, sino por amor a Jesucristo mismo. (ii) Puede querer decir *con una bendición.* Puede querer decir recibir al niño y, como si dijéramos, invocar el nombre de Jesús sobre él. El que trae a Jesús y la bendición de Jesús a un niño está haciendo algo conforme al carácter de Cristo.

Recibir al niño es también una frase que puede tener más de un sentido. (i) Puede que quiera decir, no tanto recibir a un niño como recibir a una persona que tenga esta cualidad infantil de la humildad. En este mundo altamente competitivo es muy fácil prestar la máxima atención a una persona que es luchadora, agresiva y llena confianza en sí misma. Es fácil prestar la máxima atención a la persona que, en el sentido terrenal del término, ha tenido éxito en la vida. Bien puede ser que Jesús estuviera diciendo que la gente más importante no son los que avanzan a empellones y alcanzan la cima arrollando o echando a la cuneta a todos los demás, sino las personas tranquilas, humildes y sencillas que tienen un corazón de niño.

(ii) Puede que quiera decir sencillamente recibir a un niño, darle el cuidado y el amor y la enseñanza que necesita para llegar a ser una persona cabal. El ayudar a un niño a vivir bien y a conocer mejor a Dios es ayudar a Jesucristo.

(iii) Pero esta frase puede que tenga otro sentido muy maravilloso. Puede querer decir ver a Cristo en el niño. El enseñar a niños inquietos, desobedientes y rebeldes, puede ser una tarea agotadora. El satisfacer las necesidades físicas de un niño, lavarle la ropa, vendarle las heridas y hacerle las comidas puede parecer a menudo una tarea nada romántica; la cocina y la pila y la cesta de la ropa no tienen nada de ideales; pero no hay nadie en todo el mundo que ayude a Jesucristo más que el maestro de los párvulos y la madre agotada y oprimida en el hogar. Los tales encontrarán una gloria en la tarea si a veces intuyen en el niño a nada menos que al mismo Jesús.

LA TERRIBLE RESPONSABILIDAD

Mateo 18:5-7, 10 *(conclusión)*

Pero la clave principal de este pasaje está en el terrible peso de responsabilidad que nos deja a cada uno de nosotros.

(i) Subraya el terror de enseñarle a otro a pecar. Es cierto que nadie peca sin que se le invite; y el portador de la invitación es a menudo un semejante. Una persona siempre tiene que enfrentarse con la primera tentación al pecado; siempre tiene que recibir la primera invitación a hacer lo que no debe; siempre tiene que

experimentar el primer empujón hacia el camino de las cosas prohibidas. Los judíos tenían el punto de vista de que el más imperdonable de todos los pecados es enseñar a pecar a otro; y por esta razón: porque los pecados de una persona se le pueden perdonar, porque en cierto sentido tienen consecuencias limitadas; pero si enseñamos a otro a pecar, él puede enseñar a otro a su vez, y el tren del pecado se pone en movimiento hacia una meta imprevisible.

No hay nada en este mundo más terrible que destruir la inocencia de alguien. Y, si a uno le queda algo de conciencia, no hay nada que le pueda remorder más. Alguien cuenta lo que le sucedió a un viejo que estaba muriendo; estaba claro que algo le turbaba profundamente. Por último, consiguieron que dijera qué. «Jugando con otros chicos —dijo—, un día cambiamos la posición de un indicador de direcciones en una encrucijada de manera que señalara en sentido contrario, y no he dejado de preguntarme a cuántas personas haría que tomaran una dirección equivocada.» El pecado más grave de todos es enseñar a otro a pecar.

(ii) Subraya el terror del castigo de los que enseñan a otro a pecar. Si una persona enseña a otra a pecar, mejor le sería que le colgaran al cuello una piedra de molino y la arrojaran a lo más profundo del mar.

La piedra de molino que se menciona aquí es una *mylos onikós.* Los judíos molían el grano entre dos piedras circulares. Esto se hacía en las casas; y en cualquier cabaña se podía ver un molino así. La piedra superior, que giraba encima de la inferior, estaba equipada con una manilla, y era corrientemente de un tamaño que permitía que el ama de casa la manejara, porque era ella la que molía los cereales para el uso del hogar. Pero una *mylos onikós* era una piedra de molino de tal tamaño que tenía que moverla un burro *(onos* es la palabra griega para *asno,* y *mylos* es la palabra griega para piedra de molino). El mismo tamaño de la piedra de molino muestra lo terrible de la condenación.

Además, en griego se dice, no tanto que sería mejor para la persona hundirse en las profundidades del mar, sino que sería mejor que le tiraran a uno al fondo en alta mar. Los judíos temían al mar. Para ellos el Cielo era un lugar en el que ya no habría mar

(Apocalipsis 21:1). El que enseñaba a otro a pecar estaría mejor si le hundieran en alta mar en el lugar más solitario de todos. Más aún: La misma imagen de sumergir producía horror a los judíos. Sumergir era a veces un castigo romano, pero nunca judío. Para un judío era el símbolo de la destrucción total. Cuando los rabinos enseñaban que había que destruir completamente los objetos paganos y gentiles decían que había que «tirarlos a la mar salada.» Josefo *(Antigüedades de los judíos 14.15.10)* tiene un relato terrible de un levantamiento en el que los galileos apresaron a los partidarios de Herodes y los echaron al mar de Galilea. La misma frase contendría para los judíos un cuadro de destrucción total. Las palabras de Jesús estaban cuidadosamente escogidas para mostrar el fin que aguardaba al que enseña a otro a pecar.

(iii) Contiene una advertencia que silencia toda evasión. Este es un mundo infectado de pecado y un mundo tentador; nadie puede pasar por él sin encontrarse las seducciones del pecado. Esto es especialmente cierto cuando se sale de un hogar protegido, en el que no se ha estado expuesto a ninguna mala influencia. Jesús dice: «Eso es absolutamente cierto; este mundo está lleno de tentaciones; son inevitables en un mundo en el que ha entrado el pecado; pero eso no disminuye la responsabilidad de la persona que es la causa de que haya una piedra de tropiezo en el camino de un joven o de un principiante en la fe.»

Sabemos que este es un mundo tentador; es por tanto el deber del cristiano quitar las piedras de tropiezo, nunca ser el causante de que aparezcan en el camino de nadie. Esto quiere decir que no es solo un pecado poner una piedra de tropiezo en el camino de otro; también es pecado llevar a otra persona a una situación o circunstancia o ambiente en el que pueda encontrar una piedra de tropiezo. Ningún cristiano puede darse por satisfecho y en letargo en una civilización en la que las condiciones de vida y de hogar en que viven los jóvenes no les dejan posibilidad de escapar a las seducciones del pecado.

(iv) Por último, subraya la suprema importancia del niño. «Sus ángeles —dice Jesús— contemplan siempre el rostro de Mi Padre Que está en el Cielo.» En tiempos de Jesús, los judíos tenían una angelología sumamente desarrollada. Cada nación tenía su ángel;

cada fuerza natural, tal como el viento y el trueno y el rayo y la lluvia, tenía su ángel. Hasta llegaban a decir, muy poéticamente, que todas las hojas de hierba tenían su ángel. Así que creían que cada niño tenía su ángel de la guarda.

Decir que esos ángeles contemplaban el rostro de Dios en el Cielo quiere decir que siempre tenían el derecho de acceso directo a Dios. Se representa el Cielo como una gran corte real en la que solo los más favorecidos cortesanos y ministros y oficiales tienen acceso directo al Rey. A los ojos de Dios, los niños son tan importantes que sus ángeles de la guarda siempre tienen derecho de acceso directo a la presencia íntima de Dios.

Para nosotros, el gran valor de un niño depende siempre de las posibilidades que encierra. Todo depende de cómo se le enseñe y prepare. Las posibilidades puede que no se hagan realidad nunca; puede que se reduzcan o supriman; que lo que se podría haber usado para el bien se desvíe a los propósitos del mal; o que se desaten de tal manera que inunde la Tierra una nueva marea de poder.

Allá por el siglo XI, el duque Roberto de Burgundia era uno de los grandes guerreros y de las grandes figuras caballerescas. Estaba a punto de emprender una campaña. Tenía un hijo que era su heredero; y, antes de partir, hizo que sus barones y nobles vinieran a jurar fidelidad al pequeño infante, en caso de que a él le sucediera algo. Llegaron con sus plumas ondulantes y el estruendo de sus armaduras, y se arrodillaron ante el niño. Un gran barón se sonrió, y el duque Roberto le preguntó por qué. Él le contestó: «¡El niño es tan pequeñito!» «Sí —dijo el Duque Roberto—, es pequeño, pero crecerá.» ¡Y vaya si creció! Porque aquel bebé llegó a ser Guillermo el Conquistador de Inglaterra.

En todo niño hay posibilidades ilimitadas para el bien o para el mal. Es la suprema responsabilidad de los padres, de los maestros, de la Iglesia Cristiana, ver que se hagan realidad sus posibilidades dinámicas para el bien. Ahogarlas, dejarlas sin explorar, tergiversarlas al servicio del mal, es pecado.

LA AMPUTACIÓN QUIRÚRGICA

Mateo 18:8-9

> —*Si tu mano o tu pie te resultan una piedra de tropiezo, córtatelos y tíralos. Mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que que te echen al fuego eterno con dos manos y dos pies. Y si tu ojo se te convierte en una piedra de tropiezo, sácatelo y tíralo. Mejor cuenta te trae entrar en la vida tuerto que que te tiren a la gehena de fuego con los dos ojos.*

Este pasaje se puede tomar en dos sentidos. Se puede tomar *personalmente;* puede estar diciéndonos que vale la pena cualquier sacrificio o renuncia para escapar del castigo de Dios.

Tenemos que entender con claridad lo que implica ese castigo. Aquí se llama *perdurable,* y esta palabra aparece con frecuencia en las ideas judías acerca del castigo. La palabra griega es *aiônios. El Libro de Enoc* habla del juicio *eterno,* del juicio *para siempre,* del castigo y tormento *para siempre,* del fuego que arde *para siempre.* Josefo llama al infierno una prisión *perdurable. El Libro de los Jubileos* habla de una maldición *eterna. El Libro de Baruc* dice que «no habrá oportunidad de arrepentirse, *ni un límite a los tiempos.»* Hay una historia rabínica de rabí Yojanán ben Zakkai, que lloraba amargamente ante la perspectiva de la muerte. Cuando le preguntaron por qué, respondió: «Tanto más lloro ahora porque estoy a punto de que me lleven a la presencia del Rey de reyes, el Único Santo, bendito sea, Que vive y permanece para siempre y por siempre y por siempre; Cuya ira, si estuviera airado, es una ira eterna; y si me apresara, sería para toda eternidad, y si me matara, su muerte es una muerte eterna; al Que no puedo aplacar con palabras, ni sobornar con riquezas.»

En todos estos pasajes se usa la palabra *aiônios;* pero debemos tener cuidado en recordar lo que quiere decir. Quiere decir literalmente *lo que pertenece a las edades;* no hay más que una Persona a la Que se puede aplicar la palabra *aiônios* con propiedad, y es Dios. Hay mucho más en *aiônios* que una simple descripción de lo que no tiene fin. El castigo que es *aiônios* es un castigo que corresponde a Dios imponer, y un castigo que solamente Dios puede imponer. Cuando pensamos en un castigo, solo podemos decir: «¿Es que el Juez de toda la Tierra no juzgará correctamente?» Nuestros bocetos humanos y nuestros esquemas temporales nos fallan; esto está en las manos de Dios.

Pero hay una clave que sí tenemos. Este pasaje nos habla de *la gehena del fuego. Gehena* era el valle de Hinom, un valle bajo la montaña de Jerusalén. Era un lugar maldito para siempre, porque había sido el lugar en que, en los días del reino, los judíos renegados habían sacrificado a sus hijos en el fuego al dios pagano Moloc. El rey Josías lo había convertido en un lugar maldito. En días posteriores llegó a ser el vertedero de Jerusalén, una especie de incinerador general. Siempre había basuras ardiendo allí, y un velo de humo y un fuego continuo lo rodeaba.

Así pues, ¿qué era esta gehena, este valle de Hinom? Era el lugar donde se tiraba y se destruía todo lo que era inútil. Es decir: el castigo de Dios es para los que son inútiles, para los que no contribuyen nada a la vida, para los que retienen la vida en lugar dejarla avanzar, para los que arrastran la vida en lugar de elevarla, para los que son un tropiezo y no una inspiración para los demás. Una y otra vez el Nuevo Testamento enseña que *la inutilidad invita al desastre.* La persona que es inútil, la que es una mala influencia en las demás, la que no puede justificar el simple hecho de su existencia, corre peligro de recibir el castigo de Dios, a menos que ampute de su vida las cosas que le hacen ser el tropiezo que es.

Pero es también posible que este pasaje no haya de tomarse tanto personalmente como *en relación con la iglesia.* Mateo ya ha usado este dicho de Jesús en un contexto diferente en *Mateo 5:30.* Aquí puede que haya una diferencia. Todo el pasaje es acerca de los niños, y tal vez especialmente acerca de los niños en la fe. Este pasaje puede que esté diciendo: «Si en vuestra iglesia hay alguien que es una mala influencia, si hay alguien que es un mal ejemplo para los que son jóvenes en la fe, si hay alguien cuya vida y conducta están dañando al cuerpo de la Iglesia, debe ser desarraigado y expulsado.» Eso puede que sea lo que quiere decir. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo; si ese cuerpo ha de estar sano y de irradiar salud, lo que contiene las semillas de cáncer y de infección mortífera en sí debe amputarse hasta quirúrgicamente.

Una cosa es segura: En cualquier persona y en cualquier iglesia, sea cual fuere la seducción al pecado, debe suprimirse, por muy dolorosa que sea la escisión; porque si la dejamos florecer, la seguirá un castigo más severo. En este pasaje puede muy bien que

se subraye tanto la necesidad de autorrenuncia en el cristiano individual como de disciplina en la iglesia cristiana.

EL PASTOR Y LA OVEJA PERDIDA

Mateo 18:12-14

> *—¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas, y se le pierde una, ¿no dejará las noventa y nueve, y saldrá por los cerros a buscar a la oveja descarriada? Y cuando la encuentre —os estoy diciendo la pura verdad— se alegra más con ella que con las noventa y nueve que nunca se le perdieron. Así que no es la voluntad de vuestro Padre que perezca ni uno de estos pequeñitos.*

Esta es sin duda la más sencilla de todas las parábolas de Jesús, porque es el sencillo relato de una oveja perdida y de un pastor que la busca. En Judea era trágicamente fácil el que una oveja se descarriara. Los pastizales se encuentran en la parte montañosa que corre como una columna vertebral por en medio del país. Esta meseta zigzagueante es estrecha, con solo unos pocos kilómetros de anchura. No hay vallas protectoras. En el mejor de los casos, el pasto es escaso, y por tanto hay que dejar que las ovejas deambulen en su busca; y, si se apartan de los prados de la meseta a los arroyos y los barrancos que la rodean, corren peligro de caerse en algún saliente del que no podrán salir ni hacia arriba ni hacia abajo, y de quedarse aisladas allí hasta morirse de hambre. Los pastores palestinos eran expertos en eso de seguir el rastro de sus ovejas perdidas. Podían seguirlo a lo largo de kilómetros; y se arriesgarían a pasar por acantilados y precipicios para recuperarlas.

En los tiempos de Jesús, los rebaños eran muchas veces comunales; pertenecían, no a una sola persona, sino a todo el pueblo. Había por tanto por lo general dos o tres pastores con el rebaño. Por eso el pastor podía dejar las noventa y nueve. Si las hubiera dejado sin que hubiera nadie a su cuidado, cuando hubiera vuelto se habría encontrado con que se habían perdido más; pero podía dejarlas al cuidado de su camarada mientras buscaba la extraviada. Los pastores siempre realizaban los esfuerzos más sacrificados y agotadores para encontrar la oveja perdida. La regla era que, si no se podía traer la oveja viva, había que traer por lo

menos, si era posible, un trozo de la piel o algún hueso de ella para demostrar que había muerto.

Podemos imaginar cómo volverían los otros pastores con sus rebaños al corral del pueblo por la tarde, y cómo dirían que un pastor estaba todavía recorriendo las montañas en busca de una oveja extraviada. Podemos figurarnos cómo todos los del pueblo dirigirían la mirada una y otra vez a las montañas tratando de descubrir al pastor que no había vuelto a casa; y podemos imaginar el grito de alivio y alegría que resonaría cuando le vieran acercarse por el sendero con su agotada vagabunda a hombros, por fin a salvo; y podemos imaginarnos cómo le recibiría todo el pueblo, y se reuniría a su alrededor con alegría para escuchar la historia de la oveja perdida y hallada. Aquí tenemos lo que era la ilustración favorita de Jesús acerca de Dios y de Su amor. Esta parábola nos enseña muchas cosas acerca de ese amor.

(i) El amor de Dios es *un amor individual.* Las noventa y nueve no eran suficientes; una oveja estaba por ahí, por las montañas, y el pastor no podía quedarse tranquilo hasta traerla a casa. Por muy numerosa que sea una familia, un padre no puede prescindir de ninguno de sus hijos; no hay ninguno que no importe. Así es Dios; Dios no puede estar tranquilo hasta que el último extraviado llegue al hogar.

(ii) El amor de Dios es *un amor paciente*. Las ovejas son proverbialmente unas criaturas muy tontas. La oveja no le podía echar las culpas a nadie más que a ella misma del peligro en que se había metido. La gente suele tener muy poca paciencia con los tontos. Cuando se meten en líos, se suele decir: «No es más que culpa suya. Se lo han buscado ellos. No malgastes tu lástima con los tontos.» Pero Dios no es así. La oveja puede que fuera estúpida, pero el pastor arriesgaría su vida para salvarla de todas maneras. Las personas puede que sean tontas, pero Dios ama hasta a los tontos que no le pueden echar las culpas nada más que a sí mismos de su propio pecado y sufrimiento.

(iii) El amor de Dios es *un amor que busca.* El pastor no se dio por satisfecho esperando que volviera la oveja; fue a buscarla. Eso era lo que un judío no podía entender acerca de la idea cristiana de Dios. El judío estaría muy dispuesto a reconocer que, si el pecador

llegaba arrastrándose penosamente al hogar, Dios le perdonaría. Pero nosotros sabemos que Dios es mucho más maravilloso que todo eso, porque en la Persona de Jesucristo vino a buscar y a salvar a los que se habían perdido. Dios no se contenta con esperar hasta que todas las personas vuelvan a casa; Él sale a buscarlas sin pensar en lo que Le puede costar.

(iv) El amor de Dios es *un amor que se regocija.* Aquí no hay nada más que alegría. No hay recriminaciones, ni hay tal cosa como recibir al que vuelve a regañadientes y con un sentimiento de desprecio superior; todo es alegría. A menudo recibimos a una persona arrepentida echándole un sermón y dejándole muy claro que debe considerarse despreciable, y con la afirmación práctica de que no nos hace ninguna falta y no tenemos intención de fiarnos más de ella. Es humano no olvidarse nunca del pasado de una persona, y recordar siempre sus pecados en su contra. Dios se echa nuestros pecados a la espalda; y cuando volvemos a Él, todo es alegría.

(v) El amor de Dios es *un amor protector.* Es el amor que busca y *salva.* Hay amores que destruyen; puede que haya amores que ablanden; pero el amor de Dios es un amor protector que salva a la persona para el servicio de sus semejantes, un amor que hace al descarriado sabio, al débil fuerte, al pecador puro, al cautivo del pecado, una persona libre para la santidad, y al derrotado por la tentación, su conquistador.

BUSCANDO AL PORFIADO

Mateo 18:15-18

> *—Si tu hermano peca contra ti, dirígete a él y trata de hacerle comprender su error estando él y tú solos. Si te hace caso, has recuperado a un hermano. Si no te quiere hacer caso, lleva a uno o dos contigo, para que todo el asunto se establezca por boca de dos o tres testigos. Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia. Y si se niega a hacer caso a la iglesia, tenle por gentil y publicano. Esto que os digo es la pura verdad: todo lo que atéis en la Tierra, quedará atado en el Cielo; y todo lo que desatéis en la Tierra, quedará desatado en el Cielo.*

En muchos sentidos este es uno de los pasajes más difíciles de interpretar de todo el Nuevo Testamento. Su dificultad radica en el hecho indudable de que no suena a cierto; no suena a Jesús; suena mucho más a los acuerdos de un comité eclesiástico.

Todavía podemos ir más lejos: No es posible que Jesús dijera esto en esta forma. Jesús no pudo decirles a Sus discípulos que llevaran el asunto a la iglesia, porque la iglesia no existía todavía; y el pasaje implica una iglesia plenamente desarrollada y organizada, con un sistema de disciplina eclesiástica. Y más aún: Habla de publicanos y paganos como de los que están fuera sin remedio. Sin embargo a Jesús Le acusaron de ser amigo de publicanos y pecadores; y Él nunca habló de ellos en un sentido despectivo o negativo, sino siempre con simpatía y amor, y aun con alabanza (Cp. *Mateo 9:10ss; 11:19; Lucas 18:10ss;* y especialmente *Mateo 21:31ss,* donde se dice precisamente que los publicanos y las rameras entrarán en el Reino antes que los religiosos ortodoxos de aquel tiempo). Además, el tono general del pasaje es que el perdón tiene un límite, que llega el momento en que se puede tomar a una persona como un caso perdido, cosa que no podemos entender que dijera Jesús. Y el último versículo parece realmente darle a la iglesia el poder de retener y de perdonar pecados. Hay muchas razones que nos hacen creer que esto, *tal como está aquí,* no puede ser un dicho original de Jesús, sino una adaptación hecha por la iglesia en tiempo posterior, cuando la disciplina eclesiástica era más bien cosa de reglas y normas, y no de amor y perdón.

Aunque este pasaje podemos estar seguros de que no es una transcripción exacta de lo que dijo Jesús, es igualmente cierto que se remonta a algo que Él sí dijo. ¿Podemos penetrar en su trasfondo para encontrar el verdadero mandamiento de Jesús? En su sentido más amplio, lo que Jesús dijo sería: «Si alguien peca contra ti, no ahorres esfuerzos para hacer que reconozca su falta, y para poner las cosas en su sitio otra vez entre vosotros dos.» En el fondo, lo que quiere decir es que no debemos nunca tolerar ninguna situación en la que se rompa la relación personal entre uno de nosotros y otro miembro de la comunidad cristiana.

Supongamos que algo va mal, ¿qué tenemos que hacer para rectificarlo? Este pasaje nos presenta todo un esquema de acción

para arreglar una relación deteriorada en la comunidad cristiana.

(i) Si estamos convencidos de que alguien nos ha ofendido, debemos expresar nuestra queja inmediatamente. Lo peor que podemos hacer con una ofensa es rumiarla. Eso es fatal. Puede envenenar toda la mente y la vida hasta tal punto que no podamos pensar en nada más que en nuestro sentimiento de haber sido ofendidos personalmente. Cualquier sentimiento de ese tipo debe sacarse a la luz, arrostrarse, expresarse, y a menudo el hecho de exponerlo mostrará lo poco importante y lo trivial que es todo el asunto.

(ii) Si estamos convencidos de que alguien nos ha ofendido, debemos ir directamente al supuesto ofensor personalmente. Más problemas ha causado el escribir cartas que casi ninguna otra cosa en el mundo. Una carta puede que se lea o entienda equivocadamente; puede que transmita inconscientemente un tono que no era la intención original. Si tenemos alguna diferencia con otro, solo hay una manera de zanjarla, y es cara a cara. La palabra hablada puede muchas veces resolver una diferencia que la palabra escrita no habría hecho más que exacerbar.

(iii) Si una entrevista privada y personal no consigue su propósito, debemos llevar a alguna persona, o a algunas personas, que sean prudentes. *Deuteronomio 19:15* dice: «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación.» Ese era el dicho que Mateo tenía en mente. Pero en este caso el llevar testigos no era para tener una manera de demostrarle a una persona que había cometido una ofensa, sino para ayudar en un proceso de reconciliación. Una persona suele odiar a los que más ha ofendido; y bien puede ser que nada que nosotros digamos pueda hacer que le recuperemos. Pero el hablar del asunto con algunas personas prudentes y amables presentes es crear una nueva atmósfera en la que hay por lo menos una posibilidad de vernos como nos ven los demás. Los rabinos tenían un dicho sabio: «No juzgues a solas, porque no hay nadie que pueda juzgar a solas salvo Uno, es decir, Dios.»

(iv) Si también eso fracasa, debemos llevar nuestros problemas personales a la comunidad cristiana. ¿Por qué? Porque los problemas no se resuelven nunca llevándolos a los tribunales, o discutiéndolos sin Cristo. El legalismo no hace más que producir más problemas. Es en un ambiente de oración, de amor cristiano y de comunión fraternal donde se pueden enderezar las relaciones deterioradas. Lo que se da por sentado es que la comunidad eclesial *es* cristiana, y trata de juzgarlo todo, no a la luz de un libro de práctica y disciplina, sino a la luz del amor.

(v) Ahora es cuando llegamos a lo más difícil. Mateo dice que, si tampoco eso tiene éxito, entonces hay que considerar a la persona que nos ha ofendido como si fuera un pagano o un publicano. La primera impresión que nos hace este dicho es que hay que dejar a la persona por imposible y como irrecuperable, pero eso es precisamente lo que Jesús no puede haber querido decir. Él nunca le puso límites al perdón humano. Entonces, ¿qué es lo que quiso decir?

Ya hemos visto que cuando Jesús habla de publicanos y de pecadores siempre lo hace con simpatía y amabilidad, y con aprecio de sus buenas cualidades. Puede que lo que Jesús quisiera decir fuera: «Cuando hayáis hecho todo esto, cuando le hayáis dado al ofensor todas las oportunidades sin que deje de estar obstinado y testarudo, puede que le consideres en nada mejor que un publicano renegado o hasta que un pagano idólatra. Bueno, puede que tengas razón; pero Yo no he encontrado que los publicanos y los paganos sean casos perdidos. Mi experiencia con ellos es que ellos también tienen un corazón que se puede tocar; y hay muchos de ellos, como Mateo y Zaqueo, que han llegado a ser mis mejores amigos. Aun en el caso de que el ofensor testarudo sea como un publicano o un pagano, todavía le puedes recuperar, como Yo.»

De hecho eso, *no* es un mandato de perder la paciencia con nadie, de considerar a una persona un caso perdido; es un desafío a ganárnosla con el amor que puede tocar hasta el más duro corazón. No es decir que hay casos desesperados; es una afirmación de que Jesucristo no ha encontrado que ninguna persona fuera un caso perdido —y nosotros tampoco tenemos por qué llegar a esa conclusión.

(vi) Por último, tenemos el dicho acerca de atar y desatar. Es un dicho difícil. No puede querer decir que la iglesia puede remitir o perdonar pecados, y así zanjar el destino de una persona en el tiempo y en la eternidad. Lo que sí puede querer decir es que las relaciones que establecemos con nuestros semejantes duran no solo un tiempo, sino se transfieren a la eternidad —por tanto tenemos la obligación de mantenerlas como Dios manda.

EL PODER DE LA PRESENCIA

Mateo 18:19-20

> *—De nuevo os digo que si dos de vosotros os ponéis de acuerdo en la Tierra sobre alguna cosa por la que vais a orar, la recibiréis de Mi Padre Que está en el Cielo. Donde dos o tres se reúnan en Mi nombre, allí estaré Yo entre ellos.*

Aquí tenemos uno de esos dichos de Jesús cuyo sentido debemos investigar, porque si no nos quedaremos con el corazón deshecho y con una gran desilusión. Jesús dice que si dos se ponen de acuerdo en la Tierra sobre cualquier cosa por la que estén orando, la recibirán de Dios. Si hubiéramos de tomar eso literalmente, y sin ninguna limitación, resultaría claramente incierto. Innumerables veces, dos personas se han puesto de acuerdo para orar por el bienestar físico o espiritual de alguien que les era querido —y su oración no ha sido contestada en el sentido literal. Innumerables veces, el pueblo de Dios se ha puesto de acuerdo para orar por la conversión de su propio país, o por la conversión de los incrédulos y la venida del Reino, y esa oración sigue todavía muy lejos de ser contestada plenamente. Hay personas que se ponen de acuerdo para orar —y oran desesperadamente— y no reciben lo que piden. No tiene sentido negarse a aceptar los hechos del caso, y nada más que daño puede ser el resultado de enseñarles a las personas que esperen lo que no sucede. Pero cuando llegamos a comprender lo que quiere decir este dicho, descubrimos en él una preciosa oportunidad.

(i) Lo primero y principal es que esto quiere decir que la oración nunca puede ser egoísta, y que una oración egoísta no puede recibir una respuesta satisfactoria. No se supone que hemos de pedir

solamente por nuestras propias necesidades, sin tenernos en cuenta nada más que a nosotros mismos; se supone que oramos como miembros de una comunidad, de común acuerdo, recordando que la vida y el mundo no están organizados conforme a nuestro capricho individual, sino para el bien de la comunidad en su totalidad. De otra manera sucedería a menudo que, si nuestras oraciones fueran contestadas, las de otras personas tendrían que ser denegadas. A menudo el éxito que pedimos para nosotros mismos supondría el fracaso de algunos otros. La oración eficaz debe ser la oración en la que se está de acuerdo, de la que se ha suprimido el elemento de concentración egoísta en nuestras propias necesidades y nuestros propios deseos.

(ii) La oración que está totalmente limpia de egoísmo es siempre contestada. Pero aquí, como en todos los otros casos, debemos recordar la ley fundamental de la oración: que en la oración recibimos, no la respuesta que deseamos, sino la que Dios en Su sabiduría y en Su amor sabe que es lo mejor para nosotros. Simplemente porque somos seres humanos, con corazones y temores y esperanzas y deseos humanos, la mayor parte de nuestras oraciones son oraciones de evasión. Pedimos ser librados de alguna prueba, de algún dolor, de alguna desilusión, de alguna situación dolorosa y difícil. Y la respuesta de Dios es siempre ofrecernos, no una evasión, sino una victoria. Dios no nos da el escape de una situación humana; nos permite aceptar lo que no podemos entender; nos permite soportar lo que sin Él nos sería insoportable; nos permite arrostrar lo que sin Él sería inaceptable. El perfecto ejemplo de todo esto lo encontramos en Jesús en Getsemaní. Él pidió ser librado de la terrible situación que se Le presentaba; No Se libró de ella; pero recibió poder para salirle al encuentro, para sufrirla y para conquistarla. Cuando oramos sin mezcla de egoísmo, Dios envía Su respuesta —pero Su respuesta: la respuesta es siempre Su respuesta, y no necesariamente la que nosotros esperábamos.

(iii) Jesús pasa a decir que donde se reúnen dos o tres en Su nombre, Él está entre ellos. Los mismos judíos tenían un dicho: «Donde se sientan dos para ocuparse en el estudio de la Ley, la

gloria de Dios está entre ellos.» Podemos tomar esta gran promesa de Jesús en dos esferas.

(*a*) Podemos aplicarla a la esfera de *la iglesia.* Jesús está tan presente en una pequeña congregación como en una gran reunión de masas. Está tan presente en una reunión o en un círculo de estudio bíblico de un puñado de personas como en una catedral abarrotada. Él no es esclavo de los números. Está dondequiera se reúnan corazones fieles, aunque sean muy pocos, porque Él Se da totalmente a cada persona.

(*b*) Podemos aplicarla a la esfera del *hogar.* Una de las primeras interpretaciones de este dicho de Jesús era que *los dos o tres* eran *padre, madre e hijo,* y eso quiere decir que Jesús es el Huésped invisible de cada hogar.

Hay algunos que nunca se presentan lo mejor posible excepto en las que se consideran grandes ocasiones; pero para Jesucristo cada ocasión en la que, aunque solo sea dos o tres, se reúnen en Su nombre, es una gran ocasión.

CÓMO PERDONAR

Mateo 18:21-35

Entonces se Le acercó Pedro, y Le dijo:

—Señor, ¿cuántas veces le tengo que perdonar a mi hermano el que peque contra mí? ¿Hasta siete veces?

—No te digo que hasta siete veces —le contestó Jesús—, sino hasta setenta veces siete. Por eso es por lo que el Reino del Cielo se puede comparar con lo que le pasó a un rey que quería hacer cuentas con sus siervos. Cuando empezó a revisar las cuentas, le trajeron a un deudor que le debía 500,000,000 de pesetas. Como no tenía posibilidad de pagarle, su amo mandó que le vendieran, juntamente con su mujer e hijos y todo lo que tuviera, para saldar la deuda. El siervo se postró rostro a tierra y le suplicó: «Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.» Al amo del siervo le dio pena de él, y le dejó en libertad, perdonándole la deuda. Pero cuando salió el siervo, se encontró con un consiervo suyo que le debía 1,000 pesetas. Le echó mano, y le agarró por el cuello: «¡Paga lo que debes!» —le dijo. El consiervo se postró y le suplicó:

«Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.» Pero el otro no quiso tener paciencia; sino que fue y le metió en la cárcel hasta que pagara lo que le debía. Así que, cuando sus consiervos vieron lo que había pasado, se disgustaron mucho, y fueron a informar al amo de lo que había sucedido. Entonces el amo citó a su siervo y le dijo: «¡Siervo malvado! Yo te perdoné toda esa deuda solo porque tú me lo pediste. ¿No debías tú tener piedad de tu consiervo como yo la tuve de ti?» Y el amo se enfadó tanto con él que le entregó a los carceleros hasta que pagara todo lo que debía. Eso será lo que haga con vosotros Mi Padre celestial si no perdonáis cada uno a vuestro hermano de todo corazón.

Le debemos mucho al hecho de que Pedro tuviera la lengua tan dispuesta. Una y otra vez se precipitó a decir algo de tal manera que su impetuosidad dio motivo a que Jesús impartiera enseñanzas que son inmortales. En esta ocasión, Pedro se creía que estaba siendo muy generoso. Le preguntó a Jesús hasta cuándo tenía que perdonarle a su hermano el que le ofendiera, respondiendo a su propia pregunta con la sugerencia de que podría llegar hasta siete veces.

Pedro no estaba tan despistado con su pregunta. La enseñanza rabínica era que uno debía perdonar a su prójimo *tres* veces. Rabí Yosé ben Janina decía: «El que le pide perdón a su prójimo no debe repetirlo más de tres veces.» Rabí Yosé ben Yahuda decía: «Si uno comete una ofensa una vez, se le perdona; si comete una ofensa una segunda vez, se le perdona; si comete una ofensa una tercera vez, se le perdona; pero la cuarta vez, ya no se le perdona.» La prueba bíblica de que eso era lo correcto se tomaba de *Amós.* En los primeros capítulos de *Amós* hay una serie de condenaciones de las diferentes naciones *por tres transgresiones y por cuatro (Amós 1:3, 6, 9, 11, 13; 2:1, 4, 6).* De ahí se deducía que el perdón de Dios se extendía hasta tres ofensas, y que Él visita a un pecador con un castigo a la cuarta. Una persona no podía ser más tolerante que Dios, así que el perdón se limitaba a tres veces.

Pedro creía que llegaba demasiado lejos, porque tomaba las tres veces de los rabinos, las multiplicaba por dos y les añadía una de propina, y sugería, convencido de su generosidad, que sería

suficiente si perdonara siete veces. Pedro esperaba que se le alabara; pero la respuesta de Jesús fue que el cristiano debe perdonar setenta veces siete. En otras palabras: que el perdón no tiene un límite computable.

Jesús contó entonces la historia del siervo al que se había perdonado una gran deuda, y que, tan pronto como se vio libre, trató despiadadamente a un consiervo que le debía una deuda que era una fracción infinitesimal de lo que él le había debido a su amo, y que fue totalmente condenado sin remedio por su actitud. Esta parábola enseña ciertas lecciones que Jesús no se cansaba nunca de enseñar.

(i) Enseña la lección que se presenta en todo el Nuevo Testamento de que es imprescindible perdonar para ser perdonado. El que no esté dispuesto a perdonar a sus semejantes, no puede esperar que Dios le perdone a él. «Bienaventurados los misericordiosos —dijo Jesús —, porque ellos obtendrán misericordia» *(Mateo 5:7).* Inmediatamente después de enseñar a Sus hombres Su oración, Jesús pasó a exponer y explicar una de sus peticiones: «Porque si perdonáis a los demás sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará; pero si no perdonáis a los demás sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará las vuestras» *(Mateo 6:14s).* Como dice Santiago: «Porque se hará juicio inmisericorde al que no haya mostrado misericordia» *(Santiago 2:13).* El perdón divino y el humano van de la mano.

¿Por qué debe ser así? Uno de los grandes detalles de esta parábola es el contraste entre las dos deudas.

El primer siervo le debía a su amo 10,000 talentos, es decir, 60,000,000 de denarios; el denario hemos puesto en algún otro lugar que equivalía a 10 pesetas, que era el sueldo diario de un jornalero; por tanto, 10,000 talentos serían 600,000,000 de pesetas. Esa era una deuda increíble. Sería superior al presupuesto de una provincia. Los ingresos totales de la provincia que incluía a Idumea, Judea y Samaria no eran más que 600 talentos; la renta total de aun una provincia rica como Galilea era solamente 300 talentos. Aquí tenemos una deuda que era superior al rescate de un rey. Eso fue lo que se le perdonó al primer siervo.

Por otra parte, lo que le debía a ese siervo su consiervo era una cantidad insignificante; solamente 100 *denarii;* un *denarius* valía unas 10 pesetas; y por tanto la deuda era de 1,000 pesetas. Era aproximadamente un seiscientos-mil-avo de su propia deuda.

A. R. S. Kennedy hace una comparación para que comprendamos la diferencia cuantitativa que había entre las dos deudas. Supongamos que esas cantidades se reunieran en monedas de 25 pesetas. La deuda de 100 denarios se podría llevar en un bolsillo. 100 denarios = 1,000 pesetas. Los 10,000 talentos requerirían para llevarlos un ejército de unos 8,000 cargueros, cada uno con un saco de 50 kilos; y la fila de los portadores ocuparía, yendo a un metro de distancia el uno del otro, 8 kilómetros. El contraste entre las dos deudas es alucinante. La lección es que nada que los hombres puedan hacernos se puede comparar ni remotamente con lo que nosotros hemos hecho a Dios; y si Dios nos ha perdonado la deuda que teníamos con Él, nosotros también debemos perdonar a nuestros semejantes las deudas que tengan con nosotros. Nada que nosotros tengamos que perdonar se podría comparar ni remotamente con lo que se nos ha perdonado a nosotros.

Se nos ha perdonado una deuda que no podríamos haber pagado jamás —porque nuestros pecados causaron la muerte del Hijo de Dios—; y por eso, debemos perdonar a los demás como Dios nos ha perdonado a nosotros, o no podremos esperar ser tratados con misericordia.

MATRIMONIO Y DIVORCIO EN ISRAEL

Mateo 19:1-9

> *Cuando Jesús acabó de darles estas enseñanzas, Se marchó de Galilea y Se dirigió a los distritos de Judea que están al lado de allá del Jordán. Le siguieron grandes multitudes, y Él los sanó allí.*
>
> *Los fariseos se dirigieron a Él presentándole un caso difícil, para probarle, y Le dijeron:*
>
> *—¿Es legal el que un hombre se divorcie de su mujer por cualquier causa?*
>
> *—¿Es que no habéis leído —les contestó Jesús— que desde el principio el Creador los hizo varón y hembra, y dijo: «Por esta*

razón un hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos formarán una sola persona»? Por tanto, ya no son dos personas, sino una sola. Pues entonces, lo que Dios ha unido, que no lo separe nadie.

Ellos Le dijeron:

—¿Por qué entonces estableció Moisés que se le podía dar a la mujer un certificado de divorcio y divorciarse de ella?

—Fue por vuestra dureza de corazón por lo que Moisés os permitió divorciaros de vuestras mujeres —les contestó Jesús —; pero en un principio no fue ese el estado de cosas que se pretendía. Os digo que el que se divorcia de su mujer, a no ser por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con una divorciada, comete adulterio.

Aquí estaba tratando Jesús de una cuestión que era un problema de ardiente actualidad en Su tiempo, como lo es en el nuestro. El divorcio era algo sobre lo que no había unanimidad entre los judíos; y los fariseos Le hicieron aquella pregunta con la intención de involucrarle en la controversia.

Ninguna nación ha tenido nunca un concepto más alto del matrimonio que los judíos. El matrimonio era un deber sagrado. El quedarse soltero un hombre pasados los veinte años, salvo si era para concentrarse en el estudio de la Ley, era quebrantar el mandamiento positivo de «llevar fruto y multiplicarse.» El que no tenía hijos «mataba su propia posteridad,» y «limitaba la imagen de Dios en la Tierra.» «Cuando marido y mujer son como es debido, la gloria del Señor está con ellos.»

En el matrimonio no se entraba a la ligera ni descuidadamente. Josefo delinea el concepto judío del matrimonio basado en la enseñanza mosaica *(Antigüedades de los judíos 4.8.23).* Un hombre había de casarse con una virgen de buena ascendencia. No debía nunca corromper a la mujer de otro hombre; y no debía casarse con una mujer que hubiera sido esclava o prostituta. Si un hombre acusaba a su mujer de no haber sido virgen cuando se casó con ella, tenía que presentar pruebas de su acusación. El padre o el hermano de la mujer tenía que defenderla. Si se vindicaba el honor de la mujer, el marido debía seguir teniéndola como esposa, y no podía nunca divorciarse de ella, excepto por el más flagrante

pecado. Si se demostraba que la acusación había sido infundada y maliciosa, el marido tenía que recibir los cuarenta azotes menos uno, y pagarle 50 siclos al padre de la mujer. Pero si podía probar su acusación y se encontraba culpable a la mujer, si era una persona corriente, la ley imponía que debía ser lapidada; y si era la hija de un sacerdote, había de ser quemada viva.

Si un hombre seducía a una joven que estaba prometida a otro, y la seducción tenía lugar con el consentimiento de ella, ambos recibían la muerte. Si el hombre forzaba a la joven en un lugar solitario o donde nadie pudiera defenderla, solo el hombre había de morir. Si un hombre seducía a una joven no comprometida, debía casarse con ella o, si el padre de la muchacha no estaba conforme con aquel matrimonio, el seductor debía pagarle 50 siclos.

Las leyes judías del matrimonio y de la pureza colocaban el listón muy alto. En principio se aborrecía el divorcio. Dios había dicho: «Yo aborrezco el divorcio» *(Malaquías 2:16).* Se decía que el mismo altar derramaba lágrimas cuando un hombre se divorciaba de la esposa de su juventud.

Pero el ideal y la realidad no iban de la mano. Había dos elementos que eran peligrosos y dañinos.

El primer lugar, a los ojos de la ley judía una mujer era una cosa. Era propiedad de su padre, o de su marido; y por tanto no tenía realmente ningunos derechos legales. La mayor parte de los matrimonios los concertaban, o los padres, o algún casamentero profesional. Una mujer podía estar comprometida desde la niñez, o a menudo se la comprometía para que se casara con un hombre al que ni siquiera había visto. Había una salvaguardia: cuando llegaba a la edad de 12 podía repudiar al marido que le hubiera asignado su padre. Pero, en relación con el divorcio, la ley general era que solo el marido tenía la iniciativa. La ley estipulaba: «Se puede divorciar a una mujer, con o sin su consentimiento; pero a un hombre no se le puede divorciar nada más que con su consentimiento.» La mujer no podía nunca iniciar el proceso del matrimonio; no se podía divorciar ella, sino solo ser divorciada por el marido.

Había ciertas salvaguardias. Si un hombre se divorciaba de su mujer por razones que no fueran de flagrante inmoralidad, debía devolver la dote de ella; y esto debe de haber sido una barrera para

los divorcios irresponsables. Los tribunales podían hacer presión para que un hombre se divorciara de su mujer en el caso, por ejemplo, de que se negara a consumar el matrimonio, o por impotencia, o por incapacidad demostrada de mantenerla como era debido. Una mujer podía obligar a su marido a divorciarse de ella si contraía una enfermedad repugnante como la lepra, o si era curtidor, lo que obligaba a reunir estiércol de perro, o si él le proponía marcharse de la Tierra Santa. Pero, con mucho, la ley dejaba bien claro que la mujer no tenía derechos legales, y que el derecho de divorcio correspondía exclusivamente al marido.

En segundo lugar, el proceso del divorcio era fatalmente fácil. Ese proceso se fundaba en el pasaje de la ley de Moisés al que se refirieron los interlocutores de Jesús: «Cuando alguien toma una mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, se la entregará en mano y la despedirá de su casa» *(Deuteronomio 24:1).* El certificado de divorcio era una declaración bien simple, de una sola frase, diciendo que el marido despedía a su mujer. Josefo escribe: «El que desee divorciarse de su mujer por la razón que sea (y muchas de tales razones se presentan entre los hombres), que establezca por escrito que no la tendrá nunca más como su esposa; porque de esta manera ella puede ser libre para casarse con otro hombre.» La única salvaguardia contra la peligrosa facilidad del proceso de divorcio era el hecho de que, a menos de que la mujer fuera una pecadora notoria, tenía que devolver la dote.

BASE JUDÍA PARA EL DIVORCIO

Mateo 19:1-9 *(continuación)*

Uno de los grandes problemas que presentaba el divorcio judío dependía de la formulación mosaica. Esa formulación establecía que un hombre podía divorciarse de su mujer «si ella no hallaba gracia en sus ojos, porque él había encontrado *algo indecente* en ella.» La cuestión era: ¿Cómo se había de interpretar la frase *algo indecente?*

En este punto los rabinos judíos estaban divididos diametralmente, y era aquí donde los interlocutores de Jesús querían involucrarle. Los de la escuela de Sammay estaban seguros

de que *una cuestión de indecencia* quería decir fornicación, y solo eso; y que no se podía despedir a una mujer por ninguna otra causa. Aunque una mujer fuera tan malvada como Jezabel, en tanto en cuanto no cometiera adulterio no se la podía despedir. Por otra parte, los de la escuela de Hil.lel interpretaban eso del *asunto de indecencia* de una manera más amplia. Decían que quería decir que un hombre podía divorciarse de su mujer si ella le estropeaba la comida, si llevaba el pelo suelto, si hablaba con hombres en la calle, si hablaba con poco respeto de los padres de su marido, si era alborotadora y se la podía oír en la casa de al lado. Rabí Aqiba llegó hasta el punto de decir que la frase *si ella no encuentra gracia en los ojos de él* quería decir que un hombre podía divorciarse de su mujer si encontraba otra que le gustara más o que considerara más bonita.

La tragedia era que, como era de temer, fue la enseñanza de la escuela de Hil.lel la que prevaleció; el vínculo matrimonial se tomaba a menudo a la ligera, y el divorcio se hizo corriente por las causas más triviales.

Para completar el cuadro, hay que añadir algunos otros hechos. Es pertinente notar que bajo la ley rabínica el divorcio era *obligatorio* por dos razones. Era obligatorio por adulterio. «Una mujer que ha cometido adulterio debe ser divorciada.» Segundo, el divorcio era obligatorio por *esterilidad.* La finalidad del matrimonio era la procreación de hijos; y el divorcio era obligatorio si después de tres años una pareja seguía sin tener hijos. En este caso, la mujer se podía casar de nuevo, pero la misma disposición se aplicaba al segundo matrimonio.

Hay que mencionar otras dos disposiciones judías interesantes en relación con el divorcio. La primera, *el abandono* no era nunca causa para el divorcio. Si había deserción había que demostrar la muerte. El único atenuante por relajación era que, aunque todos los otros hechos tenían que ser corroborados por dos testigos según la ley judía, bastaba un testigo para demostrar la muerte del cónyuge que había desaparecido y no había vuelto.

En segundo lugar, aunque resulte raro, *la locura* no era razón para el divorcio. Si la mujer se volvía demente, el marido no podía divorciarla; porque, si la divorciaba, ella no tendría protector en su desgracia. Hay una misericordia conmovedora en tal disposición. Si

el marido se volvía demente, el divorcio era imposible, porque en tal caso quedaba incapacitado para escribir el certificado de divorcio, y sin tal documento, que él debía escribir y entregar, no podía haber divorcio.

Cuando Le hicieron a Jesús aquella pregunta, por detrás de ella había una situación que molestaba y preocupaba. Jesús la iba a contestar de una manera que resultó alucinante para los dos bandos empeñados en la disputa, y que sugirió un cambio radical en toda la situación.

LA RESPUESTA DE JESÚS

Mateo 19:1-9 *(continuación)*

Lo más probable es que los fariseos Le estuvieran preguntando a Jesús si estaba de acuerdo con la opinión estricta de Sammay o con la más suave de Hil.lel; y que buscaran de esta manera implicarle en la controversia.

La respuesta de Jesús retrotraía la cuestión a su mismo origen, al ideal de la Creación. En el principio, dijo Jesús, Dios creó a Adán y Eva como un hombre y una mujer. No cabe duda que en las circunstancias del relato de la Creación Adán y Eva fueron creados el uno para el otro, y para nadie más; su unión fue necesariamente completa e indisoluble. Ahora bien, dice Jesús, aquellos dos eran el modelo y el símbolo de todos los que vendrían después. Como dice A. H. McNeile: «Toda pareja matrimonial es la reproducción de Adán y Eva, y su unión es por tanto no menos indisoluble.»

El razonamiento es totalmente claro. En el caso de Adán y Eva, el divorcio era, no solo desaconsejable; era, no solamente equivocado: era totalmente imposible, por la sencilla razón de que no había ninguna otra persona con la que cualquiera de ellos se pudiera casar. De esta manera Jesús estaba estableciendo el principio de que el divorcio no es nunca la solución correcta de nada. Desde ahora mismo ya debemos notar que esto no es *una ley;* es *un principio,* que es una cosa muy diferente.

Aquí vieron en seguida los fariseos un punto en el que podían atacar. Moisés *(Deuteronomio 24:1)* había dicho que, si un hombre quería divorciarse de su mujer porque ella no había encontrado gracia a ojos de él, y a causa de algún detalle indecente en ella, él

podía darle un certificado de divorcio, y el matrimonio quedaba disuelto. Aquí tenían los fariseos la oportunidad que deseaban. Ahora podían decirle a Jesús: «¿Estás acaso diciendo que Moisés estaba equivocado? ¿No estarás Tú tratando de abrogar la Ley divina que se le dio a Moisés? ¿Te estás colocando por encima de Moisés como legislador?»

Jesús les contestó que lo que dijo Moisés no había sido *una ley,* sino nada más que *una concesión.* Moisés no *mandó* el divorcio; en el mejor de los casos, él solamente lo *permitió* para regular una situación que habría llegado a ser caóticamente promiscua. La disposición de Moisés no era más que una concesión a la naturaleza humana caída. En *Génesis 2:23s* tenemos el ideal que Dios Se había propuesto, el ideal de dos personas que se casan debería ser tan indisoluble que las dos personas formaran una sola personalidad. La respuesta de Jesús fue: «Es verdad que Moisés *permitió* el divorcio; pero eso era *una concesión* en vista de que el ideal se había perdido. El ideal del matrimonio se ha de encontrar en la indisoluble y perfecta unión de Adán y Eva. *Eso* es lo que Dios quería que fuera el matrimonio.»

Es ahora cuando nos encontramos cara a cara con una de las dificultades más reales y agudas del Nuevo Testamento. ¿Qué quería decir Jesús? Hay una pregunta previa a esa: ¿Qué fue lo que dijo Jesús? La dificultad, que es insoslayable, es que Marcos y Mateo reproducen las palabras de Jesús de manera diferente.

Mateo dice:

> *Y Yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera* (Mateo 19:9).

Marcos pone:

> *Y les dijo: Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio* (Marcos 10:11s).

Lucas nos da todavía otra versión de este dicho:

> *Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera* (Lucas

16:18).

Aquí tenemos la dificultad relativamente pequeña de que Marcos supone que una mujer se puede divorciar de su marido; un proceso que, como ya hemos visto, no era posible bajo la ley judía. Pero la explicación puede ser que Jesús debe de haber conocido muy bien que, bajo la ley gentil, una mujer podía divorciarse de su marido; y en esa cláusula particular, Él estaba mirando más allá del mundo judío, al que se dirigió el evangelio de Mateo especialmente. La dificultad real estriba en que tanto Marcos como Lucas hacen la prohibición del divorcio *absoluta.* Para ellos no caben excepciones. Pero Mateo tiene una cláusula dirimente: El divorcio está permitido en caso de adulterio. En este caso hay que decantarse por una de las dos formulaciones. La única salida posible sería decir que de hecho el divorcio por adulterio era para la ley judía obligatorio, como ya hemos visto, y que por tanto Marcos y Lucas no consideraron que hacía falta mencionarlo; pero en tal caso estaba también el divorcio por esterilidad.

En último análisis tenemos que escoger entre la versión de Mateo del dicho de Jesús y la de Marcos y Lucas. Creemos que no se puede dudar de que la versión de Marcos y Lucas es correcta. Hay dos razones. Solo la absoluta prohibición de separarse satisface el ideal de la completa unión simbólica de Adán y Eva. Y las alucinadas palabras de los discípulos implican esta prohibición absoluta, porque, en efecto, dicen (versículo 10) que si el matrimonio es tan vinculante como todo eso, lo más seguro es no casarse. No cabe duda de que aquí tenemos a Jesús estableciendo *el principio* —no *la ley*— de que el ideal del matrimonio es una unión indisoluble. Aquí se podría decir mucho más; pero *el ideal,* como Dios lo concibió, está establecido, y la cláusula dirimente de Mateo es posiblemente una interpretación posterior que se insertó a la luz de la práctica de la Iglesia cuando esto se escribió.

EL ELEVADO IDEAL

Mateo 19:1-9 (conclusión)

Pasemos ahora a considerar el alto ideal del estado del matrimonio que Jesús propone a los que están dispuestos a aceptar

Sus mandamientos. Veremos que el ideal judío sienta las bases del ideal cristiano. La palabra hebrea para matrimonio era *kiddusin. Kiddusin* quería decir *santificación* o *consagración.* Se usaba al describir algo que se dedicaba a Dios como Su exclusiva y particular posesión. Cualquier cosa totalmente consagrada a Dios era *kiddusin.* Esto quería decir que en el matrimonio el marido estaba consagrado a la mujer, y la mujer al marido. Cada uno llegaba a ser posesión exclusiva del otro, de la misma manera que una ofrenda se convertía en la posesión exclusiva de Dios. Eso era lo que Jesús quería decir cuando dijo que por causa del matrimonio un hombre dejaría a su padre y a su madre y se uniría a su mujer, y eso es lo que Él quiso decir cuando dijo que marido y mujer llegaban a ser tan totalmente una sola cosa que se podían llamar una sola persona. Ese era el ideal que Dios tenía del matrimonio, como lo presenta la historia del *Génesis (Génesis 2:24),* y ese es el ideal que Jesús ratificó. Esta idea tiene ciertas consecuencias.

(i) Esta unidad total quiere decir que el matrimonio no se da para un solo acto de la vida, por muy importante que ese acto sea, sino para todos. Es decir: que, aunque el sexo es una parte sumamente importante del matrimonio, no lo es todo. Cualquier matrimonio en el que se entra simplemente por un deseo físico imperioso que no puede satisfacerse de ninguna otra manera está condenado al fracaso de antemano. El matrimonio está diseñado, no para que dos personas hagan una cosa juntas, sino para que hagan todas las cosas juntas.

(ii) Otra manera de expresar esto sería diciendo que el matrimonio es la unión total de dos personalidades. Dos personas pueden existir juntas de muchas maneras. Una de ellas puede ser la parte dominante hasta tal punto que nada importa sino sus deseos y conveniencias y necesidades, mientras que la otra está totalmente subordinada y no existe nada más que para satisfacer los deseos y las necesidades de la primera. O también, dos personas pueden existir en una especie de neutralidad armada, en la que se dan una tensión continua y una continua colisión entre sus dos voluntades. La vida puede ser una larga discusión, y la relación estar basada, en el mejor de los casos, en una difícil componenda. O también, dos personas pueden basar su relación en una más o menos resignada

aceptación mutua. Para todos los efectos y propósitos, mientras vivan juntas, cada una va por su propio camino, y cada una vive su vida. Comparten la misma casa, pero sería una exageración decir que comparten el mismo hogar.

Está claro que ninguna de estas relaciones es ideal. El ideal es que en el estado del matrimonio dos personas encuentren el complemento de cada una de sus personalidades. Platón tenía una idea extraña. Tenía una especie de leyenda de que en su origen los seres humanos eran el doble de lo que somos ahora. Como su tamaño y fuerza los hizo arrogantes, los dioses los cortaron por la mitad; y la verdadera felicidad se produce cuando las dos mitades se encuentran otra ve y se unen en el matrimonio, completándose así mutuamente.

El matrimonio no debe empequeñecer la vida, sino completarla. A ambos cónyuges debe traerles una nueva plenitud, una nueva satisfacción, un nuevo contentamiento. Es la unión de dos personalidades en la que las dos se completan mutuamente. Esto no quiere decir que no haya que hacer ajustes, y aun sacrificios; pero sí quiere decir que la relación final es más plena, más gozosa, más satisfactoria de lo que puede ser un tipo de vida aislado.

(iii) Podríamos decir todo esto aún más prácticamente: el matrimonio debe ser el compartir todas las circunstancias de la vida. Hay un cierto peligro en la etapa encantadora del noviazgo. En ese período es casi inevitable el que las dos personas se vean mutuamente en el mejor estado de ambas. Hay días románticos. Se ven en su mejor ropa. Es corriente que tengan algún gran interés en común; es corriente que el dinero no haya llegado a ser todavía un problema. Pero en el matrimonio, los dos deben verse cuando no están en su mejor momento; cuando están cansados o débiles; cuando los hijos trastornan la casa y el hogar como es natural que suceda; cuando escasea el dinero, y las cuentas de la comida y de la ropa se convierten en un problema; cuando la luz de la luna y las rosas dejan el puesto a la pila de la cocina y a la cesta de la ropa y a pasear por el pasillo al niño llorón por las noches. A menos que dos personas estén dispuestas a enfrentarse juntas con la rutina de la vida tanto como con sus encantos, el matrimonio no puede ser más que un fracaso.

(iv) A todo esto sigue una cosa que no es universalmente cierta, pero que es mucho más probable que lo contrario. El matrimonio es mucho más probable que sea un éxito después de un conocimiento bastante largo, cuando las dos personas que lo forman conocen realmente el trasfondo mutuo. El matrimonio quiere decir vivir constantemente juntos. Es perfectamente posible que choquen los hábitos y los gustos y las costumbres de ambos. Cuanto más completo sea el conocimiento mutuo antes de decidirse a vincular sus vidas indisolublemente, mejor. Esto no es negar que puede haber tal cosa como el amor a primera vista, y que el amor puede conquistarlo todo; pero el hecho es que, cuanto mayor conocimiento tengan el uno del otro más probable será que tengan éxito en hacer su matrimonio lo que debe ser.

(v) Todo esto nos conduce a la conclusión práctica final: la base del matrimonio es *mantenerse unidos,* y la base de mantenerse unidos no es otra que *ser considerados el uno con el otro.* Para que el matrimonio sea un éxito, los cónyuges deben pensar siempre más en términos el uno del otro que cada uno en sí mismo. El egoísmo es el asesino de cualquier relación personal; y esto es especialmente cierto cuando dos personas están vinculadas en el matrimonio.

Somerset Maughan, hablando de su madre, dice que era una persona amable y encantadora, y que todo el mundo la quería. Su padre no era un hombre bien parecido, y tenía pocos dones y gracias sociales. Alguien le dijo una vez a ella: «Cuando todo el mundo está enamorado de ti, y cuando tú podrías tener al que quisieras, ¿cómo puedes seguir siendo fiel a ese monigote feucho de marido que tienes?» Ella contestó sencillamente: «Él nunca hiere mis sentimientos.» No se podría haber hecho mejor elogio.

La verdadera base del matrimonio no es complicada o recóndita; es sencillamente el amor que tiene más en cuenta la felicidad del otro que la propia, el amor que se honra en servir, que puede comprender y, por tanto, que siempre está dispuesto a perdonar. Es decir: es el amor que vemos en Cristo, que sabe que olvidándose de sí mismo se encuentra a sí mismo, y que perdiéndose a sí mismo se completa a sí mismo.

EL IDEAL QUE SE HACE REALIDAD

Mateo 19:10-12

A eso los discípulos Le dijeron a Jesús:

—Si la única razón para el divorcio entre un hombre y una mujer es esa, más vale no casarse.

Jesús les contestó:

—No todos son capaces de aceptar eso, sino solo aquellos a los que se les concede. Hay eunucos que lo son de nacimiento; otros, a los que hacen eunucos los otros, y hay eunucos que se hacen eunucos por causa del Reino del Cielo. El que sea capaz de aplicarse esta enseñanza, que se la aplique.

Aquí llegamos a una ampliación necesaria de lo que iba antes. Cuando los discípulos oyeron el ideal de matrimonio que Jesús les proponía, se quedaron desalentados. Les volverían a la mente muchos dichos rabínicos. Los rabinos tenían muchas sentencias sobre los matrimonios desgraciados. «Entre los que no contemplarán el rostro de la gehena estará el que haya tenido una mala mujer.» ¡Tal persona se salvaba del infierno porque ya había expiado sus pecados en la Tierra! «Entre los que tienen una vida que no es vida está el hombre al que domina su mujer.» «Una mala mujer es como la lepra para su marido. ¿Cuál es el remedio? Que se divorcie de ella, y así se curará de su lepra.» Hasta se llegó a establecer: «Si uno tiene una mala esposa, su deber religioso es divorciarse de ella.»

Para hombres acostumbrados a escuchar tales dichos, las demandas de Jesús eran algo terrible. Su reacción fue que, si el matrimonio es una relación vinculante para siempre, y si el divorcio está prohibido, es mejor no casarse, ya que no hay salida, así lo veían ellos, para una mala situación. Jesús da dos respuestas.

(i) Jesús dice claramente que no todo el mundo puede aceptar de hecho esta situación, sino solamente aquellos a los cuales se les ha concedido. En otras palabras, *solo un cristiano puede asumir la ética cristiana.* Solo la persona que tiene la ayuda continua de Jesucristo y la continua dirección del Espíritu Santo puede edificar la relación personal que demanda el ideal del matrimonio. Solamente con la ayuda de Jesucristo puede uno desarrollar la simpatía, la

comprensión, el espíritu de perdón, el amor considerado, que requiere el verdadero matrimonio. Sin esa ayuda estas cosas son imposibles. El ideal cristiano del matrimonio implica el requisito previo de que los cónyuges sean cristianos.

Aquí tenemos una verdad que llega mucho más lejos que su aplicación particular. Siempre estamos oyendo decir: «Aceptamos la ética del Sermón del Monte; pero, ¿Por qué preocuparse de la divinidad de Jesús, de Su Resurrección, de Su presencia resucitada, de Su Espíritu Santo, y toda esa clase de cosas? Estamos de acuerdo en que era un Hombre bueno, y que Su enseñanza es la más elevada que se haya dado jamás. ¿Por qué no dejar ahí la cosa, y vivir de acuerdo con esa enseñanza sin preocuparnos de la teología?» La respuesta es muy sencilla. Nadie puede vivir de acuerdo con la enseñanza de Jesucristo sin Jesucristo. Y si Jesús no era más que un gran hombre bueno, aunque fuera el más grande y el mejor de todos los seres humanos, en el mejor de los casos no es más que un gran ejemplo. Su enseñanza se hace posible solamente con la condición de que Él no está muerto, sino presente aquí y ahora para ayudarnos a llevarla a cabo. La enseñanza de Cristo requiere la presencia de Cristo; si no es así, solo se trata de un ideal imposible —y angustioso. Así que tenemos que arrostrar el hecho de que el matrimonio cristiano es solo posible para cristianos.

(ii) El pasaje termina con un versículo acerca de los eunucos que nos deja perplejos. Es posible que Jesucristo dijera eso en alguna otra ocasión, y que Mateo lo pusiera aquí porque estaba agrupando la enseñanza de Jesús sobre el matrimonio, porque Mateo tenía la costumbre de agrupar la enseñanza sobre cualquier tema particular.

Un eunuco es un hombre que no puede realizar el acto sexual. Jesús distingue tres clases de eunucos. Hay algunos que, por algún defecto o deformidad física, no pueden tener relaciones sexuales. Hay algunos a los que los hombres hacen eunucos. Esto representa prácticas que nos son extrañas a los occidentales. Muy frecuentemente en los palacios reales los siervos, especialmente los que estaban a cargo del harén real, eran castrados. También muy frecuentemente los sacerdotes que servían en los templos eran castrados; eso sucedía, por ejemplo, en el templo de Diana de Éfeso.

A continuación, Jesús menciona a los que se hacen a sí mismos eunucos por causa del Reino de Dios. Hemos de estar seguros de que esto no se ha de tomar literalmente. Una de las tragedias de la Iglesia Primitiva fue el caso de Orígenes. Cuando era joven, tomó este texto literalmente, y se castró, aunque posteriormente se dio cuenta de que había cometido un error. Clemente de Alejandría estuvo muy cerca de hacer lo mismo. Dice: «El verdadero eunuco no es el que no puede, sino el que elige no practicar los deseos de la carne.» En esta frase, Jesús se refería a los que, por causa del Reino de Dios, renuncian voluntariamente al matrimonio y a la paternidad y al amor físico humano.

¿Cómo puede ser eso? Puede ser que una persona tenga que escoger entre alguna llamada específica y el amor humano. Se ha dicho: «El que viaja más rápido es el que viaja solo.» Una persona puede llegar a la conclusión de que no puede trabajar en algún terrible suburbio viviendo en circunstancias en las que el matrimonio y la familia serían un impedimento. Puede que uno llegue a la conclusión de que debe aceptar la vocación misionera para ir a un lugar al que no puede en conciencia llevar a su esposa e hijos. Otro caso sería el de uno que estuviera enamorado, y entonces se le ofrezca una oportunidad de servicio a pleno tiempo y rendimiento que la persona que ama no podría compartir. Entonces debe escoger entre el amor humano y la tarea a la que Cristo le llama.

Gracias a Dios esa elección no se le presenta a menudo a una persona; pero hay algunos que han asumido voluntariamente votos de castidad, celibato, pureza, pobreza, abstinencia, continencia. Esa no es la conducta corriente de una persona normal, pero el mundo se habría empobrecido si no hubiera habido quienes aceptaran el desafío de vivir en solitario por causa de la obra de Cristo.

EL MATRIMONIO Y EL DIVORCIO

Mateo 19:10-12 *(conclusión)*

Sería un error dar por terminado este tema sin hacer un esfuerzo para ver lo que quiere decir actualmente para la cuestión del divorcio en nuestros días.

Podemos al principio notar esto. *Lo que Jesús estableció fue un principio y no una ley.* Convertir este dicho de Jesús en una ley sería

malentenderlo seriamente. La Biblia no nos da *leyes;* nos da *principios* que debemos aplicar con oración e inteligencia en cualquier situación dada.

Acerca del sábado dice la Biblia: «No hagas en él obra alguna» *(Éxodo 20:10).* Sabemos muy bien que un cese absoluto del trabajo no fue nunca posible en ninguna civilización. En una civilización agrícola, hay que atender al ganado, y hay que ordeñar las vacas, sea el día que sea. En una civilización desarrollada ciertos servicios públicos tienen que proseguir, o el transporte se interrumpiría, o el agua y la luz y el calor no estarían disponibles. En cualquier hogar, especialmente donde hay niños, tiene que haber una cierta medida de trabajo.

Un principio nunca se puede convertir en una ley inflexible; un principio siempre se tiene que aplicar en una situación individual. Por tanto, no podemos zanjar la cuestión del divorcio simplemente citando las palabras de Jesús. Eso sería legalismo; tenemos que tomar las palabras de Jesús como un principio a aplicar en los casos individuales que se nos presenten. En ese caso, surgen ciertas verdades.

(i) No cabe duda de que *el ideal* es que el matrimonio sea una unión indisoluble entre dos personas, y que se debe entrar en él como una unión total de dos personalidades, no diseñada para hacer posible un acto solamente, sino para hacer posible toda la vida un compartir satisfactorio y mutuamente realizador. Ese es el principio esencial del que debemos partir.

(ii) Pero la vida no es, ni nunca podrá ser, un asunto completamente nítido y ordenado. En la vida no se puede evitar que se presente a veces el elemento de lo impredictible. Supongamos, pues, que dos personas entran en la relación matrimonial; supongamos que lo hacen con las esperanzas y los ideales más elevados; y también supongamos que algo imprevisto va mal, y que la relación que debería ser la alegría más grande de la vida se convierte en un infierno. Supongamos que se solicita toda la ayuda disponible para remediar esta situación rota y terrible. Supongamos que se llama al médico para que ayude en cuestiones físicas; al psiquiatra, para tratar de problemas psicológicos; al sacerdote o al pastor para cosas espirituales. Supongamos que el problema sigue

ahí; supongamos que uno de los cónyuges del matrimonio está constituido física, mental o espiritualmente de tal manera que el matrimonio es imposible, y supongamos que el descubrimiento no se podría haber hecho hasta que se hiciera la prueba. ¿Es que en tal caso estas dos personas han de estar para siempre encadenadas la una a la otra en una situación que no puede sino sumir en la infelicidad a los dos para toda la vida?

Es sumamente difícil reconocer que tal razonamiento se pueda llamar cristiano; es extremadamente difícil ver a Jesús condenando legalísticamente a dos personas a una situación tal. Esto no es decir que se deba facilitar el divorcio, pero sí que, cuando todos los recursos físicos y mentales y espirituales se han aplicado a la situación, y esta permanece incurable y hasta peligrosa, hay que ponerle un límite; y la iglesia, lejos de considerar a las personas implicadas en tal situación como algo fuera de su responsabilidad, debe hacer algo, debe hacer todo lo posible con energía y ternura para ayudarlas. No parece que haya otra solución más que aplicar el verdadero espíritu de Cristo.

(iii) Pero en este asunto nos encontramos cara a cara con una situación de lo más trágica. Sucede a menudo que las cosas que hacen naufragar el matrimonio son de hecho cosas que la ley no puede tocar. Una persona, en un momento de pasión y falta de control, comete adulterio, y pasa el resto de la vida en vergüenza y en dolor por lo que ha hecho. El que pudiera repetirse su caída es por lo menos posible en el mundo. Otra persona es un modelo de rectitud en público; el cometer adulterio es lo más remoto que podría ocurrirle; y sin embargo, con una crueldad sádica constante, con un egoísmo diario, con una crítica y sarcasmo y crueldad mental constantes, le hace la vida un infierno a los que viven con ella; y lo hace con una determinación encallecida.

Bien podemos recordar que los pecados que aparecen en los periódicos, y los pecados cuyas consecuencias son más obvias, no tienen que ser necesariamente los pecados más graves a los ojos de Dios. Muchos hombres y mujeres arruinan la relación matrimonial; y, sin embargo, presentan ante el mundo exterior una fachada de rectitud impecable.

Todo este asunto es tal que requiere más simpatía y menos condenación, porque el fracaso de un matrimonio es el que menos se ha de plantear en términos legalistas, y más en términos de amor. En este caso, no es tanto la ley lo que hay que mantener, sino el corazón y el alma de las personas. Lo que se requiere es que haya oración y pensamiento antes del matrimonio; que si un matrimonio está en peligro de fracasar, todos los recursos posibles —médicos, psicológicos y espirituales— deben movilizarse para salvarlo; pero que si la situación es irremediable, debe plantearse, no con legalismo rígido, sino con amor comprensivo.

LA BIENVENIDA DE JESÚS A LOS NIÑOS

Mateo 19:13-15

> *Le trajeron a Jesús unos niños para que les impusiera las manos y orara por ellos. Los discípulos hablaron muy ásperamente a los que los traían. Jesús dijo:*
>
> *—Dejad que vengan a Mí los niñitos, y no se lo impidáis; porque es a los que son como ellos a los que pertenece el Reino del Cielo.*
>
> *Y Jesús puso Sus manos sobre ellos, y luego se marchó de allí.*

Bien podemos decir que este es el incidente más simpático de toda la historia evangélica. Todos los personajes resaltan con claridad, aunque este pasaje no ocupa más que tres versículos.

(i) Tenemos a los que trajeron a los niños. Sin duda serían sus madres.

No nos sorprende que quisieran que Jesús les impusiera Sus manos. Habían visto lo que esas manos podían hacer; habían visto que la enfermedad y el dolor desaparecían a su contacto; las habían visto devolver la vista a ojos ciegos, y la paz a mentes angustiadas; y querían que esas manos tocaran a sus hijos. Esta es una de las historias que nos muestran claramente el supremo encanto de la vida de Jesús. Las personas que trajeron los niños no sabrían Quién era Jesús; estarían al tanto de que Jesús era todo menos popular con los escribas y fariseos, y los sacerdotes y saduceos y los

representantes de la religión ortodoxa; pero se daban cuenta de que era una Persona extraordinaria.

Premanand cuenta una cosa que le dijo una vez su madre. Cuando Premanand se hizo cristiano, su familia le echó de casa y le cerró las puertas para que no volviera; pero a veces él se introducía para ver a su madre. Ella estaba muy apesadumbrada porque él se había hecho cristiano, pero no por eso dejó de amarle. Le dijo que cuando le llevaba en su vientre, un misionero le había dado un ejemplar de uno de los evangelios. Ella lo había leído, y todavía lo tenía. Le dijo a su hijo que no tenía ningún deseo de hacerse cristiana, pero que a veces, en los días antes de darle a luz, ella anhelaba que su hijo llegara a ser un hombre como Jesús.

Hay algo encantador en Jesucristo que todo el mundo puede ver. Es fácil creer que estas madres de Palestina creían que el toque de un Hombre así en las cabezas de sus niños les traería una bendición, aunque ellas no comprendieran cómo.

(ii) Estaban los discípulos. Los discípulos parece que fueron ásperos y hoscos; pero, si lo fueron, fue el amor lo que los movió. Su deseo era proteger a Jesús. Veían lo cansado que estaba; veían lo que Le costaba impartir sanidad. Les hablaba a menudo acerca de una cruz, y ellos tienen que haber notado en Su cara la tensión de Su corazón y alma. Lo único que querían era que no se molestara a Jesús. Eso era lo único que podían pensar entonces: que los niños eran una molestia para el Maestro. No debemos pensar que eran duros, ni condenarlos; lo único que querían era librar a Jesús de otra de esas demandas insistentes que siempre estaban drenando Sus fuerzas.

(iii) Está el mismo Jesús. Esta historia nos revela mucho acerca de Él.

Era la clase de Persona que aman los niños. George Macdonald solía decir que nadie puede ser seguidor de Cristo si a los niños les da miedo jugar a su puerta. Seguro que Jesús no era un asceta ceñudo, si los niños Le amaban. Además, para Jesús nadie carecía de importancia. Algunos podrían decir: «No es más que un niño. No le dejes que Te moleste.» Pero Jesús no diría eso nunca. Nadie fue jamás una molestia para Jesús. Él no estaba nunca demasiado cansado u ocupado para darse totalmente a cualquier persona que

Le necesitara. Hay una extraña diferencia entre Jesús y muchos famosos predicadores y evangelistas. A menudo es punto menos que imposible llegar a su presencia. Tienen una especie de cortejo y de guardaespaldas para mantener a la gente a distancia para que no cansen ni molesten al gran hombre. Jesús era todo lo contrario. El camino a Su presencia siempre estaba abierto para la persona más humilde y el chiquillo más pequeño.

(iv) Estaban los niños. Jesús decía de ellos que estaban más cerca de Dios que nadie más. La sencillez del niño está, desde luego, más próxima a Dios que ninguna otra cosa. La tragedia de la vida es que, a medida que nos hacemos mayores, nos vamos alejando de Dios en lugar de irnos acercando a Él.

LA GRAN RENUNCIA

Mateo 19:16-22

Y, fijaos: Un hombre se Le acercó a Jesús y Le dijo:

—Maestro, ¿qué tengo yo que hacer que sea bueno para poseer la vida eterna?

—¿Por qué Me preguntas acerca de lo bueno? —le dijo Jesús—. No hay más que Uno que es bueno. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

El hombre Le dijo a Jesús:

—¿Qué clase de mandamientos?

Jesús le contestó:

—«No mates; no cometas adulterio; no robes; honra a tu padre y a tu madre.» Y «Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo.»

El joven Le dijo:

—Todo eso ya lo he cumplido. ¿Qué más me falta?

Jesús le contestó:

—Si quieres ser íntegro, anda, vende todas tus posesiones, y dales el producto a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo; ¡y entonces ven, y sígueme!

Cuando el joven oyó estas palabras, se marchó triste, porque tenía muchas posesiones.

Aquí tenemos una de las historias más conocidas y apreciadas del Evangelio. Una de las cosas más interesantes acerca de ella es la manera que la mayor parte de nosotros, inconscientemente, reunimos diferentes detalles tomados de los diferentes evangelios para tener el cuadro completo. Por lo general la llamamos la Historia del Joven Rico, o del Joven Gobernante.

Todos los evangelios nos dicen que este hombre era *rico,* porque ese es el detalle característico de la historia; pero solo Mateo dice que fuera *joven (Mateo 19:20, 22);* y sólo Lucas dice que fuera *un gobernador (Lucas 18:18).* Es interesante comprobar que, inconscientemente, nos hemos hecho una escena compuesta con elementos tomados de los tres evangelios *(Mateo 19:16-22; Marcos 10:17-22; Lucas 18:18-23).*

Hay otro detalle interesante en esta historia. Mateo altera la pregunta que el hombre Le hizo a Jesús. Tanto Marcos como Lucas dicen que la pregunta fue: «¿Por qué Me llamas bueno? No hay nadie que sea bueno más que Dios» *(Marcos 10:18; Lucas 18:19).* Mateo dice: «¿Por qué Me preguntas acerca de lo bueno? —le dijo Jesús—. No hay más que Uno que es bueno» *(Mateo 19:17).* (La versión Reina-Valera comete aquí un error, aunque en la edición del '95 lo corrige en una nota, como otras versiones modernas). El de Mateo es el último de los tres primeros evangelios, y su respeto a Jesús es tal que no puede soportar presentar a Jesús haciendo la pregunta: «¿Por qué Me llamas bueno?» Eso casi le sonaba como si Jesús rechazara que se Le llamara bueno, así que lo cambió por: «¿Por qué Me preguntas acerca de lo bueno?» a fin de evitar la posible irreverencia.

Esta historia enseña una de las lecciones más profundas, porque contiene la base total de la diferencia entre la idea correcta y la equivocada de lo que es la religión.

El hombre que vino a Jesús estaba buscando lo que él llamaba *la vida eterna.* Estaba buscando la felicidad, la satisfacción, la paz con Dios. Pero la misma manera de hacer la pregunta le delató. Él preguntó: «¿Qué debo yo *hacer?*» Estaba pensando en términos de *obras.* Era como los fariseos: pensaba en términos de reglas y normas. Estaba pensando en engrosar su balance de crédito con Dios cumpliendo las obras de la Ley. Está claro que no sabía nada

de una religión de gracia, así que Jesús trató de conducirle al punto de vista correcto.

Jesús le contestó en sus propios términos. Le dijo que cumpliera los mandamientos. El hombre Le preguntó qué clase de mandamientos. A eso Jesús citó cinco de los diez mandamientos. Aquí hay dos cosas importantes acerca de los mandamientos que Jesús escogió citar.

La primera es que eran todos de la segunda tabla, los que tratan no de nuestro deber para con Dios, sino de nuestro *deber para con los hombres.* Son los mandamientos que gobiernan nuestras *relaciones personales,* y nuestra *actitud para con nuestros semejantes.*

La segunda es que Jesús cita un mandamiento, como si dijéramos, fuera de sitio. Cita el mandamiento de honrar a los padres el último, cuando de hecho debería ser el primero. Está claro que Jesús quería hacer hincapié especialmente en ese mandamiento. ¿Por qué? ¿No sería porque este joven se había hecho rico y había tenido éxito en su carrera, y luego se había olvidado de sus padres, que puede que fueran muy pobres? Puede que subiera en el mundo, y que se medio avergonzara de los de su propio hogar; y también puede que se justificara a sí mismo perfectamente mediante la ley del *korbán* que Jesús había condenado tan irremisiblemente *(Mateo 15:1-6; Marcos 7:9-13).* Estos pasajes muestran que él podía muy bien haber hecho eso, y todavía pretender que había obedecido los mandamientos. En el mismo mandamiento que cita, Jesús le está preguntando a este joven cuál era su actitud para con sus semejantes y para con sus padres; es decir, cómo eran sus relaciones personales.

La respuesta del joven fue que él había cumplido esos mandamientos; y sin embargo había todavía algo que él sabía que debía tener y no tenía. Así que Jesús le dijo que lo vendiera todo, que se lo diera a los pobres y que Le siguiera.

Sucede que tenemos otro relato de este incidente en el *Evangelio según los Hebreos,* que fue uno de los evangelios primitivos, que no logró entrar en el Nuevo Testamento. Su relato nos da una información adicional valiosa. Aquí está:

El segundo de los ricos Le dijo: «Maestro, ¿Qué buena cosa puedo yo hacer para vivir?» Él le dijo: «Oh hombre, cumple la Ley y los Profetas.» Él Le contestó: «Los he guardado.» Él le dijo: «Ve, vende todo lo que posees, y distribúyeselo a los pobres, y ven, sígueme.» Pero el hombre rico empezó a rascarse la cabeza, y no le agradó. Y el Señor le dijo: «¿Cómo dices tú: "He guardado la Ley y los Profetas"? Porque está escrito en la Ley: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"; y he aquí, muchos de tus hermanos, hijos de Abraham, se visten de harapos, se mueren de hambre, y tu casa está llena de muchas cosas buenas; pero ninguna de ellas sale hacia ellos.»

Aquí está la clave de todo el pasaje. El Joven Rico pretendía haber cumplido la Ley. En un sentido legalista, aquello podría ser cierto; pero en el sentido espiritual, no lo era, porque su actitud hacia sus semejantes era errónea. En último análisis, su actitud era totalmente egoísta. Fue por eso por lo que Jesús le hizo enfrentarse con el desafío de vender todo y dárselo a los pobres. Este hombre era prisionero de sus posesiones de tal manera que nada que no fuera una incisión quirúrgica para separarle de ellas sería suficiente. Si una persona considera sus posesiones como algo que le ha sido dado exclusivamente para su propia comodidad y conveniencia, son una cadena que le hace falta romper; si viera sus posesiones como un medio para ayudar a otros, serían su corona.

La gran verdad de esta historia radica en la manera en que ilumina el sentido de la vida eterna. La vida eterna es la vida de Dios. La palabra *eterno* es *aiônios,* que no quiere decir *lo que dura para siempre,* sino algo que corresponde a Dios, o que pertenece a Dios, o que es una característica de Dios. La gran característica de Dios es que Él, de tal manera amó, que dio. Por tanto, la esencia de la vida eterna no es una observancia calculada cuidadosamente de los mandamientos y las reglas y las normas; la vida eterna se basa en una actitud de amor y generosidad sacrificial para con nuestros prójimos. Si quisiéramos encontrar la vida eterna, la felicidad, el gozo, la paz de la mente y la serenidad del corazón, no sería amontonando una balanza de crédito con Dios, guardando mandamientos y observando leyes y normas; sería reproduciendo la actitud del amor y del cuidado de Dios para con nuestros

semejantes. Seguir a Cristo y en gracia y generosidad servir a las personas por las cuales Cristo murió son la misma cosa.

Por último, el Joven Rico volvió la espalda con gran tristeza. No aceptó el desafío, porque tenía muchas posesiones. Su tragedia era que amaba las cosas más que a las personas; y se amaba a sí mismo más de lo que amaba a otros. Cualquier persona que ponga las cosas por delante de las personas, y al yo antes que a los demás, debe volver la espalda a Jesucristo.

EL PELIGRO DE LA RIQUEZA

Mateo 19:23-26

> *Jesús les dijo a Sus discípulos:*
>
> *—Esto que os digo es la pura verdad: ¡Qué difícil le es a un rico entrar en el Reino del Cielo! Y otra vez os lo repito: Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que que un rico entre en el Reino del Cielo.*
>
> *Cuando los discípulos oyeron esto, se quedaron alucinados.*
>
> *—Entonces, ¿qué rico conseguirá salvarse? —dijeron. Y Jesús Se los quedó mirando, y les dijo:*
>
> *—Para los hombres, es imposible; pero a Dios todas las cosas Le son posibles.*

El caso del Joven Rico arrojaba una luz clara y trágica sobre el peligro de la riqueza; ahí estaba un hombre que había hecho la gran repulsa porque tenía muchas posesiones. Jesús ahora pasa a hacer hincapié en este peligro. «Es difícil —les dijo—para un rico entrar en el Reino del Cielo.»

Para ilustrar lo difícil que era, puso una metáfora gráfica. Dijo que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como le sería a un camello pasar por el ojo de una aguja. Se han propuesto diversas explicaciones a la imagen que Jesús trazó.

El camello era el animal más grande que conocían los judíos. Se dice que algunas veces había dos puertas en las ciudades amuralladas. Una era la gran puerta principal por la que entraba y salía todo el tráfico y el comercio. Al lado había a veces una portezuela baja y estrecha. Cuando la principal estaba cerrada y guardada por la noche, la única manera de entrar en la ciudad era

por la puerta pequeña, por la que hasta una persona casi no podía pasar erguida. Se dice que a veces llamaban a la portezuela «el ojo de la aguja.» Así que se sugiere que Jesús estaba diciendo que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como a un corpulento camello pasar por la portezuela por la que casi no podía entrar una persona.

Hay otra sugerencia muy atractiva. La palabra griega para *camello* es *kamêlos;* y la palabra griega para *una guindaleza de barco* es *kamilos.* Fue característico del griego helenístico que los sonidos vocálicos tendieron a perder sus diferencias claras, y a parecerse más entre sí. En ese griego casi no habría ninguna diferencia notoria entre los sonidos de la *ê* y de la *i*. Los dos se pronunciarían como la *i* en castellano. Así que lo que Jesús puede que dijera es que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como sería enebrar una aguja de coser con una guindaleza. Esa también sería una metáfora clara.

Pero lo más probable es que Jesús utilizara la metáfora literalmente, y que de hecho dijera que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como a un camello pasar por el ojo de una aguja. ¿Por qué esa extrema dificultad? Las riquezas tienen tres efectos principales en la actitud de una persona.

(i) *La riqueza produce una falsa independencia.* Si uno tiene una buena provisión de bienes de este mundo, puede que se crea capaz de resolver cualquier situación que se le pueda presentar.

Hay un ejemplo claro de esto en la carta a la Iglesia de Laodicea en *Apocalipsis.* Laodicea era la ciudad más rica de Asia Menor. Fue destruida por un terremoto en el año 90 a.C. El gobierno romano ofreció ayuda y una gran suma de dinero para reconstruir los edificios afectados. Laodicea rehusó, diciendo que ella era muy suficiente para resolver la situación por sí misma. «Laodicea —dijo el historiador romano Tácito— se levantó de sus ruinas totalmente con sus propios recursos y sin ninguna ayuda nuestra.» El Cristo Resucitado oyó decir a Laodicea: «Yo soy rica, he prosperado, y no me hace falta nada» *(Apocalipsis 3:17).* El dramaturgo inglés Walpole acuñó el cínico epigrama de que todo hombre tiene su precio. Si un hombre es rico, se figura que todo tiene un precio, y si quiere algo, no tiene más que comprarlo; y que si se le presenta una

situación difícil, puede encontrar la salida. Puede llegar a pensar que puede comprar el derecho a la felicidad y la exclusión de la aflicción. Así es que llega a pensar que Dios no le hace ninguna falta, y que es perfectamente capaz de resolverse la vida por sí mismo. Llega un punto cuando descubre que eso es una ilusión, que hay cosas que no se pueden comprar con dinero, y cosas de las que el dinero no nos puede salvar. Pero siempre existe el peligro de que las muchas posesiones produzcan la falsa independencia que considera —hasta que se entera de lo contrario— que ha eliminado la necesidad de Dios.

(ii) *La riqueza encadena al hombre a este mundo.* «Donde esté vuestro tesoro —dijo Jesús—, allí estará también vuestro corazón» *(Mateo 6:21).* Si todo lo que una persona desea se encuentra en este mundo, si todos sus intereses están aquí, no piensa nunca en el otro mundo ni en el más allá. Si una persona tiene un interés demasiado grande en la Tierra, puede llegar a olvidarse de que hay un Cielo. Después de una visita a un cierto castillo y estado rico y lujoso, el doctor Johnson observó sombríamente: «Estas son las cosas que le hacen a uno difícil morir.» Es perfectamente posible que un hombre esté tan interesado en cosas terrenales que olvide las celestiales, que esté tan involucrado en las cosas que se ven que olvide las cosas que no se ven —y ahí está la tragedia, porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

(iii) *La riqueza tiende a hacer a la persona egoísta.* Por mucho que tenga una persona, es humano desear tener todavía más; porque, como se ha dicho epigramáticamente: «Suficiente es siempre un poco más de lo que se tiene.» Además, una vez que uno ha disfrutado de comodidad y lujo, siempre tiende a temer el día en que los pueda perder. La vida se convierte en una pelea preocupada y tensa para retener lo que se tiene. El resultado es que, cuando uno se hace rico, en vez de tener el impulso de dar, a menudo tiene el de retener. Su instinto es amasar más y más cosas, porque cree que le darán la seguridad. El peligro de la riqueza es que tiende a hacer que uno se olvide de que pierde lo que guarda, y gana lo que da.

Pero Jesús no dijo que era *imposible* que un rico entrara en el Reino del Cielo. Zaqueo era uno de los hombres más ricos de Jericó, e inesperadamente encontró la entrada *(Lucas 19:9).* José de Arimatea era rico *(Mateo 27:57);* Nicodemo debe de haber sido muy rico, porque compró especias para ungir el cuerpo muerto de Jesús que costaban el rescate de un rey *(Juan 19:39).* No son los que tienen riqueza los que quedan excluidos. No es que la riqueza sea un pecado —pero están en peligro. La base de todo el Cristianismo es un sentimiento imperioso de necesidad; cuando una persona tiene muchas cosas en la Tierra, corre peligro de creer que no necesita a Dios; cuando una persona tiene pocas cosas en la Tierra, a menudo se arroja en los brazos de Dios porque no tiene otro al que acudir.

RESPUESTA SABIA A PREGUNTA ERRÓNEA

Mateo 19:27-30

> *Entonces Pedro Le dijo a Jesús:*
>
> *—Fíjate: Nosotros lo hemos dejado todo para seguirte. ¿Qué vamos a sacar?*
>
> *Jesús le contestó:*
>
> *—Cuando se regeneren todas las cosas, y cuando el Hijo del Hombre Se siente en Su trono glorioso, vosotros también, los que Me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o tierras por Mi nombre, recibirá el ciento por uno y entrará a poseer la vida eterna. Pero muchos que estaban los primeros estarán los últimos, y muchos que estaban los últimos estarán los primeros.*

Habría sido natural, humanamente hablando, no hacer caso de la pregunta de Pedro, y hasta darse por ofendido. En cierto sentido, era una pregunta de lo más impertinente. Para decirlo claro, Pedro estaba preguntando: «¿Qué vamos a sacar por seguirte?» Jesús podría muy bien haber dicho que los que Le siguieran con esa actitud no tenían ni la menor idea de lo que era seguirle. Y sin embargo, era una pregunta natural. Es verdad que habría una reprensión implícita en la parábola que Jesús contó a continuación;

pero no le echó la bronca a Pedro. Aceptó su pregunta, y de ella dedujo tres grandes leyes de la vida cristiana.

(i) Siempre es verdad que el que comparte la campaña de Cristo compartirá la victoria de Cristo. En las campañas humanas, muchas veces resulta que los soldados que pelearon en la batallas son olvidados en cuanto termina la guerra y se ha ganado la victoria, porque ya no se necesitan para nada. En las campañas humanas ha sido verdad muchas veces que los hombres que lucharon para hacer un país en el que los héroes pudieran vivir, encontraron que ese mismo país se había convertido en un lugar en el que los héroes se podían morir de hambre. Eso no pasa con Jesucristo. El que comparte la campaña de Cristo, compartirá el triunfo de Cristo; y el que lleva la Cruz, llevará la corona.

(ii) Es siempre cierto que el cristiano recibirá mucho más de lo que haya tenido que dejar; pero lo que reciba no serán posesiones materiales, sino una nueva compañía, humana y divina.

Cuando uno se hace cristiano, entra en una nueva comunidad *humana*. Mientras exista una iglesia cristiana, un cristiano no debe tener falta de amigos. Si su decisión por Cristo ha supuesto tener que renunciar a amigos, también debería querer decir que ha entrado en un círculo más amplio de amistad que el que conoció antes. Debería ser cierto que no hay apenas ningún pueblo o aldea o ciudad en ningún sitio en el que el cristiano se pueda sentir solo. Porque donde hay una iglesia, hay una comunidad en la que él tiene derecho a incorporarse. Puede que el cristiano que es forastero sea demasiado tímido para introducirse como es debido; puede que la iglesia del lugar al que ha llegado el forastero se haya convertido en un club privado más de la cuenta, para abrirle sus brazos y sus puertas. Pero, si el ideal cristiano se está haciendo realidad, no hay lugar en todo el mundo con una iglesia cristiana en el que el cristiano individual se pueda sentir solo o aislado. Simplemente por el hecho de ser cristiano ha entrado a formar parte de una compañía que se extiende hasta los últimos confines de la Tierra.

Además, cuando uno se hace cristiano entra en una nueva comunidad *divina.* Entra a poseer la vida eterna, la vida que es la misma vida de Dios. De otras cosas podrá verse separado un

cristiano, pero nunca puede estar separado del amor de Dios en Cristo Jesús su Señor.

(iii) Por último, Jesús establece que habrá sorpresas en las asignaciones finales. Los baremos de Dios no son como los de los hombres, aunque no sea nada más que porque Dios ve los corazones de las personas. Hay un nuevo mundo en el que se han de enderezar los tuertos del antiguo; hay una eternidad para rectificar los malentendidos del tiempo. Y puede que los que fueron humildes en la Tierra sean grandes en el Cielo, y que los que fueron grandes en este mundo sean humildes en el mundo por venir.

EL PROPIETARIO BUSCA OBREROS

Mateo 20:1-16

Jesús siguió diciéndoles:

—Porque en el Reino del Cielo se presentarán casos como el que le sucedió a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar jornaleros para su viña. Cuando llegó a un acuerdo con ellos de que trabajarían por diez pesetas al día, los envió a su viña. Salió otra vez a eso de las 9 de la mañana, y vio a otros que estaban parados en la plaza del mercado; y les dijo:

—Id vosotros también a la viña, y os pagaré lo que sea justo.

Y ellos fueron. Y él salió otra vez a eso de las 12 del mediodía, y luego alrededor de las 3 de la tarde, e hizo lo mismo. A eso de las 5 de la tarde salió otra vez y encontró a otros que estaban allí, y les dijo:

—¿Por qué estáis ahí todo el día sin hacer nada?

—Porque nadie nos ha contratado —le contestaron. Y él les dijo :

—Id vosotros también a la viña.

Cuando cayó la tarde, el amo de la viña le dijo a su administrador:

—Llama a los jornaleros para darles su paga, empezando por los últimos y siguiendo por ese orden hasta llegar a los primeros.

Así pues, cuando se acercaron los que habían sido contratados a las 5 de la tarde recibieron cada uno 10 pesetas. Los que habían llegado los primeros creyeron que ellos recibirían más; pero también les dieron 10 pesetas a cada uno. Cuando cogieron su jornal, se pusieron a murmurar y a quejarse del amo.

—Estos últimos —dijeron—, no han trabajado más que una hora, y tú les has pagado lo mismo que a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor de todo el día.

—Amigo —le contestó él a uno de ellos—, yo no te he estafado. ¿No te pusiste de acuerdo conmigo en trabajar por 10 pesetas? ¡Pues toma lo que es tuyo, y vete! Es mi deseo darle

a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo yo hacer lo que me dé la gana con mi propio dinero? ¿O es que te sienta mal que yo sea generoso?

Así sucederá que los últimos estarán los primeros, y los primeros estarán los últimos.

Esta parábola puede que nos suene a una historia puramente imaginaria, pero sería entonces de lo más real. Aparte del método de pago, la parábola describe la clase de cosa que sucedía frecuentemente en ciertas épocas del año en Palestina. La cosecha de la uva maduraba hacia finales de septiembre, y las lluvias venían pisándole los talones. Si no se acababa la vendimia antes de que rompieran las lluvias, se podía perder toda la cosecha. Así que la vendimia era una carrera de locos contra el tiempo. Cualquier jornalero era bien venido, aunque no pudiera trabajar más que una hora. La paga era perfectamente normal: un *denarius,* o una *drajma,* era el jornal normal de un obrero; y, aun contando con la diferencia en el valor adquisitivo del dinero, 10 pesetas al día no era un jornal que dejara mucho margen.

Los hombres que se ponían en la plaza del mercado no eran vagos que estuvieran allí pasando el tiempo. La plaza del mercado era donde se contrataban normalmente los obreros. Un hombre iba allí a primera hora de la mañana con sus herramientas, y esperaba hasta que alguien le contratara. Los hombres que estaban todavía esperando trabajo hasta las 5 de la tarde es prueba de lo desesperada que era su situación.

Estos hombres eran jornaleros; pertenecían a la clase más baja de los trabajadores, y la vida era para ellos desesperadamente precaria. Los esclavos y los siervos se consideraban, por lo menos hasta cierto punto, parte de una familia; estaban en un grupo; su fortuna variaría de acuerdo con la de la familia; pero nunca estarían en ningún peligro inminente de morirse de hambre en circunstancias normales. Pero los jornaleros lo tenían muy diferente. No pertenecían a ningún grupo. Estaban totalmente a merced del empleo casual. Siempre vivían al borde del hambre. Como ya hemos visto, la paga eran 10 pesetas al día; y, si no trabajaban un día, los niños se quedarían con hambre en casa, porque no se podía

ahorrar mucho con 10 pesetas al día. Un día sin trabajo era una desgracia.

Las horas de la parábola eran las del horario normal judío. La jornada laboral judía empezaba al amanecer, como a las 6 de la mañana, y desde entonces se contaban las horas hasta las 6 de la tarde, que era cuando empezaba oficialmente el nuevo día. Contando desde las 6 de la mañana, por tanto, la tercera hora eran las 9, la sexta las 12 de mediodía, y la undécima las 5 de la tarde.

Esta parábola nos da una descripción gráfica de la clase de cosa que sucedería en la plaza del mercado de cualquier aldea o pueblo de Palestina cuando había prisa para recoger la cosecha antes que viniesen las lluvias.

OBRA Y PAGA EN EL REINO DE DIOS

Mateo 20:1-16 *(conclusión)*

C. G. Montefiori califica esta parábola como «una de las más grandes y más gloriosas de todas.» Es posible que tuviera una aplicación relativamente limitada cuando se dijo por primera vez, pero contiene una verdad que penetra hasta el mismo corazón del Evangelio. Empezaremos por la significación comparativamente limitada que consideramos que tuvo originalmente.

(i) En cierto sentido es una advertencia a los discípulos. Es como si Jesús les dijera: «Habéis tenido el gran privilegio de entrar en la comunidad del Reino muy temprano, en su mismo principio. Otros entrarán después. No debéis reclamar un honor ni un lugar especial por haber sido cristianos desde antes que ellos. Todas las personas, independientemente de cuando entraran, Le son igualmente preciosas a Dios.»

Hay personas que creen que, porque son miembros de una iglesia desde hace mucho, la iglesia les pertenece y ellos pueden dictar su política. A tales personas les molesta lo que les parece una intromisión de la nueva sangre o el surgimiento de una nueva generación con planes y métodos diferentes. En la Iglesia Cristiana la antigüedad no representa necesariamente un grado.

(ii) Contiene una advertencia igualmente definida a los judíos. Ellos sabían que eran el pueblo escogido, y por nada del mundo lo olvidarían. En consecuencia, miraban a los gentiles por encima del

hombro. Corrientemente los odiaban y despreciaban, y no esperaban más que su destrucción. Esta actitud amenazaba con transmitirse a la Iglesia Cristiana. Si se dejaba entrar a los gentiles de alguna manera tendría que ser como inferiores.

«En la economía de Dios —como ha dicho alguien— no hay tal cosa como una cláusula de nación privilegiada.» El Cristianismo no sabe nada de la idea de un *Herrenfolk,* una raza superior. Bien puede ser que los que somos cristianos desde hace mucho tengamos mucho que aprender de las iglesias jóvenes que han ingresado mucho después en la comunidad de la fe.

(iii) Estas son las lecciones originales de esta parábola, pero tiene mucho más que decirnos.

En ella se encuentra *el consuelo de Dios*. Quiere decir que no importa cuándo haya entrado una persona en el Reino, si más tarde o más temprano, si en el primer hervor de la juventud, o en el vigor del mediodía, o cuando se alargan las sombras; se es igualmente querido para Dios. Los rabinos tenían un dicho: «Algunos entran en el Reino en una hora; otros necesitan toda una vida.» En la descripción de la Santa Ciudad que encontramos en *Apocalipsis* hay doce puertas. Hay puertas que dan al *Este,* que es por donde amanece, por las que una persona puede entrar en la alegre aurora de sus días; hay puertas que dan al *Oeste,* que es por donde se pone el sol, por las que una persona puede entrar en el ocaso de sus días. No importa cuándo llegue una persona a Cristo; le es igualmente querida.

¿No podríamos ir todavía más lejos con este pensamiento del consuelo? Algunas veces una persona muere llena de años y de honores, con su labor concluida y su tarea completada. Algunas veces muere joven, casi antes de que se le haya abierto la puerta de la vida y de la oportunidad. Ambos recibirán de Dios la misma bienvenida, a ambos los estará esperando Jesucristo, y para ninguno de los dos, en el sentido de Dios, ha terminado la vida demasiado pronto o demasiado tarde.

(iv) Aquí encontramos igualmente *la infinita compasión* de Dios. Brilla un elemento de ternura humana en esta parábola.

No hay nada más trágico en este mundo que una persona que se pasa la vida en el paro, cuyos talentos se están enmoheciendo en la

inactividad porque no se le ofrece ninguna oportunidad. Hugh Martin nos recuerda que un gran maestro solía decir que las palabras más tristes de todas las de Shakespeare son: «La oportunidad de Otelo se le cerró.» En el mercado de contratación algunos estaban esperando porque nadie los había contratado; en su compasión, el propietario les dio trabajo. No podía soportar verlos ociosos.

Además, en estricta justicia, cuantas menos horas trabajara un hombre, menos paga debía recibir. Pero el amo sabía muy bien que 10 pesetas no era un gran sueldo; sabía muy bien que, si un jornalero llegaba a casa con menos, se encontraría con una mujer preocupada y con chicos hambrientos; y por consiguiente fue más allá de la justicia y les dio más de lo que les correspondía.

Como se ha dicho, esta parábola expresa implícitamente dos grandes verdades que son la carta magna de los obreros: el derecho al trabajo, y el derecho a un salario que le permita vivir.

(v) Aquí está también *la generosidad* de Dios. Estos hombres no hicieron todos el mismo trabajo, pero recibieron el mismo jornal. Aquí hay dos grandes lecciones. La primera es, como ya se ha dicho: «Todo servicio cuenta lo mismo para Dios.» No es la cantidad de servicio lo que cuenta, sino el amor con que se presta. Puede que uno dé de lo que le sobra una ayuda de 10,000 pesetas, y es verdad que se le agradece; un niño puede que haga un regalo de cumpleaños o de navidad que cuesta unas pocas pesetas que fueron cariñosa y laboriosamente ahorradas para ese regalo que, aunque costaba poco dinero, llegaba al corazón mucho más que el otro. Dios no mira solo la magnitud de nuestro servicio. Siempre que sea todo lo que podemos aportar, todo servicio cuenta lo mismo para Dios.

La segunda lección es aún más grande: Todo lo que Dios da es pura gracia. Nunca podríamos ganar lo que Dios nos da; no podemos merecerlo; Dios nos lo da movido por la bondad de Su corazón. Lo que Dios da no es paga, sino regalo; no es un salario, sino una gracia.

(vi) Sin duda esto nos conduce a la suprema lección de la parábola: *Lo más importante del trabajo es el espíritu con que se hace.* Los siervos estaban divididos naturalmente en dos clases. Los de la primera habían llegado a un acuerdo con el propietario, tenían

un contrato; dijeron: «Trabajaremos para ti si nos das tal jornal.» Como mostró su comportamiento, todo lo que les interesaba era recibir lo más posible por su trabajo. Pero los que se incorporaron después, no se menciona ningún contrato; lo que querían era la posibilidad de trabajar, y dejaron todo lo referente al jornal al criterio del propietario.

Uno no es cristiano si no tiene interés nada más que en la paga. Pedro preguntó: «¿Qué vamos a sacar nosotros de todo esto?» El cristiano trabaja por el gozo de servir a Dios y a sus semejantes. Por eso es por lo que los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros. Muchas personas que han obtenido grandes galardones en este mundo tendrán un lugar poco importante en el Reino si en lo único en que pensaban era en las recompensas. Muchos que, según lo valora el mundo, son pobres, serán grandes en el Reino, porque nunca pensaron en términos de compensaciones, sino trabajaron por la ilusión de trabajar y por la alegría de servir. Es la paradoja de la vida cristiana que el que trabaja por la recompensa, la pierde; y el que olvida la recompensa, la encuentra.

HACIA LA CRUZ

Mateo 20:17-19

> *Conforme iba subiendo hacia Jerusalén, Jesús tomó aparte a los doce discípulos y les dijo mientras iban de camino:*
>
> *—Fijaos: Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, que Le condenarán a muerte y Le entregarán a los gentiles para que se burlen de Él y Le azoten y Le crucifiquen; pero al tercer día resucitará.*

Esta fue la tercera vez que Jesús anunció a Sus discípulos que iba de camino a la Cruz *(Mateo 16:21; 17:22s).* Tanto Marcos como Lucas añaden sus propios detalles al relato para mostrar que en esta ocasión había en el grupo apostólico una atmósfera tensa y un presagio de tragedia inminente. Marcos dice que Jesús iba caminando solo por delante, y los discípulos estaban alucinados y atemorizados *(Marcos 10:32-34).* No comprendían lo que estaba

sucediendo, pero podían ver en cada línea del cuerpo de Jesús la lucha de Su alma. Lucas también nos dice que Jesús Se llevó consigo aparte a los discípulos a solas para tratar de hacerles comprender lo que les esperaba más adelante *(Lucas 18:31-34).* Aquí tenemos el primer paso decisivo hacia el último acto de la inevitable tragedia. Jesús Se puso en camino hacia Jerusalén y la Cruz deliberadamente y con los ojos abiertos.

Había una extraña totalidad en el sufrimiento que Jesús Se anticipaba; era un sufrimiento en el que no faltaría ningún dolor de corazón o mente o cuerpo.

Había de ser *entregado traidoramente* a manos de los principales sacerdotes y los escribas; ahí vemos el sufrimiento del *corazón quebrantado por la deslealtad de los amigos.* Había de ser *condenado a muerte;* ahí vemos el sufrimiento de la injusticia, que es tan difícil de soportar. Había de ser *objeto de burlas* para los romanos; ahí vemos el sufrimiento de *la humillación* y de *los insultos deliberados.* Había de ser azotado; pocas torturas ha habido en el mundo que se pudieran comparar con el látigo romano, y aquí vemos el sufrimiento del *dolor físico.* Por último, había de ser *crucificado;* allí vemos el sufrimiento supremo de *la muerte.* Es como si Jesús hubiera de reunir en Sí mismo toda clase de sufrimiento físico, emocional y mental, que el mundo pudiera infligir.

Aun en tal momento Sus palabras no terminaron ahí, sino que Jesús pasó a anunciar confiadamente Su Resurrección. Al otro lado del telón del sufrimiento se encontraba la revelación de la gloria; al otro lado de la Cruz estaba la Corona; al otro lado de la derrota estaba la victoria, y al otro lado de la muerte, la vida.

FALSA Y VERDADERA AMBICIÓN

Mateo 20:20-28

> *Por aquel tiempo vino a Jesús la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se arrodilló delante de Él pidiéndole algo. Y Jesús le preguntó:*
>
> *—¿Qué quieres?*
>
> *—Dispón —Le dijo ella— que estos dos hijos míos se sienten uno a Tu derecha y otro a Tu izquierda en Tu Reino.*

—Tú no sabes lo que pides —le contestó Jesús—. ¿Podéis vosotros beber la copa que Yo he de beber?

—Podemos— Le contestaron. Y Él les dijo:

—Mi copa habréis de beber; pero el sentaros a Mi de recha y a Mi izquierda no Me corresponde a Mí concederlo, sino pertenece a los que Mi Padre se lo ha asignado.

Cuando los otros diez discípulos se enteraron de esto, se enfadaron mucho con los dos hermanos. Jesús los llamó para que se Le acercaran, y les dijo:

—Ya sabéis que los gobernantes de los gentiles ejercen señorío sobre ellos, y que sus grandes hombres tienen autoridad sobre ellos. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera demostrar que es grande entre vosotros debe ser vuestro siervo; y el que quiera ocupar un lugar preeminente será vuestro esclavo, de la misma manera que el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos.

Aquí vemos en acción la ambición mundana de los discípulos. Hay una pequeña diferencia muy reveladora entre los relatos de este incidente de Mateo y de Marcos. En *Marcos 10:35-45,* son Santiago y Juan los que vienen a Jesús con esta petición. En *Mateo,* es su madre. Se sugiere que la razón para este cambio es que Mateo escribía veinticinco años después que Marcos; para entonces, se les había colocado a los discípulos una especie de halo de santidad. Mateo no quería mostrar que Santiago y Juan habían sido culpables de ambición mundana, así es que coloca la solicitud en labios de la madre de ellos más que en los de ellos mismos.

Puede que hubiera una razón muy natural para esta petición. Es probable que Santiago y Juan fueran parientes cercanos de Jesús. Mateo, Marcos y Juan nos dan la lista de las mujeres que estaban al pie de la Cruz. Vamos a ponerlas por orden.

La lista de Mateo es:

María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo (Mateo 27:56).

La lista de Marcos es:

María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé (Marcos 15:40).

La lista de Juan es:

La Madre de Jesús, la hermana de Su Madre, María la mujer de Cleofas, y María Magdalena (Juan 19:25).

María Magdalena aparece en todas las listas; María la madre de Santiago y José debe de ser la misma que María la mujer de Cleofas; por tanto, la tercera mujer se describe de tres maneras diferentes. Mateo la llama *la madre de los hijos de Zebedeo;* Marcos la llama *Salomé,* y Juan la llama *la hermana de la madre de Jesús.* Así que se nos dice que la madre de Santiago y Juan se llamaba Salomé, y que era hermana de María la Madre de Jesús. Eso quiere decir que Santiago y Juan eran primos hermanos de Jesús; puede ser que creyeran que su parentesco les daba derecho a un lugar especial en Su Reino.

Este es uno de los pasajes más reveladores del Nuevo Testamento. Arroja luz en tres direcciones.

Primero, ilumina a *los discípulos.* Nos dice tres cosas acerca de ellos. (*a*) Nos habla de su *ambición.* Todavía estaban pensando en términos de recompensas y de distinciones personales; y en el éxito personal sin el sacrificio personal. Querían que Jesús, por decreto real, les asegurara una vida de príncipes. Todos tenemos que aprender que la verdadera grandeza reside, no en el dominio, sino en el servicio; y que en cualquier esfera, el precio de la grandeza ha de ser pagado.

Esto está en la cara del *debe* en la cuenta de los discípulos; pero hay mucho más en la cara del *haber.* No hay incidente que muestre mejor que este su *invencible fe en Jesús.* Consideremos cuándo se hizo esta petición. Se hizo después que Jesús anunciara repetidas veces que lo que tenía por delante era la inescapable Cruz; se hizo en un momento en que el aire estaba sobrecargado con la atmósfera de la tragedia y el sentido del presagio. Sin embargo, a pesar de eso, los discípulos estaban pensando en un Reino. Es de la mayor significación el ver que, aun en un mundo del que se iban apoderando las tinieblas, los discípulos se negaban a abandonar la seguridad de que la victoria pertenecía a Jesús. En la actitud

cristiana siempre tiene que haber este optimismo invencible cuando las cosas conspiran para sumirnos en la desesperación.

Todavía más: Aquí se demuestra *la inquebrantable lealtad* de los discípulos. Hasta cuando se les había dicho con toda claridad que lo que esperaba al final del camino era una copa amarga, nunca se les ocurrió volver la espalda; estaban decididos a beberla. Si conquistar con Cristo quiere decir sufrir con Cristo, estaban totalmente dispuestos a arrostrar ese sufrimiento.

Es fácil condenar a los discípulos, pero la fe y la lealtad en que se apoyaba su ambición no deben olvidarse nunca.

LA ACTITUD DE JESÚS

Mateo 20:20-28 *(continuación)*

Segundo, este pasaje arroja luz sobre *la vida cristiana.* Jesús dijo que los que quisieran compartir Su triunfo debían beber Su copa. ¿Cuál era esa copa? Jesús Se estaba dirigiendo a Santiago y Juan. Ahora bien, la vida trató a Santiago y a Juan de maneras muy diferentes. Santiago fue el primer mártir de la banda apostólica *(Hechos 12:2).* Para él la copa fue el martirio. Por otra parte, con mucho la mayor parte del peso de la tradición está de acuerdo en que Juan llegó a una bendita ancianidad en Éfeso y murió de muerte natural cuando ya tenía cerca de cien años de edad.. Para él la copa fue la constante disciplina y lucha de la vida cristiana a través de los años.

Sería equivocado pensar que para el cristiano la copa siempre quiere decir la lucha breve, aguda, amarga, agonizante del martirio; la copa puede muy bien ser la larga rutina de la vida cristiana, con todos sus sacrificios cotidianos, su lucha diaria y sus quebrantos y desilusiones y lágrimas. Una vez se encontró una moneda romana con la efigie de un buey; el buey estaba entre dos cosas: un altar y un arado; y la inscripción decía: «Dispuesto para cualquiera de los dos.» El buey tenía que estar listo, ya fuera para el momento supremo del sacrificio en el altar, o para la larga labor del arado en la granja. No hay una sola copa para los cristianos. Puede que tengan que beber su copa en un gran momento, o a lo largo de toda una vida cristiana. Beber la copa quiere decir sencillamente seguir a

Cristo dondequiera que Él guíe, y ser como Él en cualquier situación que la vida nos presente.

(iii) Este pasaje arroja luz sobre *Jesús.* Nos muestra Su *amabilidad.* Lo maravilloso de Jesús es que Él nunca perdió la paciencia ni Se alteró. A pesar de todo lo que había dicho, aquí estaban estos dos hombres y su madre todavía hablando de puestos de honor en un gobierno y un reino terrenal. Pero Jesús no Se indignó ante su ceguera, ni Se puso furioso con su necedad, ni desesperó por su incomprensión. Con amabilidad, con simpatía, con amor, nunca con una palabra impaciente, Él trata de conducirlos a la verdad.

Nos muestra Su *honradez.* Él estaba seguro de que Le esperaba una copa amarga que tenía que beber, y no dudaba en decirlo. No habrá nunca nadie que pretenda haber empezado a seguir a Jesús con expectativas que resultaron fallidas. Jesús nunca dejó de decir que, aunque la vida termine con una corona, es la Cruz lo que hay que llevar constantemente.

Nos muestra *Su confianza* en los hombres. Él nunca dudó que Santiago y Juan siguieran firmes en su lealtad. Tenían sus ambiciones equivocadas; tenían su ceguera; tenían sus ideas equivocadas; pero Él nunca soñó con descartarlos porque no sirvieran. Jesús creía que ellos podían y habrían de beber la copa, y que, al final, todavía se encontrarían de Su parte. Uno de los grandes hechos fundamentales a los que nos podemos aferrar es que, aunque nos aborrezcamos y despreciemos a nosotros mismos, Jesús siempre cree en nosotros. El cristiano es una persona en quien Cristo ha puesto Su confianza.

LA REVOLUCIÓN CRISTIANA

Mateo 20:20-28 *(continuación)*

La petición de Santiago y Juan molestó naturalmente a los otros discípulos. No comprendían por qué los dos hermanos habían de sacarles ventaja, aunque fueran primos de Jesús. No comprendían por qué a esos se les permitía presentar supuestos derechos a honores especiales. Jesús sabía lo que estaban pensando; y les dirigió una palabras que son la misma base de la vida cristiana. En el mundo, dijo Jesús, es totalmente cierto que los grandes hombres

están en control de los demás; son hombre a cuya voz de mando los otros tienen que obedecer; hombres que con un mero gesto hacen que se les supla la más insignificante necesidad. En el mundo había un gobernador romano con su corte, y un potentado oriental con sus esclavos. El mundo los consideraba grandes. Pero entre Mis seguidores el servicio es el único emblema de grandeza. La grandeza no consiste en obligar a otros a hacer cosas para uno, sino en hacer cosas para los demás; y cuanto mayor es el servicio, mayor es el honor. Jesús usa una especie de gradación. «Si quieres ser *grande* —dijo—, sé *un siervo;* si quieres ser *el primero de todos,* sé *un esclavo.*» Aquí está la revolución cristiana; aquí tenemos la total inversión de todos los valores del mundo. Una nueva escala de valores se ha introducido en la vida.

Lo curioso es que el mundo mismo ha aceptado instintivamente esos nuevos valores. El mundo sabe muy bien que un hombre bueno es el que sirve a sus semejantes. El mundo respetará, admirará, y algunas veces temerá al hombre de poder; pero amará al hombre de amor. El médico que va a cualquier hora del día a servir y salvar a sus pacientes; el sacerdote o pastor que está siempre entre los suyos donde se le necesita; el empresario que se toma un interés activo en las condiciones y en los problemas de sus empleados; la persona a la que todo el mundo puede acudir sabiendo que le atenderá, que no considerará una molestia atenderle —esas son las personas que todo el mundo ama, y en las que instintivamente ven a Jesucristo.

Cuando aquel gran santo japonés Toyohiko Kagawa entró en contacto con el Cristianismo por primera vez, sintió su atractivo, hasta que un buen día surgió de sus entrañas el grito: «¡Oh Dios, hazme como Cristo!» Para ser como Cristo, se fue a vivir en las chabolas, aunque él mismo padecía tuberculosis. Parecía el último lugar de la Tierra al que un hombre en sus condiciones debiera ir.

Cecil Northcott, en su *Famosas decisiones de la vida,* cuenta lo que hizo Kagawa. Se fue a vivir a una choza de dos por dos metros en un suburbio de Tokio. «La primera noche le pidieron que compartiera la cama con uno que sufría una sarna contagiosa. Esa fue la prueba de su fe. ¿Querría volver a su punto de no vuelta atrás? No. Aceptó a su compañero de cama. Luego un mendigo le

pidió su camisa, y él se la dio. Al día siguiente volvió por la chaqueta y los pantalones, y Kagawa se los dio. Kagawa se quedó con un viejo kimono raído. Los moradores del suburbio de Tokio se reían de él al principio, pero llegaron a respetarle. Se ponía en cualquier sitio, en medio de la lluvia, tosiendo todo el tiempo. “¡Dios es amor ” —gritaba— “¡Dios es amor! Donde hay amor, allí está Dios.” Muchas veces se caía agotado, y la ruda gente de los suburbios le llevaba con cuidado a su choza.»

Kagawa mismo escribía: «Dios mora entre los más desventurados de los hombres. Se sienta en los montones de basura con los condenados a muerte. Se encuentra entre los delincuentes juveniles. Está entre los mendigos. Está entre los enfermos. Espera con los parados. Por tanto, el que quiera encontrar a Dios, que visite las celdas de la cárcel antes que el templo. Antes que ir a la iglesia, que vaya al hospital. Antes de leer la Biblia, que ayude al mendigo.»

Ahí está la grandeza. El mundo puede que mida la grandeza de una persona por el número de hombres que puede controlar y que están a sus órdenes; o por su talla intelectual y por su eminencia académica; o por el número de juntas en las que es consejero; o por el tamaño de su cuenta corriente y de las posesiones materiales que ha amasado; pero para la valoración de Jesucristo esas cosas no tiene importancia. Su valoración es bien sencilla: ¿A cuántas personas ha ayudado?

EL SEÑORÍO DE LA CRUZ

Mateo 20:20-28 *(conclusión)*

Lo que Jesús requiere de Sus seguidores lo cumplió Él mismo. Él no vino para ser servido, sino para servir. No vino a ocupar un trono, sino una Cruz. Fue precisamente por eso por lo que la gente religiosa de Su tiempo no Le pudo entender. A lo largo de toda su historia, los judíos habían soñado con el Mesías; pero el mesías con el que soñaban era siempre un rey conquistador, un poderoso caudillo, que derrotaría a los enemigos de Israel y reinaría con poder sobre todos los reinos de toda la Tierra. Buscaban un conquistador; recibieron a un Hombre quebrantado en una Cruz. Buscaban al rugiente León de Judá; recibieron al manso Cordero de Dios. Rudolf Bultmann escribe: «En la Cruz de Cristo se desmoronan los niveles

de juicio y las ideas humanas acerca del esplendor del Mesías.» Aquí se demuestra la nueva grandeza del amor doliente y del servicio sacrificial. Aquí se reafirman y renuevan la soberanía y la realeza. Jesús resumió toda Su vida en una breve frase impactante: «El Hijo del Hombre vino a dar Su vida en rescate por muchos.» Vale la pena detenerse a ver lo que las rudas manos de la teología han hecho con ese dicho precioso. Desde muy al principio, algunos empezaron a preguntarse: «Jesús dio Su vida en rescate por muchos. Bueno; pero, ¿a quién se pagó el rescate?» Orígenes no tenía la menor duda de que el rescate se había pagado al diablo. «El rescate no se Le podía haber pagado a Dios; por tanto se le pagó al Maligno, que tenía a los hombres cautivos hasta que se le pagara el rescate: la vida de Jesús.» Gregorio de Nisa se dio cuenta del flagrante fallo de esa teoría. Colocaba al diablo en el mismo nivel que a Dios; quería decir que el diablo podía dictarle sus términos a Dios antes de dejar libres a los hombres. Así que Gregorio de Nisa tuvo una extraña idea: Dios le puso un cebo al diablo. El diablo picó al ver la aparente impotencia de Jesús; confundió a Jesús con un mero hombre; trató de retener a Jesús, y al tratar de hacerlo perdió su poder y fue derrotado para siempre. Gregorio el Grande llevó la alegoría a términos todavía más grotescos, casi repugnantes. La Encarnación, dijo, fue una estratagema divina para atrapar al gran Leviatán. La divinidad de Cristo fue el anzuelo; Su humanidad fue el cebo; el cebo estaba colgando delante de Leviatán; este lo tragó, y fue apresado. Pedro Lombardo llegó al límite cuando dijo: «La Cruz fue la ratonera *(muscipula)* para cazar al diablo con el cebo de la sangre de Cristo.»

Esto es lo que sucede cuando se toma la poesía del amor, y se trata de convertirla en teorías de hombres. Jesús vino a dar Su vida en rescate por muchos. ¿Qué quiere decir eso? Sencillamente que los hombres estaban en las garras de un poder maligno del que no podía librarse; sus pecados los arrastraban al abismo; sus pecados los separaban de Dios; sus pecados arruinaban la vida para ellos y para el mundo. Un rescate es algo que se paga para librar a una persona de una situación de la que le es imposible librarse por sí misma. Por tanto este dicho quiere decir simplemente que *costó la vida y la muerte de Jesucristo el hacer volver la humanidad a Dios.*

No hay que preguntar a quién se pagó el rescate. Lo cierto e innegable es la gran, tremenda verdad de que sin Jesucristo y Su vida de servicio y Su muerte de amor, nunca habríamos podido encontrar la manera de volver al amor de Dios. Jesús lo dio todo para traer a la humanidad de vuelta a Dios; y nosotros debemos caminar en Sus pisadas, siguiendo los pasos del Que amó hasta lo último.

LA RESPUESTA DEL AMOR AL CLAMOR DE LA NECESIDAD

Mateo 20:29-34

> *Cuando iban saliendo de Jericó, había mucha gente siguiendo a Jesús. Y, fijaos: Dos ciegos estaban sentados al borde del camino que, cuando oyeron que pasaba Jesús por allí, se pusieron a gritar:*
>
> *—¡Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David!*
>
> *La gente se puso a reprenderlos para que se callaran. Jesús Se paró, y los llamó.*
>
> *—¿Qué queréis que haga por vosotros? —les dijo.*
>
> *—Señor —Le contestaron—, lo que queremos es que nos abras los ojos a la luz.*
>
> *Jesús Se conmovió de compasión en lo íntimo de Su ser, y les tocó los ojos; e inmediatamente ellos pudieron ver, y Le siguieron.*

Aquí tenemos la historia de dos hombres que encontraron el camino al milagro. Es una historia muy significativa, porque pinta el espíritu y la disposición de mente y corazón a los que se abren los dones más preciosos de Dios.

(i) Estos dos ciegos estaban esperando, y cuando se les presentó la oportunidad, la agarraron con las dos manos. Sin duda habían oído acerca de las maravillosas obras de poder de Jesús; sin duda se habían preguntado si ese poder podría alcanzarlos también a ellos. Jesús iba pasando por allí. Si Le hubieran dejado pasar de largo, su oportunidad habría pasado para siempre; pero, cuando se les presentó, le echaron mano.

Hay un montón de cosas que tienen que hacerse en el momento, o no se harán nunca. Hay un montón de decisiones que tienen que hacerse en un momento dado, o no se harán jamás. El momento de actuar se pasa; el impulso para decir, se desvanece. Cuando Pablo acababa de predicar en el Areópago, algunos le dijeron: «Ya te oiremos acerca de eso otra vez» *(Hechos 17:32).* Aplazaron la cuestión hasta un momento más conveniente, pero ese momento no llegó, como sucede muchas veces.

(ii) Estos dos ciegos eran indesanimables. La gente les decía que dejaran de gritar, que estaban haciendo el ridículo. Era la costumbre de Palestina que un rabino enseñara mientras iba de camino; y sin duda los que estaban alrededor de Jesús no podían oírle por el jaleo que armaban los ciegos. Pero no se podía conseguir que se callaran; para ellos la cuestión era ver o no ver, y nada los iba a detener.

A menudo sucede que nos desanimamos muy fácilmente al buscar la presencia de Dios. Es el hombre que se resiste a que se le impida ponerse en contacto con Cristo el que Le encuentra al final.

(iii) Estos dos ciegos tenían una fe imperfecta, pero estaban decididos a ponerla en acción. Se dirigieron a Jesús como *Hijo de David.* Eso quería decir que creían que Jesús era el Mesías, pero también quería decir que pensaban en Su mesiazgo en términos de poder regio y terrenal. Era una fe imperfecta, pero que los movía; y Jesús la aceptó. Si se tiene fe, Jesús la acepta.

(iv) A estos dos ciegos no les daba miedo presentar una gran petición. Eran pordioseros, pero no era dinero lo que pedían, ni nada menos que la vista.

Ninguna petición es demasiado grande para Jesús.

(v) Estos dos ciegos fueron agradecidos. Cuando hubieron recibido el chollo que anhelaban, no se marcharon y se olvidaron de Jesús, sino Le siguieron.

Tanta gente, tanto en las cosas materiales como en las espirituales, reciben lo que desean, y luego se olvidan hasta de dar las gracias. La ingratitud es el más feo de todos los pecados. Estos ciegos recibieron de Jesús la vista, y Le dieron su agradecida lealtad. Nunca podremos pagar a Dios todo lo que ha hecho por nosotros; pero por lo menos podemos estarle agradecidos.

EL PRINCIPIO DEL ÚLTIMO ACTO DEL DRAMA

Mateo 21:1-11

Cuando llegaron cerca de Jerusalén, a la altura de Betfagué, en el Monte de los Olivos, Jesús envió por delante a dos de Sus discípulos y les dijo:

—Entrad en la aldea que tenemos delante, y en seguida os encontraréis una asna atada con su pollino. Soltadlos y traédmelos. Y si alguien os dice algo, contestadle: «El Maestro los necesita. Luego los devolverá.»

Esto se hizo para que se cumpliera lo que se dijo por medio del profeta cuando dijo: «Decidle a la Hija de Sión: "Fíjate: Tu Rey viene a ti, benigno y cabalgando en una asna con su asnillo, hijos de animal de yugo."»

Así que los discípulos fueron, y cumplieron las órdenes de Jesús, y trajeron el asna y el asnillo, pusieron sus túnicas sobre ellos, y Él se montó encima.

El gentío innumerable extendía las túnicas en el camino. Otros cortaban ramas de los árboles y las extendían a Su paso. Y la gente que iba delante y la que iba detrás gritaban:

—¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito en el nombre del Señor sea el Que viene! ¡Hosanna en las alturas!

Cuando entraba en Jerusalén, toda la ciudad se conmocionó.

—¿Quién es Este? — preguntaban; y la gente decía:

—¡Este es el profeta Jesús, que viene de Nazaret de Galilea!

Con este pasaje nos introducimos en el último acto de la vida de Jesús; y aquí tenemos un momento dramático de veras en un doble sentido.

Era el tiempo de la Pascua, y Jerusalén y todo el país de alrededor estaba abarrotado de peregrinos. Treinta años después, un gobernador tuvo que hacer el censo de los corderos que se mataron en Jerusalén para la Pascua, y descubrió que su número se aproximaba al cuarto de millón. La norma de la Pascua era que tenían que reunirse por lo menos diez personas para cada cordero, lo que quiere decir que en esa Pascua hubo en Jerusalén más de dos millones y medio de personas. La ley era que todos los varones judíos que vivieran en un radio de cuarenta kilómetros de Jerusalén

tenían que venir a la Pascua; pero no solo venían judíos de Palestina, sino de todos los rincones del mundo para estar presentes en la mayor de sus fiestas nacionales. Jesús no podía haber escogido un momento más dramático. Se dirigió a una ciudad abarrotada de gente y cargada de expectaciones religiosas.

No creemos que esta fuera una decisión repentina de Jesús, adoptada casualmente en un momento. Era algo que había preparado de antemano. La impresión que nos hace el relato es que Él estaba llevando a cabo planes que había preparado de antemano. Envió a sus discípulos «a la aldea» para recoger la asna y su asnillo. Mateo menciona Betfagué solamente; pero Marcos menciona también a Betania *(Marcos 11:1).* Sin duda se trataba de Betania. Jesús ya había hecho los preparativos para que Le prepararan una asna y su asnillo, porque debe de haber tenido muchos amigos en Betania; y la frase: «El Maestro los necesita» parece haber sido una contraseña convenida para que los amos de los animales supieran que había llegado la hora convenida por Jesús.

Así es que Jesús entró cabalgando en Jerusalén. El hecho de que el asno no se había usado nunca antes es especialmente apropiado para el santo propósito. La becerra roja que se usaba en ceremonias de purificación debía ser un animal «sobre el cual no se había puesto yugo» *(Números 19:2; Deuteronomio 21:3);* la carreta en el que se llevaba el arca del Señor había de ser una que no se hubiera usado antes para ningún otro propósito *(1 Samuel 3:7).* La especial santidad de la ocasión se subrayaba por el hecho de que en el asna no había cabalgado antes ninguna persona.

La multitud recibió a Jesús como Rey. Extendieron sus túnicas a Su paso. Eso había sido lo que habían hecho los amigos de Jehú cuando le proclamaron rey *(2 Reyes 9:13).* Arrancaron ramas de los árboles y ondearon ramas de palmera. Eso es lo que habían hecho cuando entró en Jerusalén Simón Macabeo después de una de sus más notables victorias *(1 Macabeos 13:51).*

Recibieron a Jesús con el saludo que se daba a los peregrinos que venían a la fiesta: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» *(Salmo 118:26).*

Gritaban: «¡Hosanna!» Debemos tratar de comprender lo que esto quería decir. *Hosanna* quiere decir *salva ahora,* y era la llamada de auxilio que un pueblo en angustia dirigía a su rey o a su Dios. Es realmente una cita del *Salmo 118:25:* «*¡Sálvanos,* Te suplicamos, oh Señor!» La frase «¡Hosanna en las alturas!» debe de querer decir: «¡Que hasta los ángeles en lo más alto de las alturas del Cielo griten a nuestro Dios: "¡Salva ahora!"»

Puede que la palabra *hosanna* hubiera perdido algo de su sentido original, y se hubiera convertido en un grito de bienvenida y aclamación, como «¡Hola!» Pero esencialmente es un grito de un pueblo pidiendo liberación y ayuda en el día de su angustia; es el clamor del pueblo oprimido a su Salvador y Rey.

LA INTENCIÓN DE JESÚS

Mateo 21:1-11 *(continuación)*

Podemos suponer que las acciones y los gestos de Jesús en este incidente eran programados y deliberados. Estaba siguiendo un método para despertar las conciencias que estaba íntimamente relacionado con los métodos de los profetas. Una y otra vez en la historia religiosa de Israel, cuando un profeta presentía que las palabras no conseguían penetrar la barrera de la indiferencia o la incomprensión, presentaba su mensaje en una acción dramática que la gente no podía por menos de ver y entender. De entre los muchos ejemplos que encontramos en el Antiguo Testamento vamos a escoger dos de los más sobresalientes.

Cuando se vio claro que el reino no podría soportar los excesos y extravagancias de Roboam, y que Jeroboam estaba destinado a representar el nuevo poder, el profeta silonita Ahías eligió una manera dramática para predecir el futuro. Se puso una capa nueva, y salió a encontrar a Jeroboam a solas; tomó la capa nueva, y la rasgó en doce piezas; luego tomó diez de ellas y se las dio a Jeroboam, y se quedó con dos; con esta acción dramática anunció que diez de las doce tribus estaban a punto de rebelarse apoyando a Jeroboam, mientras que solo dos seguirían fieles a Roboam *(1 Reyes 11:29-32).* Aquí tenemos el mensaje profético presentado en forma dramática.

Cuando Jeremías se convenció de que Babilonia estaba a punto de conquistar Palestina, a pesar de lo confiado que estaba el pueblo, hizo coyundas y yugos, y los envió a Edom, a Moab, a Amón, a Tiro y a Sidón; y se colocó un yugo al cuello para que todos lo vieran. Mediante esta acción dramática presentó claramente el hecho de que nada sino la esclavitud los esperaba *(Jeremías, 27:1-6);* y cuando Hananías, el falso profeta con un optimismo equivocado, quiso mostrar que creía que las premoniciones sombrías de Jeremías estaban totalmente equivocadas, tomó el yugo de los hombros de Jeremías y lo rompió *(Jeremías 28:10s).*

Los profetas tenían la costumbre de expresar su mensaje en forma dramática cuando presentían que las palabras no eran suficientes. Y eso fue lo que hizo Jesús cuando entró en Jerusalén.

Hay dos alegorías tras la acción dramática de Jesús.

(i) Está la visión de *Zacarías 9:9,* en la que el profeta vio venir al Rey a Jerusalén «humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.» En primera instancia, la acción dramática de Jesús era una presentación deliberada como Mesías. Se estaba ofreciendo a Sí mismo al pueblo, en un momento en que Jerusalén estaba hirviendo de judíos de todo el país y de todo el mundo, como el Ungido de Dios. Veremos a continuación lo que Jesús quería decir con Su presentación; pero no hay duda de que eso fue lo que hizo.

(ii) Puede que hubiera otra intención en el gesto de Jesús. Uno de los mayores desastres de la historia judía fue la captura de Jerusalén por Antíoco Epífanes, hacia 175 a.C. Antíoco estaba decidido a erradicar el judaísmo y a introducir en Palestina la manera de vivir y la religión griega. Profanó el templo ofreciendo carne de puerco en el altar, y sacrificios al Zeus Olímpico, y hasta convirtiendo las cámaras del templo en prostíbulos públicos. Fue entonces cuando los Macabeos se rebelaron contra él, consiguiendo por último rescatar su tierra. A su debido tiempo Jerusalén fue rescatada y el templo profanado fue restaurado y purificado y rededicado. En *2 Macabeos 10:7* leemos acerca del regocijo de aquel gran día: «Por tanto tomaron ramas, brotes tiernos, y palmas, y cantaron salmos al Que les había permitido purificar Su santo lugar.» Aquel día la gente llevaba palmas y ramas y cantaba salmos;

es casi la misma descripción de la reacción de la multitud que recibió a Jesús en Jerusalén.

Es por lo menos posible que Jesús conociera aquello, y que entrara en Jerusalén con la intención de purificar la Casa de Dios como lo había hecho Judas Macabeo doscientos años antes. Eso fue exactamente lo que hizo Jesús. Bien puede ser que estuviera diciendo en forma dramática, no solamente que Él era el Ungido de Dios, sino también que había venido a limpiar la Casa de Dios de los abusos que profanaban su culto. ¿No había dicho Malaquías que el Señor vendría repentinamente a Su templo? *(Malaquías 3:1).* Y en su visión de juicio, ¿no había visto Ezequiel que el terrible juicio de Dios empezaría en el santuario? *(Ezequiel 9:6).*

LAS CREDENCIALES DEL REY

Mateo 21:1-11 *(conclusión)*

Para concluir nuestro estudio de este incidente, observemos a Jesús en el centro de la escena. Nos muestra tres cosas acerca de Él.

(i) Nos muestra Su *coraje.* Jesús sabía perfectamente bien que estaba entrando en una ciudad hostil. Por muy entusiasmada que se mostrara la multitud, las autoridades Le odiaban y habían jurado eliminarle; y eran ellas las que tenían la última palabra. En tales circunstancias, cualquiera habría considerado que el valor era compatible con la prudencia; y, si Jesús tenía que ir a Jerusalén, bien hubiera podido entrar a cubierto de la noche, y dirigirse a Su refugio por las calles traseras. Pero Jesús entró en Jerusalén de una manera que Le colocaba en el centro del escenario, y atraía todas las miradas. En Sus últimos días hubo en todas Sus acciones un desafío magnífico y sublime; y aquí empieza el último acto al arrojar el guante y desafiar a las autoridades para que llegaran con Él a lo peor de sus planes.

(ii) Nos muestra Sus *credenciales.* Jesús se presentó con toda claridad como el Mesías de Dios, como el Ungido de Dios. También probablemente mostró Sus credenciales como el Purificador del templo. Si Jesús Se hubiera conformado con proclamarse profeta, lo más seguro es que no Le habrían quitado la vida. Pero Él no podía darse por satisfecho con nada menos que el lugar que Le

correspondía. Con Jesús es todo o nada. Hemos de reconocerle como Rey, o no recibirle de ninguna manera.

(iii) Igualmente nos muestra Su *invitación.* No era sentarse en un trono lo que pretendía, sino ser Rey de los corazones. Vino humildemente y cabalgando sobre un asnillo. Debemos tener cuidado de entender el verdadero sentido de ese gesto. En Occidente, el burro es una acémila despreciable; pero en Oriente el asno se consideraba un animal noble. Era corriente que un rey entrara en una ciudad cabalgando sobre un asno; pero en ese caso era señal de que *venía en son de paz.* El caballo era la montura para *la guerra;* el asno era la montura para *la paz.* Así que cuando Jesús Se presentó como Rey, Se presentó como Rey de Paz. Mostró que había venido, no para destruir, sino para amar; no para condenar, sino para salvar; no por la fuerza de las armas, sino por la del amor.

Así pues, a la misma vez, vemos el coraje de Cristo, las credenciales de Cristo, la invitación de Cristo. Era Su última invitación a que Le abrieran, no las puertas de sus palacios, sino las de sus corazones.

LA ESCENA DEL TEMPLO

Mateo 21:12-14

> *Seguidamente Jesús entró en el recinto del templo de Dios, y echó de allí a todos los que estaban vendiendo y comprando, y trastornó las mesas de los cambistas y de los que vendían palomas. Y les dijo:*
>
> *—Escrito está: «Mi Casa se conocerá como una casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.»*
>
> *Y los ciegos y los cojos acudían a Él en el templo, y Él los sanaba.*

Si la entrada en Jerusalén había constituido un desafío, aquí tenemos otro desafío que se añadió al anterior. Para contemplar la escena que se desarrolla ante nuestros ojos tenemos que visualizar la forma del templo.

En el Nuevo Testamento griego hay dos palabras que se traducen por *templo.* Y con propiedad. Pero hay una clara diferencia entre ellas. El templo mismo se llama el *naós.* Era un edificio relativamente pequeño, que contenía el Lugar Santo, y el Lugar Santísimo en el que solamente entraba el sumo sacerdote una vez al año el solemne Día de la Expiación. Pero el *naós* mismo estaba rodeado de un amplio espacio que ocupaban los atrios de manera sucesiva y ascendente. En primer lugar desde fuera estaba el *Atrio de los Gentiles,* en el que podía entrar cualquiera, pero más allá del cual no podían pasar los gentiles bajo pena de muerte. A continuación estaba el *Atrio de las Mujeres,* al que se entraba por la Puerta Hermosa del templo, en el que podían entrar todos/as los/las israelitas. Después estaba el *Atrio de los Israelitas,* al que se entraba por la llamada Puerta de Nicanor, una gran puerta de bronce corintio para abrir y cerrar la cual se necesitaban veinte hombres. Era en este atrio donde se reunían los varones para los cultos del templo. Por último estaba el *Atrio de los Sacerdotes,* al que solo los sacerdotes podían entrar. En él se encontraban el gran altar de los holocaustos, el altar del incienso, el candelabro de los siete brazos, la mesa de los panes de la proposición y el gran estanque de bronce; y en la parte posterior de este atrio se encontraba el *naós* propiamente dicho. Toda esta área, incluyendo todos los atrios, también se llama en las traducciones de la Biblia *templo;* la palabra griega es *hierón.* Sería mejor conservar la diferencia del original, y retener la palabra *templo* para el templo propiamente dicho, es decir, el *naós,* y usar la expresión *el recinto del templo* para toda el área, es decir, el *hierón.*

El escenario de este incidente fue el Atrio de los Gentiles, en el que cualquiera podía entrar. Siempre había gente y actividad en él; pero en la Pascua estaba abarrotado a más no poder de peregrinos de todo el mundo. Habría allí, en cualquier época, muchos gentiles, porque el templo de Jerusalén era famoso en todo el mundo, hasta tal punto que hasta los escritores latinos lo describían como uno de los edificios más maravillosos del mundo.

En este Atrio de los Gentiles se llevaban a cabo dos clases de transacciones. Una era *el cambio de dinero.* Todos los judíos tenían que pagar el impuesto del templo de medio siclo, y ese impuesto se

pagaba poco antes de la Pascua. Un mes antes, se instalaban puestos en todos los pueblos y aldeas, donde se podía pagar en dinero; pero después de una cierta fecha solo se podía pagar en el templo mismo; y sería allí donde lo pagaría la inmensa mayoría de los peregrinos judíos de otras tierras.

Este impuesto tenía que pagarse en cierta moneda en curso, aunque para los propósitos generales se usaba en Palestina toda clase de monedas. No se podía pagar en lingotes de plata, sino en moneda en curso; no se podía pagar en monedas de aleaciones inferiores o que estuvieran deformadas, sino solo en monedas de plata pura. Se podía pagar en los siclos del santuario, en los medios siclos galileos y especialmente en la moneda tiria, que era de calidad reconocida.

La función de los cambistas era cambiar la moneda no aceptable por otra aceptable. Esa parecía ser a todas luces una función necesaria; pero el problema era que estos cambistas cargaban el equivalente de 2 pesetas por hacer el cambio; y, si la moneda era de más valor que el medio siclo, cargaban otras dos pesetas por devolver el cambio. Es decir: muchos peregrinos tenían que pagar, no solamente su medio siclo —que sería el equivalente de unas 15 pesetas—, sino otras 4 pesetas de comisión; y esto hay que compararlo con el salario de un trabajador que sería de unas 10 pesetas al día.

Esta comisión se llamaba el *qolbón.* No todo se lo embolsaban los cambistas. Una parte se consideraban ofrendas voluntarias; parte de ello se dedicaba a mantener las carreteras en buen estado; parte se dedicaba a la compra de planchas de oro con las que había la intención de cubrir totalmente la techumbre del templo propiamente dicho, y parte de ello se ingresaba en el tesoro del templo. El asunto no era necesariamente un abuso en su totalidad; pero el problema era que se prestaba al abuso. Se prestaba a la explotación de los peregrinos que habían venido a adorar a Dios, y no cabe duda de que los cambistas obtenían pingües beneficios.

La venta de palomas era peor. Para la mayor parte de los visitantes del templo alguna clase de ofrenda era esencial. Las palomas, por ejemplo, se necesitaban cuando una mujer venía a purificarse después de tener un hijo, o cuando un leproso venía a

que se le diera el certificado de curación *(Levítico 12:8; 14:22; 15:14,29).* Era fácil comprar animales para el sacrificio fuera del templo; pero los animales que se ofrecieran tenían que ser sin defecto. Había inspectores oficiales de animales, y era de temer que, por lo que fuera, rechazarían los animales comprados fuera, y dirigirían a la persona a los puestos del templo.

Eso no tendría por qué causar un gran perjuicio si los precios hubieran sido iguales dentro y fuera del templo; pero un par de palomas podía costar 8 pesetas fuera del templo, y tanto como 150 dentro. Este era un abuso antiguo. Un cierto rabino, Simón Ben Gamaliel, era recordado con gratitud porque «había hecho que se vendieran palomas por monedas de plata en lugar de de oro.» Está claro que había atacado un abuso. Además, estos puestos donde se vendían las víctimas se llamaban los bazares de Anás, porque eran propiedad privada de la familia del sumo sacerdote de ese nombre.

Aquí tampoco había por qué cometer abusos. Tiene que haber habido muchos comerciantes honrados y comprensivos. Pero los abusos se introdujeron rápida y fácilmente. Burkitt decía que «el templo se había convertido en el lugar de reunión de los mangantes,» la peor clase de monopolio comercial e intereses económicos. Sir George Adam Smith escribía: «En aquellos días, cada sacerdote tiene que haber sido un comerciante.» Por todas partes acechaban a los pobres y humildes peregrinos toda clase de peligros de explotación desvergonzada —y fue esa explotación lo que puso al rojo vivo la indignación de Jesús.

LA IRA Y EL AMOR

Mateo 21:12-14 *(conclusión)*

Sería difícil encontrar otra historia evangélica en la que tuviéramos que hacer un esfuerzo tan deliberado y consciente para ser honrados con un pasaje. Es fácil usar este como base para una condenación global de todo el culto del templo. Hay que decir dos cosas.

Había muchos comerciantes y buhoneros en el atrio del templo, pero también había muchos que buscaban a Dios de corazón. Como había dicho Aristóteles mucho antes, una persona y una institución han de juzgarse por sus mejores, no por sus peores resultados.

La otra cosa que debe decirse es sencillamente esta: Que la persona o la iglesia que no tenga pecado arroje la primera piedra. Los vendedores no eran todos explotadores, y hasta los que aprovechaban la oportunidad para obtener un rápido provecho no eran sencillamente buitres de dinero. El gran investigador judío Israel Abrahams hace un comentario sobre la explicación tradicional cristiana más corriente de este pasaje: «Cuando Jesús trastornó las mesas de los cambistas y echó a los vendedores de palomas del templo hizo un gran servicio al judaísmo... Pero, ¿eran los cambistas y los vendedores de palomas las únicas personas que había en el templo? ¿Y eran todos los que compraban o vendían una paloma meros ritualistas? La Semana Santa pasada estuve en Jerusalén, y por toda la fachada de la Iglesia del Santo Sepulcro vi los puestos de los vendedores de reliquias, de cuentecitas pintadas, de cintas grabadas, de velas de colores, de crucifijos dorados, de botellas de agua del Jordán. Allí, los cristianos pregonaban y discutían y regateaban, una multitud de vendedores y compradores delante de la iglesia consagrada a la memoria de Jesús. ¡Como me habría gustado que Jesús viniera otra vez a trastornar y echar a esos falsos siervos Suyos, de la misma manera que lo hizo a Sus falsos hermanos en Israel hace mucho!» Y en España, entre otros, debemos un juicio parecido a José María Gironella en su *El escándalo de la Tierra Santa.*

Este incidente nos muestra ciertas cosas acerca de Jesús.

(i) Nos muestra la más violenta manifestación de Su ira dirigida contra los que explotaban a sus semejantes, y especialmente contra los que los explotaban en el nombre de la religión. Fue Jeremías el que dijo que hay quienes convierten el templo en una cueva de ladrones *(Jeremías 7:11).* Jesús no podía soportar el ver cómo se explotaba a la gente sencilla.

La Iglesia ha guardado silencio demasiadas veces en situaciones semejantes; tiene el deber de proteger a los que no se pueden proteger a sí mismos en situaciones económicas altamente competitivas.

(ii) Nos muestra que Su ira se dirigía especialmente contra los que les hacen imposible a las personas sencillas dar culto a Dios en la Casa de Dios. Fue Isaías el que dijo que la Casa de Dios era una

casa de oración para todos los pueblos *(Isaías 56:7).* El Atrio de los Gentiles era de hecho la única parte del templo donde podían entrar los gentiles. No tenemos por qué pensar que los gentiles que fueran allí serían solo turistas. Algunos por lo menos deben de haber ido con un profundo anhelo en sus almas de orar y de adorar a Dios. Pero en medio de ese rugido de comprar y vender y regatear y ofertar, la oración era imposible. Se les impedía entrar a la presencia de Dios a los que la buscaban en la Casa de Dios.

Dios no daré nunca por inocentes a los que les hacen imposible a otros adorarle. Puede suceder todavía. Un espíritu de amargura, de discusión, de rivalidad, se puede introducir en la iglesia haciendo imposible la oración y el culto. Los miembros y los responsables pueden llegar a estar tan preocupados con sus derechos y sus siniestros, con sus dignidades y sus prestigios, con la práctica y el procedimiento, que al final nadie puede adorar a Dios en el ambiente que se ha creado. Hasta los ministros de Dios pueden estar más interesados en imponerle a la congregación sus maneras de hacer las cosas que en predicar el Evangelio, y lo que se produce es un culto con un ambiente que hace imposible la verdadera adoración. El culto de Dios y las discusiones de los hombres no pueden desarrollarse juntos. Tengamos siempre presente la ira de Jesús contra lo que les bloqueaban a sus semejantes el acceso a Dios.

(iii) Aún nos queda otra cosa que notar. Nuestro pasaje termina diciéndonos que Jesús sanaba a los ciegos y a los cojos en el atrio del templo. Todavía estaban allí; Jesús no echó del templo a todo el mundo. Solamente los que tenían conciencias culpables huyeron ante Su mirada airada. Los que necesitaban a Jesús, se quedaron.

Jesucristo nunca despide a la necesidad con las manos vacías. La ira de Jesús nunca fue meramente negativa; nunca se quedó en el ataque a lo que estaba mal; siempre pasó a ayudar positivamente a los que estaban en necesidad. En una Persona verdaderamente grande, la ira y el amor pueden ir mano a mano. La ira se enfrentó con los que explotaban a los sencillos y cerraban el paso a los buscadores; pero el amor recibió a los que tenían una gran necesidad. La fuerza destructiva de la ira debe ir de la mano del poder sanador del amor.

EL CONOCIMIENTO DE LOS SENCILLOS DE CORAZÓN

Mateo 21:15-17

> *Cuando los principales sacerdotes y los escribas vieron las obras maravillosas que realizaba Jesús, y a los niños gritando en el templo: «¡Hosanna al Hijo de David,» se pusieron furiosos, y Le dijeron:*
>
> *—¿Es que no oyes lo que están diciendo estos?*
>
> *—¡Sí! —les contestó Jesús. ¿Y es que vosotros no habéis leído: «De la boca de los bebés y de los lactantes Tú has hecho que proceda la alabanza perfecta?»*
>
> *Y Jesús los dejó, y Se fue de la ciudad a Betania para alojarse allí.*

Algunos estudiosos han tenido dificultad con este pasaje. Se dice que era improbable que hubiera multitudes de niños en el recinto del templo; y que, si hubiera niños allí, la policía del templo se habría encargado de ellos rápida y eficazmente si hubieran osado gritar como supone este pasaje. Ahora bien, en un momento anterior del relato *Lucas* tiene un incidente en el que *los discípulos* aparecen lanzando gritos entusiastas a Jesús, y donde las autoridades se describen tratando de silenciarlos *(Lucas 19:39s).* Los discípulos de un rabino se llamaban a menudo sus *hijos* o *niños.* Vemos, por ejemplo, la frase *hijitos míos* que aparece en los escritos de Juan. Así que se sugiere que Lucas y Mateo están realmente contando la misma historia, y que *los niños* eran realmente *los discípulos* de Jesús.

Pero no hay que recurrir a esa explicación. El uso que hace Mateo de la cita de *Salmo 8:2* deja bien claro que tenía en mente *niños* en sentido literal; y en cualquier caso, estaban sucediendo cosas aquel día en el atrio del templo que no habían sucedido nunca antes. No pasaba todos los días eso de que los comerciantes y los cambistas fueran expulsados del templo; ni tampoco cada día eran sanados los ciegos y los cojos. Puede que normalmente habría sido imposible que hubiera niños gritando en el templo, pero aquel día no era un día ordinario.

Si tomamos esta historia como se nos presenta, y escuchamos de nuevo las frescas, cristalinas voces de los niños gritando sus alabanzas, nos encontramos cara a cara con un gran hecho. Hay verdades que solamente los sencillos de corazón pueden ver, y que están ocultas a los sabios y a los entendidos y a los sofisticados. Sucede muchas veces que el Cielo está más cerca de un niño que del más inteligente de los mayores.

Thorvaldsen, el gran escultor noruego, hizo una vez una escultura de Jesús. Quería ver si la escultura hacía la debida impresión en los que la vieran. Trajo a verla a un chiquillo, y le preguntó: «¿Quién crees que es?» El chico contestó: «Un gran hombre.» Thorvaldsen se dio cuenta de que no había acertado. Así que deshizo la escultura y empezó de nuevo. Cuando la terminó trajo otra vez al niño y le hizo la misma pregunta: «¿Quién crees que es?» El niño sonrió y respondió: «Es el Jesús Que dijo: "Dejad a los niños venir a Mí."» Thorvaldsen se dio cuenta de que esa vez sí había acertado. La escultura había pasado la prueba de los ojos de un niño.

Esa no era una mala prueba. George Macdonald dijo una vez que él no le daba mucho valor al supuesto cristianismo de una persona a cuya puerta, o a la puerta de cuyo jardín, los niños tuvieran miedo de jugar. Si un niño cree que una persona es buena, lo más probable es que lo sea; si un niño se mantiene a distancia, la persona puede que sea grande, pero seguro que no se parece a Cristo. En alguno de sus escritos, Barrie traza el retrato de una madre metiendo a su niño en la cama por la noche cuando está medio dormido con una pregunta muda en sus ojos y en su corazón: «Hijo mío, ¿me he portado bien hoy?» La bondad que puede encontrarse con la clara mirada de un niño y pasar la prueba de la sencillez de un niño es la auténtica. Era sencillamente natural el que los niños reconocieran a Jesús cuando los eruditos estaban ciegos.

EL CAMINO DE LA HIGUERA

Mateo 21:18-22

> *Cuando Jesús iba volviendo a la ciudad por la mañana temprano, sintió hambre. Entonces vio una higuera al borde del camino y se dirigió a ella, pero no encontró nada más que hojas. Y le dijo:*

—¡Que no produzcas fruto nunca más!

E inmediatamente la higuera se secó.

Cuando los discípulos lo vieron, se quedaron atónitos; y dijeron:

—¿Como es que se secó la higuera de pronto?

—Os digo la pura verdad —les contestó Jesús—: Si tenéis fe y no lo dudáis, no solo haréis lo que le sucedió a la higuera, sino que hasta diréis a este monte: «¡Desarráigate y tírate al mar!,» y sucederá. Todo lo que pidáis en oración, si lo creéis, lo recibiréis.

Pocos sinceros lectores de la Biblia negarán que este es tal vez el pasaje que nos hace sentirnos más incómodos de todo el Nuevo Testamento. Si lo tomamos literalmente, nos muestra a Jesús en una acción que es incompatible con todo lo que creemos de Él. Debemos, por tanto, acercarnos a este pasaje con un sincero deseo de descubrir la verdad que contiene y con el valor de pensar hasta resolverlo.

Marcos también nos cuenta esta historia *(Marcos 11:12-14,20s),* pero con una diferencia notable. En Mateo, la higuera se secó *inmediatamente.* En griego, *parajrêma,* que la antigua Reina-Valera traducía por *luego* con el sentido clásico de *inmediatamente.* Por otra parte, en *Marcos* no le sucedió nada al árbol en seguida, y fue solo la mañana siguiente cuando iban pasando por allí, cuando los discípulos vieron que la higuera se había secado. De la existencia de estas dos versiones de la historia podemos concluir sin lugar a duda que el relato experimentó algunos cambios; y, puesto que *Marcos* es el evangelio más antiguo, es igualmente claro que su versión debe de estar más próxima a los hechos históricos.

Es necesario entender los hábitos de crecimiento y producción de la higuera. La higuera es el favorito de todos los árboles. La descripción de la Tierra Prometida era «una tierra de trigo y cebada, de viñas y de higueras» *(Deuteronomio 8:8).* Las granadas y los higos fueron parte de los tesoros que trajeron los exploradores para mostrar la maravillosa fertilidad de la tierra *(Números 13:23).* El panorama de paz y prosperidad que es corriente en todo el Antiguo Testamento es la descripción de un tiempo en el que cada uno se sentará bajo su propia parra y bajo su propia higuera *(1 Reyes 4:25;*

Miqueas 4:4; Zacarías 3:10). La descripción de la ira de Dios es la del día en que Él herirá y destruirá las higueras *(Salmo 105:33; Jeremías 8:13; Oseas 2:12).* La higuera era el símbolo mismo de la fertilidad y la paz y la prosperidad.

La higuera misma es un árbol de aspecto agradable; su tronco puede tener hasta 1 metro de diámetro. Alcanza una altura de 5 a 8 metros; y la copa puede extenderse de 8 a 10 metros.

Su sombra era, por tanto, muy apreciada. En Chipre, como en los otros países mediterráneos, se ven higueras a la puerta de las casas de campo, y Tristram nos cuenta que a menudo se refugiaba a su sombra para encontrar alivio al calor. Es corriente que las higueras den sombra a los pozos, lo que hace que se encuentren agua y sombra en el mismo sitio. A menudo era a la sombra de una higuera donde uno buscaba tranquilidad para meditar y orar; por eso se sorprendió Natanael de que Jesús se hubiera fijado en él cuando estaba debajo de la higuera *(Juan 1:48).*

Pero es el hábito de la higuera de producir fruto lo que es pertinente aquí. La higuera es única en dar dos cosechas al año, las brevas y los higos. La primera la da en las ramas viejas. Muy al principio del año aparecen pequeños bultitos verdes al final de las ramas. Se llaman *pagguîm,* que son los que llegarán a ser las brevas. Estos brotes de fruto aparecen en abril, pero no son comestibles. Poco a poco aparecen las hojas y se abren las flores; y otra cosa única acerca de la higuera es que está en la plenitud de fruto y hoja y flor todo al mismo tiempo; eso sucede en junio; ninguna higuera da nunca fruto en abril; eso sería demasiado pronto. El proceso se repite con las ramas nuevas, y la segunda cosecha está lista para el otoño.

Lo más raro de esta historia es doble. Primero, nos dice que una higuera estaba llena de hojas en abril. Jesús estaba en Jerusalén para la Pascua; la Pascua caía el 15 de abril; y este incidente tuvo lugar una semana antes. La segunda cosa es que Jesús esperaba encontrar higos en la higuera cuando no podía tenerlos; y Marcos especifica: «Porque no era tiempo de higos» *(Marcos 11:13).*

La dificultad de esta historia no es tanto la de la posibilidad, sino una dificultad *moral;* y es doble. Primero, vemos a Jesús maldiciendo una higuera por no hacer lo que no podía hacer. El

árbol no podía haber producido fruto la segunda semana de abril, y sin embargo vemos que Jesús lo maldijo por no tener fruto. Segundo, vemos a Jesús usando sus poderes milagrosos para sus propios fines. Eso es precisamente lo que decidió no hacer nunca en las tentaciones del desierto. Jesús se negó entonces a hacer que las piedras se convirtieran en pan para satisfacer Su propia hambre. La verdad escueta es esta: Si hubiéramos leído que alguien había maldecido una higuera por no dar higos en abril, hubiéramos dicho que era un gesto de petulancia malhumorada, que surgía de una desilusión personal. En Jesús, eso nos resulta inconcebible; por tanto debe de haber alguna explicación. ¿Cuál?

Algunos han encontrado la explicación en las siguientes líneas. En *Lucas* tenemos la parábola de la higuera estéril. Por dos veces, el hortelano pidió que se tuviera paciencia con ella; por dos veces se le concedieron misericordia y espera; por último, en vista de que seguía sin dar fruto, fue destruida *(Lucas 13:6-9).* Lo curioso es que Lucas tiene la parábola, pero no cuenta este incidente de la higuera que se secó. Mateo y Marcos tienen este incidente, pero no cuentan la parábola. Parece que los evangelistas se dieron cuenta de que si incluían la una no tenían por qué incluir la otra. Se sugiere que la parábola de la higuera estéril se malentendió y se convirtió en un incidente real. La confusión cambió *una historia* que Jesús *contó* en *una acción* que Jesús *realizó.* Eso no es imposible ni mucho menos; pero nos parece que la verdadera explicación se debe buscar en alguna otra parte. Y ahora vamos a buscarla.

PROMESA SIN CUMPLIMIENTO

Mateo 21:18-22 *(continuación)*

Cuando estábamos estudiando la entrada de Jesús en Jerusalén vimos que los profetas acostumbraban hacer acciones simbólicas; que, cuando presentían que las palabras no penetraban, hacían algo dramático que las hiciera penetrar en las conciencias. Supongamos que hubiera alguna acción simbólica en esta historia.

Jesús, supongamos, iba de camino a Jerusalén. Junto al camino vio un árbol frondoso. Era perfectamente legítimo coger higos, si hubiera habido algunos. La ley judía lo permitía *(Deuteronomio 23:34s),* y Thomson, en *La Tierra y el Libro,* nos dice que, aun en

tiempos modernos, las higueras al borde del camino son propiedad común. Jesús se acercó a la higuera sabiendo muy bien que no podía tener fruto, y sabiendo muy bien que algo raro le pasaría para tener ese aspecto. Podría ser una de dos cosas. La higuera podría haber vuelto a su estado silvestre, como les sucede a los rosales que se vuelven a veces escaramujos. O podría ser un árbol enfermo de algo. Entonces Jesús dijo: «Este árbol nunca producirá fruto; de seguro que se secará.» Era el diagnóstico de Alguien que conocía la Naturaleza. Y al día siguiente se confirmó que el diagnóstico de la experta mirada de Jesús era perfectamente correcto.

Si esta fue una acción simbólica, tenía por finalidad enseñar algo. Lo que pretendía enseñar eran dos cosas acerca de la nación judía.

(i) Enseñaba que *la inutilidad invita al desastre.* Esa es una ley de vida. Cualquier cosa que es inútil lleva camino de ser eliminada; todas las cosas pueden justificar su existencia solamente cumpliendo el fin para el que fueron creadas. La higuera era inútil; por tanto, estaba condenada.

La nación de Israel había sido creada con un solo propósito: que de ella viniera el Ungido de Dios. Él había venido; la nación había fracasado al no reconocerle; más: estaba a punto de crucificarle. La nación había fracasado en su propósito, que era recibir y reconocer al Hijo de Dios; por tanto estaba condenada.

El fracasar en la realización del propósito de Dios trae como consecuencia el desastre. Cualquier persona es juzgada en el mundo en términos de utilidad. Aun si una persona está impedida en la cama, puede ser de la mayor utilidad por su paciente ejemplo y su oración.

Nadie tiene por qué ser inútil; y el que es inútil está abocado al desastre.

(ii) Enseñaba que *la profesión sin práctica está condenada.* El árbol tenía hojas. Las hojas eran el reclamo de tener higos; aquella higuera no tenía higos; su pretensión era falsa; por tanto fue condenada. La nación judía profesaba tener fe en el propósito de Dios, pero en la práctica estaba tras la vida del Hijo de Dios; por tanto, estaba condenada.

La profesión sin la práctica no era solamente la maldición de los judíos; ha sido a lo largo de los siglos la maldición de la Iglesia.

Durante sus primeros días en África del Sur, en Pretoria, Gandhi hizo investigaciones con el Cristianismo. Fue a una iglesia cristiana varios domingos; pero nos dice: «La congregación no me hizo la impresión de ser especialmente religiosa, no era una asamblea de almas devotas, sino parecían más bien personas mundanas que iban a la iglesia para pasar el rato o para cumplir con una costumbre.» Por tanto Gandhi concluyó que no había nada en el Cristianismo que él no tuviera ya, y la Iglesia Cristiana se perdió a Gandhi, lo que tuvo consecuencias incalculables para la India y para el mundo.

La profesión sin la práctica es algo de lo que todos somos más o menos culpables. Produce un daño incalculable a la Iglesia Cristiana, y está condenado al desastre, porque produce una fe que no puede hacer más que secarse. Bien podemos creer que Jesús usó la lección de una higuera enferma y degenerada para decirles a los judíos —y a nosotros— que la inutilidad invita al desastre, y la profesión sin práctica está condenada. Eso es seguramente lo que quiere decir esta historia, porque no podemos pensar que Jesús, literal y físicamente, maldijera una higuera por no dar fruto en una estación en que no le era posible darlo.

LA DINÁMICA DE LA ORACIÓN

Mateo 21:18-22 *(conclusión)*

Este pasaje concluye con ciertas palabras de Jesús acerca de la dinámica de la oración. Si estas palabras se entienden mal, no pueden producir sino quebranto; pero si se entienden correctamente no pueden producir sino poder.

En ellas Jesús dice dos cosas: Que la oración puede eliminar montañas, y que, si pedimos con fe, recibiremos. Está abundantemente claro que estas promesas no se han de tomar física y literalmente. Ni Jesús mismo ni ningún otro trasladó jamás una montaña física, geográfica, mediante la oración. Más aún, muchas y muchas personas han pedido con fe apasionada que algo sucediera o que no sucediera, que algo les fuera concedido o que alguien no tuviera que morir; y aquellas oraciones no fueron contestadas afirmativamente. ¿Qué es entonces lo que Jesús nos promete acerca de la oración?

(i) Promete que la oración nos da *la capacidad para hacer.* La oración nunca fue una evasión fácil; no consistió nunca en dejarle a Dios las cosas para que Él las haga por nosotros. *La oración es poder.* No es pedirle a Dios que haga algo; es pedirle que nos capacite para hacerlo nosotros. La Oración no es seguir el camino más fácil; es la manera de recibir poder para seguir el camino difícil. Es el canal por el que nos llega el poder para asumir y arrostrar y eliminar montañas de dificultad por nosotros mismos con la ayuda de Dios. Si fuera simplemente un método para que las cosas se nos hagan, la oración nos sería muy perjudicial, porque nos volvería blandos, perezosos e ineficaces. La oración es el medio por el que recibimos poder para hacer cosas por nosotros mismos. Por tanto, nadie debe orar y luego sentarse y esperar; debe orar, y levantarse y obrar; pero descubrirá que, cuando lo haga así, una nueva dinámica entrará en su vida, y que es cierto que con Dios todas las cosas son posibles, y lo imposible se convierte en algo que se puede hacer.

(ii) La oración es *capacidad para aceptar,* y al aceptar, *transformar.* No está diseñada para traer liberación de una situación; sí para capacitar para aceptarla y transformarla. Hay dos grandes ejemplos de esto en el Nuevo Testamento.

Uno es el ejemplo de Pablo. Desesperadamente pidió ser librado del aguijón que tenía en su carne. No fue librado de esa situación; fue capacitado para aceptarla; y en aquella misma situación descubrió la fortaleza que se hacía perfecta en su necesidad y la gracia que era suficiente para asumir todas las cosas. En esa fuerza y gracia la situación fue no solamente aceptada sino transformada en gloria *(2 Corintios 12:1-10).*

El otro es el de Jesús mismo. En Getsemaní oró que pasara de Él aquel cáliz, y ser librado de la situación agónica en que se encontraba; esa petición no podía serle concedida, pero en aquella oración Jesús encontró la capacidad para aceptar la situación; y al ser aceptada, la situación fue transformada, y la agonía de la Cruz condujo directamente a la gloria de la Resurrección. Debemos recordar siempre que la oración no trae liberación de una situación; trae su conquista. La oración no es una manera de huir de una

situación, sino el medio por el que podemos arrostrarla caballerosamente.

(iii) La oración trae *la capacidad para soportar.* Es natural e inevitable que, en nuestra necesidad humana y con nuestros corazones y debilidades, haya cosas que temamos no poder soportar. Vemos alguna situación desarrollarse; vemos algún suceso trágico aproximarse con un fatalismo sombrío; vemos alguna tarea acechándonos de frente que obviamente va a demandar más de lo que nosotros podemos aportar. En tales momentos, nuestro sentir inevitable es que no podemos soportar aquello. La oración no elimina la tragedia, ni nos proporciona una evasión, ni la exención de la tarea; nos hace capaces de soportar lo insoportable; de arrostrar lo inaceptable; de llegar más allá de nuestras posibilidades sin sucumbir.

Mientas la oración sea una evasión, no cosecharemos más que desilusiones; pero cuando la consideremos el medio para conquistar y la dinámica divina, sucederán cosas.

LA IGNORANCIA OPORTUNA

Mateo 21:23-27

Cuando Jesús entró en el recinto del templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se Le acercaron cuando estaba enseñando y Le dijeron:

—¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién es el que Te ha dado esa autoridad?

—Yo también os haré una pregunta —les contestó Jesús—, y si Me la contestáis, Yo también os diré con qué autoridad hago estas cosas: ¿De dónde procedía el bautismo de Juan? ¿Era del Cielo, o de los hombres?

Ellos se pusieron a discutir entre sí, y se decían: «Si decimos que del Cielo, nos dirá que por qué no le creímos; y si decimos que de los hombres, tenemos miedo de la gente, porque todos consideran a Juan un profeta.» Así es que Le contestaron a Jesús:

—No lo sabemos.

Y Jesús también les dijo a ellos:

—Pues tampoco Yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Cuando pensamos en las cosas extraordinarias que Jesús había estado haciendo, no podemos sorprendernos de que las autoridades judías Le preguntaran qué derecho tenía para hacerlas. En aquel momento, Jesús no estaba dispuesto a darles la respuesta directa de que Su autoridad venía del hecho de ser Hijo de Dios. El hacerlo habría supuesto precipitar el fin. Había obras que todavía tenía que realizar, y enseñanza que tenía que impartir.

A veces requiere más coraje esperar el momento oportuno que lanzarse sobre el enemigo y precipitar el final. Para Jesús todo tenía que suceder en el tiempo de Dios. Y aún no había llegado la hora en que había de producirse el desenlace final de toda Su misión en el mundo.

Así que esquivó la pregunta de las autoridades judías con otra pregunta propia que los colocaba en un dilema. Les preguntó si el ministerio de Juan el Bautista era cosa del Cielo o de los hombres; si tenía un origen divino o meramente humano. Los que salieron al Jordán para bautizarse, ¿respondían a un impulso meramente humano, o estaban de hecho reaccionando a un desafío divino? Ese era el dilema de las autoridades judías. Si decían que el ministerio de Juan procedía de Dios, no tenían más remedio que admitir que Jesús era el Mesías, porque Juan había dado un testimonio claro y terminante de ello. Y, si decían que el ministerio de Juan no procedía de Dios, tendrían que enfrentarse con la ira de la gente, que estaba convencida de que Juan era un mensajero de Dios.

Por un momento, los principales sacerdotes y los ancianos judíos guardaron silencio; y luego salieron con la respuesta más anodina de todas las respuestas posibles. Dijeron :«No lo sabemos.» Era la manera más lastimosa de confesar su falta de autoridad. Tenían la obligación de saber; era parte del deber del sanedrín, del que eran miembros, el distinguir entre los profetas verdaderos y los falsos; y estaban confesándose incapaces de distinguirlos. Su dilema los condujo a una vergonzosa autohumillación.

Aquí tenemos una sombría advertencia. Hay tal cosa como la cobardía de una ignorancia voluntariamente asumida. Si una persona consulta *la conveniencia* más que *el principio,* su primera

pregunta no será: «¿Dónde está la verdad?» sino: «¿Qué es lo menos arriesgado decir?» Una y otra vez su sumisión a la conveniencia la conducirá a un silencio cobarde. Dirá torpemente: «No sé la respuesta,» cuando la sabe perfectamente pero tiene miedo de darla. La verdadera pregunta no es: «¿Qué es lo menos peligroso que puedo decir?» sino: «¿Qué es lo que debo decir?»

La ignorancia del miedo deliberadamente asumida, el silencio cobarde de la conveniencia, son cosas vergonzosas. Si uno sabe la verdad, está obligado a decirla, aunque se le caiga el cielo encima.

EL MEJOR DE DOS MALOS HIJOS

Mateo 21:28-32

Jesús entonces les dijo:

—¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y se dirigió al primero y le dijo: «Hijo, ve a trabajar hoy en mi viña.» Y el hijo le contestó: «¡No me da la gana!» Pero después cambió de actitud y fue. Entonces el padre se dirigió al otro hijo, y le habló de la misma manera. Y él le contestó: «Sí, señor. Iré con mucho gusto.» Pero no fue. ¿Cuál de estos dos hizo la voluntad de su padre?

—¡El primero! —Le contestaron a Jesús.

—Os diré la pura verdad —les dijo entonces Jesús—: Los publicanos y las rameras se os adelantan a entrar en el Reino del Cielo. Porque os vino Juan con una demanda de justicia, y no creísteis en él; pero los publicanos y las rameras sí le creyeron; y cuando vosotros lo visteis, ni siquiera entonces cambiasteis de actitud y creísteis en él.

El sentido de esta parábola está claro como el agua. Los dirigentes judíos eran los que decían que obedecerían a Dios, pero no lo hicieron; los publicanos y las rameras eran los que decían que vivirían su vida, pero siguieron el camino de Dios.

La clave de la interpretación correcta de esta parábola está en que no alaba realmente a ninguno de los dos hijos. Nos presenta el retrato de dos clases de personas muy imperfectas, de las que una clase es sin embargo mejor que la otra. Ninguno de los dos hijos de la parábola era la clase de hijo que le produce una gran satisfacción

y alegría a su padre. Los dos dejaban mucho que desear; pero el que al final obedeció era incalculablemente mejor que el otro. El hijo ideal habría sido el que aceptara las órdenes del padre con obediencia y respeto, y que las cumpliera sin discusión ni demora. Pero hay verdades en esta parábola que van más allá de la situación en que se pronunció por primera vez.

Nos dice que hay dos clases de personas muy corrientes en este mundo. La primera son las personas cuya profesión es mucho mejor que su práctica. Prometen y se comprometen a cualquier cosa; hacen grandes protestas de piedad y de fidelidad; pero se quedan muy atrás en la práctica y el cumplimiento. La segunda son aquellos cuya práctica es mucho mejor que su profesión. Pretenden ser inflexibles materialistas hasta la médula, pero a veces los descubrimos haciendo cosas amables y generosas casi en secreto, como si les diera vergüenza. Profesan no tener ningún interés en la iglesia ni en la religión, y sin embargo, cuando se llega al grano, viven vidas más cristianas que muchos que se confiesan cristianos.

Todos nos hemos encontrado con gente así, con algunos cuya práctica está a mucha distancia de la piedad que profesan, y con otros cuya práctica está muy por delante de la profesión cínica y hasta atea que hacen a veces. La verdadera lección de la parábola es que, aunque la segunda clase es con mucho preferible a la primera, ninguna de las dos es perfecta. La persona realmente buena es aquella en que se dan en armonía la profesión y la práctica. Además, esta parábola nos enseña que las promesas no pueden nunca ocupar el lugar de las obras, y que las palabras bonitas nunca pueden sustituir a las buenas obras. El hijo que dijo que iría, y no fue, tenía todos los síntomas de la cortesía y del respeto. Al contestar a su padre le llamó «señor» con todo respeto; pero la cortesía que no pasa de palabras es totalmente ilusoria. La verdadera cortesía es la obediencia voluntaria y agradablemente otorgada. Por otra parte, la parábola nos enseña que uno puede echar a perder muy fácilmente lo bueno que haga por la manera como lo haga. Puede hacer una cosa que esté bien con una falta de gracia y de agrado que echa a perder toda la obra. Aquí aprendemos que la manera cristiana está en la promesa y en su

cumplimiento, y que la señal del cristiano es la obediencia cortés y amablemente cumplida.

LA VIÑA DEL SEÑOR

Mateo 21:33-46

Jesús les dijo:

—Escuchadme otra parábola. Había un propietario que plantó una viña, y le hizo una valla todo alrededor, y cavó un lagar en ella, y edificó una torre, se la arrendó a unos campesinos, y se fue de la tierra. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, les mandó a sus siervos a los labradores a recoger el producto; pero los labradores echaron mano a los siervos, y apalearon a uno de ellos, y mataron a otro, y apedrearon a otro. De nuevo el propietario les envió a otros siervos como la primera vez, e hicieron lo mismo con ellos. Más tarde les mandó a su hijo. «Le tendrán respeto a mi hijo,» se dijo. Pero los labradores, cuando vieron al hijo, se dijeron entre sí: «¡Ese es el heredero! Venid, matémosle, y quedémonos con la herencia.» Y le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando el propietario de la viña venga, ¿qué les hará a aquellos campesinos?

—¡Les dará a esos malvados su merecido —contestaron los oyentes—, y arrendará la viña a otros campesinos que le paguen los frutos a su debido tiempo!

—¿Es que no habéis leído en las Escrituras —les siguió diciendo Jesús—: «La piedra que rechazaron los edificadores ha llegado a ser la principal piedra del ángulo? Esto es cosa del Señor, y algo maravilloso a nuestros ojos»? Por eso es por lo que os digo que el Reino de Dios os será arrebatado, y se dará a una nación que produzca sus frutos. Y el que caiga contra la piedra se destrozará; pero al que le caiga encima, le reducirá a polvo.

Cuando los principales sacerdotes y los fariseos oyeron Sus parábolas, sabían que iban por ellos. Trataron de encontrar la manera de echarle mano a Jesús, pero tenían miedo de la gente, que Le consideraba un profeta.

Al interpretar una parábola, lo normal es tener en cuenta el punto principal, y no hay que darle mucha importancia a los detalles. Normalmente, al tratar de encontrarle un sentido a cada detalle se comete la equivocación de tratar la parábola como si fuera una alegoría. Pero en este caso es diferente. En esta parábola los detalles tienen un significado, y los principales sacerdotes y los fariseos sabían muy bien lo que Jesús quería decirles con esta parábola.

Todos los detalles se fundaban en lo que, para los que la oían, eran hechos conocidos. La nación judía como la viña del Señor era una imagen profética familiar. «La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel» *(Isaías 5:7).* La valla era un seto de espinos muy cerrados para que no entraran ni los jabalíes que estropearían la viña ni los ladrones que pudieran robar las uvas. Las viñas grandes tenían su lagar, que consistía en dos surcos, ya fueran hechos en la roca o construidos de ladrillos; uno estaba algo más alto que el otro, y estaba conectado con este por un canal. Las uvas se pisaban en el más alto, y el zumo pasaba al más bajo. La torre cumplía un doble propósito. Servía como atalaya de vigilancia, para que no entraran ladrones cuando las uvas estaban maduras; y servía también de refugio para los trabajadores.

Las medidas que tomó el propietario de la viña eran muy normales. En tiempos de Jesús, Palestina era un lugar dedicado a pequeños lujos; era por tanto muy familiar que los propietarios se ausentaran y dejaran sus propiedades a cargo de otros que se lo pagaban a su debido tiempo. La renta se podía pagar de cualquiera de tres maneras. Podía ser una cantidad fija de dinero, o una cantidad de frutos independientemente de cómo fuera la cosecha, o un tanto por ciento concertado de la cosecha.

Aun la actuación de los arrendatarios de la parábola no era del todo inaudita. El país estaba hirviendo de problemas económicos; los obreros eran rebeldes y causaban problemas muchas veces, y la acción de los arrendatarios al eliminar al hijo no era ni mucho menos imposible.

Como ya hemos dicho, sería fácil para los oyentes de esta parábola el hacer las identificaciones. Antes de estudiar esta parábola en detalle, vamos a dejar sentadas estas identificaciones.

La viña es la nación de Israel, y su propietario es Dios. Los labradores son los líderes religiosos de Israel, que estaban a cargo de mantener el buen estado de la nación. Los mensajeros que fue mandando el propietario sucesivamente son los profetas que Dios enviaba y que eran a menudo rechazados y asesinados. El hijo que llegó al final no era otro que Jesús mismo. Allí, en una historia verosímil, Jesús presentó al mismo tiempo Su destino y la condenación de Israel.

PRIVILEGIO Y RESPONSABILIDAD

Mateo 21:33-46 *(continuación)*

Esta parábola tiene mucho que decirnos en tres direcciones.

(i) Tiene mucho que decirnos acerca de Dios.

(*a*) Dice que Dios *confía* en los hombres. El propietario de la viña se la confió a los labradores. No les estuvo vigilando todo el tiempo; se marchó del país, y los dejó a cargo de su tarea. Dios nos concede a los humanos el honor de confiarnos Su trabajo. Cualquier tarea en que nos ocupemos nos ha sido encomendada por Dios.

(*b*) Habla de *la paciencia* de Dios. El propietario mandó un mensajero tras otro. No se presentó repentinamente para vengarse cuando el primer mensajero fue maltratado. Les dio a los agricultores oportunidad tras oportunidad para que respondieran a su requerimiento. Dios tiene paciencia con las personas a pesar de sus pecados y no quiere descartarlas.

(*c*) Habla del *juicio* de Dios. Por último, el propietario de la viña se la quitó a los agricultores y se la entregó a otros. El juicio severo de Dios tiene lugar cuando nos quita la tarea que nos había encomendado. Una persona ha llegado a su más bajo nivel cuando ha dejado de serle útil a Dios.

(ii) Tiene mucho que decirnos acerca de las personas.

(*a*) Habla del *privilegio* humano. La viña estaba perfectamente equipada con la cerca, el lagar, la torre, cosas que les facilitarían la tarea a los agricultores, y les permitirían cumplirla bien. Dios no solamente nos da una tarea; también nos da los medios para realizarla.

(*b*) Habla de *la libertad* humana. El propietario dejó que los agricultores hicieran su tarea como quisieran. Dios no es un capataz

tiránico; es como un comandante sabio que asigna sus servicios a sus hombres y confía en que los cumplan.

(*c*) Habla de *la responsabilidad* humana. A todas las personas les llega el día de rendir cuentas. Tenemos que responder de la manera en que hemos llevado a cabo la tarea que Dios nos ha asignado.

(*d*) Habla de *la deliberación* del pecado humano. Los labradores llevaron a cabo una táctica consciente de rebelión y desobediencia con el amo. El pecado es la voluntaria oposición a Dios; consiste en seguir nuestro propio camino cuando sabemos muy bien cuál es el camino de Dios.

(iii) Tiene mucho que decirnos acerca de Jesús.

(*a*) Nos habla de *las credenciales de Jesús.* Nos muestra con total claridad a Jesús colocándose por encima de la sucesión de los profetas. Los que habían venido antes que Él eran mensajeros de Dios; no se les podía negar ese honor; pero eran *siervos.* Él era el *Hijo.* Esta parábola contiene una de las más claras presentaciones que Jesús hizo nunca de ser único, de ser diferente hasta de los más grandes de los que Le habían precedido.

(*b*) Nos habla del *sacrificio de Jesús.* Deja claro que Jesús sabía lo que Le esperaba. En la parábola, las manos de los malvados mataron al hijo. Jesús no tuvo nunca la menor duda acerca de lo que Le esperaba. Él no murió porque no tuviera más remedio; fue a la muerte voluntariamente y con los ojos abiertos.

EL SÍMBOLO DE LA PIEDRA

Mateo 21:33-46 *(conclusión)*

La parábola concluye con la referencia a la piedra. Contiene realmente dos figuras.

(i) La primera está bien clara. Es la figura de una piedra que los constructores rechazaron, pero que llegó a ser la más importante del edificio. La figura está tomada del *Salmo 118:22:* «La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo.» En un principio el salmista se refería en esta figura a la nación de Israel, que era la nación despreciada y rechazada. A los judíos los odiaba todo el mundo. Habían sido siervos y esclavos de muchas naciones; pero, a pasar de todo, la nación que despreciaba todo el mundo era el pueblo escogido de Dios.

Puede ser que los hombres rechazaran a Cristo, y Le negaran, y trataran de eliminarle; pero llegará el día cuando descubran que el Cristo que rechazaron es la Persona más importante del mundo y de la Historia. El emperador romano Juliano el Apóstata trató de retrasar el reloj, de desterrar el Cristianismo y reinstaurar los viejos dioses paganos. Falló en toda la línea; y al final, un autor dramático le hace decir: «El desplazar a Cristo del pináculo más alto de la Historia no estaba a mi alcance.» El Hombre en la Cruz ha llegado a ser el Juez y el Rey de todo el mundo.

(ii) La segunda imagen de la piedra está en el versículo 44, aunque ha de notarse que algunos manuscritos lo omiten. Es una figura más difícil, de una piedra que quebranta a una persona que tropieza en ella, y que reduce a polvo a una persona si cae sobre ella. Es una figura compuesta de tres pasajes del Antiguo Testamento. El primero es *Isaías 8:13-15:* «Al Señor de los Ejércitos, a Él santificad; sea Él vuestro temor, y Él sea vuestro miedo. Entonces Él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, por tropezadero para caer y por lazo y red al morador de Jerusalén. Muchos de entre ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados.» El segundo está en *Isaías 28:16:* «He aquí que Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable.» El tercero está en *Daniel 2:34,44s,* donde se nos presenta la figura extraña de una piedra, no cortada por manos humanas, que destroza a los enemigos de Dios.

La idea detrás de esto es que todas las figuras del Antiguo Testamento acerca de una piedra se resumen en Jesucristo. Jesús es la piedra fundamental sobre la que se construye todo, y la piedra angular que mantiene unido todo el edificio. Que el rechazar Su camino es golpear la cabeza contra los muros de la Ley de Dios. El desafiarle es a fin de cuentas quedar desintegrado. Por muy extrañas que estas imágenes nos parezcan, les resultarían familiares a todos los judíos que conocieran los Profetas.

GOZO Y JUICIO

Mateo 22:1-10

> *Jesús volvió a dirigirse a ellos en parábolas:*
>
> *—El Reino del Cielo se puede comparar con la situación que se produjo cuando un hombre que era rey hizo los preparativos para la boda de su hijo. Envió a sus siervos a decirles a los que habían sido invitados que vinieran a la boda, pero ellos se negaron a venir. El rey volvió a enviar a otros siervos. «Decidles a los invitados —les dijo—: Fijaos, ya tengo el banquete todo preparado; ya hemos matado los bueyes y los animales especialmente engordados; y todo está dispuesto. ¡Venid a la boda!» Pero ellos no hicieron caso a la invitación, y se fueron, uno a su hacienda, y otro, a sus negocios. El resto, hasta echaron mano a los siervos y los trataron vergonzosamente y los mataron. El rey se puso furioso, y mandó sus ejércitos a destruir a aquellos asesinos y a prenderle fuego a su ciudad. Y luego, les dijo a sus siervos: «La boda está preparada. Los que estaban invitados no merecían venir. Así que salid por los caminos e invitad a la boda a todos los que encontréis.» Así que los siervos salieron por las carreteras y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos; y hubo numerosos huéspedes en la boda.*

Los versículos 1-14 de este capítulo no contienen una parábola, sino dos; y captaremos su significado mucho más fácilmente y de una manera más completa si las tomamos por separado.

Los acontecimientos que se relatan en la primera de las dos parábolas están totalmente de acuerdo con las costumbres judías normales. Cuando se hacían las invitaciones a una gran fiesta, como una fiesta de bodas, no se especificaba cuándo tendría lugar; y cuando ya todo estaba preparado, se enviaban los siervos con la notificación final para decirles a los invitados que vinieran. Así que, el rey de esta parábola hacía tiempo que había hecho las invitaciones; pero mandó aviso a los invitados de que ya podían venir cuando ya todo estuvo preparado —y se negaron de una manera insultante. Esta parábola tiene dos significados.

(i) Tiene un significado puramente local: remachaba lo que ya se había dicho en la parábola de los labradores malvados; de nuevo se trataba de una acusación a los judíos. Los invitados que se negaron a ir cuando llegó el momento representan a los judíos. Desde tiempo inmemorial Dios los había invitado a ser Su pueblo escogido; sin embargo, cuando vino al mundo el Hijo de Dios, y fueron invitados a seguirle, se negaron despectivamente. El resultado fue que la invitación de Dios se hizo por los caminos y los senderos; y los que iban por ellos representan a los pecadores y a los gentiles que no esperaban nunca una invitación al Reino.

Como lo comprendió el evangelista, las consecuencias del rechazamiento fueron terribles. Hay un versículo en la parábola que nos da la impresión de estar fuera de lugar; y es porque probablemente no formaba parte de la parábola original tal como la dijo Jesús, sino que fue una interpretación del evangelista. Es el versículo 7, que dice que el rey mandó sus ejércitos contra los que rechazaron la invitación, y quemaron su ciudad.

Esta introducción de los ejércitos y esta quema de la ciudad parece a primera vista totalmente fuera de lugar en el contexto de las invitaciones a una fiesta de bodas. Pero Mateo estaba componiendo su evangelio en algún momento entre los años 80 y 90 d.C. ¿Qué había sucedido durante el período entre el ministerio de Jesús y entonces? La respuesta es obvia: *La destrucción de Jerusalén por los ejércitos de Roma* en el año 70 d.C. El templo fue saqueado y quemado; y la ciudad, destruida de tal manera que se hizo pasar por toda ella un arado. Un terrible desastre había acontecido a los que se negaron a reconocer al Hijo de Dios cuando vino.

El evangelista añade como comentario suyo las cosas terribles que sucedieron de hecho a la nación que se negó a aceptar el camino de Cristo. Y es, por supuesto, el sencillo hecho histórico que, si los judíos hubieran aceptado el camino de Cristo, y se hubieran conducido con amor, humildad y sacrificio, nunca habrían sido el pueblo rebelde y guerrero que acabó por provocar la ira vengativa de Roma, que no puedo soportar más sus maquinaciones políticas.

(ii) Igualmente, esta parábola tiene mucho que decir en una escala mucho más amplia.

(*a*) Nos recuerda que la invitación de Dios es a una fiesta tan alegre como una fiesta de bodas. Su invitación es a la alegría. El considerar el Cristianismo como una renuncia lúgubre a todo lo que trae risa y regocijo y gozosa compañía es confundir toda su naturaleza. Es al gozo a lo que se invita al cristiano; y es el gozo lo que se pierde si se rechaza la invitación.

(*b*) Nos recuerda que las cosas que hacen a las personas sordas a la invitación de Cristo no son necesariamente cosas malas. Un hombre se fue a su hacienda; otro, a sus negocios. No se descarriaron por caminos de vicios salvajes o de aventuras inmorales. Fueron a ocuparse de las excelentes tareas de la administración eficaz del negocio de su vida comercial. Es muy fácil estar tan ocupado con las cosas del tiempo que se olvidan las de la eternidad, estar tan preocupado con las cosas que se ven que se olvidan las que no se ven, escuchar las demandas insistentes del mundo que no se oye la suave invitación de la voz de Cristo. La tragedia de la vida es que son a menudo las cosas menos buenas las que desplazan a las mejores, las cosas que son buenas en sí mismas las que excluyen a las cosas excelentes. Una persona puede estar tan ocupada ganándose honradamente la vida que no se da cuenta de que está realmente perdiendo la vida; puede estar tan ocupada con la administración y organización de la vida que se olvida de vivir.

(*c*) Nos recuerda que la llamada de Cristo no es tanto a considerar el castigo que se nos viene encima como a ver lo que nos perderemos si no seguimos Su camino. Los que no quisieron ir fueron castigados, pero su verdadera tragedia fue que se perdieron la alegría de una fiesta de bodas. Si rechazamos la invitación de Cristo, algún día nos daremos cuenta de que lo peor no es lo que suframos, sino el darnos cuenta de las cosas preciosas que nos habremos perdido.

(*d*) Nos recuerda que en último análisis la invitación de Dios es la invitación de la gracia. Los que iban por los caminos y los senderos no tenían ningún derecho a la atención del rey; no podrían nunca haberse esperado el ser invitados a una fiesta de bodas reales, y

todavía menos se les habría podido ocurrir que se lo habían ganado. No se les presentó de ninguna otra manera que por la hospitalidad que les ofrecía el rey a brazos y corazón abiertos. Fue la gracia la que ofreció la invitación, y la que congregó a aquellos invitados.

EL ESCRUTINIO DEL REY

Mateo 22:11-14

> *Jesús continuó diciendo:*
>
> *—El rey entró a ver a los que estaban sentados a la mesa, y vio allí a uno que no llevaba ropa de boda. «Amigo —le dijo—, ¿cómo viniste aquí sin vestirte de boda?» El hombre se quedó mudo de miedo. Entonces el rey dio orden a sus sirvientes: «¡Atadle de pies y manos, y tiradle a la oscuridad de fuera! ¡Que llore y rechine los dientes allí!» Porque muchos son invitados, pero pocos son seleccionados.*

Esta es otra parábola distinta, pero es también una continuación y una ampliación de la anterior. Es la historia de un invitado que se presentó en la fiesta de bodas sin ir adecuadamente vestido.

Uno de los grandes intereses de esta parábola consiste en que vemos en ella a Jesús haciendo uso de una historia que ya les era familiar a Sus oyentes para Su propio fin. Los rabinos tenían dos historias acerca de reyes y ropa. La primera era acerca de un rey que invitó a sus cortesanos a una fiesta, sin decirles exactamente la fecha ni la hora; pero les dijo que debían lavarse, ungirse y vestirse para estar preparados para cuando se les avisara. Los que fueron prudentes se prepararon en seguida, y se pusieron a esperar a la puerta del palacio, porque creían que en el palacio se podía preparar una fiesta tan deprisa que no habría tiempo que esperar. Los insensatos creyeron que llevaría mucho tiempo el hacer los preparativos necesarios, y que tendrían tiempo de sobra. Así que se fueron, el albañil a su pasta, el alfarero a su arcilla, el herrero a su fragua, el lavandero a su lavandería, y prosiguieron con su trabajo. Pero, de pronto, la llamada a la fiesta les vino sin más aviso. Los prudentes estaban listos para sentarse, y al rey le cayeron muy bien, y comieron y bebieron; pero los que no se habían preparado ni puesto sus ropas de boda tuvieron que quedarse fuera tristes y

hambrientos, contemplando la gran gozada que se habían perdido. Esa parábola rabínica habla de la obligación de estar preparados para la llamada de Dios, y la ropa de boda representa la preparación que debemos hacer.

La segunda parábola rabínica hablaba de un rey que les confió a sus siervos ropas reales. Los que fueron prudentes, tomaron las ropas y las guardaron cuidadosamente manteniéndolas en perfecto estado y en toda su prístina magnificencia. Los que fueron insensatos se pusieron las ropas para ir a su trabajo, y las arrugaron y ensuciaron. Llegó el día cuando el rey reclamó sus ropas. Los prudentes se las devolvieron limpias y preparadas; así que el rey las colocó en sus armarios y les dijo que se fueran en paz. Los insensatos se las devolvieron arrugadas y sucias. El rey mandó que se mandaran las ropas al lavandero, y que a esos siervos insensatos los metieran en la cárcel. Esta parábola enseña que uno debe devolverle su alma a Dios en toda su pureza original, y que la persona que devuelva un alma sucia quedará condenada.

Es probable que Jesús tuviera estas dos parábolas en mente cuando contó la Suya propia. Entonces, ¿qué estaba tratando de enseñar? Esta parábola contiene también tanto una lección local como otra universal.

(i) La lección local es esta. Jesús acaba de decir que el rey, para llenar de invitados su fiesta, envió a sus mensajeros por los caminos y los senderos para recoger gente. Esa era la parábola de la puerta abierta. Predecía que los gentiles y los pecadores serían recibidos en el Reino. Esta parábola presenta el equilibrio necesario. Es verdad que la puerta está abierta para todos, pero cuando vengan, deben traer una vida que trate de ajustarse al amor que se les ha ofrecido. La gracia no es solo un regalo que se nos da; es también una grave responsabilidad que contraemos. Uno no puede seguir viviendo como vivía antes de encontrarse con Jesucristo. Debe vestirse de una nueva pureza y santidad y bondad. La puerta está abierta para el pecador que quiera ser santo.

(ii) Esta es una lección permanente. La manera como venga una persona a algo demostrará el espíritu en que venga. Si vamos de visita a casa de un amigo, no vamos con el mono que usamos en la obra o en la huerta. Sabemos muy bien que no es la ropa lo que le

importa al amigo. Es una cuestión de respeto el presentarnos en casa de nuestro amigo tan decentes como podamos. El hecho de prepararnos para ir allí es una manera de mostrarle externamente a nuestro amigo nuestro afecto y nuestra estima. Así debe ser en la casa de Dios. Esta parábola no tiene nada que ver con *lo que nos ponemos* para ir a la iglesia; sí con *el espíritu* en que vamos a la casa de Dios. Hay una manera de disponer la mente y el corazón y el alma: la ropa de la expectación, del sincero arrepentimiento, de la fe, del respeto; y esa es la ropa sin la que no deberíamos venir a la presencia de Dios. Demasiado a menudo vamos a la casa de Dios sin la menor preparación; si todos los hombres y las mujeres de la congregación fueran a la iglesia *preparados para dar culto a Dios,* después de una breve oración, de un breve pensamiento, de un breve examen de conciencia, entonces el culto sería un culto de verdad; el culto en que suceden cosas en las almas de las personas y en la vida de la iglesia y en los asuntos del mundo.

EL DERECHO HUMANO Y EL DIVINO

Mateo 22:15-22

A eso llegaron los fariseos, e intentaron hacerse un plan para enredar a Jesús en Sus propias palabras. Así es que Le enviaron a sus discípulos, de acuerdo con los herodianos, que Le dijeron:

—Maestro, sabemos que eres sincero, y que enseñas el camino de Dios de verdad, sin hacer discriminaciones. Dinos entonces Tu opinión: ¿Es justo pagar tributo al César, o no?

Jesús Se dio perfecta cuenta de la malicia de ellos; así es que les contestó:

—¡Hipócritas! ¿Por qué tratáis de someterme a pruebas? Mostradme la moneda del tributo.

Ellos Le presentaron un denario. Entonces Jesús les preguntó:

—¿De quién son la imagen y la inscripción?

—De César —Le contestaron.

—Pues entonces —les contestó Jesús—, dad al César lo que le pertenece al César, y a Dios lo que Le pertenece a Dios.

Cuando Le oyeron esta respuesta, se quedaron alucinados; y Le dejaron y se fueron.

Hasta este momento hemos visto a Jesús, como si dijéramos, a la ofensiva. Había dicho tres parábolas en las que había acusado directamente a los dirigentes ortodoxos judíos. En la parábola de los dos hijos *(Mateo 21:28-32),* los líderes judíos aparecían bajo el disfraz del hijo hipócrita que no hizo la voluntad de su padre. En la parábola de los viñadores malvados *(Mateo 21:33-46),* éstos eran ellos. En la parábola de la fiesta del rey *(Mateo 22:1-14),* eran los invitados condenados.

Ahora vemos a los líderes judíos lanzando su contraataque; y lo hacen dirigiéndole a Jesús preguntas cuidadosamente formuladas. Le hacen esas preguntas en público, mientras la multitud observa y escucha, y su objetivo es hacer que Jesús Se desacredite con Sus propias palabras en presencia de la gente. Así es que aquí tenemos la pregunta de los fariseos, que estaba enmarcada sutilmente. Palestina era un país ocupado, y los judíos estaban sometidos al Imperio Romano. Y la pregunta era: «¿Es o no es legal pagar tributo a Roma?»

Había, de hecho, tres impuestos regulares que cobraba el gobierno romano. Estaba el impuesto *de la tierra,* que tenían que pagarle los labradores al gobierno, y que era un décimo del grano y un quinto del vino y del aceite que produjeran; este impuesto se pagaba parcialmente en especie, y parcialmente en el dinero equivalente. Estaba el *impuesto sobre la renta,* que era el 1 por ciento de los ingresos de cada persona. Estaba el *impuesto de capitación;* este lo tenían que pagar todos los varones desde la edad de 14 años hasta la de 65 años, y todas las mujeres desde los 12 hasta los 65 años; era de 1 *denarius* —eso era lo que Jesús llamó *la moneda del tributo—,* y era el equivalente de unas 15 pesetas, cantidad que hay que evaluar recordando que 10 pesetas era el jornal medio de un obrero. El impuesto que se menciona aquí era el de capitación.

La pregunta que los fariseos Le hicieron a Jesús era un verdadero dilema. Si contestaba que era ilegal el pago del impuesto, Le acusarían inmediatamente a los oficiales del Imperio Romano como persona sediciosa, y Su arresto se produciría inmediatamente con

toda seguridad. Si decía que era legal el pago del impuesto, Se desacreditaría a los ojos de la multitud. La gente, no solo resentía el impuesto como se resienten todos los impuestos; lo resentía aún más por razones religiosas. Para un judío, Dios era el único Rey; su nación era una teocracia; pagar impuestos a un rey terrenal era admitir la validez de su soberanía y, por tanto, insultar a Dios. Así que los más fanáticos entre los judíos insistían en que cualquier impuesto que se pagara a un rey extranjero era ilegal por necesidad. Contestara Jesús como contestara —eso creían sus interrogadores — Se metería en líos.

La seriedad de este ataque se muestra en el hecho de que *los fariseos* y *los herodianos* se pusieron de acuerdo para presentarlo, porque normalmente estos dos partidos eran diametralmente opuestos. Los fariseos eran los supremamente ortodoxos, que resentían el pago del impuesto a un rey extranjero como una ofensa al derecho de Dios. Los herodianos eran el partido de Herodes, rey de Galilea, que les debía su poder a los romanos, y que funcionaba mano a mano con ellos. Los fariseos y los herodianos eran unos cómplices de lo más extraños; olvidaron sus diferencias movidos por un odio común a Jesús y el deseo común de eliminarle. Cualquiera que insista en su manera de ver las cosas, sea cual sea, odiará a Jesús.

Esta pregunta del pago del impuesto no tenía un interés exclusivamente histórico. Mateo estaba escribiendo entre los años 80 y 90 d.C. El templo había sido destruido el año 70 d.C. Mientras estuvo en pie, todo judío había estado obligado a pagar el medio siclo del impuesto del templo. Después de la destrucción del templo, el gobierno romano demandó que ese impuesto se pagara al templo de Júpiter Capitolino en Roma. Está claro que esa disposición les revolvía el estómago a todos los judíos. El asunto de los impuestos era un problema real durante el ministerio de Jesús, y seguía siéndolo en los días de la Iglesia Primitiva.

Pero Jesús fue sabio. Pidió que Le enseñaran un *denarius*, que estaba estampado con la efigie del emperador. El acuñar moneda era una señal de soberanía. Tan pronto como un rey subía al trono acuñaba su propia moneda. Hasta un pretendiente producía moneda para mostrar la realidad de su realeza; y esa moneda se

consideraba propiedad del rey cuya imagen llevaba. Jesús preguntó de quién era la imagen de la moneda. La respuesta fue que de César. «Bien; pues entonces —dijo Jesús—, devolvédsela a César; es suya. Dadle a César lo que le pertenece, y dadle a Dios lo que Le pertenece.»

En Su sabiduría incomparable, Jesús nunca estableció reglas ni normas; por eso Su enseñanza es atemporal, y nunca pierde su actualidad. Jesús siempre establecía principios. Aquí establece uno sumamente grande e importante.

Todo cristiano tiene una doble nacionalidad. Es ciudadano de un país, en el que está viviendo. A ese país le debe muchas cosas. Le debe la seguridad frente a personas sin ley que solamente puede proveer un gobierno organizado; le debe todos los servicios públicos. Para poner un ejemplo, pocas personas son lo suficientemente ricas como para tener su propio sistema de iluminación, o de limpieza, o de provisión de agua. Estos son servicios públicos. En el estado del bienestar, el ciudadano le debe al estado todavía más: enseñanza, servicios médicos, provisión en caso de desempleo y jubilación. Esto coloca al cristiano en una deuda de obligación. Porque el cristiano es una persona de honor, debe ser un ciudadano responsable. El fallar como ciudadano es también fallar como cristiano. Problemas indecibles pueden sobrevenirle a un país o a una industria cuando los cristianos se niegan a asumir su parte en la administración, y se la dejan a personas no cristianas, egoístas, interesadas, partidistas. El cristiano tiene un deber para con el César en compensación por los privilegios que le aporta el gobierno del César.

El cristiano es también un ciudadano del Cielo. Hay asuntos de religión y de principio en los que la responsabilidad del cristiano es para con Dios. Bien puede ser que las dos ciudadanías nunca entren en conflicto. No tienen por qué. Pero cuando el cristiano está convencido de que es la voluntad de Dios que haga algo, debe hacerlo; o si está convencido de que algo es contra la voluntad de Dios, debe oponerse a ello, y no participar en ello. ¿Dónde se encuentra la frontera entre los dos deberes? Jesús no lo dice. Eso es algo que tiene que discernir la propia conciencia de cada cual. Pero un auténtico cristiano —y esta es una verdad permanente que

Jesús establece aquí— es al mismo tiempo un buen ciudadano de su país y un buen ciudadano del Reino del Cielo. No debe faltar a sus deberes para con Dios ni para con los hombres. Debe decirse, con Pedro: «Temed a Dios. Honrad al emperador» *(1 Pedro 2:17).*

EL DIOS VIVO DE LAS PERSONAS VIVAS

Mateo 22:23-33

> *Aquel mismo día, los saduceos, que niegan que haya resurrección, se dirigieron a Jesús y Le cuestionaron.*
>
> *—Maestro —Le dijeron—, Moisés dijo: «Si alguno muere sin dejar hijos, su hermano se casará con su mujer, y tendrán descendencia para el hermano muerto.» Había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó, y murió sin dejar hijos; así que le dejó su mujer a su hermano. Lo mismo sucedió con el segundo, y con el tercero, y así hasta el séptimo de ellos. La última de todos en morir fue la mujer. ¿De cuál de los siete será esposa en la Resurrección? Porque todos la tuvieron por tal.*
>
> *—Estáis en un error —les contestó Jesús—, porque no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios. En la Resurrección no se casan ellos ni ellas, sino que son como los ángeles del Cielo. Ahora bien, en cuanto a la Resurrección de los muertos, ¿es que no habéis leído nunca lo que dijo Dios? «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos.*
>
> *Cuando la gente escuchó esta respuesta de Jesús, se quedaron admirados de Su enseñanza.*

Como los fariseos Le habían hecho a Jesús el contraataque y habían sido derrotados, los saduceos los relevaron en la lucha.

Los saduceos no eran muy numerosos, pero eran la clase rica, aristocrática y gobernante. Los principales sacerdotes, por ejemplo, eran saduceos. En política eran colaboracionistas; totalmente dispuestos a cooperar con el gobierno romano si así podían conservar su posición y privilegios. En su manera de pensar estaban bastante dispuestos a aceptar las ideas griegas.

En cuanto a sus creencias judías, eran tradicionalistas. Rechazaban la ley oral de los escribas, que para los fariseos tenía

tanta importancia como la Ley escrita. Pero llegaban más lejos todavía: la única parte de las Escrituras que consideraban normativa era el Pentateuco, la Ley *par excellence,* los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. No aceptaban como Escritura ni los Profetas ni los Libros Poéticos. Particularmente se oponían a los fariseos porque negaban completamente cualquier vida después de la muerte, que era uno de los puntos en los que insistían los fariseos. Los fariseos, por supuesto que establecían que cualquier persona que negara la Resurrección de los muertos estaba excluida de todas las bendiciones de Dios.

Los saduceos insistían en que la doctrina de la vida después de la muerte no se podía demostrar con el Pentateuco. Los fariseos decían que sí, y eran curiosos los versículos que citaban como pruebas. Citaban *Números 18:28,* que dice: «Dad la ofrenda del Señor al sacerdote Aarón.» Esa es una ordenanza de carácter permanente. El verbo está en el tiempo presente; ¡por tanto Aarón está todavía vivo! Citaban *Deuteronomio 31:16* como prueba de la Resurrección «Y este pueblo se levantará,» aunque la segunda mitad del versículo prosigue: «para prostituirse tras los dioses ajenos de la tierra.» Citaban *Deuteronomio 32:39:* «Yo hago morir, y Yo hago vivir.» Fuera del Pentateuco citaban *Isaías 26:19:* «Tus muertos vivirán.» No se puede decir que ninguna de las citas de los fariseos fuera concluyente; y no se había podido presentar nunca ningún argumento real a favor de la Resurrección de los muertos basado en el Pentateuco.

Los fariseos insistían mucho en la resurrección del *cuerpo.* Discutían detalles rebuscados, tales como si se resucitaría vestido o desnudo; si vestido, ¿resucitaría uno con la ropa que tenía puesta cuando murió, o con otra? Usaban *1 Samuel 28:14* (el pasaje de la pitonisa de Endor que hizo subir el espíritu de Samuel a petición de Saúl) para demostrar que después de la muerte las personas conservan la apariencia que tuvieron en este mundo. Hasta discutían si las personas resucitaban con los defectos físicos con los que, o de los que habían muerto; ¡si no fuera así, no serían las mismas personas! Todos los judíos resucitarían en la Tierra Santa, así es que decían que había pasillos bajo la tierra y, cuando enterraban a un judío en una tierra extranjera, su cuerpo venía

rodando por esos pasillos hasta la patria. Los fariseos mantenían como doctrina fundamental la Resurrección corporal de los muertos. Los saduceos la negaban totalmente.

Los saduceos presentaron un problema que ellos creían que reducía al absurdo la doctrina de la resurrección de los muertos. Había una costumbre judía que se llamaba *el levirato.* Es discutible hasta qué punto se practicaba. Si un hombre casado moría sin dejar hijos, su hermano estaba obligado a casarse con la viuda, y el primer hijo que tuvieran recibiría el nombre del difunto. Si el hombre se negaba a casarse con la viuda, los dos se presentaban ante los ancianos; la mujer tenía que desatarle el zapato al hombre, escupirle en la cara y maldecirle; y el hombre quedaba bajo el estigma de haber rehusado tener un hijo para su hermano *(Deuteronomio 25:5-10).* Los saduceos citaron un caso de matrimonio de levirato en el que siete hermanos fueron muriendo sucesivamente sin dejar descendencia, aunque casándose con la misma mujer, y entonces preguntaron: «Cuando tenga lugar la Resurrección, ¿de quién será esposa la mujer que estuvo casada con todos?» Era una trampa de pregunta.

Jesús empezó estableciendo un principio: Toda aquella cuestión se basaba en un error fundamental, el de pensar que el Cielo es como la Tierra, y la vida en la eternidad es como la vida en el tiempo. La respuesta de Jesús fue que cualquiera que lea las Escrituras se dará cuenta de que ese problema no existe; porque el Cielo no va a ser simplemente la continuación o la extensión de este mundo. Habrá relaciones nuevas y mejores que trascenderán las relaciones físicas del tiempo.

De ahí pasó Jesús a demoler toda la posición de los saduceos. Habían mantenido siempre que no había ningún texto en el Pentateuco que se pudiera usar para demostrar la Resurrección de los muertos. Ahora bien, ¿cuál era el título más corriente de Dios en el Pentateuco? «El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob.» Dios no puede ser un Dios de muertos, y de cadáveres en pudrición. El Dios viviente tiene que ser el Dios de los vivientes. La posición de los saduceos quedó demolida. Jesús había hecho lo que no habían conseguido hacer los rabinos más sabios. Refutó a los saduceos con textos de la misma Escritura, y demostró que hay una vida

después de la muerte que no se puede concebir en términos terrenales. La gente se admiró de un Hombre que era un maestro de la discusión, y hasta los mismos fariseos tendrían que contenerse para no vitorearle.

EL DEBER CON DIOS Y CON LOS HOMBRES

Mateo 22:34-40

> *Cuando los fariseos se enteraron de que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron. Uno de ellos, que era un experto en la Ley, Le dirigió a Jesús una pregunta de prueba:*
>
> *—¿Cuál de los mandamientos de la Ley es el más importante?*
>
> *Jesús le contestó:*
>
> *—«Ama al Señor tu Dios con todo el corazón, y el alma, y la mente.» Este es el mandamiento más grande e importante; y hay un segundo que se le parece: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.*

En *Mateo,* esta pregunta parece más bien la vuelta de los fariseos al ataque; pero en *Marcos,* la atmósfera es diferente. Según nos cuenta Marcos la historia *(Marcos 12:28-34),* el escriba no Le hizo esta pregunta a Jesús para hacerle caer. Se la dirigió en señal de aprobación por lo que había dicho, y para ofrecerle a Jesús la oportunidad de contestar correctamente otra vez. Y al final del pasaje el escriba y Jesús están muy cerca.

Bien podemos decir que aquí Jesús estableció la definición completa de la religión.

(i) La religión consiste en amar a Dios. El versículo que Jesús cita es *Deuteronomio 6:5.* Ese versículo era parte de la *semá‘,* el credo básico y esencial del judaísmo; la frase con la que empiezan todos los cultos judíos, y el primer texto que todos los niños judíos aprenden de memoria. Esto quiere decir que hay que darle a Dios un amor total, un amor que domine nuestras emociones, que dirija nuestros pensamientos y que sea la dinámica de nuestras acciones. La religión empieza con el amor que es la entrega total de la vida a Dios.

(ii) El segundo mandamiento que cita Jesús procede de *Levítico 19:18.* Nuestro amor a Dios debe desembocar en el amor a nuestros semejantes. Pero debe notarse el orden en que aparecen estos mandamientos. El amor a Dios es primero, y el amor a los hombres, segundo. Solo cuando amamos a Dios podemos amar a nuestros semejantes. La enseñanza bíblica acerca del hombre no es que el hombre es una colección de elementos químicos, ni parte de la creación animal, sino una criatura que está hecha a la imagen de Dios *(Génesis 1:26s).* Es por esta razón por la que debe amarse a los hombres. La verdadera base de toda democracia es de hecho el amor de Dios. Suprimid el amor de Dios, y podemos airarnos con el hombre por su torpeza para aprender; podemos volvernos pesimistas por su dificultad para mejorar; podemos insensibilizarnos ante la mecánica de su pensamiento. El amor al ser humano está profundamente enraizado en el amor de Dios.

Ser verdaderamente religioso es amar a Dios y amar a los seres humanos que Dios ha hecho a Su imagen; y amar a Dios y a la humanidad, no con un sentimentalismo nebuloso, sino con esa entrega total que conduce a la devoción a Dios y al servicio práctico a los seres humanos.

NUEVOS HORIZONTES

Mateo 22:41-46

Cuando se reunieron allí los fariseos, Jesús les hizo una pregunta:

—¿Qué opináis vosotros del Mesías? ¿De quién es hijo?

—Hijo de David —Le contestaron. Y Jesús les dijo:

—Pues entonces, ¿cómo es que David, en el Espíritu, Le llama Señor, *cuando dice: «El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a Mi diestra hasta que ponga a Tus enemigos bajo Tus pies?» Si David le llama* Señor, *¿cómo puede ser su hijo?*

Y nadie podía darle la respuesta; así es que desde aquel día ya no se atrevió nadie a hacerle preguntas.

A nosotros puede que esto nos parezca una de las cosas más oscuras que dijo nunca Jesús. Puede que lo sea; pero es una afirmación sumamente importante. Aun si, a primera vista, no

captamos totalmente el significado, podemos presentir la atmósfera de temor y admiración y misterio que lo rodea.

Ya hemos visto que Jesús se negaba a permitir que sus seguidores Le proclamaran Mesías hasta que Él les hubiera enseñado lo que quería decir el mesiazgo. Las ideas que ellos tenían del Mesías requerían el cambio más radical.

El título más corriente del Mesías era *Hijo de David.* Detrás de él se ocultaba la expectación de que algún día llegaría un gran Príncipe de la dinastía de David que derrotaría a los enemigos de Israel y conduciría al pueblo a la conquista de todo el mundo. Se pensaba en el Mesías corrientemente en términos de poder y de gloria nacionalista, política y militar. Este es otro intento que hace Jesús de alterar esa concepción.

Jesús les preguntó a los fariseos de quién entendían ellos que era hijo el Mesías; y contestaron como Él esperaba: «Hijo de David.» Jesús entonces les citó el *Salmo 110:1:* «El Señor dice a mi Señor: Siéntate a Mi diestra.» Todos estaban de acuerdo en que ese texto se refería al Mesías. En él, el primer *Señor* es Dios; y el segundo *Señor* es el Mesías. Eso supone decir que David llama *Señor* al Mesías. Pero, si el Mesías es hijo de David, ¿cómo pudo llamar David a su propio hijo *Señor?*

La conclusión obvia del razonamiento es que *es inadecuado llamar al Mesías Hijo de David.* No es el Hijo de David; es el *Señor* de David. Cuando Jesús sanó a los ciegos, ellos Le habían llamado Hijo de David *(Mateo 20:30).* Cuando entró en Jerusalén, la multitud Le saludó y aclamó como Hijo de David *(Mateo 21:9).* Jesús está diciendo aquí: «No es bastante llamar al Mesías Hijo de David. No es bastante creerle un Príncipe de la dinastía de David y un conquistador terrenal. Debéis ir más allá, porque el Mesías es el *Señor* de David.»

¿Qué quería decir Jesús? No podía querer decir más que una cosa: que Su verdadera descripción es *Hijo de Dios. Hijo de David* no es un título adecuado; Hijo de Dios sí lo es. Y, en ese caso, el mesiazgo no se ha de concebir en términos de conquistas davídicas, sino en términos de amor divino y sacrificial. Aquí, pues, Jesús presenta Sus mayores credenciales. En él vino, no un

conquistador terrenal que repetiría los triunfos militares de David, sino el Hijo de Dios que demostraría el amor de Dios sobre la Cruz.

Habría pocos aquel día que captaran algo de la grandeza de lo que Jesús quería decir; pero cuando Jesús pronunció estas palabras, aun el más torpe de ellos sentiría el escalofrío de la presencia del misterio eterno. Tendrían el sentimiento sobrecogedor de que habían oído la voz de Dios; y por un momento, en este Hombre Jesús vislumbraron el rostro del mismo Dios.

ESCRIBAS Y FARISEOS

Si una persona es característica y temperamentalmente una criatura irritable, de mal genio e irascible, propensa a entregarse a exabruptos incontrolados de ira apasionada, su ira no es ni efectiva ni impresionante. Nadie le presta mucha atención a la ira de una persona de mal genio. Pero cuando una persona que es característicamente mansa y humilde, cortés y amable, rompe de pronto en una ira ardiente, hasta la persona menos perspicaz se sorprende y lo toma en serio. Por eso es por lo que la ira de Jesús es un espectáculo tan sobrecogedor. Rara vez en la literatura encontramos una denuncia tan sostenida y descarnada como la que encontramos en este capítulo en el que la ira de Jesús se dirige contra los escribas y los fariseos. Antes de empezar a estudiar este capítulo en detalle, será conveniente que veamos brevemente lo que representaban los escribas y los fariseos.

Los judíos tenían un profundo y constante sentido de la continuidad de su religión; y la mejor manera de ver lo que representaban los fariseos y los escribas será investigando cuándo entraron en el esquema de la religión judía. Al principio de un tratado de la Misná que figura en todas sus liturgias, *Pirqê Abôt, Los Dichos de los Padres,* leemos: «Moisés recibió la Ley en el Monte Sinaí, y se la transmitió a Josué; Josué, a los ancianos; los ancianos, a los profetas; los profetas, a los hombres de la Gran Sinagoga.» Toda la religión judía está basada en primer lugar en los Diez Mandamientos, y luego en el Pentateuco, la Ley.

La historia de los judíos estaba diseñada para hacerlos el pueblo de la Ley. Como cualquier otra nación, ellos tenían sus sueños de grandeza; pero las experiencias de la historia habían hecho que ese

sueño tomara una dirección característica. Habían sido conquistados por los asirios, los babilonios, los persas, y Jerusalén se había quedado desolada. Estaba claro que no podrían ser preeminentes en poder político. Pero, aunque el poder político era una imposibilidad obvia, ellos sin embargo poseían la Ley, y para ellos la Ley era la misma Palabra de Dios, la posesión más grande y preciosa del mundo.

Llegó un día en su historia cuando esa preeminencia de la Ley fue asumida públicamente; llegó lo que no se podría llamar sino un deliberado acto de decisión en el cual el pueblo de Israel llegó a ser en el sentido más exclusivo el pueblo de la Ley. Bajo Esdras y Nehemías, se le permitió al pueblo volver a Jerusalén, y reedificar su ciudad en ruinas, e iniciar de nuevo su vida nacional. Cuando aquello sucedió, llegó un día en el que Esdras, el Escriba, tomó el Libro de la Ley y se lo leyó al pueblo; y allí sucedió algo que fue nada menos que una dedicación nacional de todo el pueblo a la observancia de la Ley *(Nehemías 8:1-8).*

Desde aquel día, el estudio de la Ley se convirtió en la más grande de todas las profesiones; y ese estudio de la Ley se confió a los hombres de la Gran Sinagoga, *los escribas.*

Ya hemos visto cómo se desmenuzaban los grandes principios de la Ley en miles y miles de reglas y normas (véase lo dicho en la sección sobre *Mateo 5:17-20).* Ya hemos visto que la Ley decía que no se debe trabajar el sábado, y cuánto habían trabajado los escribas para definir lo que es un trabajo, cómo establecieron hasta los pasos que se podían andar en sábado, y las cargas mínimas que se podían llevar, y las cosas que se podían o que no se podían hacer. Para cuando esta interpretación de la Ley se terminó, hicieron falta más de sesenta volúmenes para contener la masa de preceptos resultantes.

La vuelta del pueblo a Jerusalén y la primera dedicación a la Ley tuvo lugar hacia el año 450 a.C., pero no fue hasta mucho después cuando surgieron los fariseos. Hacia el año 175 a.C., Antíoco Epífanes de Siria hizo un intento deliberado y brutal para erradicar la religión judía e introducir la religión y la forma de vida de Grecia. Fue entonces cuando surgieron los fariseos como un grupo separado. El nombre quiere decir *los separados*, y eran hombres que dedicaban

toda su vida al cumplimiento detallado y minucioso de todas las reglas y disposiciones que los escribas habían desarrollado. A la vista de la amenaza que se cernía sobre ellos, decidieron dedicar toda su vida a una larga observancia del judaísmo en su forma más elaborada y ceremonial y legal. Eran hombres que aceptaron el siempre creciente número de reglas y normas religiosas extraídas de la Ley.

Nunca fueron muy numerosos; cuando más, no pasaron de los seis mil; porque el hecho escueto era que, si un hombre iba a aceptar y cumplir todas las reglas y normas de la Ley, no le quedaría tiempo para nada más; tenía que retirarse, que separarse de la vida ordinaria para dedicarse a guardar la Ley.

Así que los fariseos podían ser una de dos cosas. Primero, eran consagrados legalistas; la religión era para ellos la observancia de todos los detalles de la Ley. Pero, segundo —y esto es algo que no se debe olvidar nunca—, eran hombres que tomaban la religión desesperadamente en serio; porque nadie habría aceptado la tarea imposiblemente exigente de vivir una vida así, a menos que lo tomara absolutamente en serio. Podían, por tanto, desarrollar al mismo tiempo todos los defectos del legalismo, y todas las virtudes de una autodedicación completa. Un fariseo podría ser, o un legalista disecado y arrogante, o un hombre con una sincera y ferviente devoción a Dios.

El decir esto no es pronunciar un veredicto típicamente cristiano sobre los fariseos, porque los mismos judíos lo expresaban. El *Talmud* distingue siete clases diferentes de fariseos.

(i) Estaba *el fariseo del hombro.* Era meticuloso en la observancia de la Ley; pero llevaba sus buenas obras siempre al hombro. Buscaba una reputación de pureza y bondad. Es verdad que obedecía la Ley, pero con la finalidad de que le miraran y admiraran los demás.

(ii) Estaba *el fariseo espera-un-poco.* Era el fariseo que siempre podía presentar una disculpa legalmente válida para aplazar una buena obra. Profesaba el credo de los fariseos más rigurosos, pero siempre tenía una disculpa para quedarse atrás en la práctica. Hablaba mucho, pero obraba poco.

(iii) Estaba *el fariseo acardenalado y sangrante.* El *Talmud* habla de la plaga de *fariseos autofastidiantes.* Recibieron estos nombres por la siguiente razón. Las mujeres ocupaban el estrato más bajo en la escala social en Palestina. Ningún rabino que se apreciara sería sorprendido hablando con una mujer en público, aunque fuera su mujer o su hermana. Estos fariseos llegaban todavía más lejos; no se permitirían ni siquiera mirar a una mujer por la calle. Para evitarlo, cerraban los ojos y se chocaban con las paredes y las esquinas y todo obstáculo imaginable. Así era como se hacían los cardenales que les granjeaban una reputación de piedad extraordinaria.

(iv) Estaba el fariseo que se describía diversamente como *el fariseo del mortero con su mano,* o *el fariseo de la joroba,* o *el fariseo tambaleante.* Los tales andaban con tal apariencia de humildad que iban torcidos como la mano del mortero en el mortero, o como jorobados. Eran tan «humildes» que ni siquiera levantaban los pies del suelo, lo que los hacía tropezar en todos los obstáculos que se encontraran. Su humildad era una manera de hacerse la publicidad ostentosamente.

(v) Estaba *el fariseo siempre-contabilizante* o *contador.* Esta clase de fariseo siempre estaba llevando la cuenta de sus buenas obras, haciendo el balance entre sí mismo y Dios, y creía que a cada buena obra suya ponía a Dios un poco más en deuda con él. Para él la religión se había de valorar en términos de una cuenta de debe y haber.

(vi) Estaba *el fariseo tímido o timorato.* Siempre tenía miedo del castigo divino. Por tanto, siempre estaba limpiando lo de fuera del vaso y el plato, para parecer siempre bueno. Veía la religión en términos de juicio, y la vida en términos de una evasión aterrada de este juicio.

(vii) Finalmente estaba *el fariseo temeroso de Dios.* Era el fariseo que real y verdaderamente amaba a Dios y se deleitaba en obedecer la Ley de Dios, por muy difícil que fuera.

Esa era la clasificación que hacían de los fariseos los mismos judíos; y conviene notar que había seis tipos malos para solo uno bueno. No pocos de los que escucharon la denuncia que hizo Jesús de los fariseos estarían de acuerdo con cada una de Sus palabras.

HACER DE LA RELIGIÓN UNA CARGA

Mateo 23:1-4

> *Entonces Jesús les dijo a las multitudes y a Sus discípulos:*
>
> *—Los escribas y los fariseos ocupan la cátedra de Moisés. Por tanto, haced y cumplid todo lo que os digan, pero no obréis como ellos, porque hablan, pero no ponen por obra. Atan cargas que son pesadas y difíciles de llevar, y se las ponen en los hombros a los demás; pero ellos mismos se niegan a mover ni un dedo para empujarlas.*

Aquí vemos que ya empiezan a aparecer los lineamentos de los fariseos. Aquí vemos la convicción judía de la continuidad de la fe. Dios dio la Ley a Moisés; Moisés se la pasó a Josué; Josué se la transmitió a los ancianos; los ancianos se la pasaron a los profetas; y los profetas se la dieron a los escribas y fariseos.

No debemos pensar ni por un momento que Jesús está aquí alabando a los escribas y fariseos por todas sus reglas y normas. Lo que está diciendo es esto: «En tanto en cuanto estos escribas y fariseos os han enseñado los grandes principios de la Ley que Moisés recibió de Dios, debéis obedecerlos.» Cuando estábamos estudiando *Mateo 5:17-20,* vimos lo que eran estos principios. La totalidad de los Diez Mandamientos se basan en dos grandes principios. Se basan en *la reverencia,* reverencia con Dios, con el nombre de Dios, con el día de Dios, con los padres que Dios nos ha dado. Y se basan en *el respeto,* respeto a la vida de las personas, a sus posesiones, a su personalidad, a su buen nombre, a ellas mismas. Estos principios son eternos; y, en la medida en que los escribas y los fariseos enseñan la reverencia a Dios y el respeto a los hombres, su enseñanza es eternamente vinculante y válida.

Pero su actitud general acerca de la religión tenía un efecto fundamental. La convertía en una cosa de miles y miles de reglas y normas; y por tanto, *la convertía en una carga insoportable.* Aquí tenemos la prueba de cualquier presentación de la religión. ¿Es como unas alas que les hacen remontarse a las personas, o como un peso muerto que las hunde cada vez más? ¿Estimula o deprime? ¿Es algo que ayuda a las personas o que las acecha? ¿Es algo que le lleva a uno, o es algo que uno tiene que llevar? Siempre que la

religión se convierte en un asunto deprimente de cargas y prohibiciones, deja de ser verdadera religión.

Los fariseos tampoco se permitían el más ligero alivio. El propósito que ellos mismos confesaban era: «Hacer una valla alrededor de la Ley.» No suavizaban ni relajaban ninguna regla. Siempre que la religión se convierte en una carga, deja de ser verdadera religión.

LA RELIGIÓN DE LA OSTENTACIÓN

Mateo 23:5-12

> *—Realizan todas sus acciones para que los vean los demás. Se ponen las filacterias bien anchas; llevan flecos extralargos. Les encantan los sitios más honorables en los banquetes, y los asientos de primera fila en las sinagogas, y los saludos en el mercado, y que los llame «Rabí» la gente. Vosotros no debéis llamaros rabinos; porque no tenéis más que un maestro, y vosotros sois todos simplemente hermanos. No llaméis «padre» a nadie en la Tierra; tenéis un solo Padre: vuestro Padre del Cielo. Ni tampoco debéis llamaros dirigentes; porque Uno es vuestro Dirigente: Cristo. El que sea el más importante entre vosotros, que sea vuestro siervo. Cualquiera que se enaltezca, será humillado; y cualquiera que se humille, será exaltado.*

La religión de los fariseos se convertía casi inevitablemente en una religión de ostentación. Si la religión consiste en obedecer innumerables reglas y normas, llega a ser fácil para una persona el cuidarse de que todo el mundo se dé cuenta de lo bien que las cumple, y de lo perfecta que es su religiosidad. Jesús selecciona ciertas acciones y costumbres de las que los fariseos hacían gala.

Se ponían unas *filacterias* muy anchas. Se decía acerca de los mandamientos de Dios: «Te será como una señal en la mano, y como un recordatorio entre los ojos» *(Éxodo 13:9).* El mismo dicho se repite: «Te será, pues, como una señal en la mano y como un recordatorio entre los ojos» *(Éxodo 13:16;* cp. *Deuteronomio 6:8; 11:18).* Para cumplir estos mandamientos, los judíos llevaban para la oración, y todavía llevan, lo que llaman *tefil.lîn* o *filacterias.* Se llevan puestas todos los días excepto sábados y fiestas especiales.

Son como unas cajitas de piel que se atan con correas en la muñeca y en la frente. La de la muñeca es una cajita con un solo compartimiento, en el que se guarda un rollito de pergamino con los siguientes cuatro pasajes de la Escritura: *Éxodo 13:1-10, 11-16; Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21.* La de la frente es igual, excepto que tiene cuatro compartimientos, en cada uno de los cuales se guarda un rollito con cada uno de esos cuatro pasajes. Los fariseos, para llamar más la atención, no solo usaban filacterias, sino que las llevaban lo más grandes posible, para demostrar su ejemplar obediencia a la Ley y su piedad ejemplar.

Llevaban por fuera unos *flecos;* los flecos se llamaban en griego *kraspeda,* y en hebreo *zizit.* En *Números 15:37-41* y en *Deuteronomio 22:12* leemos que Dios mandó a Su pueblo que se hiciera *borlas* en los bordes de sus vestiduras, para que cuando las vieran se acordaran de los mandamientos de Dios. Estas borlas eran como pompones que se usaban en las cuatro esquinas de la túnica exterior. Posteriormente se pusieron en la ropa interior, y hoy en día se mantienen en el chal que se ponen los devotos judíos para hacer oración. Se hacían los flecos de un tamaño especialmente largo para hacer ostentación de piedad, y usarlos, no para recordarle a nadie los mandamientos, sino para atraer la atención hacia el que los llevaba.

Además, a los fariseos les encantaba que les asignaran los puestos principales en las comidas, a la izquierda y a la derecha del anfitrión. Les encantaban los asientos en la primera fila de las sinagogas. En Palestina, los últimos asientos eran para los niños y para la gente menos importante. Cuanto más adelante estaba el asiento, mayor era el honor. Los sitios más honorables eran los de los ancianos, que se sentaban de cara a la congregación. Si un hombre se sentaba allí, todos podían ver que estaba presente y que se conducía durante el culto con mucha devoción. Todavía más: a los fariseos les encantaba que los llamaran «Rabí», y que los trataran con el máximo respeto. Reclamaban de hecho un respeto mayor que el que se debía a los padres, porque decían que los padres no dan más que la vida ordinaria, física, mientras que el maestro da la vida eterna. Hasta llegaban a pretender que los llamaran *padre* como Eliseo llamaba a Elías *(2 Reyes 2:12).*

Jesús dice que el cristiano debe recordar que tiene un solo Maestro —Que es Cristo; y un solo Padre en la fe —Que es Dios.

Todo el interés de los fariseos era vestirse y actuar de manera que llamara la atención e hiciera que todo el mundo se fijara en ellos. Todo el propósito del cristiano debe ser pasar inadvertido, para que, si los demás ven sus buenas obras, no le glorifiquen a él, sino a su Padre del Cielo. Cualquier religión que produce ostentación en las obras y orgullo en el corazón es una religión falsa.

CERRANDO LA PUERTA A OTROS

Mateo 23:13

> *—¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes, porque les cerráis la puerta del Reino del Cielo en la cara a los demás! Vosotros mismos no entráis, pero tampoco les dejáis entrar a los que lo intentan.*

Los versículos 13 al 26 forman la denuncia más terrible y explícita que encontramos en el Nuevo Testamento. Como Plummer escribía, «estos *ayes* son como un trueno por su incontestable severidad, y como un relámpago por su exposición indiscriminada... Iluminan al mismo tiempo que hieren.»

Aquí Jesús dirige una serie de siete *ayes* contra los escribas y fariseos hipócritas. La versión Reina-Valera empieza cada uno de ellos con la exclamación «¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!» La palabra griega para *ay* es *uai*. Es difícil de traducir, porque incluye no solo *ira* sino también *lástima.* Hay aquí justa indignación; pero es la indignación del corazón de amor, quebrantado por la ceguera testaruda de las personas. Hay aquí, no solamente un aire de denuncia manifiesta; también hay una atmósfera de tragedia lamentable. La palabra *hipócrita* sale aquí una y otra vez. La palabra griega *hypokritês* quería decir en un principio *uno que contesta;* y luego llegó a usarse especialmente para designar al que tomaba parte en un diálogo en la escena; es la palabra griega normal para *actor.* De ahí pasó a significar un actor en el peor sentido de la palabra, *un farsante,* uno que representa un papel, que se pone una máscara, para ocultar sus verdaderas intenciones, que representa un personaje ficticio mientras interiormente sus pensamientos y sentimientos son muy diferentes. Para Jesús, los escribas y fariseos eran hombres que estaban representando un papel. Lo que quería decir era que su idea de la religión consistía en gestos externos, ponerse filacterias y flecos elaborados, la meticulosa representación de reglas y normas de la Ley. Pero en el corazón no tenían más que amargura y envidia y orgullo y arrogancia. Para Jesús, estos escribas y fariseos eran hombres que, bajo una máscara de piedad elaborada, ocultaban

corazones en los que dominaban sentimientos y emociones que nada agradaban a Dios. Y esa acusación sigue aplicándose en mayor o menor grado a cualquier persona que lleva una vida con la suposición de que la religión consiste en observancias y actos externos.

Hay un supuesto dicho de Jesús que no figura en los evangelios: «La llave del Reino han escondido.» Su condenación de aquellos escribas y fariseos era porque, no solo no entraban en el Reino ellos mismos, sino porque le cerraban la puerta en la cara a los que procuraban entrar. ¿Qué quería decir Jesús con esta acusación?

Ya hemos visto *(Mateo 6:10)* que la mejor manera de entender el Reino es como una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo. Ser un ciudadano del Reino del Cielo, y hacer la voluntad de Dios, son una y la misma cosa. Los fariseos creían que hacer la voluntad de Dios era observar sus millares de reglas y normas insignificantes; y nada podía estar más lejos de ese Reino cuyo componente básico es el amor. Cuando la gente trataba de encontrar la manera de entrar en el Reino del Cielo, los fariseos les presentaban estas reglas y normas, lo que equivalía realmente a cerrarles la puerta en la cara.

Los fariseos preferían sus ideas de la religión a la de Dios. Habían olvidado la verdad fundamental de que, si uno quiere enseñar a otros, debe primero escuchar a Dios. El peligro más grave que acecha a cualquier maestro o predicador es el de elevar sus propios prejuicios a la categoría de principios universales, y sustituir la verdad de Dios por sus propias ideas. Cuando hace eso, ya no es un guía, sino una barrera que impide la entrada al Reino; porque descarriado él, descarría también a otros.

MISIONEROS DEL MAL

Mateo 23:15

> *—¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes! Porque peináis tierra y mar para hacer un prosélito, y cuando lo conseguís le hacéis un hijo del infierno el doble que vosotros.*

Una extraña característica del mundo antiguo era la atracción y la repulsa que el judaísmo ejercía al mismo tiempo sobre diversas

personas. No había pueblo que fuera más odiado que los judíos. Su exclusivismo y su aislamiento y su desprecio de las otras naciones le granjeaban la hostilidad general. De hecho, se creía que una parte fundamental de su religión era un juramento de no ayudar jamás a ningún gentil en ninguna necesidad, ni siquiera diciéndole cómo ir a un sitio cuando lo preguntaba. Su observancia del sábado les granjeó una reputación de perezosos; su repulsa de la carne de cerdo les ganó burlas, hasta el punto del rumor de que adoraban a un cerdo como su dios. El antisemitismo era una fuerza real y universal en el mundo antiguo.

Y sin embargo, ejercían atracción. La creencia en un solo Dios llegó como una cosa maravillosa a un mundo que creía en una multitud de dioses. La pureza ética judía y sus niveles de moralidad ejercían fascinación en un mundo sumergido en la inmoralidad, especialmente entre las mujeres. El resultado fue que muchos fueron atraídos al judaísmo.

Su atracción se notaba a dos niveles. Estaban los que llamaban *temerosos de Dios.* Estos aceptaban la doctrina de un solo Dios; aceptaban la ley moral judía; pero no tomaban parte en la ley ceremonial, ni se circuncidaban. Existía un gran número de tales personas, y se las podía encontrar escuchando y participando en el culto de cualquier sinagoga, y fueron los que produjeron a Pablo sus principales frutos en el campo de la evangelización. Eran, por ejemplo, *los devotos griegos* de Tesalónica *(Hechos 17:4).*

Era la finalidad de los fariseos el hacer que los *temerosos de Dios* llegaran a ser *prosélitos.* La palabra prosélito es la transcripción castellana de la palabra griega *prosêlytos,* que quiere decir *uno que se ha acercado.* El prosélito era el convertido total, que había aceptado la ley ceremonial y la circuncisión, y que se había hecho judío en el sentido más pleno. Como sucede a menudo, «los más convertidos eran los más pervertidos.» Un convertido se vuelve a menudo el devoto más fanático de su nueva religión; y muchos de estos prosélitos eran más fanáticos de la ley judía que los judíos tradicionales.

Jesús acusaba a los fariseos de ser misioneros del mal. Era verdad que muy pocos llegaban a ser prosélitos; pero los que llegaban, llegaban hasta el final. El pecado de los fariseos era que

no trataban realmente de conducir a las personas a Dios, sino al fariseísmo. Uno de los más graves peligros que corre cualquier misionero es el de tratar de convertir a la gente a una secta más bien que a una religión, y el tener más interés en traer gente a una iglesia que a Jesucristo.

Premanand tiene algunas cosas que decir acerca de este sectarismo que tantas veces desfigura al Cristianismo: «Yo hablo como cristiano. Dios es mi Padre, la Iglesia es mi madre. Me llamo cristiano; católico es mi apellido. Católico porque pertenezco a nada menos que la Iglesia Universal. ¿Necesitamos entonces otros nombres? ¿Por qué añadir anglicano, episcopal, protestante, presbiteriano, metodista, congregacionalista, bautista, etc., etc.? Estos términos son divisorios, sectarios, estrechos. Le encogen a uno el alma.»

No era a Dios a quien los fariseos trataban de llevar a otros; era a su propia secta del fariseísmo. Ese era de hecho su pecado. ¿Y no es ese pecado el que todavía sigue infectando el mundo cuando se sigue insistiendo en ciertos círculos en que una persona debe salirse de una iglesia y hacerse miembro de otra antes de poder acercarse a la Mesa del Señor? La mayor de todas las herejías es la convicción pecadora de que una iglesia tiene el monopolio de Dios o se Su verdad, y que una iglesia es la única puerta de entrada al Reino de Dios.

EL ARTE DE LA EVASIÓN

Mateo 23:16-22

> *—¡Pobres de vosotros, guías ciegos!, que decía: «Si se jura por el templo, no tiene importancia; pero si se jura por el oro del templo, se está obligado a cumplirlo.» ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más importante, el oro o el templo que santifica el oro? Vosotros decís: «Si se jura por el altar, no tiene importancia; pero si se jura por la ofrenda que hay sobre él, se está obligado a cumplir el juramento.» ¡Ciegos! ¿Qué es más importante, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? El que jura por el altar, jura por el altar y por todo lo que haya sobre él; el que jura por el templo, jura por el templo y por el Que lo habita. Y el que*

jura por el Cielo, jura por el trono de Dios y por el Que Se sienta sobre él.

Ya hemos visto que en materia de juramentos los legalistas judíos eran unos artistas de la evasión *(Mateo 5:33-37).* El principio general de la evasión funcionaba de la manera siguiente. Para los judíos un juramento era absolutamente vinculante según las palabras que se usaran. Generalmente hablando, un juramento vinculante era aquel en el que se empleaba el nombre de Dios expresa y voluntariamente. Tal juramento había de guardarse cualquiera que fuera su costo. Cualquier otro juramento se podía quebrantar legítimamente. Si se usaba expresamente el nombre de Dios, entonces Dios era parte en la transacción, y el no cumplirlo era no sólo faltar a la palabra con los hombres, sino también insultar a Dios.

El arte de la evasión había alcanzado una gran perfección. Es muy probable que en este pasaje Jesús esté presentando una caricatura de los métodos legalistas judíos. Está diciendo: «Vosotros habéis convertido la evasión en un arte tan sofisticado que es posible considerar un juramento por el templo como no vinculante, mientras que por el oro del templo si lo sería; y un juramento por el altar como no vinculantes, mientras que por la ofrenda que está sobre el altar sí lo sería.» Esto ha de considerarse más como una *reductio ad absurdum* de los métodos judíos que como una descripción literal.

La idea tras el pasaje es la siguiente. Todo el tema de tratar los juramentos de esta manera, toda la concepción de una técnica de evasión se basa fundamentalmente en el engaño. Una persona cristiana no hará nunca una promesa con la intención de incumplirla; ni se reservará una serie de evasiones que pueda usar si le resulta difícil mantener su promesa.

No tenemos por qué condenar el arte de evasión de los fariseos con una conciencia de superioridad. Todavía no ha terminado el tiempo en que una persona busque evadir alguna obligación basándose en la aplicación de tecnicismos o referencias a la letra pequeña del contrato para evitar hacer lo que el espíritu de la ley exige que se haga.

Para Jesús, el principio de obligatoriedad era doble. Dios escucha cada palabra que decimos, y Dios ve todas las intenciones del corazón. En consecuencia, el arte bello de la evasión es algo totalmente ajeno a un cristiano. La técnica de la evasión puede que armonice por las prácticas astutas del mundo, pero nunca con la clara honradez de la mente cristiana.

EL SENTIDO PERDIDO DE LA PROPORCIÓN

Mateo 23:23-24

> *—¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes! Porque vosotros diezmáis la menta y el anís y el comino, y pasáis de los asuntos más importantes de la Ley: la justicia y la misericordia y la fidelidad. Estas son las cosas que deberíais poner por obra, sin olvidar las otras. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!*

El diezmo era una parte importante de las leyes judías. «Indefectiblemente diezmarás todo el producto del grano que rinda tu campo todo el año» *(Deuteronomio 14:22).* «El diezmo de la tierra, tanto de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, es del Señor; es cosa dedicada al Señor» *(Levítico 27:30).* Este diezmo se dedicaba especialmente al sostenimiento de los levitas, cuya misión consistía en hacer todo el trabajo material del templo. Las cosas que habían de diezmarse estaban especificadas en la ley: «Todo lo que es comestible, y se conserva, y se alimenta del suelo, está sujeto al diezmo.» Se establecía: «Del anís, uno debe diezmar las semillas, las hojas y los tallos.» Así que estaba establecido que todos debían apartar el diezmo de todos los productos de su tierra y de su trabajo para Dios.

El sentido de lo que Jesús dijo es el siguiente. Se aceptaba universalmente que los diezmos de las principales cosechas se debían dar; pero la menta y el anís y el comino eran hierbas del huerto que no se cultivaban en cantidad; cada campesino tendría unas pocas matas de cada. Las tres se usaban como condimentos, y el anís y el comino se usaban también en medicina. El diezmarlas suponía diezmar una parte infinitesimal de la cosecha, puede que nada más que el producto de una planta. Solo los que fueran

superlativamente meticulosos diezmarían las plantas aisladas de la huerta.

Así eran precisamente los fariseos. Eran tan absolutamente meticulosos acerca del diezmo que diezmaban hasta un manojo de menta. Y sin embargo estos mismos hombres podían ser culpables de injusticia, podían ser duros y arrogantes y crueles, olvidando las demandas de la misericordia; podían hacer juramentos y promesas con la intención de no cumplirlos, olvidando la fidelidad. En otras palabras: muchos de ellos observaban las minucias de la ley, y olvidaban las cosas verdaderamente importantes.

Ese espíritu no ha muerto; no morirá hasta que Cristo gobierne en los corazones. Hay muchos hombres que van bien vestidas a la iglesia, que echan religiosamente a la colecta, adoptan las posturas debidas en las diferentes partes del culto, no faltan nunca a la comunión, y sin embargo no cumplen en su trabajo, y tienen mal genio, y son tacaños con su dinero. Hay mujeres que siempre están ocupadas en buenas obras y que forman parte de muchos comités, pero cuyos hijos están solos y tristes por la noche en casa. No hay nada más fácil que cumplir todo lo externo de la religión, y sin embargo ser completamente irreligioso.

No hay nada que haga más falta que un sentido de proporción que nos salve de confundir las prácticas religiosas con la verdadera devoción.

Jesús usa una ilustración graciosa en el versículo 24. Como dice una nota de la versión Reina-Valera’95, de los animales mencionados en la ley mosaica como inmundos el mosquito era el más pequeño *(Levítico 11:20-23)* y el camello el más grande *(Levítico 11:4).* Para evitar el riesgo de tragarse algo inmundo, las bebidas se colaban con una gasa de muselina para que no pasaran posibles impurezas. Esta es una ilustración que debe de haber provocado la risa: un hombre colaba cuidadosamente el vino para no tragarse ningún mosquito, y sin embargo se trababa un camello como quien no quiere la cosa. Es la caricatura de una persona que ha perdido todo sentido de proporción.

LA LIMPIEZA VERDADERA

Mateo 23:25-26

—¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y codicia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera esté limpio.

La idea de la suciedad surge continuamente en la ley judía. Pero hay que tener presente que no se trata aquí de la suciedad material. Una vasija sucia no quería decir que no estuviera limpia en el sentido que le daríamos nosotros. El que una persona estuviera ceremonialmente sucia o inmunda quería decir que no podía entrar en el templo ni en la sinagoga. Quedaba excluida del culto de Dios. Uno estaba sucio, inmundo, si tocaba un cuerpo muerto, o entraba en contacto con un gentil. Una mujer estaba sucia o inmunda si tenía una hemorragia, aunque esta hemorragia fuera perfectamente normal y saludable. Si una persona que estuviera en estado inmundicia tocaba cualquier vasija, esta quedaba inmunda; y así sucesivamente: cualquier otra persona que tocara y usara aquella vasija contraía su impureza. Era, por tanto, de importancia suprema el tener los cacharros limpios; y las leyes de la limpieza eran tremendamente complicadas. Podemos citar solo algunos ejemplos típicos.

Un cacharro *de arcilla* que fuera *hueco* se ensuciaba sólo por dentro y no por fuera; y no se podía limpiar nada más que rompiéndolo. Los siguientes no podían ensuciarse de ninguna manera: un plato llano sin reborde, un recogedor de carbón abierto, una parrilla de hierro con agujeros para tostar el trigo. Por otra parte, un plato con reborde, o una vasija de arcilla para especias, o un escritorio podían estar en estado de inmundicia; de los recipientes hechos de cuero, hueso, madera y cristal, los planos no se contaminaban; los profundos, sí. Si se rompían, ya no contaminaban. Cualquier recipiente de metal que fuera al mismo tiempo liso y hueco, podía contaminarse; pero una puerta, un picaporte, una cerradura, una bisagra, una aldaba, no podían estar contaminadas. Si una cosa estaba hecha de madera y metal, entonces la madera podía estar inmunda, pero el metal no. Estas distinciones nos parecen fantásticas; y sin embargo eran las que los fariseos observaban meticulosamente.

La comida o la bebida dentro de un recipiente podía haber-se obtenido engañando o extorsionando o robando; podía excitar al lujo o a la glotonería, pero eso no importaba, siempre que el recipiente estuviera ceremonialmente limpio *(Números 19:16).* Aquí tenemos otro ejemplo de los distingos sobre fruslerías, cuando se pasaba de las cosas realmente importantes.

Aunque todo este asunto nos pueda parecer grotesco, todavía se da. Se puede dividir una congregación por el color de una alfombra, o por el paño del púlpito, o por la forma o el metal de las copas que se usan en la Comunión. Lo último que parece que aprendemos en materias de religión es el relativo valor de las cosas. Y la tragedia es que es a menudo el darle demasiada importancia a cosas que no la tienen lo que destruye la paz.

DESCOMPOSICIÓN OCULTA

Mateo 23:27-28

> *—¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque sois como las tumbas enjalbegadas, que parecen muy bonitas por fuera, pero por dentro están llenas de huesos de muertos y de cuerpos en descomposición. Así sois vosotros: exteriormente os mostráis justos a la gente, pero interiormente estáis llenos de hipocresía e iniquidad.*

Aquí tenemos otra vez una imagen que cualquier judío entendería. Uno de los sitios en que se encontraban las tumbas era al borde del camino. Ya hemos visto que cualquiera que tocara un cuerpo muerto quedaba poluto *(Números 19:16).* Por tanto, cualquiera que rozara una tumba, se contaminaba.

En cierta época en particular las carreteras de Palestina estaban abarrotadas de peregrinos: en la época de la Pascua. El que uno quedara inmundo de camino a la celebración de la Pascua sería un verdadero desastre, porque querría decir que quedaba excluido de participar en la fiesta. Entonces era costumbre, en el mes de Adar, enjalbegar todas las tumbas cerca de los caminos, para que los peregrinos no entraran en contacto con una de ellas accidentalmente, quedando en estado de impureza ceremonial. Así que, cuando uno iba de viaje por los caminos de Palestina un día de

primavera, estas tumbas relucían de blancas, y estaban casi bonitas al sol; pero dentro estaban llenas de huesos y de cadáveres en descomposición. Así, dijo Jesús, era como eran los fariseos. Sus acciones exteriores los mostraban como personas intensamente religiosas, pero en lo íntimo de su corazón estaban asquerosos y podridos de pecados.

Esto puede que suceda todavía. Como decía Shakespeare, uno puede que sonría y sonría, y sea un villano. Uno puede que vaya con la cabeza baja y con pasos reverentes y con las manos entrelazadas en una postura de humildad, y estar todo el tiempo mirando por encima del hombro con frío desprecio a los que considera pecadores. Su misma aparente humildad puede que no sea más que una pose de orgullo; y, al caminar tan humildemente, puede que esté pensando con deleite en el cuadro de piedad que representa a todos los que le ven. No hay nada más difícil para una buena persona que no darse cuenta de que es buena; y una vez que sabe que es buena, ya deja de serlo, independientemente de cómo les parezca a los demás.

LA MANCHA DEL ASESINATO

Mateo 23:29-36

—¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque erigís mausoleos a los profetas y monumentos bellísimos en memoria de los justos, y decís: «Si nosotros hubiéramos vivido en los días de nuestros antepasados, no habríamos tomado parte con ellos en el asesinado de los profetas.» Así atestiguáis en vuestra contra de que sois los hijos de los que asesinaron a los profetas. ¡Completad la medida de vuestros antepasados! Sierpes, raza de víboras, ¿creéis que vais a escapar a la condenación del infierno de fuego? Por esto mismo, fijaos: Yo os envío profetas y sabios y escribas. A algunos de ellos mataréis y crucificaréis; a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y a otros no dejaréis de perseguirlos de ciudad en ciudad; para que recaiga sobre vosotros la responsabilidad de toda la sangre justa que se ha derramado en la tierra desde la del justo Abel hasta la de Zacarías hijo de Berequías a quien matasteis entre el templo y el altar. Os estoy diciendo la pura

verdad: La responsabilidad de todos esos asesinatos recaerá sobre esta generación.

Jesús está acusando a los judíos de que la mancha del asesinato está en su historia, y de que esa mancha todavía no se había extendido todo lo que se había de extender. Los escribas y los fariseos mantenían las tumbas de los mártires, y embellecían sus monumentos pretendiendo que, si hubieran vivido en aquellos días, no habrían participado en la matanza de los profetas y de los hombres de Dios. Pero eso era precisamente lo que habrían hecho, y lo que iban a hacer.

La acusación de Jesús es que la historia de Israel está llena de asesinatos de hombres de Dios. Dice que fueron asesinados hombres justos desde Abel hasta Zacarías. ¿Por qué elige a esos dos precisamente? El asesinato de Abel por Caín es conocido de todos, pero no así el de Zacarías. La historia se nos cuenta en un pequeño camafeo macabro en *2 Crónicas 24:20-22.* Sucedió en los días de Joas. Zacarías reprendió a la nación por su pecado, y Joas incitó a la gente para que le lapidara en el mismo recinto del templo; y Zacarías murió exclamando: «¡Que el Señor lo vea y lo demande!» (A Zacarías se le llama aquí hijo de Berequías, aunque en realidad era el hijo de Joiada; sin duda fue un error del evangelista al citar la historia de memoria).

¿Por qué se menciona precisamente a Zacarías? En la biblia hebrea, *Génesis* es el primer libro, como en la nuestra; pero *2 Crónicas* es el último libro de la biblia hebrea. Podría decirse que el asesinato de Abel fue el primero de la historia bíblica, y el de Zacarías, el último. De principio a fin, la historia de Israel es el rechazamiento, y aun el asesinato, de los hombres de Dios.

Jesús ve con toda claridad que la mancha del asesinato permanece. Sabe que pronto va a morir, y que en días por venir Sus mensajeros serán perseguidos y maltratados y rechazados y asesinados.

Aquí tenemos una tragedia; la nación que Dios escogió en Su amor se volvió contra Él; y el día de ajustar cuentas había de llegar.

Esto nos hace pensar. Cuando la Historia nos juzgue, ¿será su veredicto que Le hemos sido una ayuda o un obstáculo a Dios? Esa es una pregunta que cada persona y cada nación debe hacerse.

RECHAZANDO LA INVITACIÓN DEL AMOR

Mateo 23:37-39

> —*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he tratado de reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de las alas, pero te negaste! Fíjate: Ahora tu casa se te deja desolada; porque te aseguro que ya no Me verás más desde ahora hasta el día que digas: «¡Bendito en el nombre del Señor en Que viene!»*

Aquí está toda la tragedia entrañable del amor rechazado. Aquí habla Jesús, no como el Juez severo de toda la Tierra, sino como el Enamorado de todos los seres humanos.

Este pasaje ilumina curiosamente la vida de Jesús de una manera que no podemos pasar por alto. Según los Evangelios Sinópticos, Jesús no estuvo nunca en Jerusalén desde que empezó Su ministerio público hasta que llegó para esta última fiesta de la Pascua. Podemos ver aquí cuánto no se incluye en la historia evangélica; porque Jesús no podría haber dicho esto si no hubiera visitado Jerusalén repetidas veces y dirigido a su pueblo insistentes llamadas. En los evangelios no tenemos más que un boceto esquemático de la vida de Jesús.

Este pasaje nos muestra cuatro grandes verdades.

(i) Nos muestra *la paciencia de Dios.* Jerusalén había matado a los profetas y apedreado a los mensajeros de Dios; sin embargo Dios no la había rechazado; y, por último, le envió a Su Hijo. Hay una paciencia ilimitada en el amor de Dios que soporta el pecado humano sin rechazar a la humanidad.

(ii) Nos presenta *la invitación de Jesús.* Jesús habla como un Enamorado. No entra nunca en ningún sitio por la fuerza; la única arma que puede usar es la invitación del amor. Permanece con los brazos extendidos en invitación, una invitación que los humanos tenemos la responsabilidad de aceptar o rechazar.

(iii) Nos muestra *la culpabilidad del pecado humano.* Los hombres contemplaron a Cristo en todo el esplendor de Su invitación —y Le rechazaron. No hay manija por fuera de la puerta del corazón humano. Tiene que abrirse desde dentro; y el pecado es el

consciente rechazamiento a ojos abiertos de la llamada de Dios en Jesucristo.

(iv) Nos muestra *las consecuencias de rechazar a Cristo.* Sólo cuarenta años habían de pasar hasta que el año 70 d.C. Jerusalén quedara convertida en un montón de ruinas. Ese desastre fue la consecuencia directa de haber rechazado a Jesucristo. Si los judíos hubieran aceptado Su amor y abandonado el camino del poder político, Roma nunca se habría abalanzado sobre ellos con todo su poder vengativo. Es un hecho de la Historia —aun en el tiempo— que la nación que rechaza a Dios queda condenada al desastre.

LA VISIÓN DE COSAS POR VENIR

Ya hemos visto que una de las grandes características de Mateo es que agrupa en grandes bloques la enseñanza de Jesús acerca de distintos temas. En el capítulo 24 reúne cosas que Jesús dijo acerca del futuro, y nos da la visión de cosas por venir. Al hacerlo, Mateo entretege dichos de Jesús acerca de distintos aspectos del futuro; y hará este difícil capítulo mucho más fácil de entender el que desenredemos los varios hilos, y los consideremos uno a uno.

El entrelazado de los hechos de Jesús que nos hace Mateo se prolonga por los primeros 31 versículos del capítulo. Lo mejor será que, en primer lugar, coloquemos estos versículos en conjunto; después estableceremos los diversos aspectos del futuro del que tratan; y por último trataremos de asignarle a cada sección el lugar que le corresponde en el conjunto. No podemos pretender absoluta certeza y finalidad en el esquema que obtenegamos; pero, el cuadro general aparecerá claro.

Así que, en primer lugar, ponemos los versículos, y los numeramos para facilitar su localización en el esquema.

LA VISIÓN DEL FUTURO

Mateo 24:1-31

1. Cuando Jesús ya había salido del recinto del templo y Se marchaba, Sus discípulos se Le acercaron y Le señala-

2. ron los edificios del área del templo. Jesús les dijo:
—¿Veis todas estas cosas? Pues os digo la pura verdad: No se dejará aquí una piedra sobre otra que no sea derribada.
3. Sus discípulos se Le acercaron en privado cuando estaba sentado en el Monte de los Olivos, y Le dijeron:
—Dinos cuándo sucederán estas cosas; y dinos también cuál será la señal de Tu venida y de la consumación de esta edad.
4. —Manteneos alerta —les contestó Jesús—, no sea que
5. alguien os extravíe; porque muchos vendrán en Mi nombre diciendo: «Yo soy el Ungido de Dios,» y desca
6. rriarán a muchos. Oiréis de guerras y de rumores de guerras. Fijaos bien para no espantaros; porque estas cosas
7. habrán de suceder, pero no será todavía el final. Porque las naciones se enfrentarán unas con otras, y los reinos entre sí, y habrá hambrunas y terremotos en diversos lugares.
8. Estas cosas no serán más que el principio de la agonía.
9. Entonces os entregarán a la aflicción, y os matarán, y

10. todos os odiarán por causa de Mi nombre. Entonces muchos tropezarán, y se traicionarán entre sí, y se odia-
11. rán. Se presentarán muchos falsos profetas que extraviarán 12. a muchos. Y el amor de muchos se enfriará, porque se
13. habrá multiplicado la maldad. Pero el que resista hasta el 14. fin será el que se salve. Y el Evangelio del Reino se proclamará en todo el mundo habitado para testimonio a
15. las naciones, y entonces llegará el final. Cuando veáis la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel colocada en el Lugar Santo (el que lo lea, que lo entien 16 da), los que estén en Judea, que huyan a los montes; el
17. que esté en la terraza, que no baje a casa para recoger
18. nada; y el que esté en el campo, que no se vuelva atrás
19. para recoger la capa. ¡Pobres de las que estén embaraza 20. das o criando esos días! Pedidle a Dios que no tengáis
21. que huir en el invierno ni en sábado. Porque en ese tiempo habrá una gran aflicción, como no la ha habido nunca desde el principio del mundo hasta ahora, ni la

22. habrá. Y si no fuera porque esos días serán
breves, ningún ser humano sobreviviría. Pero
esos días se acortarán por 23. causa de los
elegidos. Entonces, si alguien os dice: «¡Fijaos,
aquí o allí está el Ungido de Dios!,» no le
24. creáis. Porque surgirán falsos mesías y falsos
profetas, que presentarán grandes señales y
maravillas con el fin de 25. descarriar, si fuera
posible, a los elegidos. Estad alerta, porque para
eso os he hablado de estas cosas antes de que
26. sucedan. Si alguien os dice: «¡Fijaos, está en
el desierto!,» no salgáis. «¡Fijaos, está en las
habitaciones interiores!», 27. no le creáis.
Porque, como relumbra el relámpago yendo
desde el Este hasta el Oeste, así será la venida
del Hijo 28. del Hombre. Donde esté el cuerpo,
allí se juntarán los
29. buitres. Inmediatamente después de la
aflicción de esos días, el Sol se oscurecerá, y la
Luna no dará su luz, y las estrellas caerán desde
los cielos, y los poderes de los 30. cielos sufrirán
sacudidas. Entonces aparecerá en los cielos la
señal del Hijo del Hombre, y entonces todas las
tribus de la Tierra harán endecha. Y veréis al Hijo
del Hombre venir en las nubes del Cielo con
poder y mucha gloria.

31. Y Él enviará a Sus ángeles con un gran toque de trompeta a reunir a los elegidos de los cuatro puntos cardinales, desde un extremo de los cielos hasta el otro.

LOS TEMAS QUE SE ENTRELAZAN

Aquí tenemos la visión compuesta del futuro que Mateo recoge para nosotros; ahora debemos tratar de desenredar sus varios hilos. En esta etapa, solamente indicaremos los hilos, dejando la explicación más plena para el comentario detallado.

(i) Algunos versículos que anuncian los terribles días del *asedio de Jerusalén* por el general romano Tito, que fue uno de los más terribles de toda la Historia. Esto se encuentra en los versículos 15-22.

(ii) Algunos versículos hablan de la *destrucción de Jerusalén* completa y definitiva, y de su reducción a un montón de ruinas. Estos son los versículos 1 y 2.

(iii) Algunos versículos trazan cuadros tomados de la concepción judía del *Día del Señor.* Hemos hablado antes sobre esa concepción, pero debemos ahora bosquejarla en breve. Los judíos dividían todo el tiempo en dos edades: esta edad presenta, y la edad por venir. La edad presente es totalmente mala y fuera de toda esperanza de reforma humana. Sólo se puede remediar por la directa intervención de Dios. Cuando Dios intervenga, llegará la edad de oro, la edad por venir. Pero entre las dos edades estará el *Día del Señor,* un tiempo de terribles cataclismos, como los dolores de parto de una nueva era.

En el Antiguo Testamento mismo hay muchas descripciones del Día del Señor; y en los libros judíos que se escribieron en el período entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, estos cuadros se desarrollan más y resultan todavía más terribles.

Será tiempo de *terror.* «Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento.» *(Sofonías 1:14-18).* Las descripciones de ese terror se iban haciendo más y más horripilantes.

Vendrá *repentinamente.* «El Día del Señor vendrá así como ladrón en la noche» *(1 Tesalonicenses 5:2).* Los rabinos tenían un dicho: «Tres cosas —decían— se presentan inesperadamente: La venida del Mesías, un descubrimiento y un escorpión.»

Habrá *una sacudida que hará trizas* el universo. El Sol se volverá oscuro, y la Luna se convertirá en sangre *(Joel 2:30s; Isaías 13:10,13).*

Será un tiempo de *caos moral,* en el que los niveles morales se trastornarán, y hasta la naturaleza actuará contra sus propias leyes, y cuando las nieblas y la violencia y el odio serán la atmósfera general de la vida. Schürer *(El pueblo judío en tiempos de Cristo II, 154)* resume las ideas judías acerca del Día del Señor, de las que estaba llena la literatura judía que se leía en los tiempos de Jesús. «El Sol y la Luna se oscurecerán, aparecerán espadas en los cielos, columnas de caballos e infantes marcharán por las nubes. Toda la naturaleza sufrirá una conmoción. El Sol saldrá por la noche, y la Luna de día. Los bosques rezumarán sangre, y las piedras darán voces, y el agua dulce se volverá salada. Los terrenos cultivados se volverán barbechos, los graneros llenos se encontrarán vacíos, y las fuentes de los pozos cesarán. Entre los seres humanos, las restricciones impuestas por el orden se disolverán, el pecado y la impiedad regirán sobre la Tierra. Y los hombres pelearán unos con otros como aquejados de locura, el amigo contra el amigo, y el hijo contra el padre, y la hija contra la madre. Las naciones se levantarán unas contra otras, y a la guerra se añadirán terremotos, fuegos y hambrunas que arrebatarán a los seres humanos.»

Tales eran los cuadros terribles del Día del Señor. Los versículos son 6-8 y 29-31.

(iv) Algunos versículos tratan de *la persecución* que sufrirán los seguidores de Cristo. Este tema se halla en los vv. 9 y 10.

(v) Algunos versículos tratan de *las amenazas* que acecharán la vida y la pureza de la Iglesia. Son los vv. 4 y 5, 11-13, 23-26.

(vi) Algunos versículos hablan claramente de *la Segunda Venida* de Cristo. Son los vv. 3, 14, 27 y 28.

Así que en los primeros 31 versículos de este capítulo difícil y maravilloso de *Mateo,* tenemos una especie de visión sextuple del futuro. Ahora pasamos a considerar esta visión, no siguiendo los versículos en el orden de nuestras biblias, sino según los temas que hemos visto que aparecen aquí.

LA DESTRUCCIÓN DE LA SANTA CIUDAD

Mateo 24:1-2

> *Cuando Jesús ya había salido del recinto del templo y Se marchaba, Sus discípulos se Le acercaron y Le señalaron los edificios del área del templo. Jesús les dijo:*
>
> *—¿Veis todas estas cosas? Pues os digo la pura verdad: No se dejará aquí una piedra sobre otra que no sea derribada.*

Es probable que algunos de los discípulos no hubieran estado nunca en Jerusalén. Eran galileos, hombres del Norte del país y del campo, pescadores que conocían el lago mucho mejor que la ciudad. Algunos de ellos por lo menos serían como los campesinos que vienen a visitar nuestras grandes ciudades, y que se quedan alucinados con lo que ven; y era normal, porque no había nada parecido al templo de Jerusalén en el mundo antiguo.

La cima del Monte de Sión se había allanado para dejar una tarima de 1,000 pies cuadrados. Al final de ella se encontraba el templo propiamente dicho (el *naós).* Estaba construido de mármol blanco chapado en oro, y relucía al sol de tal manera que apenas se podía mirar. Entre la ciudad de abajo y el cerro del templo estaba el valle del Tiropeón, que atravesaba un puente colosal. Sus arcos tenían de luz 41,5 pies, y sus pilares tenían 24 pies de altura por 6 pulgadas de grosor. El área del templo estaba rodeada de grandes pórticos: el Pórtico de Salomón y el Pórtico Real. Estos pórticos estaban sostenidos por pilares esculpidos en una pieza de bloque de mármol. Tenían 37,5 pies de altura y tal anchura que tres hombres cogidos de la mano apenas los podían abarcar. En las esquinas del templo, las piedras angulares se ha descubierto que medían de 20 a 40 pies de longitud, y que pesaban más de 100 toneladas. Cómo las cortaron y colocaron en su posición es uno de los misterios de la ingeniería antigua. No nos sorprende que los pescadores galileos se quedaran alucinados, y Le hicieran notar a Jesús toda aquella grandeza.

Jesús les contestó que llegaría el día en que ninguna de esas piedras seguiría en su sitio —y tenía razón. En el año 70 d.C., los romanos, provocados fatalmente por la intransigencia rebelde de los judíos, renunciaron a todo proyecto de pacificación y se lanzaron a la destrucción, y Jerusalén y el templo fueron arrasados de tal manera que la profecía de Jesús se cumplió literalmente.

Aquí habla el profeta Jesús. Jesús sabía que el camino del poder político solo conduce a la destrucción. La persona y la nación que no toman el camino de Dios, están abocadas al desastre —también en las cosas materiales. La persona y la nación que rechazan el sueño de Dios descubren que sus propios sueños también se desmoronan.

EL INEXORABLE TERROR DEL ASEDIO

Mateo 24:15-22

> *—Cuando veáis la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel colocada en el Lugar Santo (el que lo lea, que lo entienda), los que estén en Judea, que huyan a los montes; el que esté en la terraza, que no baje a casa para recoger nada; y el que esté en el campo, que no se vuelva atrás para recoger la capa. ¡Pobres de las que estén embarazadas o criando esos días! Pedidle a Dios que no tengáis que huir en el invierno ni en sábado. Porque en ese tiempo habrá una gran aflicción, como no la ha habido nunca desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si no fuera porque esos días serán breves, ningún ser humano sobreviviría. Pero esos días se acortarán por causa de los elegidos.*

El asedio de Jerusalén fue uno de los más terribles de la Historia. Jerusalén era sin duda una ciudad difícil de tomar, ya que estaba situada en una montaña, y defendida por fanáticos religiosos. Así es que Tito decidió conquistarla por el hambre.

No se sabe exactamente lo que es *la abominación desoladora.* La frase procede de *Daniel 12:11.* Allí se dice que *la abominación que causa desolación* está establecida en el templo. La referencia de *Daniel* es muy clara. Hacia el año 170 a.C., el rey de Siria Antíoco Epífanes se decidió a erradicar el judaísmo y a introducir en Judea la religión y la manera de vivir griega. Capturó Jerusalén, y profanó el templo erigiendo en él un altar a Zeus Olímpico, y ofreciendo sobre él carne de cerdo, y convirtiendo las habitaciones de los sacerdotes y las cámaras del templo en burdeles públicos. Fue un intento deliberado de erradicar la religión judía.

La profecía de Jesús era que aquello sucedería otra vez, y que de nuevo el Lugar Santo sería profanado, como lo fue de hecho. Jesús vio que venía sobre Jerusalén una repetición de las cosas terribles que le habían sucedido 200 años antes; solo que esta vez no surgiría ningún Judas Macabeo; esta vez no habría recuperación ni purificación; no habría más que una destrucción definitiva.

Jesús predijo acerca del asedio que, si no hubiera sido porque duró un tiempo limitado, ningún ser humano lo habría sobrevivido. Es curioso ver que Jesús dio consejos prácticos que no se siguieron, lo cual multiplicó el desastre. El consejo de Jesús fue que, cuando llegara ese día, la gente se fuera a las montañas. No lo hicieron; se apiñaron en la ciudad y dentro de los muros de Jerusalén los habitantes de todo el país, y esa misma necedad multiplicó por cien el macabro horror del hambre del asedio.

Si acudimos a la historia de Josefo, vemos la razón que tuvo Jesús acerca del terrible futuro. Josefo escribe acerca de los días terribles del asedio y el hambre: «Entonces se extendió el hambre por doquier, y devoró a la gente por casas y familias enteras. Las habitaciones superiores estaban llenas de mujeres y de niños que se morían de hambre; y las callejas de la ciudad estaban llenas de cadáveres de ancianos; también los niños y los jóvenes vagaban por los mercados como sombras, hinchados por el hambre, y se caían muertos donde los pillaba su miseria. En cuanto a enterrarlos, los que estaban enfermos no podían hacerlo, y los que estaban algo mejor de ánimo tenían miedo de hacerlo por la gran multitud de cadáveres y por la incertidumbre que tenían de lo pronto que morirían ellos mismos, porque muchos morían mientras estaban enterrando a otros, y muchos acababan en el ataúd antes de que les llegara la hora fatal. Tampoco se hacía ningún duelo por aquellas calamidades, ni se oían endechas; pero el hambre trastocaba todas las pasiones naturales; porque los que estaban a punto de morir miraban a los que iban a su descanso antes que ellos con los ojos secos y las bocas abiertas. Un profundo silencio, y una especie de noche mortal, se cernían sobre la ciudad... Y cada uno moría con la mirada fija en el templo» (Josefo, *Guerras de los judíos, 5. 12. 3).*

Josefo cuenta la historia macabra de una mujer que en aquellos días mató y asó y se comió a su propio bebé (6. 3. 4). Nos cuenta

que hasta los romanos, cuando ya habían tomado la ciudad e iban buscando botín, se quedaban tan impresionados por el horror de lo que veían que no podían por menos de retener sus manos. «Cuando los romanos llegaban a las casas para saquearlas, encontraban en ellas familias enteras de cadáveres, y lo mismo en las habitaciones superiores... Entonces se quedaban parados del horror de lo que veían, y salían sin tocar nada» (6. 8. 5). Josefo mismo compartió los horrores del asedio, y dice que fueron llevados cautivos como esclavos 97,000, y murieron 1,100,000.

Eso fue lo que previó Jesús; estas fueron las cosas que advirtió. No debemos olvidar nunca que no son solo las personas, sino también las naciones las que necesitan la sabiduría de Cristo. A menos que los dirigentes de las naciones se dejen guiar por Cristo, no pueden hacer más que guiarlas, no solo al desastre espiritual, sino también al desastre material. Jesús no era ningún soñador idealista; estableció las únicas leyes por las que una nación puede prosperar, que si no se tienen en cuenta solo se consigue perecer miserablemente.

EL DÍA DEL SEÑOR

Mateo 24:6-8, 29-31

> *—Oiréis de guerras y de rumores de guerras. Fijaos bien para no espantaros; porque estas cosas habrán de suceder, pero no será todavía el final. Porque las naciones enfrentarán unas con otras, y los reinos entre sí, y habrá hambrunas y terremotos en diversos lugares. Estas cosas no serán más que el principio de la agonía.*
>
> . . . .
>
> *—Inmediatamente después de la aflicción de esos días, el Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su luz, y las estrellas caerán desde los cielos, y los poderes de los cielos sufrirán sacudidas. Entonces aparecerá en los cielos la señal del Hijo del Hombre, y entonces todas las tribus de la Tierra harán endecha. Y verás al Hijo del Hombre venir en las nubes del Cielo con poder u mucha gloria. Y Él enviará a Sus ángeles con un gran toque de trompeta a reunir a los elegidos de los cuatro puntos cardinales, desde un extremo de los cielos hasta el otro.*

Ya hemos visto que una parte esencial del pensamiento judío acerca del futuro era *el Día del Señor,* ese día en que Dios iba a intervenir directamente en la Historia, cuando la edad presente, con todo su mal incurable, empezaría a transformarse en la edad por venir.

Era natural que los autores del Nuevo Testamento identificaran en gran medida la Segunda Venida de Jesús con el Día del Señor; y que adoptaran toda la imaginería que tenía relación con el Día del Señor y la aplicaran a la Segunda Venida. Ninguna de estas figuras se ha de tomar literalmente; *son* figuras, *son* visiones; son intentos de expresar lo indescriptible con palabras humanas, y de encontrar alguna clase de representación para acontecimientos que no se pueden expresar en lenguaje humano.

Pero de estas imágenes surgen ciertas grandes verdades.

(i) Nos dicen que Dios no ha abandonado al mundo; a pesar de toda su maldad, el mundo sigue siendo el escenario en el que el propósito de Dios se desarrolla. Dios no tiene intención de abandonar, sino de intervenir.

(ii) Nos dicen que ni siquiera la multiplicación de maldad nos debe desanimar. Una parte esencial del cuadro judío del Día del Señor es que un derrumbamiento total de todos los niveles morales y una, al parecer, completa desintegración del mundo lo precederían. Pero, a pesar de todo, este no es el preludio de la destrucción, sino de la re-creación.

(iii) Nos dicen que tanto el juicio como una nueva creación son seguros. Nos dicen que Dios contempla el mundo con justicia y con misericordia; y que Dios no tiene el propósito de obliterar el mundo, sino el de crear un mundo nuevo que esté más cerca de Su corazón.

El valor de estas imágenes no está en sus detalles, que en el mejor de los casos no son más que símbolos, y que usan solamente figuras que pueden concebir las mentes humanas, sino en la eterna verdad que conservan; y la verdad fundamental en ellas es que, a pesar de ser el mundo como es, Dios no lo ha abandonado.

LA PERSECUCIÓN POR VENIR

Mateo 24:9-10

—Entonces os entregarán a la aflicción, y os matarán, y todos os odiarán por causa de Mi nombre. Entonces muchos tropezarán y se traicionarán entre sí y se odiarán.

Este pasaje muestra la honestidad a toda prueba de Jesús. Él nunca les prometió a Sus discípulos un camino fácil; les prometió muerte y sufrimiento y persecución. En cierto sentido, la Iglesia verdadera será siempre una Iglesia perseguida mientras exista en un mundo que no es cristiano. ¿De dónde procede esa persecución?

(i) Cristo ofrece *una nueva lealtad;* y una y otra vez declara que esta nueva lealtad debe estar por encima de todas las ligaduras terrenales. La más grande causa de odio en los días de la Iglesia Primitiva era el hecho de que el Cristianismo dividía hogares y familias cuando uno de sus miembros se decidía por Cristo y los otros no. El cristiano es una persona que se ha comprometido a darle a Jesucristo el primer lugar en su vida —y muchos conflictos humanos es probable que resulten de eso.

(ii) Cristo ofrece *un nuevo nivel.* Hay costumbres y prácticas y maneras de vivir que puede que estén bien para el mundo, pero están lejos de ser aceptables para el cristiano. Para muchas personas, la dificultad del Cristianismo está en que hace un juicio sobre ellas mismas y sobre su proceder en los negocios o en las relaciones personales. Lo extraño del Cristianismo es que el que no quiera cambiar no tiene más remedio que odiarlo y rechazarlo.

(iii) El cristiano, si es cristiano de verdad, introduce *un nuevo ejemplo* en este mundo. Hay una belleza diaria en su vida que afea las vidas de los demás. El cristiano es la luz del mundo porque muestra en sí mismo la belleza de la vida llena de Cristo, y por tanto la fealdad de la vida vacía de Cristo.

(iv) Todo esto es decir que el Cristianismo trae *una nueva conciencia* a la vida. Ni la persona ni la Iglesia cristiana pueden tener nunca nada que ver con un ocultamiento o con un silencio cobarde. La Iglesia y la persona cristiana deben constituir en todo tiempo la conciencia del Cristianismo —y es característico de las personas que muchas veces preferirían silenciar la conciencia.

AMENAZAS A LA FE

Mateo 24:4-5, 11-13, 23-26

—Manteneos alerta —les contestó Jesús—, no sea que alguien os extravíe; porque muchos vendrán en Mi nombre diciendo: «Yo soy el Ungido de Dios,» y descarriarán a muchos.

. . . .

»Se presentarán muchos falsos profetas que extraviarán a muchos. Y el amor de muchos se enfriará, porque se habrá multiplicado la maldad. Pero el que resista hasta el fin será el que se salve.

. . . .

»Entonces, si alguien os dice: «¡Fijaos, aquí o allí está el Ungido de Dios!,» no le creáis. Porque surgirán falsos mesías y falsos profetas, que presentarán grandes señales y maravillas con el fin de descarriar, si fuera posible, a los elegidos. Estad alerta, porque para eso os he hablado de estas cosas antes de que sucedan. Si alguien os dice: «¡Fijaos, está en el desierto!,» no salgáis. «¡Fijaos, está en las habitaciones interiores!,» no le creáis.

En los días por venir, Jesús veía que dos peligros amenazarían a la Iglesia.

(i) Habría el peligro de *los falsos dirigentes.* Un falso dirigente es una persona que trata de propagar su propia versión de la verdad más bien que la verdad como se encuentra en Jesucristo; y una persona que trata de vincular a otros consigo misma más bien que con Jesucristo. La consecuencia inevitable de esto es que un falso dirigente produce división en lugar de edificar la unidad. La prueba de cualquier dirigente es si se parece a Cristo.

(ii) El segundo peligro es el del *desaliento.* Hay algunos a los que se les enfriará el amor a causa de la creciente impiedad del mundo. El verdadero cristiano es aquel que mantiene su fe cuando esta se encuentra en las mayores dificultades; y que, en las circunstancias más descorazonadoras, se niega a creer que el brazo de Dios se haya acortado o que Su poder haya disminuido.

LA LLEGADA DEL REY

Mateo 24:3, 14, 27-28

Sus discípulos se Le acercaron en privado cuando estaba sentado en el Monte de los Olivos, y Le dijeron:

—Dinos cuando sucederán estas cosas; y dinos también cuál será la señal de Tu venida y de la consumación de esta edad.

. . . .

—... Y el Evangelio del Reino se proclamará en todo el mundo habitado para testimonio a las naciones, y entonces llegará el final.

. . . .

—... Porque como relumbra el relámpago yendo desde el Este hasta el Oeste, así será la venida del Hijo del Hombre. Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres.

Aquí habla Jesús directamente de Su Segunda Venida. El Nuevo Testamento no usa nunca la frase *la Segunda Venida.* La palabra que usa para describir la vuelta de Cristo en gloria es *Parusía;* esta palabra ha pasado al castellano y a otras lenguas como un sinónimo de la Segunda Venida; es muy corriente en el resto del Nuevo Testamento, pero en los evangelios este es el único lugar en que aparece (versículos 3, 27, 37, 39). Lo interesante es que es la palabra corriente para la llegada de un gobernador a su provincia, o de un rey a sus súbditos. Describe una llegada en autoridad y en poder.

El resto de este capítulo tiene mucho que decirnos acerca de este tema; pero de momento notamos que, cualquier otra cosa que sea verdad acerca de la doctrina de la Segunda Venida, es cierto que conserva dos grandes hechos.

(i) Conserva el hecho del triunfo definitivo de Cristo. Aquel a Quien los hombres crucificaron será un día el Señor de toda la humanidad. Para Jesucristo, el final estaba seguro —y era Su soberanía universal.

(ii) Conserva el hecho de que la Historia se dirige a alguna parte. Algunas veces se ha supuesto que la Historia se iba precipitando a un caos cada vez más salvaje, y que no es nada más que «la historia de los pecados y las locuras humanas.» Algunas veces se ha supuesto que la Historia era cíclica, y que el mismo ciclo de cosas sucedía una y otra vez. Los estoicos creían que hay ciertos períodos fijos, y que al final de cada uno se destruye el mundo en

una gran conflagración, y que entonces la misma historia tiene lugar de nuevo hasta en sus más mínimos detalles.

Como decía Crisipo: «Entonces el mundo es restaurado de nuevo otra vez, y con una organización precisamente igual a la anterior. Las estrellas se mueves otra vez en sus órbitas, cada una siguiendo su curso como en el período anterior, sin ninguna variación. Sócrates y Platón y cada persona individual vivirán de nuevo con los mismos amigos y compatriotas. Pasarán las mismas experiencias y realizarán las mismas actividades. Todas las ciudades y las aldeas y los campos serán restaurados exactamente como fueron. Y esta restauración del universo tiene lugar, no una vez, sino una y otra y otra veces —de cierto, por toda eternidad, sin fin.» Este es un pensamiento lúgubre, el de que las gentes están abocadas a un eterno molino en el que no hay progreso ni posibilidad de escapar.

Pero la Segunda Venida contiene en sí esta verdad esencial: Que hay «un acontecimiento divino en lontananza, al que toda la creación se dirige,» y ese acontecimiento no es la disolución general, sino el gobierno universal y eterno de Dios.

LA VENIDA DEL REY

Mateo 24:32-41

—Aprended la lección que os enseña la higuera. Cuando se le ponen las ramas tiernas y empieza a echar hojas, sabéis que ya viene el verano. Pues lo mismo vosotros: cuando veáis que suceden todas estas cosas, tomad nota de que Él está cerca, a las puertas. Os digo la pura verdad: Esta generación no pasará sin que todas estas cosas hayan tenido lugar. Antes pasarán los cielos y la Tierra que Mis palabras.

»Nadie sabe el día ni la hora, ni siquiera los ángeles del Cielo ni el Hijo, sino solo el Padre. Como sucedió el tiempos de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque, así como en aquellos días antes del Diluvio pasaban el tiempo comiendo y bebiendo, casándose los hombres y las mujeres, hasta el día que Noé se metió en el arca, y no se dieron cuenta de lo que iba a pasar hasta que vino el Diluvio y los barrió a todos, así será la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos hombres en el campo, y uno será tomado y el otro dejado.

Habrá dos mujeres moliendo con un molino, y una será tomada y la otra dejada.

Pocos pasajes nos presentan mayores dificultades que este. Está en dos secciones que parecen contradecirse mutuamente. La primera (versículos 32-35) parece indicar que, como uno puede decir por las señales de la naturaleza cuando el verano está próximo, así puede decir por las señales del mundo cuan-do estará al llegar la Segunda Venida. Y entonces parece que sigue diciendo que la Segunda Venida sucederá durante la vida de la generación que estaba escuchando a Jesús en aquel momento.

La segunda sección (versículos 36-41) dice definitivamente que nadie sabe cuándo será la Segunda Venida: ni los ángeles, ni el mismo Jesús, sino solo Dios; y que llegará sobre la humanidad tan repentinamente como una tormenta.

Hay aquí una dificultad muy real que, aunque no podamos resolverla totalmente, debemos por lo menos intentarlo.

Tomemos como punto de partida el versículo 34: «Os digo la pura verdad: Esta generación no pasará sin que todas estas cosas hayan tenido lugar.» Cuando consideramos ese dicho, surgen tres posibilidades.

(i) Si Jesús lo dijo refiriéndose a Su Segunda Venida, se equivocó, porque no tuvo lugar durante la vida de la generación que Le estaba escuchando. Muchos aceptan ese punto de vista, creyendo que Jesús tenía un conocimiento limitado como hombre, y creía que volvería en la vida de aquella generación. Podemos aceptar que, en Su humanidad, Jesús tenía un conocimiento limitado; pero es difícil creer que cometió un error en relación con una verdad espiritual tan importante como esta.

(ii) Es posible que Jesús dijera algo parecido, que se ha alterado en la transmisión. En *Marcos 9:1* leemos que Jesús dijo: «De verdad os digo que hay algunos que están aquí que no probarán la muerte antes de ver el Reino de Dios venir con poder.» Eso fue gloriosa y triunfalmente cierto. En la vida de aquella generación, el Reino de Dios se extendió poderosamente hasta el punto de que hubo cristianos en todo el mundo.

Ahora bien, los cristianos originales esperaban que la Segunda Venida tuviera lugar inmediatamente. En su situación de sufrimiento

y persecución esperaban y anhelaban la liberación que traería la venida de su Señor, y algunas veces tomaron dichos que se suponía que hablaban del *Reino,* y los relacionaron con la *Segunda Venida,* que era una cosa diferente. Algo así puede que sucediera aquí. Lo que Jesús puede que dijera es que Su *Reino* vendría poderosamente antes que pasara aquella generación.

(iii) Pero hay una tercera posibilidad. ¿Podría ser que la frase *sin que todas estas cosas hayan tenido lugar* no se refiriera a la Segunda Venida? ¿No es posible de hecho que se refiriera a la profecía con la que empezó el capítulo, el asedio y la caída de Jerusalén? Si aceptamos esto, no queda ninguna dificultad. Lo que Jesús está diciendo es que estas serias advertencias Suyas acerca de la caída de Jerusalén se cumplirían en el marco de aquella generación —y se cumplieron de hecho 40 años más tarde. Parece con mucho lo mejor el tomar los versículos 32-35 como refiriéndose, no a la Segunda Venida de Cristo, sino a la destrucción de Jerusalén, porque entonces se eliminan todas las dificultades.

Los versículos 36 al 41 sí se refieren a la Segunda Venida, y nos dicen algunas verdades de suma importancia.

(i) Nos dicen que el día y la hora de tal acontecimiento no los sabe más que Dios. Está claro, por tanto, que el especular acerca del tiempo de la Segunda Venida no es menos que una blasfemia, porque el que así especula está tratando de hurtarle a Dios secretos que solo Le pertenecen a Él. Nuestro deber es prepararnos y esperar.

(ii) Nos dicen que ese tiempo llegará repentinamente y por sorpresa sobre los que estén inmersos en las cosas materiales. En la antigua historia del *Génesis,* Noé se preparó cuando hacía buen tiempo para el Diluvio que había de venir; y cuando vino, él estaba preparado. Pero el resto de la humanidad estaba perdido comiendo y bebiendo y casándose, y fueron sorprendidos totalmente de improviso, y fueron por tanto barridos. Estos versículos son una advertencia para que no estemos tan inmersos en el tiempo que olvidemos la eternidad, para que nunca permitamos que los intereses del mundo, por muy necesarios que sean, nos distraigan totalmente de recordar que hay Dios, que las consecuencias de la vida y de la muerte están en Sus manos, y que cuando nos llegue

Su llamada, sea a la mañana o al mediodía o por la tarde, debe hallarnos preparados.

(iii) Nos dicen que la venida de Cristo será un tiempo de separación y de juicio, cuando Él recogerá a los Suyos.

No podemos ver más allá, porque Dios Se ha reservado ese conocimiento en Su sabiduría.

LISTOS PARA LA VUELTA DEL REY

Mateo 24:42-51

> *—Así que velad, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Daos cuenta de que, si el dueño de una casa supiera a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría despierto y no le dejaría meterse. Por eso vosotros también debéis estar dispuestos; porque el Hijo del Hombre volverá a la hora que menos os figuréis.*
>
> *»¿Quién, entonces, será el servidor prudente y de confianza al que su amo ponga a cargo de todo el personal de su casa, para que les dé su comida a su debido tiempo? ¡Feliz el servidor al que su amo, cuando vuelva, le encuentre obrando así! Esta es la pura verdad: que le pondrá a cargo de todas sus posesiones. Pero si fuera un mal servidor, y se dijera para sus adentros:"Mi amo tardará todavía mucho en volver," y se pusiera a maltratar a sus consiervos y a comer y beber con los borrachos, entonces el amo de ese servidor vendrá cuando menos le espere, el día y a la hora que no se figure, y le hará polvo, poniéndole entre los que no son de fiar. Entonces será cuando llore y rechine los dientes.*

Aquí tenemos la consecuencia práctica de todo lo precedente. Si el día y la hora de la Segunda Venida de Cristo no los conoce nadie más que Dios, entonces toda la vida debe ser una constante preparación para ese acontecimiento. Y, en ese caso, hay ciertos pecados fundamentales.

(i) El vivir descuidadamente invita el desastre. Un ladrón no manda una carta diciendo cuándo va a asaltar una casa; su arma principal para llevar a cabo su empresa inicua es la sorpresa; por tanto, un propietario que tiene cosas de valor en casa debe estar en

guardia constantemente. Pero, para ver la escena que se nos muestra, debemos recordar que la vigilancia del cristiano que espera la Segunda Venida de Cristo no debe estar inspirada por el terror y la aprensión, sino por la anhelante expectación de Su venida en gloria y alegría.

(ii) El espíritu que conduce al desastre es el que dice que hay tiempo de sobra. Es el cómodo engaño del servidor el pensar que siempre tendrá tiempo para poner las cosas en orden antes que vuelva su amo.

Hay una fábula que cuenta los planes de tres aprendices de diablos que venían a la Tierra a hacer prácticas. Estaban hablando con Satanás, el jefe de los diablos, de lo que harían para tentar y perder a la gente. El primero dijo: «Les diré que Dios no existe.» Satanás le contestó: «Eso no engañará a muchos, porque saben de sobra que hay Dios.» El segundo dijo: «Les diré que no hay infierno.» Satanás le contestó: «No engañarás a nadie con eso, porque los humanos saben muy bien ya que el pecado conduce al infierno.» El tercero dijo: «Les diré que no tengan prisa.» «¡Adelante —le contestó Satanás—, porque tú vas a hacer que se pierdan a millares!» El más peligroso de todos los engaños es que hay tiempo de sobra para todo. El día más peligroso de la vida de una persona es cuando aprende que hay tal palabra como *mañana.* Hay cosas que no se pueden dejar para mañana, porque no se sabe si habrá tal día para uno.

(iii) Se despide al que no cumple con su deber, y se recompensa al que cumple fielmente. El servidor que cumplió con su deber fielmente recibió una responsabilidad todavía mayor; y el que falló, recibió su merecido. La conclusión inevitable es que debemos procurar que cuando vuelva Jesucristo no nos encuentre ocupados en nada mejor ni mayor que en cumplir con nuestro deber.

Hay un espiritual negro que dice:

Hay un Rey y Gran General,
que está a punto de llegar,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
Ya se oyen Sus legiones a la carga
en los campos del cielo,
y me hallará sachando algodón cuando venga.

Hay un Hombre al que echaron a la cuneta,
y le torturaron hasta matarle,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
Fue odiado y rechazado,
burlado y crucificado,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
¡Cuando venga, cuando venga!
Le coronarán los santos y los ángeles cuando venga,
y le gritarán ¡Hosanna! al Hombre Que negaron los hombres.
y yo me arrodillaré entre mi algodón cuando venga.

Si uno está cumpliendo con su deber, por muy sencillo que este sea, el día que Cristo vuelva será un día de alegría y de gloria para él.

EL DESTINO DE LOS DESPREVENIDOS

Mateo 25:1-13

—Lo que sucederá en el Reino del Cielo se parece a lo que pasó una vez cuando diez chicas jóvenes tomaron sus lámparas para salir a dar la bienvenida a un novio que venía a su boda. Cinco de las chicas eran simples, y las otras cinco eran sensatas. Las simples no llevaban más que las lámparas, pero sin aceite de reserva; pero las sensatas llevaban aceite en sus alcuzas aparte de las lámparas.

Como el novio tardaba en llegar, todas se pusieron a descansar, y se quedaron dormidas. A mitad de la noche se oyeron gritos: «¡Atención! ¡El novio! ¡Salid a recibirle!» Entonces se despertaron todas las chicas, y se pusieron a preparar las lámparas. Las simples les dijeron a las sensatas: «Dadnos un poco de vuestro aceite, porque se nos están apagando las lámparas.» Pero las sensatas les contestaron: «No podemos hacer eso, porque podría ser que no tuviéramos bastante para nosotras y para vosotras. Lo mejor que podéis hacer es ir al aceitero y comprarle para vosotras.»

Mientras iban a comprar aceite, llegó el novio, y las que estaban preparadas entraron con él a la fiesta de la boda, y se

cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras chicas, y se pusieron a llamar y a decir: «¡Señor, señor, ábrenos la puerta!» Pero él les contestó: «Os digo la verdad: yo no sé quiénes sois.»

Así es que estad alerta, porque no sabéis el día ni la hora en que ha de volver el Hijo del Hombre.

Si miramos esta parábola con ojos occidentales nos parecerá muy poco natural y muy peregrina. Pero, de hecho, cuenta una historia que podría haber sucedido en cualquier tiempo en un pueblo de Palestina, y que podría suceder ahora.

Una boda era una gran ocasión. Todo el pueblo salía a acompañar a la pareja a su nuevo hogar, e iban por el camino más largo posible para recibir las felicitaciones de los más posible. «Todo el mundo —decían los judíos— entre los 6 y los 60 seguirá el tambor del matrimonio.» Los rabinos estaban de acuerdo en que uno debía hasta interrumpir el estudio de la Ley para participar de la alegría de una fiesta de boda.

Lo interesante de esta historia depende de una costumbre judía que es muy diferente de las nuestras. Cuando se casaba una pareja, no se iban de luna de miel, sino se quedaban en casa. Durante una semana tenían la puerta abierta a los que los quisieran visitar; los amigos los trataban, y hasta se dirigían a ellos, como príncipe y princesa. Era la semana más dichosa de la vida. A las celebraciones de esa semana estaban invitados sus amigos más íntimos; así es que no fue solamente la ceremonia, sino toda una semana de fiesta lo que se perdieron las chicas simples por no estar preparadas.

El relato de cómo se lo perdieron todo está perfectamente de acuerdo con aquellas costumbres. El Dr. J. Alexander Findlay cuenta lo que él mismo vio en Palestina: «Cuando estábamos acercándonos a la entrada de un pueblo de Galilea —escribe—, vi a diez chicas alegremente vestidas, y que iban tocando alguna clase de instrumentos, que venían bailando por la carretera delante de nuestro coche. Cuando pregunté qué estaban haciendo, el guía me dijo que iban a hacerle compañía a la novia hasta que llegara el novio. Pregunté si tendríamos ocasión de ver la boda; pero el movió negativamente la cabeza mientras decía: “Puede que sea esta

noche, o mañana por la noche, o dentro de quince días; eso no se sabe nunca de seguro.” Y entonces pasó a explicar que una de las mayores suertes que se podían tener en una boda de clase media en Palestina era encontrarse con el cortejo nupcial descansando, y que el novio llegara inesperadamente, a veces en medio de la noche; es verdad que la opinión pública espera que mande un mensajero por la calle gritando: “¡Atención, que viene el novio!” Pero eso puede suceder a cualquier hora; de modo que el cortejo nupcial tiene que estar preparado para salir a la calle a cualquier hora a recibir al novio cuando se le ocurra llegar... Otros detalles importantes son que a nadie se le permite estar en la calle cuando anochece sin una lámpara, y también que, una vez que ha llegado el novio, y se ha cerrado la puerta, los que lleguen tarde a la ceremonia ya no pueden entrar.» Así es que el drama de la parábola de Jesús se representa exactamente en el siglo XX. Aquí no tenemos ninguna historia imaginaria, sino un gajo de la vida de una aldea de Palestina.

Como tantas parábolas de Jesús, esta tiene un sentido inmediato y local, y también un sentido más amplio y universal.

En su significado inmediato, iba dirigida a los judíos. Ellos eran el pueblo elegido de Dios; toda su historia debiera haber sido una preparación para la venida del Hijo de Dios; deberían haber estado preparados para cuando Él viniera. Pero, por el contrario: estaban totalmente desprevenidos, y por tanto se encontraron excluidos. Aquí tenemos, en forma dramática, la tragedia de la falta de preparación de los judíos.

Pero la parábola tiene al menos dos advertencias universales.

(i) Nos advierte que hay ciertas cosas que no se pueden obtener en el último minuto. Es demasiado tarde para un estudiante el preparar los exámenes la noche antes. Es demasiado tarde para una persona el adquirir la habilidad o el carácter, si no los posee anticipadamente, cuando se le presenta la oportunidad de un buen trabajo. También es fácil dejar las cosas para tan tarde que ya no nos podemos preparar para encontrarnos con Dios. Cuando María de Orange estaba muriendo, su capellán trató de hablarle del camino de la salvación. Ella contestó: «No he dejado esa cuestión para esta hora.» Llegar demasiado tarde es siempre una tragedia.

(ii) Nos advierte que hay ciertas cosas que no se pueden pedir prestadas. A las chicas simples les resultó imposible conseguir aceite prestado cuando descubrieron que les hacía falta. No se puede recibir prestada una relación con Dios. Cada cual debe poseerla por sí. No se puede pedir prestado un carácter. Se tiene que llevar puesto. No podemos estar viviendo siempre de prestado del capital espiritual que han reunido otros. Hay ciertas cosas que tenemos que ganarnos o adquirir por nosotros mismos, porque no nos las pueden prestar otros.

No hay toque de difuntos más cargado de remordimiento que el sonido de las palabras «¡Demasiado tarde!»

EL TALENTO ENTERRADO

Mateo 25:14-30

—Hubo una vez un hombre que se tenía que marchar al extranjero, y llamó a sus siervos y les confió sus bienes. A uno le dio 250,000 pesetas; a otro, 100,000, y a otro 50,000. A cada uno de ellos según su capacidad; y luego se marchó. Lo más pronto que pudo, el que había recibido las 250,000 pesetas fue y las invirtió, y obtuvo otras 250,000. De la misma manera, el que había recibido 100,000, sacó otras 100,000. Pero el que había recibido 50,000 se retiró, y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su amo. Después de mucho tiempo volvió el amo de aquellos sirvientes, y echó cuentas con ellos. El que había recibido 250,000 pesetas llegó trayendo otras 250,000. «Señor —le dijo—, tú me diste 250,000 pesetas. Mira; he obtenido un beneficio de otras 250,000.» El amo le dijo : «¡Bien hecho, buen siervo y fiel! Me has sido fiel en un pequeño negocio; te pondré a cargo de muchas cosas; ven a celebrarlo con tu amo.» El que había recibido 100,000 pesetas llegó diciendo: «Señor, tú me dejaste un depósito de 100,000 pesetas. ¡Mira! He obtenido unas ganancias de otras 100,000.» Su amo le dijo: «¡Bien hecho, buen siervo y fiel! Me has sido fiel en un pequeño negocio; te pondré a cargo de muchas cosas; ven a celebrarlo con tu amo.» El que había recibido 50,000 pesetas también se presentó. «Señor —le dijo—, sabía que eras un hombre implacable, que siegas lo que no labraste y que recoges lo que no sembraste. Así que me dio miedo, y me aparté y escondí tus 50,000 pesetas en la tierra. Mira: Aquí tienes lo que es tuyo.» El amo le respondió: «¡Siervo malvado y cobarde! ¿Conque sabías que siego donde no he labrado y recojo lo que no he sembrado? Deberías haber depositado mi dinero en el banco, para que cuando yo volviera lo recibiera con intereses. Así que, quitadle las 50,000 pesetas y dádselas al que tiene 250,000. Porque al que tenga se le dará para que tenga en abundancia; pero al que no tenga, hasta lo que tenga se le quitará. Y echad a este siervo inútil a la oscuridad de fuera. Que llore y rechine los dientes allí.»

Como la parábola anterior, esta tenía una lección inmediata para los que la oyeron por primera vez, y toda una serie de lecciones para nosotros hoy. Se la conoce como La Parábola de los Talentos. En nuestra traducción hemos cambiado *los talentos* por la moneda actual. *El talento* no era *una moneda,* sino *un peso;* y por tanto su valor dependía del metal del que se tratara, cobre, oro o plata. El metal que se usaba más corrientemente era la plata, y el valor de un talento de plata era de unas 50,000 pesetas. Pero para tener una idea de su valor adquisitivo, recuérdese que el jornal de un obrero era de 10 pesetas. Sobre esa base hemos hecho las equivalencias de las varias sumas.

No cabe la menor duda de que la atención original se centraba en el siervo inútil. No hay duda de que representaba a los escribas y los fariseos por su actitud ante la Ley y la verdad de Dios. El siervo inútil enterró su talento en la tierra para podérselo devolver a su amo intacto. Todo el propósito de los escribas y fariseos era guardar la Ley exactamente como era. Según la frase que ellos mismos usaban, debían «construir una cerca alrededor de la Ley.» Cualquier cambio, cualquier desarrollo, cualquier cosa nueva, era para ellos anatema. Su método implicaba la parálisis de la verdad religiosa.

Como el hombre con un talento, deseaban mantener las cosas exactamente como habían estado siempre —y era por eso por lo que estaban condenados. En esta parábola Jesús nos dice que no puede haber religión sin aventura, y que a Dios no Le sirve para nada una mente cerrada. Pero hay mucho más que eso en esta parábola.

(i) Nos dice que Dios da a las personas diferentes dones. Uno recibió cinco talentos, otro dos, y otro uno. No es el talento de la persona lo que importa; lo que importa es cómo lo use. Dios nunca exige de nadie habilidades que no tenga; pero exige que cada persona use a tope las habilidades que posea. Todas las personas no tienen los mismos talentos; pero pueden ser iguales en el esfuerzo. La parábola nos dice que sea cual fuere el talento que tengamos, pequeño o grande, debemos ponerlo al servicio de Dios.

(ii) Nos dice que la recompensa por un trabajo bien hecho es aún más trabajo para hacer. A los dos siervos que habían cumplido bien no se les dijo que podían sentarse a descansar, sino se les dieron

mayores tareas y responsabilidades más grandes en el trabajo de su amo.

(iii) Nos dice que la persona que es castigada es la que ni siquiera intentó hacer nada. El que tenía un talento no lo usó, no hizo nada con él. Si lo hubiera arriesgado y perdido, habría sido mejor que no hacer nada en absoluto. Siempre es una tentación para el que no tiene más que un talento el decir: «Tengo tan poco, y puedo hacer tan poco con ello, que no vale la pena intentarlo para lo poco que voy a sacar.» La condenación recae sobre la persona que, aunque no tenga nada más que un talento, no intente usarlo ni arriesgarlo para el bien común.

(iv) Establece una ley de la vida que es universalmente cierta. Nos dice que al que tiene se le dará más, y el que no tiene perderá hasta lo que tenga. El sentido es el siguiente. Si una persona tiene un talento y lo ejercita, se hace progresivamente más capaz de usarlo más. Pero si tiene un talento y deja de utilizarlo, inevitablemente lo perderá. Si se nos da bien un juego o un arte, si tenemos algún don para algo, cuanto más lo ejercitemos más capaces seremos de asumir mayores tareas en esa área. Mientras que, si dejamos de usarlo, lo perdemos. Eso es igualmente cierto de jugar al tenis, o tocar el piano, o cantar, o predicar, o tallar madera, o pensar ideas. Es la lección de la vida que la única manera de conservar un don es usarlo en el servicio de Dios y de nuestros semejantes.

EL BAREMO DE DIOS

Mateo 25:31-46

> *—Cuando venga el Hijo del Hombre con todos Sus ángeles, ocupará Su puesto en Su trono glorioso, y todas las naciones se reunirán delante de Él; y Él separará a unos de otros como separa un pastor las ovejas de las cabras, colocando las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces el Rey les dirá a los de Su mano derecha: «¡Venid, vosotros a quienes ha bendecido Mi Padre, entrad en posesión del Reino que se os ha preparado desde la creación del mundo! Porque cuan-do Yo estaba hambriento Me disteis de comer; cuando estaba sediento, Me disteis de beber; cuando era un forastero, Me recibisteis; cuando estaba desnudo, Me vestisteis; cuando*

estaba enfermo, vinisteis a visitarme; cuando estaba en la cárcel, vinisteis a verme.» Entonces los íntegros Le contestarán: «Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento, y Te dimos de comer; o sediento, y Te dimos de beber; o cuando Te vimos forastero, y Te recibimos en nuestras casas; o desnudo, y Te vestimos? ¿Cuándo Te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a verte?» Y entonces el Rey les contestará: «Os digo la pura verdad: En tanto en cuanto se lo hicisteis a uno de los más pequeñitos de estos Mis hermanos, Me lo hicisteis a Mí.» Entonces les dirá a los de Su izquierda: «¡Alejaos de Mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles! Porque estuve hambriento, y no Me disteis de comer; sediento, y no Me disteis de beber; fui forastero, y no Me recibisteis entre vosotros; desnudo, y no Me vestisteis, enfermo y en la cárcel, y no vinisteis a visitarme.» Entonces esos también Le contestarán: «Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no Te prestamos ningún servicio?» Entonces Él les responderá: «Os digo la pura verdad: En tanto en cuanto no se lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos, no Me lo hicisteis a Mí.» Y estos se retirarán al castigo eterno, y los íntegros irán a la vida eterna.

Esta es una de las parábolas más gráficas que Jesús dijo nunca, y su lección está clara como el agua: Que Dios nos juzgará de acuerdo con nuestra reacción a las necesidades humanas. Su juicio no será en función de los conocimientos que hayamos amasado, o de la fama que hayamos adquirido, o de la fortuna que hayamos ganado, sino de la ayuda que hayamos prestado.

Hay ciertas cosas que esta parábola nos enseña acerca de la ayuda que debemos prestar a otros.

(i) Debe ser la ayuda en cosas sencillas. Las cosas que Jesús escoge mencionar —dar una comida a un hambriento, o algo de beber a un sediento, recibir a un forastero, animar a un enfermo, visitar a un preso— son cosas que cualquiera puede hacer. No se trata de dar millones de pesetas, ni de escribir nuestros nombres en los anales de la Historia; sino de prestar una sencilla ayuda a personas que nos encontramos todos los días. No hay ninguna otra

parábola que le abra el camino de la gloria de tal manera a la gente sencilla.

(ii) Debe ser una ayuda desinteresada. Los que la prestaron no lo hicieron pensando que estaban ayudando a Cristo o haciendo méritos para la eternidad; ayudaban porque no podían por menos. Era la reacción natural, instintiva, totalmente desinteresada, del corazón amante. Mientras que, por la otra parte, la actitud de los que dejaron de ayudar era: «Si hubiéramos sabido que eras *Tú,* Te habríamos ayudado con mil amores; pero creímos que era simplemente una persona corriente que no valía la pena ayudar.» Sigue siendo verdad que hay algunos que ayudarían si hubieran de recibir por ello alabanzas y gracias y publicidad; pero ayudar de esa manera no es ayudar; es apilarse méritos. No es prestar por generosidad, sino por egoísmo disfrazado. La ayuda que obtiene la aprobación de Dios es la que se da nada más que para ayudar.

(iii) Jesús nos coloca cara a cara con la maravillosa verdad de que toda ayuda de esta clase que prestemos a nuestros semejantes se Le da a Él, y toda la ayuda que se niega, se Le niega a Él. ¿Cómo puede ser esto? Si de veras queremos alegrar el corazón de un padre, si de veras queremos moverle a gratitud, la mejor manera de hacerlo es ayudando a uno de sus hijos. Dios es el gran Padre; y la manera de alegrar el corazón de Dios es ayudando a Sus hijos, nuestros semejantes.

Hubo dos hombres que encontraron esta parábola benditamente cierta. Uno fue Francisco de Asís; era rico y de elevado nacimiento y clase, pero no era feliz, porque tenía el sentimiento de que la vida era incompleta. Un buen día iba dándose un paseo a caballo, y se encontró con un leproso, horrible y repulsivo por la fealdad de su enfermedad. Algo movió a Francisco a bajar del caballo y abrazar a aquel miserable doliente; y en sus brazos el rostro del leproso se transformó en el rostro de Cristo.

El otro fue Martín de Tours. Era soldado romano, y cristiano. Un frío día de invierno, cuando entraba en una ciudad, le paró un mendigo para pedirle limosna. Martín no tenía dinero; pero el mendigo estaba azul y tiritando de frío, y Martín le dio lo que tenía. Se quitó su capa militar, usada y desgastada como estaba, la cortó en dos y le dio la mitad al mendigo. Aquella noche tuvo un sueño.

En él vio los lugares celestiales, y a todos los ángeles, y a Jesús en medio de ellos; y Jesús llevaba puesta la media capa de un soldado romano. Uno de los ángeles Le preguntó: «Maestro, ¿por qué llevas esa capa vieja y desgastada? ¿Quién Te la ha dado?» Y Jesús le contestó suavemente: «Me la ha dado Mi siervo Martín.»

Cuando aprendemos la generosidad que ayuda sin interés a las personas en las cosas más sencillas, nosotros también experimentamos el gozo de ayudar a Jesucristo mismo.

EL PRINCIPIO DEL ÚLTIMO ACTO DE LA TRAGEDIA

Mateo 26:1-5

> *Cuando Jesús acabó todas estas conversaciones, les dijo a Sus discípulos:*
>
> *—Ya sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para que Le crucifiquen.*
>
> *Por entonces, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote, que se llamaba Caifás, e hicieron los planes para apresar a Jesús con engaños y matarle. Pero decían:*
>
> *—Pero que no sea durante la fiesta, no sea que se produzca un alboroto entre la gente.*

Aquí tenemos el principio definitivo del último acto de la tragedia divina. De nuevo Jesús advierte a Sus discípulos de lo que va a suceder. Los últimos pocos días había estado actuando de una manera tan magníficamente desafiante que ellos podrían haber pensado que Jesús se proponía desafiar a las autoridades judías; pero aquí, una vez más, Jesús deja bien claro que Su destino es la Cruz.

Para entonces las autoridades judías ya estaban organizando su complot y sus estratagemas. José Caifás, para darle su nombre completo, era el sumo sacerdote. Sabemos muy poco acerca de él, pero sí conocemos un hecho de lo más significativo. En los días antiguos, el puesto de sumo sacerdote había sido hereditario y vitalicio; pero desde que los romanos se habían apoderado de Palestina, los sumos sacerdotes se sucedieron en una rápida serie,

porque los romanos los nombraban y deponían según les convenía. Entre los años 37 a.C. y 67 d.C., cuando fue nombrado el último antes de la destrucción del templo, hubo no menos de veintiocho sumos sacerdotes. Lo sugestivo es que Caifás fue sumo sacerdote desde el año 18 d.C. hasta el 36. Ese fue un tiempo extraordinariamente largo para que un sumo sacerdote se mantuviera en el puesto, así es que Caifás tiene que haber llegado a una técnica perfecta de colaboración con los romanos. Y precisamente ahí era donde estaba su problema.

Lo que menos toleraban los romanos eran los desórdenes sociales. Si había el más mínimo levantamiento, Caifás perdía el puesto. En el tiempo de la Pascua la atmósfera de Jerusalén estaba de lo más cargada. La ciudad estaba abarrotada de gente. Josefo nos cuenta una ocasión en la que se hizo un censo de los presentes (Josefo, *Guerras de los judíos, 6.9.3).* Sucedió de la siguiente manera.

El Gobernador de aquel tiempo era Cestio, que presintió que Nerón no tenía idea del número de judíos ni de los problemas que se le planteaban a un gobernador. Así es que le pidió al sumo sacerdote que hiciera un censo de los corderos que se sacrificaban en una cierta Pascua. Josefo continúa diciendo: «Una compañía de no menos de diez es el mínimo que corresponde a cada sacrificio (porque no es legal el celebrar la fiesta siendo un número inferior) y muchas veces nos juntamos veinte.» Se descubrió que en aquella ocasión el número de corderos sacrificados ascendió a 256,500. Según el cálculo de Josefo habría en Jerusalén para aquella Pascua no menos de dos millones y tres cuartos de personas.

No nos sorprende que Caifás buscara alguna estratagema para detener a Jesús secretamente, porque muchos de los peregrinos que iban a Jerusalén para la Pascua eran galileos que creían que Jesús era un profeta. El plan de Caifás era realmente aplazar la cuestión hasta después de la fiesta de la Pascua, cuando la ciudad estuviera más tranquila; pero Judas había de proveerle de la solución a su problema.

LA PRODIGALIDAD DEL AMOR

Mateo 26:6-13

Estando Jesús en Betania, en la casa de Simón el leproso, se Le acercó una mujer con un pomito de alabastro lleno de un perfume muy costoso, y lo vertió sobre la cabeza de Jesús cuando estaba reclinado a la mesa. Cuando los discípulos vieron aquello, se disgustaron mucho, y se pusieron a decir:

—¿Para qué sirve este derroche? Ese perfume se habría podido vender por mucho dinero, y habérselo dado a los pobres.

Jesús sabía lo que estaban hablando, y les dijo:

—¿Por qué os metéis con esta mujer? Lo que ha hecho conmigo ha sido una cosa preciosa; porque a los pobres siempre los tenéis, pero a Mí no Me vais a tener siempre. Al derramar este perfume sobre Mi cuerpo lo ha hecho para prepararme de antemano para el entierro. Podéis creerme que, dondequiera que se predique el Evangelio por todo el mundo, se recordará esto que ha hecho ella en su memoria.

La historia de la unción en Betania nos la cuentan también Marcos y Juan. El relato de Marcos es casi exactamente el mismo que el de Mateo; pero Juan añade el detalle significativo de que la mujer que ungió a Jesús fue nada menos que María, la hermana de Marta y de Lázaro. Lucas no nos cuenta esta historia, pero sí la de la unción en la casa de Simón el fariseo *(Lucas 7:36-50);* pero en la historia de Lucas la mujer que ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos era una conocida pecadora.

Siempre quedará la interesante posibilidad de que la historia que nos cuenta Lucas sea la misma que nos cuentan los otros tres evangelistas. En ambos casos el nombre del anfitrión es Simón, aunque en *Lucas* es Simón el fariseo, mientras que en *Mateo* y *Marcos* es Simón el leproso. En Juan, el anfitrión no se nombra, aunque el relato parece dar la impresión de que se trataba de la casa de Marta y María y Lázaro. Simón era un nombre muy corriente. Hay por lo menos diez Simones en el Nuevo Testamento, y más de veinte en el libro de historia de Josefo. La mayor dificultad para identificar las historias de Lucas y de los otros tres evangelistas es que Lucas nos dice que la mujer era una conocida pecadora, y no tenemos la menor indicación de que ese fuera el caso de María de Betania. Por otra parte, la misma intensidad con que María

amaba a Jesús podría sugerir las profundidades de las que Él la rescató.

Sea cual fuere la respuesta que se dé a la cuestión de la identificación, la historia es desde luego lo que Jesús la llamó: la historia de una cosa muy hermosa; y nos atesora ciertas verdades muy preciosas.

(i) Nos muestra *la prodigalidad* del amor. La mujer tomó lo más precioso que tenía, y se lo derramó a Jesús en la cabeza. A las mujeres judías les encantaban los perfumes; y era corriente que llevaran un frasquito de alabastro con perfume como collar. Ese perfume era muy costoso. Tanto Marcos como Juan nos relatan que los discípulos dijeron que ese perfume podría haberse vendido por trescientos *denarii (Marcos 14:5; Juan 12:5);* lo que quiere decir que ese frasquito de perfume representaba casi el sueldo de un año de un obrero. O podemos verlo de esta otra manera. Cuando Jesús y Sus discípulos estaban hablando de cómo se podría dar de comer a la multitud, la respuesta de Felipe fue que 200 *denarii* apenas bastarían para alimentarlos. Este frasco de perfume, por tanto, costaba tanto como la comida necesaria para cinco mil personas.

Era algo tan precioso como todo eso lo que esta mujer Le dio a Jesús, y Se lo dio porque era lo más precioso que tenía. El amor nunca calcula; al amor siempre le parece demasiado poco todo lo que da; el único deseo del amor es dar hasta lo último; y, cuando ha dado todo lo que tenía, aún le parece demasiado poco. No hemos ni empezado a ser cristianos si pensamos en darle a Cristo y a Su Iglesia lo menos que resulte aceptable.

(ii) Nos muestra que hay momentos en los que se falla viendo las cosas con sentido común. En esta ocasión, la voz del sentido común decía: «¡Qué derroche!» Y no hay duda que era verdad. Pero hay un mundo de diferencia entre la economía del sentido común y la economía del amor. El sentido común obedece los dictados de la prudencia; pero el amor obedece los dictados del corazón. En la vida hay que aplicar el sentido común en muchos casos; pero hay momentos en los que solo la prodigalidad puede satisfacer las demandas del amor. Un regalo no es nunca realmente un regalo cuando es algo que nos podemos permitir fácilmente; un regalo

llega a ser un regalo solamente cuando implica un sacrificio, y cuando damos mucho más de lo que podemos permitirnos.

(iii) Nos muestra que algunas cosas han de hacerse cuando surge la oportunidad, o no se harán nunca. Los discípulos estaban interesados en ayudar a los pobres; pero los mismos rabinos decían: «Dios permite que haya pobres siempre con nosotros para que no nos falten nunca las oportunidades para hacerles bien.» Hay algunas cosas que podemos hacer en cualquier momento; hay algunas cosas que podemos hacer solo una vez; y el desaprovechar la ocasión de hacerlas entonces es perder la oportunidad para siempre. A menudo nos sentimos movidos por un impulso generoso, pero no nos dejamos llevar por él; y todas las posibilidades están en contra de que se nos vuelvan a presentar las circunstancias, la persona, el tiempo y el impulso. Para muchos de nosotros lo trágico es que nuestra vida es la historia de las oportunidades de hacer el bien que no hemos aprovechado.

(iv) Nos dice que la fragancia de una acción hermosa no se desvanece nunca. Hay tan pocas cosas hermosas, que cada una brilla como una luz en un mundo oscuro. Al final de la vida de Jesús había tanta amargura, tanta traición, tanta intriga, tanta tragedia, que esta historia brilla como un oasis de luz en un mundo tenebroso. En este mundo hay pocas cosas más grandes que se puedan hacer que dejar el recuerdo de una obra hermosa.

LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA VIDA DEL TRAIDOR

En vez de seguir la historia de Judas por trozos como aparece en el relato evangélico, la tomaremos en conjunto leyendo uno tras otro los últimos incidentes hasta el suicidio del traidor.

EL FLACO NEGOCIO DEL TRAIDOR

Mateo 26:14-16

Entonces uno de los Doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes y les dijo:

—¿Cuánto estáis dispuestos a darme si os Le entrego?

Ellos concertaron con él un total de treinta siclos; y desde aquel momento él buscaba la oportunidad para traicionarle.

Ya hemos visto que las autoridades judías querían encontrar la manera de arrestar a Jesús sin provocar disturbios, y ahora se les presentaba la oportunidad con la venida de Judas. Solo puede haber tres razones por las que Judas traicionara a Jesús. Todas las otras sugerencias son variaciones de estas tres.

(i) Puede haber sido por avaricia. Según Mateo y Marcos, fue inmediatamente después de la unción en Betania cuando Judas cerró el trato terrible; y cuando Juan nos cuenta ese acontecimiento, dice que Judas hizo su protesta contra la unción porque era un ladrón y sisaba del dinero que había en la caja *(Juan 12:6).* En ese caso, Judas hizo el negocio más mezquino de la Historia. La suma por la que acordó traicionar a Jesús fue de treinta *arguria.* Un *argurion* era un *siclo,* que valía unas 33 pesetas. Por tanto, Judas vendió a Jesús por menos de mil pesetas. Si la avaricia fue la causa de su traición, es el ejemplo más terrible de la Historia de la bajeza a la que puede llegar el amor al dinero.

(ii) Puede que fuera por un odio terrible basado en una desilusión fatal. Los judíos siempre habían tenido un sueño de poder; por tanto, tenían sus nacionalistas extremos, que estaban preparados a cometer crímenes y violencia para echar a los romanos de Palestina. Estos nacionalistas se llamaban los *sicarii,* los portadores de dagas, porque seguían una deliberada política de asesinatos. Puede que Judas fuera uno de ellos, y que ése fuera el origen de su mote, *Sicarius* > *Iscariote.* Y que se había adherido a Jesús creyéndole el dirigente divinamente inspirado Que, con Su poder milagroso, podría dirigir la gran revolución. Puede que hubiera notado que Jesús había tomado otro camino, que no conducía más que a la Cruz. Y, a causa de su amarga desilusión, la devoción de Judas se convirtió, primero en desencanto, y luego en un odio tal que le condujo a buscar la muerte del Hombre del Que él había esperado tanto. Puede que Judas llegara a odiar a Jesús tanto porque no era el Cristo que él quería que fuera.

(iii) Puede ser que Judas nunca pretendiera que Jesús muriera. Puede ser que, como ya hemos visto, viera en Jesús al Dirigente divino. Puede que pensara que Jesús iba demasiado despacio; y puede que no deseara otra cosa que obligarle a actuar. Puede que traicionara a Jesús con la intención de obligarle a revelarse. Ese es

de hecho el punto de vista que encaja mejor con todos los datos. Y eso explicaría por qué Judas se suicidó cuando su plan resulto un fracaso.

Lo miremos como lo miremos, la tragedia de Judas consistió en que se negó a aceptar a Jesús como era, y trató de hacerle como él quería que fuera. No somos nosotros los que podemos cambiar a Jesús a nuestro gusto, sino Jesús el Que ha de cambiarnos a nosotros a Su imagen. No Le podemos usar nunca para que se realicen nuestras ideas; debemos someternos a Él para que se realicen las Suyas. La tragedia de Judas fue la de una persona que creyó que sabía más que Dios.

LA ÚLTIMA INVITACIÓN DEL AMOR

Mateo 26:20-25

> *Cuando anocheció, Jesús estaba reclinado a la mesa con los doce discípulos. Mientras estaban comiendo, Jesús les dijo:*
>
> *—Os digo la pura verdad: Uno de vosotros Me va a traicionar.*
>
> *Ellos se inquietaron terriblemente, y empezaron a preguntarle a Jesús uno tras otro:*
>
> *—Señor, no seré yo, ¿verdad?*
>
> *—Uno que mete la mano conmigo en la fuente es el que Me va a traicionar —les contestó Jesús—. El Hijo del Hombre va a desaparecer, como está escrito acerca de Él; ¡pero ay de aquel hombre por quien es traicionado el Hijo del Hombre! Le habría sido mejor no haber nacido.*
>
> *Judas, el que Le traicionó, Le dijo:*
>
> *—Maestro, ¿es posible que sea yo?*
>
> *—Tú eres el que lo has dicho —le contestó Jesús.*

Hay momentos en estas últimas escenas de la historia evangélica en que Jesús y Judas parecen encontrarse en un mundo aparte, en el que no hay nadie más. Una cosa es segura: Judas tiene que haber estado planificando su horrible negocio con un secreto total. Tiene que haber hecho sus idas y venidas, o bien a escondidas, o como parte de sus quehaceres normales; porque, si el resto de los discípulos hubieran sabido lo que se traía entre manos, no le habrían dejado salir con vida de la habitación.

Sin duda les había ocultado sus planes a sus condiscípulos —pero no podía ocultárselos a Cristo. Eso es lo que pasa siempre: una persona puede ocultarles sus pecados a sus semejantes, pero no los puede ocultar nunca de los ojos de Cristo, que ve los secretos del corazón. Jesús sabía, aunque nadie más lo supiera, lo que Judas se traía entre manos.

Y ahora podemos ver el método de Jesús con el pecador. Podría haber usado Su poder para aterrar a Judas, para paralizarle, hasta para matarle. Pero la única arma que Jesús usará nunca es la de la invitación amorosa. Uno de los grandes misterios de la vida es la manera que tiene Dios de respetar la iniciativa humana. Dios no obliga nunca; solo invita.

Cuando Jesús trata de hacer que una persona deje de pecar, hace dos cosas.

La primera, le pone cara a cara con su pecado. Trata de hacerle que se detenga y piense en lo que está haciendo. Es como si le dijera: «Mira lo que estás pensando hacer: ¿Puedes tú realmente hacer algo así?» Se ha dicho que nuestra mayor seguridad frente al pecado está en el horror que nos causa. Y una y otra vez Jesús invita a cada persona a detenerse y mirar y darse cuenta, para que el mismo horror de su pecado la haga volver a sus cabales.

La segunda, le pone cara a cara consigo mismo, con el mismo Cristo. Invita a la persona a que Le mire, como si dijera: «¿Puedes mirarme? ¿Puedes enfrentarte con Mis ojos y marcharte a hacer lo que te habías propuesto?» Jesús trata de hacer que la persona se dé cuenta del horror de lo que estaba a punto de hacer, y del amor que anhela impedírselo.

Es precisamente aquí donde vemos lo terrible que es el pecado, por su terrible libertad. A pesar de la última llamada del amor, Judas siguió adelante. Aun cuando se encontró cara a cara con su pecado y con el rostro de Cristo, no quiso dar marcha atrás. Hay pecados y pecados. Existe el pecado del corazón apasionado, de la persona que, en el impulso del momento, se ve arrastrada a hacer lo que no debe. Que nadie tome a la ligera tal pecado; sus consecuencias pueden ser muy terribles; pero mucho peor es el pecado decidido, calculado, insensible, que sabe lo que está haciendo a sangre fría, que se enfrenta con lo terrible de la acción y con el amor de los ojos

de Jesús, y sin embargo todavía sigue con su plan. El corazón se nos revuelve contra el hijo o la hija que quebranta a sangre fría el corazón paternal —que es lo que Judas hizo con Jesús—, y la tragedia es que esto es lo que todos hacemos muchas veces.

EL BESO DEL TRAIDOR

Mateo 26:47-50

> *Mientras Jesús estaba todavía hablando, vino Judas, que era uno de los Doce, con una gran multitud con espadas y garrotes de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado como consigna: «El Que yo bese, Ese es el Hombre. ¡Echadle mano!» Así es que se dirigió a Jesús en seguida y Le dijo:*
>
> *—¡Saludos, Maestro! —al tiempo que Le besó afectuosamente.*
>
> *—¡Camarada —le dijo Jesús—, sigue adelante con lo que te ha traído aquí!*
>
> *Entonces avanzaron, y Le echaron mano a Jesús y Le detuvieron.*

Como ya hemos visto, la intervención de Judas puede que surgiera de uno de dos motivos. Puede que realmente, fuera por avaricia o por desilusión, quería que mataran a Jesús; o puede que estuviera tratando de obligarle a manifestarse y actuar, y que no quisiera verle morir.

Hay, por consiguiente, dos maneras de interpretar este incidente. Si no había en el corazón de Judas nada más que un odio negro o una especie de avaricia insensata, este es sencillamente el más terrible beso de la Historia; y una señal de traición. En ese caso, no se puede decir nada de Judas que sea demasiado malo.

Pero hay señales de que era más que eso. Cuando Judas le dijo al gentío armado que les indicaría con un beso al Hombre a Quien tenían que arrestar, la palabra que se usa en griego es *filein,* que es la palabra corriente para besar; pero cuando se dice que Judas realmente Le dio un beso a Jesús, la palabra que se usa es *katafilein,* que es la palabra que indica un beso de amor, y quiere

decir que Judas besó a Jesús repetidas veces y fervientemente. ¿Por qué había de hacer eso Judas?

Además, ¿por qué hacía falta ninguna identificación de Jesús? Lo que los esbirros necesitaban que se les indicara no era quién era Jesús, sino el lugar y el momento oportuno para arrestarle. Los que Judas llevó a Getsemaní eran siervos de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo; deben de haber sido de la policía del templo, la única fuerza que tenían a su disposición los principales sacerdotes. Es increíble que la policía del templo no supiera ya muy bien Quién era el Hombre Que hacía pocos días había limpiado el templo y echado de él a los cambistas y a los vendedores de palomas. Es increíble que no pudieran reconocer al Hombre que había estado enseñando diariamente en los atrios del templo. Una vez que Judas los habían llevado a Getsemaní, ya ellos sabían muy bien a Qué Hombre tenían que arrestar.

Parece lo más probable que Judas besara a Jesús como un discípulo a su maestro, como la cosa más natural del mundo, pero también sinceramente; y que entonces diera un paso atrás con orgullo expectante, esperando que Jesús actuara por fin. Lo curioso es que desde el momento del beso Judas desaparece de la escena del huerto para no reaparecer hasta que decidió cometer suicidio. Ni siquiera aparece como testigo en el juicio contra Jesús. Es mucho más probable que en un momento de aturdimiento, de ceguera, de pasmo, de vacilación, Judas viera hasta qué punto se había equivocado en sus cálculos, y se retirara tambaleando en la noche, un hombre destrozado para siempre y por siempre apesadumbrado. Si esto es cierto, en ese momento Judas entró en el infierno que había creado para sí, porque la peor clase de infierno es la plena conciencia de las terribles consecuencias del pecado.

EL FINAL DEL TRAIDOR

Mateo 27:3-10

> *Cuando el traidor de Judas vio que habían condenado a Jesús, se arrepintió y trajo los treinta siclos a los principales sacerdotes y los ancianos, y les dijo:*
>
> *—Yo he pecado traicionando a un Hombre inocente.*

—¿Qué tenemos nosotros que ver con eso? —le dijeron—. ¡Eso es tu problema!

Judas tiró el dinero en el templo y se marchó; luego fue, y se ahorcó.

Los principales sacerdotes recogieron el dinero, y dijeron:

—No podemos echar esto en el tesoro del templo, porque es el precio de una vida.

Después de deliberar, compraron con ese dinero el campo del alfarero para cementerio de extranjeros. Por eso es por lo que hasta este día se le llama el Campo de la Sangre. Así se cumplió lo que se había dicho por medio del profeta Jeremías cuando dijo: «Y tomaron los treinta siclos, el precio de Aquel a cuya vida habían puesto precio los hijos de Israel, y los dieron por el campo del alfarero, como el Señor me había advertido.»

Aquí se nos presenta con todo su colorido macabro el último acto de la tragedia de Judas. Comoquiera que interpretemos su mentalidad, una cosa está clara: que Judas entonces comprendió el horror de lo que había hecho. Mateo nos dice que Judas llevó el dinero y lo tiró en el templo; y es interesante que la palabra que usa no es la palabra más general para todos los edificios del templo *(hierón),* sino la palabra para el templo propiamente dicho *(naós).* Se recordará que el templo estaba formado por una serie de atrios cada uno a continuación del precedente. Judas, en su ciega desesperación, entró por el Atrio de los Gentiles; pasó por el Atrio de las Mujeres; pasó hasta el final del Atrio de los Israelitas; no podía entrar más allá: había llegado a la barrera que impedía la entrada en el Atrio de los Sacerdotes, al final del cual se encontraba el templo propiamente dicho. Judas llamó a los sacerdotes para que recogieran el dinero; no acudieron, y él se lo tiró desde lejos, y se marchó, y se ahorcó. Los sacerdotes recogieron el dinero, tan contaminado que no podía echarse al tesoro del templo, y compraron con él un campo para cementerio de los gentiles, para enterrar los cuerpos inmundos de los gentiles que murieran en la ciudad.

El suicidio de Judas sería la prueba concluyente de que su plan había fracasado. Había pretendido que Jesús Se manifestara como conquistador; pero lo único que había conseguido había sido

empujarle hacia la Cruz, y la vida ya no tenía para Judas ningún sentido. Hay dos grandes verdades aquí acerca del pecado.

(i) Lo terrible del pecado es que no podemos atrasar el reloj. No podemos deshacer lo que hemos hecho. Una vez que se ha hecho algo, nada lo puede alterar o hacer volver.

No hace falta ser muy viejo para sentir el anhelo de vivir otra vez alguna hora. El recordar que no se puede traer al presente nada que ya esté en el pasado debería hacernos tener mucho cuidado con nuestras acciones.

(ii) Lo extraño del pecado es que una persona puede llegar a odiar lo que ganó cometiéndolo. El mismo precio que recibió por pecar puede llegar a asquearle hasta tal punto que su único deseo sea desembarazarse de él. La mayor parte de la gente peca porque cree que, si puede simplemente conseguir la cosa prohibida, le hará feliz. Pero lo que era el deseo del pecado puede convertirse en la cosa de la que uno querría librarse —y a menudo no puede.

Como ya hemos visto, Mateo encuentra profecías de los acontecimientos de la vida de Jesús en los lugares más insospechados. Aquí comete una equivocación. Mateo está citando de memoria; y la cita que hace no es de *Jeremías,* como dice, sino de *Zacarías.* Es de un extraño pasaje *(Zacarías 11:10-14)* en que el profeta nos dice que recibió una recompensa indigna y se la tiró al alfarero. En aquella antigua alegoría, Mateo vio un anuncio simbólico de lo que sucedió con el dinero de Judas.

Si Judas hubiera seguido fiel a Jesús, podría haber acabado su vida como un mártir; pero, como prefirió escoger su propio camino, fue su propia mano la que le causó la muerte. Se perdió la gloria de la corona del martirio para darse cuenta de que la vida le resultaba insoportable a causa de su pecado.

LA ÚLTIMA CENA

Como hemos ido recorriendo los pasajes que cuentan la historia de Judas, ahora tenemos que volver atrás al que nos relata la última Cena.

LA FIESTA ANCESTRAL

Mateo 26:17-19

El primer día de la fiesta de los Panes sin Levadura, los discípulos se acercaron a Jesús para preguntarle:

—¿Dónde quieres que hagamos los preparativos necesarios para comer la Pascua?

—Id a la ciudad, a tal y tal hombre —les contestó Jesús —, y decidle: «El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; celebraré la Pascua con Mis discípulos en tu casa.»

Y los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús, e hicieron los preparativos para la Pascua.

Jesús había ido a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Ya hemos visto lo abarrotada que estaba la ciudad en ese tiempo. Durante la fiesta de la Pascua, todos los judíos se suponía que se alojaban en la ciudad y sus alrededores, pero el número de visitantes desbordaba esa posibilidad; y para todos los efectos oficiales, pueblos como Betania, donde Jesús estaba parando, contaban como la ciudad.

Pero la misma fiesta tenía que celebrarse dentro de la ciudad. Los discípulos querían saber qué preparativos tenían que hacer. Está claro que Jesús no había dejado ese asunto para el último momento. Ya había hecho los arreglos con un amigo de Jerusalén, y había quedado de acuerdo en un santo y seña: «El Maestro dice: Mi tiempo está cerca.» Así es que mandó por delante a dos discípulos para que dieran el santo y seña e hicieran todos los preparativos necesarios.

Toda la semana de la que la fiesta de la Pascua ocupaba la primera tarde se llamaba la fiesta de los Panes sin Levadura. Al seguir los acontecimientos, debemos recordar que para los judíos el día empezaba a las 6 de la tarde. En este caso, la fiesta de los Panes sin Levadura empezaba el jueves por la mañana, cuando todas las partículas de levadura se destruían después de una búsqueda ceremonial y ceremoniosa por toda la casa.

Había una doble razón para eso. La fiesta conmemoraba el primero de los grandes acontecimientos con los que empezó la historia de Israel: la liberación de la esclavitud de Egipto. Cuando los israelitas huyeron de Egipto, huyeron con tanta prisa que no tuvieron tiempo de cocer su pan leudado *(Éxodo 12:34).* La masa sin levadura, es decir, sin un poco de la masa fermentada anterior, se

cuece muy deprisa, pero produce un pan que se parece más bien a una galleta; y así fue el pan de la primera Pascua. Y por eso se excluía la levadura, y se tomaba esa semana el pan sin leudar para repetir el acontecimiento de la noche en que el pueblo salió de Egipto dejando atrás la esclavitud.

En segundo lugar, según la manera judía de pensar, la levadura es el símbolo de la corrupción. Como ya hemos dicho, la levadura es masa fermentada, y los judíos identificaban la fermentación con la putrefacción; así que la levadura representaba todo lo que está podrido y corrompido, y era por tanto eliminada en señal de purificación.

Entonces, ¿cuando tenían que hacer los discípulos los preparativos? El jueves por la mañana se tenía que preparar el pan sin levadura, y limpiar la casa de todo resto de levadura. El otro ingrediente esencial de la fiesta era el cordero pascual. De él tomaba su nombre la fiesta. La última terrible plaga que les sobrevino a los egipcios, obligándolos a dejar salir al pueblo de Israel, fue que el ángel de la muerte pasó por toda la tierra de Egipto matando a los primogénitos de todas las casas. Para que se identificaran sus casas, los israelitas tenían que matar un cordero, y pintar con su sangre el dintel y por postes de sus puertas, para que el ángel vengador, viendo esa señal, *pasara por alto* —que es lo que quiere decir *pascua*— esa casa *(Éxodo 12:21-23).* Después del mediodía del jueves había que llevar el cordero al templo y matarlo y ofrecer su sangre —que era su vida— a Dios en sacrificio.

Había otros cuatro ingredientes necesarios que no podían faltar en la fiesta.

(i) Un cacharro de *agua salada* se tenía que colocar en la mesa para recordar las lágrimas que tuvieron que derramar los israelitas cuando eran esclavos en Egipto, y las aguas saladas del Mar Rojo por las que el brazo de Dios hizo pasar tan maravillosamente a Su pueblo en el Éxodo.

(ii) Se tenía que preparar una ensalada de *hierbas amargas,* compuesta de rábano, achicoria, endivia, lechuga, marrubio y otras verduras semejantes. Esto también tenía por propósito recordarles la amargura de la esclavitud, y el manojo de hisopo con el que se

habían marcado el dintel y los postes de las puertas con la sangre del cordero.

(iii) Se hacía una pasta que se llamaba *jaróset.* Era una mezcla de manzanas, dátiles, granadas y nueces. Aquello servía para recordarles la arcilla con la que los habían obligado a hacer ladrillos en Egipto, y se atravesaba con palitos de canela en recuerdo de la paja que tenían que meter en los ladrillos.

(iv) Por último, había *cuatro copas de vino.* Estas eran para recordarles las cuatro promesas de *Éxodo 6:6s:* «Yo os sacaré de debajo de las pesadas tareas de Egipto, os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido y con gran justicia. Os tomaré como Mi Pueblo, y seré vuestro Dios.»

Esos eran los preparativos que había que hacer el jueves por la mañana y por la tarde. Estas eran las cosas que los discípulos tenían que preparar; y a partir de las 6 de la tarde empezaba el viernes, el 15 de Nisán, y se reunirían los comensales.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Mateo 26:26-30

> *Cuando estaban comiendo, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo pasó a Sus discípulos diciendo:*
>
> *—Tomad, comed: esto es Mi Cuerpo.*
>
> *Después tomó la copa, dio gracias y se la pasó a ellos diciéndoles:*
>
> *—Bebed todos de ella, porque esto es Mi sangre, la sangre del pacto, que se derrama por muchos para que se les perdonen los pecados. Os aseguro que desde ahora en adelante no beberé de este fruto de la vid hasta ese día en que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de Mi Padre.*
>
> *Y después de cantar un himno salieron hacia el Monte de los Olivos.*

Ya hemos visto que los profetas, cuando querían decir algo de forma que sus oyentes no pudieran por menos de entenderlo, hacían uso de acciones simbólicas. Ya hemos visto que Jesús también usó ese método en la Entrada Triunfal y en el incidente de la higuera. Y eso es lo que Le vemos hacer aquí. Todo el simbolismo

de la fiesta de la Pascua era una representación de lo que quería decirle a la humanidad, porque era una alegoría de lo que Él había venido a hacer por ella. ¿Qué ilustración usó Jesús, y qué verdad se ocultaba en ella?

(i) La fiesta de la Pascua era *la conmemoración de la liberación.* Todo su propósito era recordarle al pueblo de Israel cómo los había librado Dios de la esclavitud de Egipto. Lo primero y principal entonces era que Jesús se presentaba como *el gran Libertador.* Vino para libertar a la humanidad del temor y del pecado. Libera a las personas de los miedos que las acechan y de los pecados que las tienen cautivas.

(ii) Particularmente el cordero pascual era *el símbolo de la salvación.* En aquella noche de destrucción, fue la sangre del cordero pascual la que hizo que Israel estuviera a salvo. Así que *Jesús Se presenta como el Salvador.* Había venido a salvar a la humanidad de sus pecados y de las consecuencias de estos. Había venido a darles a las personas salvación en la Tierra y en el Cielo, salvación en el tiempo y en la eternidad.

Hay aquí una palabra que es la palabra clave, y que encierra la totalidad de la obra y del propósito de Jesús. Es la palabra *pacto.* Jesús dijo que Su sangre era *la sangre del pacto.* ¿Qué quiso decir con eso? Un pacto es una relación entre dos personas. Pero el pacto del que Jesús hablaba no era entre dos personas humanas, sino entre Dios y el hombre. Es decir: era una nueva relación entre Dios y la humanidad. Lo que Jesús estaba diciendo en la Última Cena era: «Como consecuencia de Mi vida, y sobre todo como consecuencia de Mi muerte, se hace posible una nueva relación entre vosotros y Dios.» Es como si dijera: «Vosotros Me habéis visto; y, en Mí, habéis visto a Dios; os he dicho, os he mostrado lo mucho que Dios os ama; os ama hasta el punto de sufrir todo esto que Yo estoy pasando; así es como es Dios.» Gracias a lo que Jesús hizo, el camino para la humanidad está abierto a todo lo precioso que hay en esta nueva relación con Dios.

Este pasaje concluye diciendo que, cuando Jesús y los discípulos cantaron un himno, salieron hacia el monte de los Olivos. Una parte esencial del ritual de la Pascua era el canto del *Hal.lel. Hal.lel* quiere decir *¡Alabad a Dios!* El Hal.lel consistía en los salmos 113 a 118,

que son todos salmos de alabanza. En diferentes momentos de la fiesta de la Pascua se cantaban estos salmos por secciones; y al final se cantaba *el gran hal.lel,* que es el Salmo 136. Ese fue el himno que cantaron Jesús y Sus discípulos antes de salir hacia el monte de los Olivos.

Aquí debemos notar un último detalle. Jesús dice que no celebrará la fiesta con Sus discípulos otra vez hasta que la celebre en el Reino de Su Padre. Aquí se hallan sin duda la fe divina y el optimismo divino. Jesús Se dirigía a Getsemaní, al juicio ante el sanedrín, a la Cruz... ¡y sin embargo *aún seguía pensando en términos de un Reino!* Para Jesús, la Cruz no fue nunca una derrota; fue el camino a la gloria. Iba de camino al Calvario, pero también de camino al Trono.

EL COLAPSO DE PEDRO

Ahora vamos a reunir los pasajes que nos cuentan la historia de Pedro.

LA ADVERTENCIA DEL MAESTRO

Mateo 26:31-35

Entonces Jesús les dijo:

—Cada uno de vosotros va a tropezar esta noche por causa de Mí, porque está escrito: «Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño se desperdigarán.» Pero, cuando resucite, iré por delante de vosotros a Galilea.

—Si todos tropiezan con respecto a Ti, yo no tropezaré —Le dijo Pedro.

—Te diré la verdad —le contestó Jesús—: Esta misma noche, antes que se oiga el canto del gallo habrás negado tres veces que Me conoces.

—¡Aunque tenga que morir contigo —Le dijo Pedro a Jesús —, no Te negaré!

Y lo mismo dijeron todos los discípulos.

En este pasaje se nos muestran algunas cualidades de Jesús.

(i) Vemos *el realismo* de Jesús. Sabía lo que Le esperaba. Mateo ve la huida de los discípulos anunciada en el Antiguo Testamento, en *Zacarías 13:7.* Jesús no era ningún optimista iluso que cerrara los ojos despreocupadamente ante los hechos. Preveía lo que era inevitable que sucediera, y seguía adelante.

(ii) Vemos *la confianza* de Jesús. «Cuando resucite —les dijo—, iré por delante de vosotros a Galilea.» Jesús siempre vio más allá de la Cruz. Estaba tan seguro de la gloria como del sacrificio.

(iii) Vemos *la simpatía* de Jesús. Sabía que Sus hombres iban a huir ante el peligro, abandonándole en el momento de Su mayor necesidad; pero no se lo echa en cara, ni los condena por ello, ni los abruma con acusaciones, ni los llama inútiles ni cobardes. Lejos de ello, les dice que cuando pase ese momento terrible Se encontrará con ellos de nuevo. La grandeza de Jesús se ve en el hecho de que conocía a Sus hombres en su peor faceta, pero los seguía amando.

Él conoce nuestra debilidad humana; sabe lo propensos que somos a cometer equivocaciones y a fallar en nuestra lealtad; pero ese conocimiento no convertía Su amor en resentimiento o desprecio. Jesús no tiene más que simpatía con la persona que sucumbe al pecado por debilidad.

Además, este pasaje nos muestra algo acerca de Pedro. No se puede discutir su falta: *exceso de confianza en sí mismo.* Sabía que amaba a Jesús —eso no se ponía nunca en duda—, y creía que tenía fuerzas para resistir cualquier situación que surgiera. Se creía más fuerte de lo que le creía Jesús. Solo estaremos a salvo cuando sustituyamos la confianza que presume por la humildad que reconoce su debilidad y que depende, no de sí mismo, sino de la ayuda de Cristo.

Los romanos y los judíos dividían la noche en cuatro vigilias: de 6 de la tarde a 9; de 9 a medianoche; de medianoche a 3, y de 3 a 6 de la mañana. Se suponía que el gallo cantaba entre las 3 y las 6 de la madrugada. Jesús quería decir que antes de la aurora Pedro Le negaría tres veces.

EL FALLO DEL CORAJE

Mateo 26:57-58, 69-75

Los que habían detenido a Jesús se Le llevaron a la casa del sumo sacerdote Caifás, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro siguió a Jesús a distancia hasta el patio de la casa del sumo sacerdote, y entró y se sentó entre los servidores para ver en qué paraba todo.

. . . .

Pedro estaba fuera, sentado en el patio. Una criada se le acercó y le dijo:

—¡Tú también estabas con Jesús el Galileo!

Pedro lo negó delante de todos los que estaban allí, y dijo:

—¡No sé de lo que estás hablando!

Cuando se salió del porche, le vio otra mujer y les dijo a los que estaban allí:

—¡Este también estaba con Jesús de Nazaret!

Y de nuevo Pedro lo negó, jurándolo:

—¡Yo ni siquiera conozco a ese Hombre!

Un poco después, los que se encontraban allí le dijeron a Pedro:

—Seguro que tú también eras uno de ellos; se te nota por el acento.

Entonces Pedro se puso a maldecir y a jurar:

—¡No conozco a ese Hombre!

Inmediatamente después cantó el gallo. Entonces se acordó Pedro de que le había dicho Jesús: «Antes que cante el gallo, Me negarás tres veces.» Y salió, y lloró amargamente.

No se puede leer este pasaje sin sentirse impresionado por la sorprendente sinceridad del Nuevo Testamento. Si hubo alguna vez un incidente que uno habría esperado que se silenciara, sería este; y sin embargo se nos cuenta aquí con todo su vergonzoso realismo. Sabemos que Mateo siguió muy de cerca la narración de Marcos; y esta historia se cuenta en el evangelio de Marcos todavía con más detalles *(Marcos 14:66-72).* También sabemos, por Papías, que el evangelio de Marcos no es otra cosa que el texto escrito de los materiales de la predicación de Pedro. Así es que llegamos al hecho sorprendente de que poseemos la historia de la negación de Pedro porque el mismo Pedro la contaba.

Lejos de suprimir esta historia, Pedro la incluía como una parte esencial del Evangelio; y lo hacía por las mejores razones. Cada vez que contara la historia, diría: «Así es como perdona Jesús. Él me perdonó a mí cuando Le fallé en la hora de Su máxima amargura. Eso es lo que Jesús es capaz de hacer. Me tomó a mí, el cobarde de Pedro, y hasta a mí me usó.» No debemos leer nunca esta historia sin recordar que fue el mismo Pedro el que tuvo un interés especial en que nos llegara la vergüenza de su pecado para que todos conozcamos la gloria del amor perdonador y el poder purificador de Jesucristo.

Y, sin embargo, sería un error mirar a Pedro con nada más que una condenación inflexible. El hecho luminoso es que el desastre que le sucedió a Pedro es el que solamente le podía suceder a una persona que tuviera el coraje más heroico. Todos los otros discípulos huyeron; Pedro fue el único que no huyó. En Palestina, las casas de la gente bien estaban construidas en forma de cuadrado hueco alrededor de un patio al que daban las

habitaciones. Para Pedro, el entrar en el patio que estaba en el centro de la casa del sumo sacerdote era meterse en la boca del lobo; y sin embargo lo hizo. Cualquiera que fuera el final de esta historia, empezó con Pedro como un hombre de valor.

La primera negación tuvo lugar en el patio; sin duda la criada se había fijado en Pedro como uno de los más señalados seguidores de Jesús, y le había reconocido. Después de que le reconocieron, cualquiera habría supuesto que Pedro habría salido huyendo; un cobarde se habría perdido en la oscuridad de la noche lo más pronto posible; pero Pedro no; sólo se retiró al porche. Estaba desgarrado entre dos sentimientos: tenía en el corazón un miedo que le hacía querer huir; pero tenía también en el corazón un amor que le mantenía allí. De nuevo, alguien le reconoció en el porche; y esta vez juró que no conocía a Jesús. Y todavía no se fue. Aquí tenemos una muestra del coraje más persistente.

Pero la segunda negación de Pedro le delató. Por su acento se le había notado que era galileo. Los galileos hablaban con un deje especial; los puristas lo consideraban tan inaceptable que a ningún galileo se le permitía pronunciar la bendición en el culto de la sinagoga. Una vez más Pedro fue acusado de ser seguidor de Jesús. Pedro llegó más lejos esta vez: no solamente juró que no conocía a Jesús, sino que llegó hasta a maldecir Su nombre. Pero con todo y con eso aún está claro que Pedro no tenía intención de marcharse del patio. Y entonces cantó el gallo.

Hay una curiosa posibilidad aquí que prestaría un curioso colorido al pasaje. Puede que el canto del gallo no fuera el de esa ave de corral; y que desde un principio no se entendió que lo fuera. Después de todo, la casa del sumo sacerdote estaba en el mismo centro de Jerusalén, y no se supone que había corrales en esa zona. Había de hecho una regla de la ley judía de que era ilegal tener gallos y gallinas en la Santa Ciudad porque contaminaban las cosas santas. Pero la hora de las 3 de la madrugada se llamaba el canto del gallo, y esto por la siguiente razón. A esa hora cambiaba la guardia romana en el castillo de la torre Antonia; y la señal del canto de la guardia era *un toque de trompeta.* El nombre latino para el toque de trompeta era *gallicinium,* que quiere decir *el canto del gallo.* Es por lo menos posible que precisamente en el momento que

Pedro hizo su tercera negación la trompeta de las almenas de la torre Antonia tocó el *gallicinium* sobre la ciudad dormida; y Pedro se acordó, y salió y derramó su corazón en llanto.

Lo que sucedió con Pedro después de esto no lo sabemos, porque la historia evangélica corre un amable velo sobre la agonía de su vergüenza. Pero antes de condenarle debemos reconocer que pocos de nosotros habríamos tenido el coraje de permanecer en aquel patio. Y hay otra cosa que debemos decir: fue el amor lo que le dio a Pedro aquel coraje; fue el amor lo que le clavó allí a pesar del hecho de que le habían reconocido tres veces; y fue el amor lo que le hizo recordar las palabras de Jesús; y fue el amor lo que le echó afuera para llorar; y es el amor lo que cubre multitud de pecados. La impresión que nos deja esta historia no es la de la cobardía de Pedro, sino la de su amor.

LA BATALLA DEL ALMA EN EL HUERTO

Mateo 26:36-46

Entonces Se dirigió Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y les dijo a Sus discípulos:

—Quedaos aquí, mientras Yo me retiro a orar más adelante.

Entonces Se llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y empezó a abatirse y angustiarse en gran manera. Entonces les dijo:

—Mi alma está muy abatida, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.

Jesús Se retiró un poco más adelante, y Se postró rostro a tierra en oración diciendo:

—Padre, si es posible, haz que pase de Mí esta copa; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú.

Seguidamente volvió adonde estaban ellos, y Se los encontró durmiendo, y le dijo a Pedro:

—¿Es que no habéis podido estar despiertos conmigo ni siquiera una hora? Velad y orad, para que no se os someta a prueba. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

Jesús volvió a retirarse por segunda vez a orar; y decía:

—Padre, si no es posible que esto pase de Mí sin que Yo lo beba, hágase Tu voluntad.

Y volvió otra vez, y se los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados de sueño. Entonces los dejó, y Se retiró otra vez, y oro por tercera vez repitiendo las mismas palabras. Luego volvió a Sus discípulos, y les dijo:

—Ahora ya podéis seguir durmiendo y descansar. Fijaos: la hora se acerca en que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de pecadores. Levantaos, vámonos. Fijaos: el que Me entrega está cerca.

Este es un pasaje al que debemos acercarnos de rodillas. Aquí, del estudio se debe pasar a la adoración.

En la misma Jerusalén no hay jardines de tamaño considerable; porque en una ciudad situada en la cima de una montaña no hay sitio para los espacios abiertos; todos los metros cuadrados son valiosos para la construcción. Así que los ciudadanos pudientes tenían sus jardines privados en las laderas del monte de los Olivos. La palabra *Getsemaní* quiere decir probablemente *almazara,* o *molino de aceite;* y sin duda era un huerto de olivos al que Jesús tenía derecho a entrar. Es curioso, y conmovedor, el pensar en los amigos anónimos que tuvo Jesús en Sus últimos días. Estaba el que Le prestó el asnillo para hacer la Entrada Triunfal en Jerusalén; estaba el que Le prestó el aposento alto en el que celebró la Última Cena; y ahora se supone que otro amigo le prestó su huerto del monte de los Olivos para que Se retirara a orar. En un desierto de odio, todavía había oasis de amor.

Llevó consigo al huerto a los tres discípulos que habían estado con Él en el monte de la Transfiguración, y allí oró; más aún: Se debatió en oración. Al contemplar con santa reverencia la batalla de Su alma en el huerto, vemos algunas cosas.

(i) Vemos *la agonía* de Jesús. Ahora estaba seguro de que la muerte Le esperaba. Sentía su fétido aliento en Su rostro. Nadie quiere morir a los treinta y tres años, y menos en la agonía de una cruz. Era su lucha suprema, y el resultado estaba en la balanza. La salvación del mundo estaba en peligro en el huerto de Getsemaní, porque aun entonces, Jesús podría haberse vuelto atrás, y el propósito de Dios se habría frustrado.

En este momento, lo único que sabía Jesús era que tenía que seguir adelante, y delante Le esperaba una cruz. Con toda

reverencia podemos decir que aquí vemos a Jesús aprendiendo la lección que todos los seres humanos debemos aprender algún día: Aceptar lo que no podemos comprender. Lo único que sabía era que la voluntad de Dios Le llamaba imperiosamente a seguir adelante. A cada uno de nosotros nos suceden cosas en este mundo que no podemos entender; es entonces cuando la fe se pone a prueba hasta su último límite; y en tales momentos es dulzura para el alma recordar que Jesús también lo pasó en Getsemaní. Tertuliano *(De Bapt. 20)* nos conserva un dicho de Jesús que no está en los evangelios: «El que no haya sido tentado no puede entrar en el Reino del Cielo.» Es decir: Cada persona tiene su propio Getsemaní, y cada persona tiene que aprender a decir: «Hágase Tu voluntad.»

(ii) Vemos *la soledad* de Jesús. Tomó consigo a Sus tres discípulos selectos; pero ellos estaban tan agotados con el drama de los últimos días y horas, que no pudieron mantenerse despiertos. Y Jesús tuvo que pelear Su batalla a solas. Eso también es verdad de todas las personas. Hay algunas cosas que una persona tiene que arrostrar, y algunas decisiones que una persona tiene que hacer, en una soledad terrible de su alma; hay momentos en que fallan los que podrían ayudar, y los consuelos se disipan; pero en esa soledad está con nosotros Aquel Que en Getsemaní la experimentó y superó.

(iii) Aquí vemos *la confianza* de Jesús. Aún la vemos mejor en el relato de Marcos, en el que Jesús empieza Su oración diciendo: «*Abba,* Padre» *(Marcos 14:36).* Hay todo in mundo encantador en esta palabra *Abba,* que estará oculto a nuestros oídos occidentales a menos que conozcamos su contenido. Joachim Jeremias, en su libro *Las palabras de Jesús,* escribe: «El uso que hace Jesús de la palabra *Abba* dirigiéndose a Dios no tiene paralelo en toda la literatura judía. La explicación de este hecho ha de encontrarse en la afirmación de los padres Crisóstomo, Teodoro y Teodoreto, de que *Abba* (como *yaba* se usa todavía en árabe) era la palabra que usaba un niño para dirigirse a su padre, cuya traducción en castellano sería *Papá;* era una palabra familiar, cotidiana, que nadie se había atrevido a usar para dirigirse a Dios. Jesús sí. Él hablaba con Su Padre celestial de la manera infantil, confiada e íntima de un

hijo pequeño con su padre.» Sabemos cómo nos hablan nuestros hijos, y cómo nos llaman a sus padres. Así era como hablaba Jesús con Dios. Aun cuando no Le entendiera totalmente; aun cuando Su única convicción era que Dios Le empujaba hacia la Cruz; Le llamaba *Abba,* como un hijo pequeño. Aquí tenemos confianza, una confianza que nosotros debemos tener en ese Dios al Que Jesús nos ha enseñado a conocer como nuestro Padre.

(iv) Vemos *el coraje* de Jesús. «Levantaos —dijo Jesús—, vámonos. El que Me traiciona se acerca.» Celso, el filósofo pagano que atacó el Cristianismo, usó esa frase para demostrar que Jesús intentó huir. Es precisamente lo contrario. «Levantaos —dijo—, la hora de la oración y la hora del huerto ha pasado. Ahora es la hora de la acción. Enfrentémonos con la vida y con los hombres en su aspecto más terrible.» Jesús Se levantó de la posición arrodillada para emprender la batalla de la vida. Para eso está la oración. En la oración, una persona se arrodilla delante de Dios para poder estar erguido ante los hombres y las circunstancias de la vida. En la oración una persona entra en el Cielo para poder arrostrar las batallas de la Tierra.

EL ARRESTO EN EL HUERTO

Mateo 26:50-56

Entonces se Le echaron encina a Jesús y Le echaron mano y Le detuvieron. Y, fijaos: Uno de los que estaban con Jesús le echó mano a la espada y la desenvainó e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole una oreja. Entonces Jesús le dijo:

—¡Vuelve a poner la espada en su sitio, porque todos los que manejan la espada perecerán a espada. ¿Es que no te das cuenta de que puedo orar a Mi Padre, y Él mandaría en Mi ayuda al instante más de doce regimientos de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se habrían de cumplir las Escrituras acerca de lo que es necesario que suceda?

En aquel momento, Jesús le dijo a aquel gentío:

—¿Habéis salido a detenerme con espadas y con palos como si fuera un bandido? Diariamente Me sentaba a enseñar en el templo, y no Me echasteis mano. Todo esto ha sucedido para que se cumplieran los escritos de los profetas.

Entonces todos Sus discípulos Le abandonaron y huyeron.

Había sido Judas el que había dado información a las autoridades de que podían encontrar a Jesús en Su retiro del huerto de Getsemaní. Las fuerzas a disposición de las autoridades judías eran la policía del templo, al mando del *sagán* o capitán del templo. Pero el gentío que se introdujo tras Judas en el huerto eran más bien una chusma dispuesta a linchar que un destacamento dispuesto para una detención ordenada. Jesús no iba a ofrecer resistencia. Mateo nos dice sencillamente que uno de los discípulos sacó un cuchillo, y, preparado para resistir hasta la muerte y vender cara su vida, hirió a un siervo del sumo sacerdote.

Cuando Juan nos cuenta la misma historia *(Juan 18:10),* nos dice que el discípulo era Pedro, y el siervo se llamaba Malco. La razón por la que Juan menciona a Pedro mientras que Mateo no lo hace puede ser sencillamente porque Juan escribió bastante después, mientras que cuando escribió Mateo todavía no era prudente nombrar al discípulo que había estado dispuesto a defender a su Maestro. Aquí tenemos otro ejemplo del casi fantástico coraje de Pedro. Estuvo dispuesto a enfrentarse con toda una compañía armada él solo; y recordemos también que fue después de aquello, cuando ya sería un hombre marcado, cuando Pedro siguió a Jesús hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Pero en todos estos incidentes de la última hora es en Jesús en Quien se concentra toda nuestra atención; y aquí aprendemos dos cosas más acerca de Él.

(i) Aceptó Su muerte *voluntariamente.* No tenía por qué ir a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Una vez allí, no tenía por qué haber seguido esta política de desafío imponente. Aun en el huerto, podría haberse evadido para ponerse a salvo, porque eran de noche, y tenía amigos que Le habrían ayudado a salir de la ciudad. Aun aquí, Él podría haber invocado en Su ayuda el poder de Dios, y haber derrotado a Sus enemigos. Todos Sus pasos durante los últimos días dejan bien claro que Jesús entregó Su vida, y que nadie Se la quitó. Jesús no murió porque los hombres Le mataron, sino porque Él escogió morir.

(ii) Escogió morir porque sabía que ese era *el propósito de Dios.* Siguió ese camino porque era lo que los profetas habían anunciado. Lo asumió porque el amor es el único camino. «El que maneja la

espada, perecerá a espada.» La violencia no puede producir nada más que violencia; una espada desenvainada no se puede encontrar nada más que con otra espada desenvainada. Jesús sabía que la guerra y la fuerza no resuelven nada, y solo producen una sucesión de males, y engendran una cadena de consecuencias peores que ellas mismas. Sabía que el propósito de Dios se puede llevar a cabo sólo mediante el amor sacrificial. Y la Historia ha demostrado que Jesús tenía razón; porque los judíos que se apoderaron de Él por la fuerza, y que se gloriaban en la violencia, y que hubieran teñido con gusto sus espadas de sangre romana, vieron cuarenta años más tarde su ciudad destruida para siempre; mientras que el Hombre que no quiso pelear está entronizado para siempre en los corazones de los hombres.

EL JUICIO ANTE LOS JUDÍOS

Mateo 26:57, 59-68

Los que habían apresado a Jesús Le condujeron a la casa del sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los escribas y los ancianos.

. . . .

Los principales sacerdotes y todo el sanedrín trataban de encontrar testimonio falso contra Jesús para condenarle a muerte; pero no lo podían encontrar, aunque se presentaron muchos testigos falsos. Después de un tiempo salieron al frente dos que dijeron:

—Este tipo dijo: «Puedo destruir el templo de Dios, y en tres días lo puedo reedificar.»

El sumo sacerdote se levantó y Le dijo a Jesús:

—¿Es que no vas a contestar nada? ¿Qué es lo que dicen estos testigos contra Ti?

Pero Jesús guardaba silencio. El sumo sacerdote Le dijo:

—Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios.

—Tú eres el que lo has dicho —le contestó Jesús—. Pero Yo os digo que desde ahora en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo en las nubes del Cielo.

Entonces el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo:

—¡Ha blasfemado! ¿Para qué necesitamos más testigos? Fijaos, vosotros mismos acabáis de oír Su blasfemia. ¿Qué opináis?

—¡Se ha hecho reo de la pena de muerte! —contestaron; y se pusieron a escupirle en la cara, y a abofetearle; y algunos Le golpeaban las mejillas diciéndole:

—¡Profetízanos, Tú, el Ungido de Dios! ¿Quién es el que Te ha pegado?

El proceso de Jesús no resulta fácil de seguir. Parece haberse desarrollado en tres partes. La primera parte tuvo lugar después del arresto en el huerto, durante la noche y en la casa del sumo sacerdote, y se describe en esta sección. La segunda parte tuvo lugar de madrugada, y se describe brevemente en *Mateo 27:1-2.* La tercera parte tuvo lugar ante Pilato, y se describe en *Mateo 27:11-26.* La pregunta que queda pendiente es la siguiente: ¿Fue la reunión de la noche una reunión del sanedrín, convocada apresuradamente, o fue meramente un interrogatorio preliminar a fin de formular una acusación, y la reunión de la madrugada fue la reunión oficial del sanedrín? Comoquiera que se conteste esa pregunta, los judíos violaron sus propias leyes en el juicio de Jesús; pero si la reunión de la noche fue una reunión del sanedrín, la violación fue aún más flagrante. En conjunto, parece que Mateo consideró la reunión nocturna la del sanedrín, porque en el versículo 59 dice que todo el sanedrín buscaba un falso testimonio para condenar a muerte a Jesús. Veamos primero este proceso desde el punto de vista judío.

El sanedrín era el tribunal supremo de los judíos. Lo componían escribas, fariseos, saduceos y ancianos del pueblo; en total, setenta y un miembros; y lo presidía el sumo sacerdote. Para un juicio como este, el quorum era de veintitrés. Había ciertas reglas. Todos los casos criminales tenían que juzgarse durante el día, y que terminarse durante el día. Los casos criminales no se podían juzgar durante la Pascua de ninguna manera. Solamente si el veredicto era «No culpable» podía un caso terminarse el mismo día que se había empezado; de otra manera, había que dejar pasar una noche antes de pronunciar el veredicto, para dar tiempo a que surgieran sentimientos de misericordia. Además, ninguna decisión del

sanedrín era válida a menos que se reuniera en su sede oficial, el salón de la Piedra Tallada, en el recinto del templo. Toda evidencia tenía que probarse por dos testigos examinados separadamente, y que no tuvieran ninguna relación entre sí. Y el falso testimonio se castigaba con la muerte. La seriedad de la ocasión se le hacía sentir al testigo en los casos en que una vida estaba en litigio: «No olvides, oh testigo, que una cosa es dar evidencia en un caso de dinero, y otra en un juicio por la vida. En un caso de dinero, si el que da testimonio lo hiciera falsamente, el dinero puede compensar el error; pero en este caso, por una vida, si tú pecas, la sangre del acusado y la de su simiente hasta el fin de los tiempos se te imputará a ti.» Todavía más, en cualquier juicio el proceso empezaba poniendo delante del tribunal toda la evidencia a favor de *la inocencia* del acusado, antes de presentar la evidencia en su contra.

Estas eran las reglas del propio sanedrín, y está suficientemente claro que en su ansia de desembarazarse de Jesús quebrantaron sus propias leyes. Los judíos habían llegado a tal cima del odio que cualquier medio estaba justificado para acabar con Jesús.

EL CRIMEN DE CRISTO

Mateo 26:57, 59-68 *(conclusión)*

El propósito principal de la reunión nocturna de las autoridades judías era la formulación de la acusación contra Jesús. Como ya hemos visto, toda evidencia tenía que garantizarse con dos testigos, separadamente interrogados. Durante un tiempo, ni siquiera dos testigos falsos se podía conseguir que estuvieran de acuerdo; y entonces se encontró una acusación, la de que Jesús había dicho que destruiría el templo y lo reedificaría en tres días.

Está claro que era una tergiversación de algo que Jesús había dicho. Él predijo —y correctamente— la destrucción del templo. Esto se había tergiversado para convertirlo en una acusación de que Él había dicho que Él mismo destruiría el templo. Ya hemos visto que Jesús predijo que Le quitarían la vida, y en tres días resucitaría. Eso se tergiversó para que pareciera que había dicho que reedificaría el templo en tres días.

Esta acusación se formuló repitiendo e interpretando deliberada y maliciosa y falsamente algunas cosas que Jesús había dicho. A esa

acusación, Jesús se negó en rotundo a contestar. En eso la ley estaba de Su parte, porque a nadie se le podía obligar a contestar en un juicio a una pregunta que le inculpara.

Fue entonces cuando el sumo sacerdote lanzó la pregunta decisoria. Ya hemos visto que Jesús había advertido repetidas veces a Sus discípulos que no le dijeran a nadie que Él era el Mesías. Entonces, ¿cómo llegó a saber el sumo sacerdote hacer la pregunta que Jesús no podía rehusar contestar? Bien puede ser que, cuando Judas presentó información contra Jesús, también les dijo a las autoridades judías que Jesús les había revelado a Sus discípulos que Él era el Mesías. Bien puede ser que Judas quebrantara entonces intencionadamente el secreto que Jesús les había impuesto a Sus discípulos que no dijeran a nadie.

En cualquier caso, el sumo sacerdote hizo la pregunta, y la hizo formulándola con un juramento: «¿Eres Tú el Mesías? —preguntó— ¿Pretendes ser el Hijo de Dios?» Este fue el momento crucial del juicio. Bien podríamos decir que todo el universo contuvo la respiración esperando la respuesta de Jesús. Si Jesús decía: «No,» el juicio perdía su razón de ser; no se Le podía acusar de nada. Jesús podía decir simplemente: «No», y salía libre y Se escapaba antes de que el sanedrín pudiera urdir otra manera de enredarle. Por otra parte, si decía: «Sí», firmaba Su propia sentencia de muerte. Nada más que un simple «Sí» se necesitaba para convertir la Cruz en algo definitivo e inescapable.

Puede ser que Jesús Se detuviera y guardara silencio un momento otra vez para calcular el costo antes de hacer la gran decisión; y entonces dijo «Sí». Pero dijo más: Citó a *Daniel 7:13* con su gráfica profecía del triunfo definitivo y de la majestad del Escogido de Dios. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Inmediatamente surgió el clamor de «¡Blasfemia!» Se rasgaron vestiduras en una especie de horror sintético e histérico; y Jesús fue condenado a muerte.

Luego siguió el escupirle, el abofetearle, el golpearle el rostro en burla. Hasta las cosas externas de la justicia se olvidaron, y la hostilidad venenosa de las autoridades judías se manifestó. Esa reunión nocturna había empezado como un tribunal de justicia, y acabó en una manifestación frenética de odio, en la que no se hizo

el menor intento de mantener ni siquiera las superficialidades de una justicia imparcial.

Hasta el día de hoy, cuando una persona se encuentra cara a cara con Jesucristo, tiene que odiarle o amarle; no puede hacer más que someterse a Él o desear destruirle. Ninguna persona que se dé cuenta de lo que Jesucristo exige puede ser neutral. Tiene que ser, o Su aliada, o Su enemiga.

EL HOMBRE QUE CONDENÓ A MUERTE A JESÚS

Mateo 27:1-2, 11-26

> *Cuando se hizo de día, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron una consulta para condenar a muerte a Jesús; así es que Le ataron y Le llevaron para entregársele al gobernador Pilato.*
>
> *. . . . .*
>
> *Jesús estaba de pie ante el gobernador, y este Le preguntó directamente:*
>
> *—¿Eres Tú el Rey de los judíos?*
>
> *—Tú eres el que lo has dicho —le contestó Jesús.*
>
> *Mientras los principales sacerdotes y los ancianos Le estaban acusando, Jesús no daba respuesta. Entonces Pilato Le preguntó:*
>
> *—¿Es que no oyes la evidencia que estos están presentando contra Ti?*
>
> *Jesús no contestó ni una sola palabra, lo que sorprendió mucho al gobernador.*
>
> *Por el tiempo de la fiesta de la Pascua, el gobernador tenía costumbre de soltarle al pueblo a un preso, el que ellos quisieran. Por aquel entonces estaba detenido un preso muy conocido que se llamaba Barrabás. Así que, cuando estaban reunidos, les preguntó Pilato:*
>
> *—¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús al que llaman el Cristo?*
>
> *Porque se daba perfecta cuenta de que le había entregado a Jesús maliciosamente. Mientras Pilato estaba sentado en el*

sillón del juicio, su mujer le envió un mensaje:

—No te dejes enredar en nada que tenga que ver con este Justo —le decía ella—, porque hoy he tenido una experiencia extraordinaria en sueños en relación con Él.

Los principales sacerdotes y los ancianos convencieron al gentío que pidiera la liberación de Barrabás y la condena a muerte de Jesús.

—¿Cuál de los dos —dijo el gobernador— os tengo que soltar?

—¡Barrabás! —gritaron.

—Entonces —les dijo Pilato—, ¿qué voy a hacer con Jesús, al que llaman el Cristo?

—¡Que Le crucifiquen! —dijeron todos.

—¿Qué crimen ha cometido? —preguntó Pilato. Y la gente siguió gritando cada vez más:

—¡Que Le crucifiquen!

Cuando Pilato vio que no se podía hacer nada, y que había peligro de que se produjera un desorden, tomó agua y se lavó las manos en presencia de la gente.

—Vosotros veréis lo que hacéis.

—¡Que la responsabilidad de Su sangre recaiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! —contestó todo el pueblo.

Entonces Pilato les soltó a Barrabás, e hizo que azotaran a Jesús, y después Le entregó para que Le crucificaran.

Los dos primeros versículos de este pasaje describen lo que debe de haber sido una reunión muy breve del sanedrín, celebrada de madrugada con la finalidad de formular una acusación oficial contra Jesús. Eso era necesario debido al hecho de que, aunque los judíos podían juzgar casos ordinarios, no podían imponer la pena de muerte. Esa sentencia solo la podía pronunciar el gobernador romano, y solo podían ejecutarla las autoridades romanas. El sanedrín, por tanto, tenía que formular una acusación con la que pudieran dirigirse a Pilato y solicitar la pena de muerte para Jesús.

Mateo no nos dice cuál fue la acusación, pero Lucas sí. En el sanedrín, la acusación que se había aceptado contra Jesús era la de blasfemia *(Mateo 26:65s).* Pero nadie sabía mejor que las autoridades judías que eso no era una acusación válida ante Pilato.

Les diría que se marcharan y zanjaran solos sus desavenencias religiosas. Así que, como nos dice Lucas, se presentaron delante de Pilato con una triple acusación, cada una de cuyas partes era una mentira, y una mentira deliberada. Acusaron a Jesús, en primer lugar, de ser un revolucionario; en segundo, de incitar al pueblo a no pagar los impuestos, y en tercero, de presentarse como un rey *(Lucas 23:2).* Pergeñaron tres acusaciones *políticas,* mentiras conscientes, porque sabían que esas eran las únicas que podían obligar a Pilato a actuar.

Así que todo dependía de la actitud de Pilato. ¿Qué clase de hombre era el gobernador romano?

Pilato era oficialmente *el procurador* de la provincia; y era responsable directamente, no al senado romano, sino al mismo emperador. Tendría por lo menos treinta y siete años, porque esa era la edad mínima para hacerse cargo del puesto de procurador. Debe de haber sido un hombre de experiencia considerable, porque había toda una escala de cargos, incluyendo los de mando militar, por los que se tenía que ascender para poder llegar a ser gobernador. Pilato tiene que haber sido un soldado y administrador probado y cualificado. Llegó a ser procurador de Judea en el año 26 d.C., y se mantuvo en oficio durante diez años, al final de los cuales fue depuesto.

Cuando Pilato llegó a Judea, encontró problemas en abundancia, y otros muchos se los buscó él mismo. Su principal dificultad era que no les tenía absolutamente ninguna simpatía a los judíos. Por el contrario, trataba despectivamente lo que consideraba prejuicios irracionales y fanáticos de sus súbditos, que eran lo que ellos consideraban sus principios. Los romanos conocían la intensidad de la religión judía, y el carácter irrompible de la fe judía, y muy sabiamente siempre habían tratado a los judíos con guante blanco. Pilato propuso arrogantemente usar el guantelete.

Empezó con un problema. El cuartel general romano estaba en Cesarea. Los estandartes romanos no eran simplemente banderas; eran palos largos con el águila romana o la imagen del emperador en el extremo. Por consideración con el odio judío a las imágenes, todos los anteriores gobernadores habían quitado las águilas y las imágenes de las banderas antes de entrar en Jerusalén para la

visita oficial. Pilato se negó a quitarlas. El resultado fue una oposición y una intransigencia tales que Pilato tuvo que acabar por ceder, porque no era posible ni detener ni matar a toda una nación.

Más adelante, Pilato decidió que Jerusalén necesitaba un mejor sistema de conducción de agua —una sabia decisión. Para ese fin construyó un nuevo acueducto —pero tomó dinero del tesoro del templo para pagarlo.

Filón, el gran filósofo judeoalejandrino, hace un estudio psicológico de Pilato. Y Filón, recordemos, no era cristiano, sino que hablaba desde el punto de vista judío. Los judíos, nos dice Filón, habían amenazado con hacer uso de su derecho de delatar a Pilato al emperador por sus fechorías. Esta amenaza «exasperó a Pilato hasta lo sumo, porque se temía que enviaran una embajada al emperador, que le hicieran iniciar una investigación con respecto a otros detalles de su gobierno —su corrupción, sus actos de insolencia, su rapiña, su hábito de insultar al pueblo, su crueldad, sus constantes asesinatos de personas sin juicio ni condena y su inhumanidad interminablemente gratuita y sádica.» La reputación de Pilato con los judíos apestaba; y el que pudieran delatarle le dejaba en una posición totalmente insegura.

Podemos seguir la carrera de Pilato hasta el final. Acabaron por llamarle a Roma para que rindiera cuentas de su brutalidad en un incidente de Samaria. Cierto impostor había citado al pueblo en el monte Guerizín pretendiendo que les mostraría las vasijas sagradas que Moisés había ocultado allí. Desgraciadamente, muchos de los asistentes vinieron armados, y se reunieron en una aldea llamada Tirabata. Pilato se lanzó sobre ellos y los masacró con un salvajismo totalmente innecesario, porque se trataba de un movimiento inofensivo. Los samaritanos presentaron una queja a Vitelio, el legado de Siria, que era el superior inmediato de Pilato, y Vitelio le ordenó ir a Roma para responder de su conducta.

Cuando Pilato iba de camino a Roma, murió el emperador Tiberio; y parece ser que Pilato no tuvo que presentarse a juicio. Una leyenda dice que acabó cometiendo suicidio; su cuerpo se arrojó al Tíber, pero los espíritus malos revolvían las aguas de tal manera que los romanos se llevaron el cuerpo de Pilato a Galia y lo tiraron al Ródano. La supuesta tumba de Pilato se enseña todavía en Vienne.

Lo mismo sucedió allí, y el cuerpo se llevó por último a un lugar cerca de Lausana, y fue sepultado en un pozo de las montañas. Enfrente de Lucerna hay una colina que se llama el monte de Pilato. Originalmente se llamaba *Pileatus,* que quiere decir *con la cabeza cubierta de nubes;* pero, como se conectó con Pilato, el nombre se cambió por el de *Pilatus.*

Más tarde, la leyenda cristiana mostró cierta compasión con Pilato, y acabó por echarle toda la culpa de la muerte de Jesús a los judíos. Naturalmente en cierto modo, la leyenda llegó a mantener que la mujer de Pilato, que se dice que era prosélita del judaísmo y que se llamaba Claudia Prócula, se convirtió al Cristianismo. También se llegó a decir que el mismo Pilato también se había hecho cristiano; y hasta el día de hoy la iglesia copta incluye a Pilato y a su mujer en el número de los santos.

Concluimos nuestros estudio de Pilato con un documento muy interesante. Pilato debe de haber enviado a Roma un informe del juicio y ejecución de Jesús; eso sería una parte normal de la administración. Un libro apócrifo llamado *Los hechos de Pilato y Pablo* contiene una supuesta copia de ese informe. Ese informe lo citan también Tertuliano y Justino Mártir y Eusebio. El informe que ha llegado hasta nosotros no es probable que sea genuino, pero es interesante leerlo:

> *Poncio Pilato a Claudio: ¡Saludos!*
>
> *Sucedió últimamente un asunto en el que yo mismo hice el juicio; porque los judíos, por envidia, se han castigado a sí mismos y a su posteridad con juicios terribles por su propia culpa; porque, aunque sus padres habían prometido que su Dios les enviaría del Cielo a Su Santo, Que debería ser Rey por derecho propio, y prometió que Él Le mandaría a la Tierra en nacimiento virginal; entonces vino cuando yo era gobernador de Judea, y los judíos Le vieron dar vista a los ciegos, limpiar a los leprosos, sanar a los paralíticos, expulsar a los demonios, resucitar a los muertos, reprender a los vientos, andar sobre las olas del mar a pie enjuto y hacer muchas otras maravillas, y aunque todo el pueblo de los judíos Le llamaba Hijo de Dios, los principales sacerdotes, movidos por envidia contra Él, Le apresaron y me Le presentaron haciendo toda clase de falsas*

acusaciones una tras otra, diciendo que era hechicero y que hacía muchas cosas en contra de su ley.

Pero yo, creyendo que estas cosas eran ciertas, después de azotarle, Le entregué a su voluntad, y ellos Le crucificaron; y cuando Le enterraron pusieron una guardia al cuidado de la tumba. Pero mientras los soldados vigilaban, Él se levantó de nuevo al tercer día; sin embargo, hasta tal punto se inflamó la malicia de los judíos que les dieron dinero a los soldados diciéndoles: Vosotros decid que Sus discípulos robaron Su cuerpo. Pero ellos, aunque tomaron el dinero, no fueron capaces de guardar silencio acerca de lo que había sucedido, porque ellos también han testificado que Le vieron resucitado, y que recibieron dinero de los judíos. Y de estas cosas he informado a vuestra alteza por esta causa, no sea que algún otro os mienta, y consideréis que debéis creer los falsos cuentos de los judíos.

Aunque ese informe no es más que una leyenda, Pilato sabía de cierto que Jesús era inocente; pero sus errores pasados pusieron en las manos de los judíos una palanca con la que le obligaron a hacer la voluntad de ellos contra los propios deseos y sentido de la justicia de él.

PILATO PIERDE LA CONTIENDA

Mateo 27:1-2, 11-26 *(conclusión)*

Todo este pasaje nos da la impresión de que Pilato estaba peleando una batalla perdida. Está claro que Pilato no quería condenar a Jesús. Ciertas verdades surgen de aquí.

(i) A Pilato le impresionó vivamente Jesús. Está claro que no tomó muy en serio que pretendiera ser el Rey de los judíos. Pilato reconocía a un revolucionario a primera vista, y Jesús no lo era. Su silencio digno hizo que Pilato sintiera que no era Jesús el que estaba en tela de juicio, sino él mismo, Pilato. Pilato fue un hombre que sintió el poder de Jesús —y tuvo miedo de someterse a Él. Hay todavía personas que tienen miedo de ser tan cristianos como saben que deben serlo.

(ii) Pilato buscó la manera de evadir su responsabilidad. Parece que era costumbre soltar a un preso para la Pascua. En la cárcel había un cierto Barrabás. No era ningún ladronzuelo. Lo más probable es que fuera, o un bandolero, o un revolucionario político.

Se han hecho dos especulaciones interesantes acerca de él. Su nombre *Bar-Abbás* quiere decir *Hijo del Padre. Padre* era el título que se asignaba a los más respetados rabinos. Bien puede ser que Barrabás fuera hijo de una antigua familia distinguida, que se había salido del cauce tradicional y embarcado en una carrera de crímenes por todo lo alto. Un hombre así haría del crimen algo romántico, y tendría de su parte a una buena parte del pueblo.

Aún más interesante es la casi seguridad de que Barrabás también se llamara Jesús. Algunas de las más antiguas traducciones del Nuevo Testamento —por ejemplo, las antiguas versiones siríaca y armenia— le llaman *Jesús Barrabás;* y tanto Orígenes como Jerónimo tenían noticia de esa variante y creían que podía ser correcta. Es curioso que por dos veces Pilato especifica que *Jesús, al Que llaman el Cristo* (versículos 17 y 22), como para distinguirle de algún otro Jesús. Jesús era un nombre corriente. Es el mismo que Josué en hebreo, y el grito frenético de la multitud es probable que fuera: «¡No Jesús el Cristo, sino Jesús Barrabás!»

Pilato buscaba una salida de emergencia, pero la multitud eligió al criminal violento y rechazó al tierno Jesús. Prefirieron al hombre de

violencia al Hombre de Amor.

(iii) Pilato trató de zafarse de la responsabilidad de condenar a Jesús. Se conserva esa extraña y trágica ceremonia de Pilato lavándose las manos. Esa era una costumbre judía. Hay una extraña regla en *Deuteronomio 21:1-9.* Si se encontraba un cadáver, y no se sabía quién lo había matado, se medía la proximidad del lugar con los pueblos cercanos, y los ancianos del pueblo más próximo tenían que sacrificar una becerra y lavarse las manos con su sangre para quedar libres de culpa. Pilato fue advertido por su sentido de la justicia, y por su conciencia, y por el sueño de su angustiada mujer; pero Pilato no podía resistir a la multitud; y Pilato recurrió al gesto estéril de lavarse las manos. La leyenda dice que hasta el día de hoy hay veces que la sombra de Pilato surge de su tumba y repite la ceremonia de lavarse las manos una vez más.

Hay algo de lo que una persona no puede librarse nunca —y es la responsabilidad. No es nunca posible ni para Pilato ni para ninguna otra persona el decir: «Me lavo las manos de toda responsabilidad.» Porque eso es algo que nadie ni nada puede borrar.

Esta imagen de Pilato inspira en nuestras mentes más bien piedad que condenación; porque aquí tenemos a un hombre tan inmerso en su pasado y tan incapacitado por él que fue incapaz de mantenerse firme en su debida posición. Pilato es una figura de tragedia más que de villanía.

LAS BURLAS DE LOS SOLDADOS

Mateo 27:27-31

> *Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús a su cuartel, y reunieron allí a todo el destacamento. Le quitaron a Jesús lo que llevaba puesto, y Le pusieron la túnica púrpura de un solado; luego trenzaron una corona de espinos, y Se la pusieron en la cabeza, y Le colocaron una caña en la mano derecha; y doblaban la rodilla delante de Él, y se burlaban de Él diciendo:*
>
> *—¡Salve, Rey de los judíos! —Y Le escupían, y Le quitaban la caña y Le golpeaban con ella en la cabeza.*
>
> *Cuando se hubieron divertido con Él, Le quitaron la túnica, y Le pusieron Su propia ropa, y Le condujeron al lugar de la*

ejecución.

La terrible rutina de la crucifixión había comenzado. La última sección acababa diciéndonos que Pilato mandó que azotaran a Jesús. Eso era una terrible tortura romana. Desnudaban a la víctima; le ataban las manos a la espalda, y le ataban a una columna con la espalda doblada y convenientemente expuesta al látigo. El látigo era una tira larga de cuero en la que se habían incrustado a trozos huesos agudos y piezas de plomo. Tal tortura solía preceder a la crucifixión, y «reducía el cuerpo desnudo del reo a tiras de carne cruda, y a sangrantes y ardientes verdugones.» Muchos morían en la tortura, y otros perdían la razón, y pocos se mantenían conscientes hasta el fin.

Después de eso entregaron a Jesús a los soldados mientras se preparaban los últimos detalles de la crucifixión y la cruz. Los soldados Le llevaron a su cuartel en la sede del gobernador, y reunieron a todo el destacamento. El destacamento se llama una *speira;* una *speira* completa eran seiscientos hombres. No es probable que hubiera tantos en Jerusalén. Estos soldados eran la guardia personal de Pilato, que le habían acompañado desde Cesarea, donde estaba su cuartel general.

Puede que nos horroricemos ante lo que hicieron los soldados; pero, de todos los que intervinieron en la pasión de Jesús, fueron los menos culpables. No estaban fijos en Jerusalén; no tenían ni la menor idea de Quién era Jesús. Por supuesto que no eran judíos, porque los judíos eran los únicos que estaban exentos del servicio militar en el imperio romano; puede que procedieran de los límites del imperio. Hicieron una parodia de la realeza de Jesús; pero, al contrario que los judíos y el mismo Pilato, actuaban en ignorancia.

Puede que para Jesús, de todo lo que sufrió, esto fuera lo más soportable; porque, aunque se burlaron de Su realeza, no había odio en sus ojos. Para ellos no se trataba más que de un iluso galileo que iba a la cruz. No carece de significado el que Filón nos cuente que un gentío judío hizo algo muy parecido con un joven demente: «Tomaron una tira de tela, y se la colocaron en la cabeza como si fuera una diadema... y le dieron como cetro una caña del junco nativo del papiro que se encontraron tirado al borde del camino. Y, como estaba disfrazado de rey... algunos se dirigían a él

como para saludarle, y otros como para presentarle alguna demanda.» Así se divertían con un chaval medio idiota; y eso fue lo que los soldados hicieron con Jesús.

Seguidamente se prepararon para conducirle al lugar de la crucifixión. Algunas veces se nos dice que no debemos detenernos morbosamente en el aspecto físico de la crucifixión; pero no podemos hacernos una idea muy clara de lo que Jesús hizo y padeció por nosotros. Klausner, el escritor judío, dice: «La crucifixión es la muerte más terrible y cruel que han diseñado los seres humanos para vengarse de sus semejantes.» Cicerón la llamaba «la tortura más cruel y más horrible.» Tácito la llamaba «una tortura apropiada solo para esclavos.»

La inventaron en Persia; y puede que su razón de ser fuera que la tierra se consideraba consagrada al dios Ormuz, así que el criminal se colocaba fuera del contacto con ella, para que no la contaminara; porque era la propiedad del Dios. De Persia pasó a Cartago en el Norte de África, y fue de los cartagineses de los que la aprendieron los romanos, aunque estos no la aplicaban más que a los rebeldes, esclavos fugitivos y la clase más baja de criminales. Era una ejecución que no se podía aplicar legalmente a un ciudadano romano.

Klausner pasa a describir la crucifixión. Se ataba a la cruz al criminal, que ya era una masa sangrante después de los azotes. Allí colgaba hasta morir de hambre y sed y exposición a la intemperie, incapaz de defenderse ni siquiera de los tábanos, que acudían a su cuerpo desnudo y a sus heridas sangrantes. No es una escena agradable de contemplar, sino horrible la que Jesucristo sufrió —voluntariamente— por nosotros.

LA CRUZ Y LA VERGÜENZA

Mateo 27:32-44

> *Cuando iban saliendo, se encontraron a un cireneo que se llamaba Simón, y le requisaron para que llevara la Cruz de Jesús. Cuando llegaron al lugar que se llama Gólgota (que quiere decir El lugar de la Calavera), Le ofrecieron vino mezclado con hiel para que lo bebiera; pero, cuando Jesús lo probó, no quiso seguir bebiendo. Cuando ya Le habían*

crucificado, se repartieron Su ropa echándola a suertes; y, allí sentados, Le observaban. Habían colocado sobre Su cabeza un cartel escrito con la acusación por la que Le ajusticiaban: «Este es Jesús, el Rey de los judíos.» Luego crucificaron a dos malhechores, uno a Su derecha y otro a Su izquierda. Los que pasaban por allí no hacían más que lanzarle insultos. No hacían más que sacudir la cabeza y decir:

—¡El que destruías el templo y lo edificabas en tres días: Sálvate a Ti mismo! ¡Si eres de veras el Hijo de Dios, bájate de la Cruz!

Lo mismo hacían los principales sacerdotes y los escribas y los ancianos burlándose de Él:

—¡Salvó a otros —no hacían más que decir—, y no se puede salvar a Sí mismo! ¡El Rey de Israel! ¡Que baje ahora de la Cruz, y creeremos en Él! ¡Confió en Dios: Que Dios Le libre ahora si Le quiere; porque Él dijo: «Yo soy el Hijo de Dios»!

Hasta los bandidos que estaban crucificados con Él Le lanzaban los mismos oprobios.

La historia de la crucifixión no necesita comentario; todo su poder reside sencillamente en contarla. Lo único que podemos hacer es pintar su trasfondo para que el cuadro aparezca lo más claro posible.

Cuando se había condenado a un criminal, se le conducía al lugar de la crucifixión. Se le colocaba entre cuatro soldados romanos. Era costumbre que llevara el travesaño de su propia cruz; el madero vertical le estaba esperando en el lugar de la ejecución. El crimen por el que se le ejecutaba estaba escrito en un tablero; lo llevaba el reo colgado al cuello, o lo exponía el oficial que iba al frente de la procesión; más tarde se colocaba sobre la misma cruz. Al criminal se le conducía a la muerte por un camino lo más largo posible para que pudieran verle y escarmentar en él los más posibles.

Jesús ya había pasado los terribles azotes; después, había soportado las burlas de los soldados; antes de todo eso, Le habían estado interrogando casi toda la noche; estaba, por tanto, físicamente agotado, y vacilaba bajo el peso de la Cruz. Los soldados romanos sabían muy bien lo que podían hacer en tales circunstancias. Palestina era una tierra ocupada; todo lo que un

oficial tenía que hacer era tocarle el hombro con lo plano de su lanza a un judío para confiscarle para el servicio que fuera, y este tenía que realizar cualquier tarea, por muy humillante y desagradable que fuera. Hacia la ciudad, de una de las aldeas próximas, llegaba entonces un hombre de la lejana Cirene, en el Norte de África, que se llamaba Simón. Puede que se hubiera pasado años economizando y ahorrando para celebrar una Pascua en Jerusalén —y ahora le correspondía asumir esta terrible indignidad y vergüenza, porque se le obligaba a llevar la Cruz de Jesús. Cuando Marcos nos cuenta este episodio, identifica a Simón como «el padre de Alejandro y de Rufo» *(Marcos 15:21).* tal identificación solo puede querer decir que Alejandro y Rufo eran conocidos en la Iglesia. Y puede ser que aquel día terrible, Jesús tomó posesión del corazón de Simón. Que aquello que le había parecido a Simón la mayor vergüenza llegó a ser para él su mayor gloria.

El lugar de la crucifixión fue una colina llamada Gólgota, porque tenía la forma de una calavera. Cuando se llegaba al lugar de la ejecución, al criminal se le colgaba de la cruz. Se le clavaban las manos al travesaño, pero lo corriente era que se le ataran los pies a la cruz. En ese momento, para matar un poco el dolor, se le daba al criminal un vino drogado, preparado por un grupo de mujeres ricas de Jerusalén como obra de misericordia. Un escritor judío escribe: «Cuando se saca a un hombre para matarle, le permiten beber un grano de incienso en una copa de vino para amortiguar sus sentidos... Mujeres ricas de Jerusalén solían aportar estas cosas y ofrecerlas.» La copa drogada se Le ofreció a Jesús, pero Él no quiso beberla porque estaba decidido a aceptar la muerte en todo su horror y amargura, sin evitar ninguna partícula de dolor.

Ya hemos visto que el criminal se le conducía a la ejecución en medio de cuatro soldados romanos; a los criminales se los crucificaba desnudos, excepto por un paño en los lomos; y las ropas del criminal eran el gaje al que tenían derecho los soldados encargados de la ejecución. Los judíos llevaban normalmente cinco artículos de ropa: las sandalias, el turbante, el cinto, la túnica interior y la capa exterior. Así es que había cinco artículos para cuatro soldados. Los primeros cuatro artículos tenían aproximadamente el

mismo valor; pero la capa exterior tenía más valor que las otras piezas. Fue esa túnica exterior de Jesús la que los soldados se jugaron a los dados, como nos dice Juan *(Juan 19:23s).* Cuando los soldados se había repartido la ropa de Jesús, se sentaron, montando la guardia hasta que llegara el final. Así es que había en Gólgota un grupo de tres cruces, en la de en medio el Hijo de Dios, y a cada lado un bandolero. Cierto que estuvo con los pecadores en Su muerte. Los versículos finales describen las burlas que Le lanzaban a Jesús los que pasaban, las autoridades judías y hasta los bandoleros que estaban crucificados con Él. Todas las burlas se centraban en una cosa: La afirmación que Jesús había hecho, y Su obvia indefensión en la Cruz. Precisamente en eso era en lo que más se equivocaron los judíos. Estaban usando la gloria de Cristo como un objeto de burla. «¡Baja de la Cruz —Le decían—, y creeremos en Ti!» Pero como dijo una vez el general Booth: «Es precisamente porque no quiso bajar, por lo que creemos en Él.» Los judíos no veían a Dios nada más que en el poder; pero Jesús nos ha mostrado que Dios está en el amor sacrificial.

EL TRIUNFO FINAL

Mateo 27:45-50

Desde las doce del mediodía cubrieron la tierra las tinieblas hasta las tres de la tarde. A eso de las tres de la tarde, Jesús clamó a gran voz:

—Eli, Eli, ¿lama sabajthani? —(Que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me has desamparado?»).

Algunos de los que se encontraban allí, oyeron esto y dijeron:

—Este Hombre está llamando a Elías.

E inmediatamente uno de ellos fue corriendo, y tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y la puso en una caña, y Le dio de beber. Los demás dijeron:

—¡Déjale, a ver si viene Elías a salvarle!

Jesús clamó otra vez a gran voz, y entregó el espíritu.

Conforme hemos estado leyendo la historia de la Crucifixión, todo parece haber estado pasando muy deprisa; pero en realidad las horas iban resbalando. Marcos es el más preciso en relación con el

tiempo. Nos dice que Jesús fue crucificado a la hora tercera, es decir, las 9 de la mañana *(Marcos 15:25),* y que murió a la hora novena, es decir, las 3 de la tarde *(Marcos 15:34).* Es decir: Jesús estuvo clavado en la Cruz seis horas. Para Él, la agonía fue misericordiosamente breve, porque se daba el caso de que algunos criminales estuvieran colgando de sus cruces varios días hasta que les llegaba la muerte.

En el versículo 46 tenemos lo que tiene que haber sido la frase más alucinante de toda la historia evangélica: El grito de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me has desamparado?» Este es un dicho ante el que debemos postrarnos en reverencia, aunque también debemos tratar de comprenderlo. Ha habido muchos intentos de penetrar en su misterio; solo podemos considerar tres de ellos.

(i) Es extraña la manera en que el *Salmo 22* fluye por toda la narración de la Crucifixión; y esta palabra es de hecho el primer versículo de ese salmo. Más tarde dice: «Todos los que Me buscan se burlan de Mí; tuercen la boca y menean la cabeza, diciendo: "Él apeló al Señor, líbrele Él; sálvele, si es verdad que Se deleita en Él"» *(Salmo 22:7s).* Y todavía más adelante leemos: «Se repartieron entre ellos Mis vestidos, y se jugaron mi ropa a los dados» *(Salmo 22:18).* El Salmo 22 está entretejido en la misma historia de la Crucifixión.

Se ha sugerido que Jesús estaba de hecho repitiendo ese salmo para Sí; y aunque empieza con un grito de abatimiento, acaba remontándose en triunfo: «De Ti viene Mi alabanza en la gran congregación... porque el dominio pertenece al Señor, y Él gobierna sobre las naciones» *(Salmo 22:25-31).* Así que se sugiere que Jesús estaba repitiendo el Salmo 22 en la Cruz como una descripción de Su situación y como canción de alabanza, sabiendo muy bien que empezaba en las profundidades y acababa en las alturas.

Es una sugerencia atractiva; pero un crucificado no recita poesía ni para sus adentros; aunque sea la poesía de un salmo; y además, toda la atmósfera es de tragedia despiadada.

(ii) Se sugiere que en ese momento todo el peso del pecado del mundo cayó sobre el corazón y el ser de Jesús; que ese fue el momento en que el Que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros *(2 Corintios 5:21);* y que el castigo que Él sufrió por nosotros implicó la inevitable separación de Dios que produce el pecado. Nadie puede decir que eso no fuera verdad; pero, si lo es, es un misterio que no podemos más que vislumbrar, y ante el que solo podemos adorar.

(iii) Puede ser que haya algo aquí —si podemos decirlo así— más humano. A mí me parece que Jesús no sería Jesús si no hubiera sondeado las simas más profundas de la experiencia humana. En la experiencia humana, en el transcurso de la vida, cuando las más amargas tragedias la invaden, hay momentos cuando nos parece sentir que Dios Se ha olvidado de nosotros; cuando estamos inmersos en una situación que sobrepasa nuestro entendimiento y nos sentimos abandonados hasta de Dios. A mí me parece que eso fue lo que Le sucedió a Jesús aquí. Ya hemos visto que en Getsemaní Jesús sólo sabía que tenía que seguir adelante, porque esa era la voluntad de Dios, y Él tenía que aceptar hasta lo que no podía comprender totalmente. Aquí vemos a Jesús sondeando las más negras profundidades de la situación humana, para que no hubiera ninguna de la que pudiéramos decir que Él no la pasó antes que nosotros.

Los que Le oyeron, no Le comprendieron. Algunos creyeron que estaba llamando a Elías; esos serían judíos. En los escritos del Mar Muerto se encuentran ejemplos que parecen indicar que «Elí, Elí» se podría pronunciar «Elía, Elía.» Tal vez Jesús pronunció el versículo en su dialecto galileo del arameo. Pero también puede ser que entendieran perfectamente que estaba usando palabras de la Sagrada Escritura, y hasta en eso se burlaron de Él.

Uno de los grandes dioses del paganismo era el Sol —Helios. Una invocación al dios Sol habría empezado: «¡Helie!,» y se ha sugerido que los soldados puede que pensaran que Jesús estaba llamando al más grande de sus dioses, que había oscurecido su

rostro de espanto ante aquella escena. En cualquier caso, el clamor de Jesús fue un misterio para los espectadores.

Pero aquí hay algo importante. Habría sido terrible el que Jesús hubiera muerto con un grito de angustia en Sus labios; pero no fue así. La narración evangélica prosigue diciéndonos que, cuando Jesús clamó con una gran voz, entregó Su espíritu. Esa gran voz dejó su impronta en las mentes de los testigos. Está en todos los evangelios *(Mateo 27:50; Marcos 15:37; Lucas 23:46).* Pero hay un evangelio que llega más allá: Juan nos dice que Jesús murió dando un gran grito: «¡Consumado es!» *(Juan 19:30). Consumado es* son dos palabras en español, pero en griego es solo una: *Tetélestai* — como sería también en arameo. Y *tetélestai* es un grito de triunfo; es el grito de Uno Que ha completado Su tarea; es el grito del Que ha vencido en la contienda; es el grito de la Persona Que ha salido de las tinieblas a la gloria de la luz, y Que ha alcanzado la corona. Así es que Jesús murió como vencedor, con un grito de triunfo en los labios.

Aquí tenemos algo de valor incalculable. Jesús pasó por el abismo más insondable, y salió de nuevo a la luz. Nosotros también, si nos aferramos a Dios aun cuando parece que no hay Dios, manteniendo los restos de nuestra fe desesperada e invenciblemente, no cabe duda que la aurora romperá y saldremos victoriosos. El vencedor es el que se niega a creer que Dios Se ha olvidado de él aun cuando todas las fibras de su ser se sientan abandonadas. Vencedor es aquel que no deja que se le pierda nunca la fe, aun cuando sienta que ya ha perdido toda su base. Vencedor es el que se ha sumido hasta las profundidades, y todavía se aferra a Dios, porque eso es lo que hizo Jesús.

LA REVELACIÓN DESLUMBRANTE

Mateo 27:51-56

> *Y fijaos: El velo del templo se rasgó en dos parte, de arriba abajo, y la tierra se sacudió, y las rocas se quebraron, y las tumbas se abrieron, y resucitaron los cuerpos de muchos de los que habían vivido consagrados a Dios, y salieron de las tumbas después de Su Resurrección y vinieron a la Santa Ciudad y se les aparecieron a muchos.*

El centurión y los que estaban observando a Jesús con él vieron el terremoto y las cosas que habían sucedido, y sintieron un profundísimo temor.

—No cabe duda —decían— que este Hombre era el Hijo de Dios.

Muchas mujeres estaban allí observando a distancia. Eran las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, prestándole sus servicios. Entre ellas estaban María de Magdala, y María, la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Este pasaje se divide naturalmente en tres secciones.

(i) Tenemos el relato de las cosas sorprendentes que sucedieron cuando murió Jesús. Ya las tomemos literalmente o no, nos enseñan dos grandes verdades.

(*a*) El velo del templo se rasgó de arriba abajo. Ese era el velo que cubría la entrada del Lugar Santísimo, al otro lado del cual no podía entrar más que el sumo sacerdote el día de la Expiación; era el velo que ocultaba la presencia del Espíritu de Dios. Aquí hay un profundo simbolismo. Hasta ese momento, Dios había estado oculto y remoto, y nadie sabía cómo era. Pero, en la muerte de Jesús vemos el amor oculto de Dios, y el acceso a la presencia de Dios que había estado cerrado a toda la humanidad está ahora abierto. La vida y la muerte de Jesús nos muestran cómo es Dios, y quitan para siempre el velo que Le ocultaba a la humanidad.

(*b*) Se abrieron las tumbas. La verdad que esto nos revela es que Jesús conquistó la muerte. Al morir y resucitar, Él destruyó el poder de la tumba. A causa de Su vida, Su muerte y Su Resurrección, la tumba ha perdido su poder, el sepulcro ha perdido su terror, la muerte ha perdido su tragedia. Porque estamos seguros de que, como Él vive, nosotros también viviremos.

(ii) Tenemos el relato de la adoración del centurión. Jesús había dicho: «Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a Mí a todas las personas» *(Juan 12:32).* Jesús anunció el poder magnético de la Cruz; y el centurión fue su primer fruto. La Cruz le movió a ver la majestad de Jesús, como ninguna otra cosa le había movido.

(iii) Tenemos la sencilla mención de las mujeres que vieron el final. Todos los discípulos Le abandonaron y huyeron, pero las

mujeres se mantuvieron. Se ha dicho que, al contrario que los hombres, las mujeres no tenían nada que temer, porque su posición pública era tan poco importante que nadie se fijaría en las discípulas. Pero había más que eso. Estaban allí porque amaban a Jesús; y para ellas, como para tantos otros, el perfecto amor desecha el temor.

EL REGALO DE UNA TUMBA

Mateo 27:57-61

> *Más adelante aquel mismo día vino un hombre rico de Arimatea que se llamaba José, que era un discípulo de Jesús. Se dirigió a Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se le diera; así es que José tomó el cuerpo, y lo envolvió en lino limpio, y lo puso en una tumba nueva que había abierto en la roca. Y rodó una piedra muy grande para cerrar la entrada de la tumba, y se marchó. Y María de Magdala estaba allí, y la otra María, sentadas enfrente de la tumba.*

Según la ley judía, ni siquiera el cuerpo de un criminal debía dejarse expuesto toda la noche, sino que tenía que enterrarse el mismo día. «Su cuerpo no permanecerá toda la noche sobre el madero, sino que lo enterraréis el mismo día» *(Deuteronomio 21:22s).* Esto era doblemente obligatorio cuando, como en el caso de Jesús, el día siguiente era sábado. Según la ley romana, los parientes de un criminal podían solicitar su cuerpo para enterrarlo; y si no lo solicitaba nadie se dejaba a merced de los perros y de los animales carroñeros.

Ahora bien, ninguno de los parientes de Jesús estaba en posición de reclamar Su cuerpo, porque eran todos galileos, y ninguno tenía una tumba en Jerusalén. Así que el pudiente José de Arimatea intervino. Se dirigió a Pilato y solicitó que le permitiera hacerse cargo del cuerpo de Jesús. Se le concedió, y lo puso en una tumba en la roca en la que no se había enterrado a nadie. José será siempre recordado como el hombre que Le dio una tumba a Jesús.

Han surgido muchas leyendas en torno a la figura de José de Arimatea, algunas de las cuales tienen un interés especial para los ingleses. La más conocida dice que en el año 61 d.C., Felipe envió a

José, desde la Galia, a predicar el Evangelio en Inglaterra. José fue, llevando consigo el cáliz que se usó en la Última Cena, y que entonces contenía la sangre que Jesús derramó en la Cruz. Ese cáliz llegaría a ser conocido como el Santo Graal, famoso en las historias de los caballeros del rey Arturo. Cuando José y su grupo de misioneros escalaron la colina Weary-all y llegaron al otro lado, se encontraron en Glastonbury; allí José pinchó su bordón en la tierra, y de él creció el famoso espino de Glastonbury. Es absolutamente cierto que Glastonbury fue mucho tiempo el lugar más sagrado de Inglaterra, y todavía es un centro de peregrinación. La leyenda dice que el espino original lo taló un puritano, pero que el espino que crece allí hasta el día de hoy brotó de la misma raíz antigua; y hasta el día de hoy se mandan esquejes de él por todo el mundo. Así que la leyenda conecta a José de Arimatea con Glastonbury e Inglaterra.

Pero hay una leyenda menos conocida, recordada en uno de los himnos y poemas más famosos de la literatura inglesa. Es una leyenda todavía muy viva en Somerset. José, dice la leyenda, era mercader de estaño, y vino mucho antes de que le enviara Felipe en visitas frecuentes a las minas de estaño de Cornwall. El pueblo de Marazion en Cornwall tiene otro nombre: algunas veces se le llama Market Jew, «el judío del mercado», y se dice que fue el centro de una colonia de judíos que eran mercaderes de estaño. La leyenda llega más lejos: José de Arimatea, nos dice, era tío de María la Madre de Jesús. (¿Podría ser que José hiciera uso del derecho que le concedía la ley romana de reclamar el cuerpo de Jesús porque era pariente Suyo?). Y se dice que trajo al niño Jesús consigo en uno de sus viajes a Cornwall. Es una preciosa leyenda que nos gustaría que fuera verdad —sobre todo a los ingleses—; porque sería emocionante pensar que los pies del niño Jesús tocaron en tiempos la tierra inglesa.

Se dice muchas veces que José Le dio una tumba a Jesús cuando murió, pero no Le respaldó durante Su vida. José era miembro del sanedrín *(Lucas 23:50);* y Lucas nos dice que no había dado su conformidad al plan y a la acción (del tribunal) *(Lucas 23:51).* Es posible que la reunión del sanedrín que se convocó en la casa de Caifás durante la noche fuera selectiva. No parece probable

que todo el sanedrín estuviera allí. Bien puede ser que Caifás citara solamente a los que quería que estuvieran presentes, los que estaba seguro de que le apoyarían, y que José no tuviera oportunidad de estar allí.

No cabe duda de que al final José desplegó el mayor valor. Se manifestó como simpatizante de un criminal crucificado; arrostró el resentimiento posible de Pilato; y también el previsible odio de los judíos. Bien puede ser que José de Arimatea hiciera todo lo que le fue posible hacer.

Todavía queda una incógnita. La mujer que se llama *la otra María* se identifica como María la madre de José en *Marcos 15:47.* Ya hemos visto que estas mujeres estuvieron presentes en Gólgota; su amor les hizo seguir a Jesús en la vida y en la muerte.

UNA TAREA IMPOSIBLE

Mateo 27:62-66

> *Al día siguiente, que era el día después de la Preparación, los principales sacerdotes y los fariseos vinieron a una a Pilato.*
>
> *—Señor —le dijeron—, recordamos que ese impostor decía cuando estaba vivo: «A los tres días, resucitaré.» Da órdenes, por tanto, para que la tumba esté vigilada hasta después de los tres días, no sea que vengan Sus discípulos, y roben el cuerpo, y digan luego a la gente: «Ha resucitado de entre los muertos.» Si pasara eso, el engaño final sería peor que el primero.*
>
> *—Contáis con una guardia —dijo Pilato—. Id, y aseguradla lo más posible.*
>
> *Ellos fueron y aseguraron la tumba poniéndole un sello en la entrada y dejando allí la guardia.*

Este pasaje empieza de una manera muy curiosa. Dice que los principales sacerdotes y los fariseos se dirigieron a Pilato al día siguiente, que era el día después de la Preparación. Ahora bien: Jesús fue crucificado el viernes. El sábado era el día de descanso de los judíos. Las horas desde las 3 hasta las 6 de la tarde del viernes se llamaban la víspera o la preparación. Ya hemos visto que, según la manera judía de contar, el nuevo día empezaba a las 6 de la tarde. Por tanto, el sábado empezaba a las 6 de la tarde del

viernes, y las últimas horas del viernes eran la preparación. Si esto es exacto, solo puede querer decir una cosa: que los principales sacerdotes y los fariseos se dirigieron de hecho a Pilato con su petición *el sábado.* Si fue eso lo que hicieron, está claro que quebrantaron la ley del sábado. Si esto es exacto, no hay ningún otro incidente en la historia evangélica que muestre más claramente que este lo desesperadamente ansiosas que estaban las autoridades judías en eliminar a Jesús. A fin de asegurarse de que estaba definitivamente fuera de su camino, estaban dispuestos a quebrantar hasta sus leyes más sagradas.

Aquí hay una ironía macabra. Estos judíos acudieron a Pilato diciéndole que Jesús había dicho que resucitaría a los tres días. No reconocían haber tenido en cuenta la posibilidad de que pudiera ser cierto; pero creían que los discípulos podían ingeniárselas para robar el cuerpo, y decir que había resucitado. Ellos, por tanto, querían tomar medidas para vigilar la tumba. La respuesta de Pilato fue complaciente: «Aseguraos todo lo que podáis.» Es como si Pilato, desde luego inconscientemente, dijera: «Mantened a Cristo en la tumba —si podéis.»

Ellos tomaron todas las medidas que pudieron. La entrada de estas tumbas en la roca se cerraba con una gran piedra redonda, como de molino, que se rodaba por un surco. Ellos la sellaron, y colocaron allí una guardia especial. No se habían dado cuenta de que no había tumba en el mundo que pudiera retener al Cristo Resucitado. Todos los planes humanos no podrían atar al Señor Resucitado. El intentar ponerle ligaduras a Jesucristo es una tarea desesperada.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Mateo 28:1-10

> *El sábado, ya tarde, cuando el primer día de la semana estaba empezando a amanecer, María de Magdala y la otra María vinieron a ver la tumba. Y, fijaos: Hubo un gran terremoto; porque el ángel del Señor descendió del Cielo, y llegó, e hizo rodar la piedra, y se sentó sobre ella. Su apariencia era como un relámpago, y sus vestiduras, tan blancas como la nieve. Los*

que estaban vigilando tuvieron tal sacudida de miedo que se quedaron como muertos. Pero el ángel les dijo a las mujeres:

—No tengáis miedo; porque ya sé que buscáis al Jesús Que fue crucificado. Él ya no está aquí, porque ha resucitado, como os lo anunció. Acercaos a ver el lugar donde pusieron al Señor. Daos prisa, e id a decirles a Sus discípulos: «Él ha resucitado de entre los muertos; y fijaos: Él va por delante de vosotros a Galilea; allí Le veréis.» Fijaos bien en lo que os he dicho.

Ellas se marcharon a toda prisa de la tumba con temor y con un gozo inmenso, corriendo para darles la noticia a Sus discípulos. Y fijaos: ¡Jesús les salió al encuentro!

—¡Saludos! —les dijo.

Ellas se Le acercaron, y Le abrazaron los pies, adorándole. Entonces Jesús les dijo:

—¡No tengáis miedo! Id a decirles a Mis hermanos que se marchen a Galilea, y allí Me verán.

En el relato de Mateo de la tumba vacía hay algo que encaja característicamente, y es el hecho de que María Magdalena y la otra María fueran las primeras en recibir la noticia del Señor Resucitado y en encontrarse con Él. Ellas habían estado presentes en el Gólgota; habían estado cuando se Le puso en la tumba, y ahora recibían la recompensa del amor: ellas fueron las primeras que experimentaron el gozo de la Resurrección.

Al leer esta historia de las primeras dos personas del mundo que se encontraron con el hecho de la tumba vacía y el Cristo Resucitado, tres imperativos parecen descollar.

(i) Se las desafió a *creer.* Aquello era tan alucinante que podría resultarles increíble. Demasiado bueno para ser verdad. El ángel les recordó la promesa de Jesús, y las colocó ante la realidad indudable de la tumba vacía. Cada una de sus palabras era una llamada a creer. Todavía sigue siendo un hecho que hay muchos que creen que las promesas de Cristo son demasiado buenas para ser verdad. Esa vacilación solo se puede disipar creyendo en Su palabra.

(ii) Se las desafió a *compartir.* Una vez que ellas habían descubierto por sí mismas el hecho del Cristo Resucitado, su obligación suprema era proclamarlo y compartirlo con otros. «¡Id a

decirlo!», es el primer mandamiento que recibe todo aquel que ha descubierto la maravilla del Jesucristo Que ha vencido a la muerte.

(iii) Se las desafió a *regocijarse.* El saludo del Cristo Resucitado fue: *Jaírete;* esa era la palabra normal de saludo; pero su sentido literal es «¡Regocijaos!» La persona que ha encontrado al Señor Resucitado recibe el privilegio de vivir para siempre en el gozo de Su presencia, de la que ya nada la puede separar.

EL ÚLTIMO RECURSO

Mateo 28:11-15

> *Mientras ellas iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad a decirles todo lo que había sucedido a los principales sacerdotes. Estos se reunieron con los ancianos, y entre todos hicieron un plan. Les dieron a los soldados una cantidad considerable de dinero, y les dijeron:*
>
> *—Decid: «Sus discípulos vinieron de noche, y Le robaron mientras nosotros estábamos dormidos.» Y si esto llega a oídos del gobernador, usaremos de nuestra influencia para que vosotros no tengáis que preocuparos por nada.*
>
> *Los soldados aceptaron el dinero y siguieron las instrucciones de ellos. Y esta es la historia que se repite entre los judíos hasta el día de hoy.*

Cuando algunos de la guardia se dirigieron a los principales sacerdotes y les contaron lo sucedido en la tumba vacía, las autoridades judías se quedaron desesperadamente preocupadas. ¿Era posible que hubiera fracasado todo su plan? Entonces se trazaron otro: sobornaron a los soldados de la guardia para que dijeran que los discípulos de Jesús habían ido mientras ellos estaban dormidos, y habían robado el cuerpo.

Es interesante notar los medios que usaron las autoridades judías en su intento desesperado de eliminar a Jesús. Usaron la traición para apoderarse de Él. Usaron la ilegalidad para juzgarle. Usaron la calumnia para acusarle ante Pilato. Y ahora estaban usando el soborno para silenciar la verdad acerca de Él. *Y todo les falló. Magna est veritas et praevalebit,* decía el proverbio latino: Grande es la verdad, y ella prevalecerá. El dictamen de la Historia es que

todas las maquinaciones malvadas de los hombres no pueden acabar por eliminar la verdad. El Evangelio de la bondad es más poderoso que las conjuras de la maldad.

LA GLORIA DE LA PROMESA FINAL

Mateo 28:16-20

> *Así es que los once discípulos se fueron a Galilea, a la montaña que Jesús les había indicado. Y Le vieron, y Le adoraron; pero algunos no estaban seguros. Jesús Se les acercó, y les dijo:*
>
> *—Todo poder se Me ha dado en el Cielo y en la Tierra; así es que id a hacer Mis discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar los mandamientos que Yo os he dado. Y fijaos: Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*

Aquí llegamos al final de la historia evangélica, y escuchamos las últimas palabras que les dijo Jesús a Sus hombres. Y en esta última reunión con ellos, Jesús hizo tres cosas.

(i) *Les dio la seguridad de Su poder.* No había absolutamente nada que estuviera fuera del poder del Que había muerto y conquistado la muerte. Ahora estaban al servicio de un Señor Cuya autoridad en el Cielo y en la Tierra era indiscutible.

(ii) *Les dio una comisión.* Los envió a hacer al mundo entero Su discípulo. Se ha sugerido, y se puede discutir hasta la saciedad, que la mención del bautismo puede que se haya elaborado posteriormente. El hecho indiscutible es que la comisión de Jesús es ganar a toda la humanidad para Él.

(iii) *Les prometió una presencia.* Tiene que haber sido una cosa alucinante para aquellos once humildes galileos el que Jesús los mandara a la conquista del mundo. Aunque lo estaban escuchando, tiene que haberles fallado el corazón. Pero, tan pronto como se les dio la orden, la promesa se hizo realidad. Fueron enviados —y nosotros lo mismo— a la más grande tarea de la Historia; pero con ellos estaba la más grande Presencia del universo.

PALABRAS hebreas, griegas y latinas*

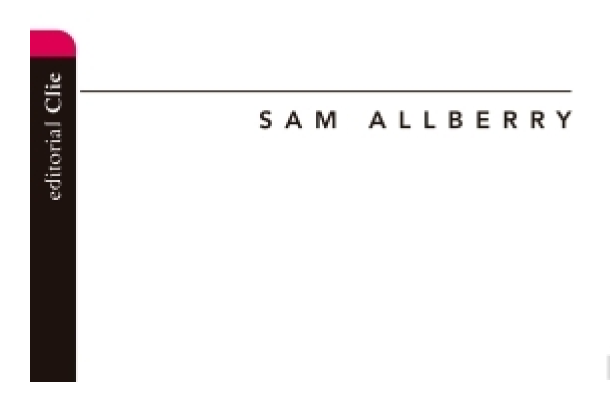
Transcripción fonética aproximada, para dar una idea de cómo se supone que se pronunciaban estas palabras cuando se escribió el Nuevo Testamento. **h**: más suave que la **j**, como en andaluz; **j**: como en castellano, **th**: como la **z** castellana o la **th** inglesa; **y**: en griego, como la **u** francesa, siempre vocal; **z**: s sonora que no existe en castellano pero sí en las demás lenguas hispánicas, románicas y en el inglés; **ll**: como doble *l.* Las demás, como en castellano. Las vocales con acento circunflejo (^) son largas. En cursiva las palabras *griegas*; en normal las latinas, y en negrita las hebreas. Las páginas que preceden a II son del volumen primero; las que lo siguen, del volumen segundo.

NOMBRES Y TEMAS QUE APARECEN EN EL TEXTO**

* Las referencias que aparecen en este índice, corresponden a la versión impresa.

**Las referencias que aparecen en este índice, corresponden a la versión impresa.

¿Por qué
le importa
a Dios
con quién
me acuesto?



¿Por qué le importa a Dios con quién me acuesto?

Allberry, Sam
9788418204432
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que sólo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Una perspectiva bíblica de lo que el sexo está diseñado para ser, significar y hacer por nosotros. Los cristianos son cada vez más vistos como anticuados, restrictivos y prejuiciosos cuando se trata de sexo antes del matrimonio, la cohabitación, la homosexualidad, la identidad de género o los derechos de los transexuales. De hecho, para muchas personas, este tema es una de las mayores barreras para considerar el cristianismo. Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que solo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Es un gran recordatorio del plan positivo de la Biblia para el amor, el sexo y el matrimonio, e ideal para regalar a las personas que pueden ver esto como un obstáculo para la creencia.

Jesús ¿realidad o ficción?

editorial Clie

JOHN DICKSON

Jesús ¿realidad o ficción?

Dickson, John
9788418204036
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En **Jesús ¿realidad o ficción?** el historiador John Dickson expone cómo funciona la historia para que tengamos las herramientas para evaluar lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Poncio Pilatos, el sumo sacerdote Caifás y, por supuesto, Jesús de Nazaret. *John Dickson pregunta*: ¿Qué podemos saber con certeza sobre el pasado? ¿Se puede considerar algo de la historia antigua como "hecho"? En particular, ¿con qué seriedad podemos tomar las fuentes históricas para la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret? ¿Realmente vivió en Galilea y Judea del primer siglo, o es una figura legendaria? En este oportuno libro, el historiador Dr. John Dickson revela cómo funciona el campo de la historia, brindando a los lectores las herramientas para evaluar por sí mismos lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Alejandro Magno, Poncio Pilato y, por supuesto, Jesús de Nazaret. **Presenta la evidencia, los métodos y las conclusiones de los académicos convencionales**, tanto cristianos como no, y hace algunas preguntas contemporáneas pertinentes, sin ofrecer respuestas insistentes: si Jesús realmente existió, ¿qué debemos hacer con sus propias afirmaciones y las de sus seguidores, y ¿qué significaría algo para nosotros hoy? Con la

característica claridad y excelencia de la erudición, John Dickson examina las evidencias históricas de Jesús. Su estilo accesible y fuentes actualizadas hacen que sea una lectura obligada para cualquiera que se tome en serio la investigación de Jesús.

¿Puede la ciencia explicarlo todo? Es una pregunta interesante que John Lennox y mucha gente piensa que sí. La ciencia y las tecnologías que ha generado han aportado mucho al mundo: agua limpia; más comida; mejor asistencia sanitaria; vida más larga. Y vivimos en una época de rápido progreso científico que promete resolver muchos de los problemas que enfrentamos como humanidad. Tanto es así, de hecho, que muchos no ven la necesidad o el uso de la religión y los sistemas de creencias que nos ofrecen respuestas a los misterios de nuestro universo. La ciencia lo ha explicado, suponen. La religión es redundante.

El profesor de matemáticas de Oxford y creyente cristiano, John Lennox, ofrece **una nueva forma de pensar sobre la ciencia y el cristianismo** que disipa los conceptos erróneos comunes sobre ambos. Él revela que no solo no se oponen, sino que pueden y deben mezclarse para darnos una comprensión más completa del universo y el significado de nuestra existencia.

No es necesario ser científico ni cristiano para valorar este libro. John Lennox escribe con una simplicidad que permite que el no científico lo siga, pero lo lleva a la presencia y a los pensamientos de algunos de los grandes de la ciencia, mientras escribe persuasivamente para defender el lugar de

Dios en el mundo científico. Una introducción importante para cualquiera que luche con los problemas de la ciencia y la fe.
Rev Hugh Palmer, Rector, All Souls, Langham Place, Londres.



¿Soy solo un cerebro?

Dirckx, Sharon
9788417620998
160 Páginas

Sharon Dirckx en ¿Soy solo un cerebro? explica cómo la investigación moderna está descubriendo cada vez más detalles de lo que es nuestro cerebro y cómo funciona. Estamos viviendo, pensando en criaturas que llevan con nosotros una increíble supercomputadora orgánica en nuestras cabezas.

Pero, ¿cuál es la relación entre nuestro cerebro y nuestra mente, y en última instancia, nuestro sentido de identidad como persona? ¿Somos más que máquinas? ¿Es el libre albedrío una ilusión? ¿Tenemos un alma?

La investigadora de imágenes cerebrales Sharon Dirckx expone la comprensión actual de quiénes somos de biólogos, filósofos, teólogos y psicólogos, y señala una imagen más amplia que sugiere respuestas a las preguntas fundamentales de nuestra existencia. No solo "¿qué soy?", sino "¿quién soy?" y "¿por qué soy?"

Lea este libro para obtener información valiosa sobre lo que la investigación moderna nos dice acerca de nosotros mismos, o para desafiar a un amigo escéptico con la idea de que somos meramente seres materiales que viven en un mundo material.

Cómpralo y empieza a leer



Cómo preparar y predicar mejores sermones

Gálvez, Rigoberto
9788417620431
144 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer]

Tras analizar muchos sermones, ajenos y propios, el autor descubre que hay una epidemia que ha estado matando la predicación de la iglesia durante décadas: la frialdad, la abstracción, la entretención, el espectáculo y el academicismo desabrido. ¿Cómo descubrir, entonces, el secreto para transformar sermones comunes y aburridos en sermones extraordinarios? ¿Cómo elaborarlos? El Reverendo Gálvez, después de servir muchos años en el Ministerio de La Palabra, consigue elaborar y predicar sermones destacados. Procurando construir un buen título en cada sermón, una acertada introducción, divisiones sólidas, cuerpo y formas de contornos definidos, con unidad coherente en las diferentes partes del sermón, destacando las verdades esenciales, trasladándolas de manera sencilla, interesante, entendible, creíble, con pasión, convicción, dependiendo del auxilio del Espíritu Santo.